

DAD
CIÓN

José Angel Benavides.



1080046701



E#7-612



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Rollo-46 MICROFILMADO 15/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

HISTORIA DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,
CANÓNIGO DE NOYON:

traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y M. C. de V.

TOMO XII.

Desde la muerte del Emperador San Enrique en el año 1024,
hasta el principio del pontificado de Urbano II en el
de 1088.



®

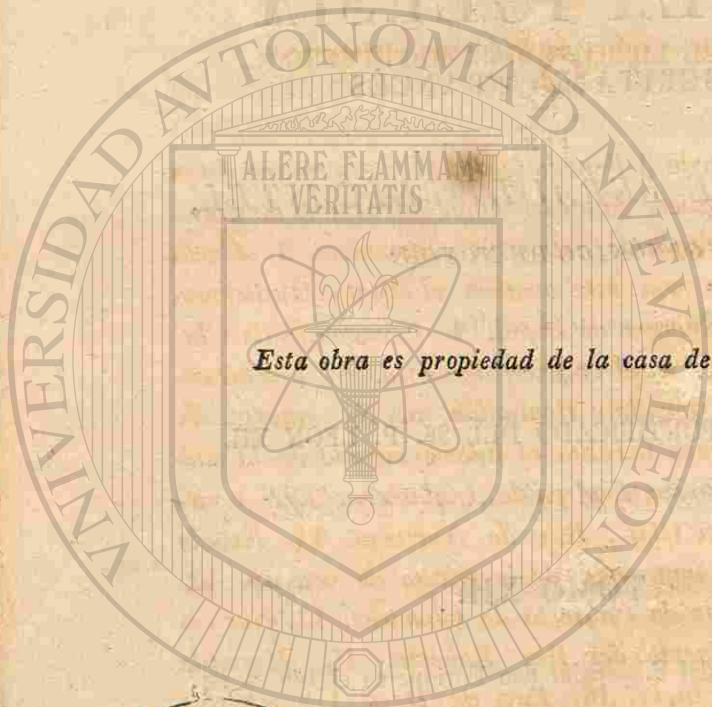
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Valencia: Imprenta de D. Benito M. Conforti
OCTUBRE 1831.

38375

Bx944

B4

v. 12



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135899

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

N.º 1. *Sucede á Benedicto VIII su hermano Juan XIX.* 2. *No quiere conceder Juan á Eustacio de Constantinopla el título de patriarca ecuménico.* 3. *Carta que le escribe con este motivo el beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon.* 4. *Esenciones de Cluny examinadas en el concilio de Ansa.* 5. *Varios establecimientos de San Romualdo.* 6. *Su muerte.* 7. *Guido de Arezzo inventa el nuevo método de la música.* 8. *Canuto se apodera de Inglaterra.* 9. *Sus virtudes.* 10. *San Olaf, Rey de Noruega.* 11. *Estado deplorable del imperio y de la iglesia de oriente.* 12. *Santa intrepidez de Fulberto de Chartres.* 13. *Sus escritos.* 14. *Muerte del Rey Roberto.* 15. *Horrible hambre en Francia.* 16. *Paz de Dios.* 17. *Apostolado de San Marcial.* 18. *San Simeon, monge del monte Sinai, se establece en Francia.* 19. *Benedicto IX Papa á los doce años.* 20. *Escándalos y revoluciones de este pontificado.* 21. *San Poppon, abad de Stavelo.* 22. *San Gonthier, ermitaño.* 23. *San Emerico, hijo del Rey San Estévan.* 24. *Revoluciones en Hungría.* 25. *San Gerardo, obispo de Chonad y mártir.* 26. *Anarquía de Polonia.* 27. *Deja Casimiro la vida monástica y vuelve á ocupar el trono.* 28. *Trabajan*

TOM. XII.

1

BERAULT
HISTORIA
ECCLIASTICA

BX 944
B4
V. 12
C. 1

165829

27

los normandos, quienes pasaron desde luego en gran número á Calabria, como hemos visto, á probar fortuna con el conde Rodolfo, y despues con el famoso Roberto Guiscardo. Egecutaron prodigios de valor contra los sarracenos y los griegos, pues con un puñado de hombres libraron á la Italia en un muy corto tiempo del yugo de estas dos naciones. Pero estuvieron muy lejos de imitar el desprendimiento y la moderacion de los libertadores de Salerno, y recompensaron su trabajo con invasiones y tiranías.

54. Habian llegado en tiempo del Papa Leon IX á tal punto sus violencias y latrocinios, que sintió aquel Papa que los infelices calabreses hubiesen sacudido el yugo de los griegos, y solicitó el auxilio de estos. Por último, despues de haber empleado todos los otros medios sin ningun fruto, y haber echado mano de los rayos de la Iglesia, abrazó el partido de marchar contra los normandos con un ejército compuesto de alemanes é italianos. Sin duda ninguna es esta una accion de aquellas por las cuales se acusó con mas fundamento á Leon IX, de que se abandonaba algunas veces á los movimientos demasiado impetuosos de su celo; y en efecto, es difícil justificar esta empresa, como no sea por la pureza de la intencion. Hermano, autor contemporáneo y célebre por su instruccion, dice con este motivo en su crónica, que no debia pelear el Papa con otras armas que con las espirituales, ni por otros bienes que por los de esta misma naturaleza (1).

(1) *Vit. Geof. lib. 1. cap. 14.*

55. Pedro Damiano, abad de los santos solitarios de Fuente Avellana en Umbría, oráculo de toda Italia y en extremo respetuoso para con los Sumos Pontífices, desaprobó sin embargo á las claras esta expedicion militar (1), que no protegió el cielo, porque á pesar de ser mucho mas numeroso el ejército pontificio, fue derrotado, apoderándose despues del Papa los normandos en un pueblecito en donde habia juzgado estar en salvo. Tratáronle con mucho respeto, y en cambio de su libertad le pidieron tan solo la absolucion de las censuras que habia fulminado contra ellos, las que revocó. Tuviéronle sin embargo en Benevento desde el mes de Junio de 1053 en que se dió la batalla, hasta el mes de Marzo del año siguiente.

56. Recibió en este intervalo la triste noticia de que Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, se habia declarado sin rebozo contra la iglesia romana. El ataque estaba preparado muy de antemano, habiéndose tratado con calma los medios de asegurar el golpe; estaban firmes en su resolucion los principales actores, y su gefe se hallaba en estado de poder levantar sin temor el estandarte de la rebelion. Es cierto que el émulo de Focio no tenia el ingenio, la erudicion ni las demás prendas de su modelo; pero no estaba aun cerrada la herida hecha antes á la iglesia griega: habíanse consumido sus fuerzas de un modo imperceptible, y segun el deplorable estado á que se hallaba reducida en tiempo de Miguel, bas-

(1) *Epist. 9.*

restablecer la buena armonía entre la iglesia griega y la latina, y obligó al patriarca Miguel á que escribiese con el mismo objeto. El Papa que ansiaba vivamente la union, envió tres legados á Constantinopla, que eran el cardenal Humberto, Pedro obispo de Amalfi y Federico diácono y cancelario de la iglesia romana, pariente del Papa y del Emperador Enrique, y despues Pontífice con el nombre de Estévan IX. Llevaban estos legados letras pontificias para el Emperador y para el patriarca de Constantinopla, y en ellas se daba solamente á este último el título de arzobispo. Dábale en cara el santo Pontífice, como una usurpacion insensata, el dictado que se atribuía de patriarca universal, denominacion que no quiso recibir jamás San Pedro ni ningun sucesor suyo (1). Ensalza, en la carta al Emperador, el celo de este Príncipe por haber sido el primero que propuso la concordia y la reunion (2). Despues trata del asunto de los normandos, y nos enseña que tomó las armas contra ellos, no para darles muerte, sino para reducir por el temor de los hombres á los que se mostraban inaccesibles al temor de Dios. He aquí lo que justifica la conducta de este santo Papa, que procuraba atraerlos de nuevo á los principios de la Religion por medio de exhortaciones paternales, y cuando ellos le daban mil seguridades de su obediencia con todo género de promesas, habian investido á los de su comitiva cuando menos era de esperar.

(1) *Epist.* 6 (2) *Ep.* 7.

58. El santo Pontífice escribió estas cartas estando todavía en poder de los normandos, á quienes edificó y confundió en medio de sus triunfos con el continuo espectáculo que les ofrecia de la austeridad y santidad de su vida (1). Dormia en el suelo encima de un simple tapiz, con una piedra por cabeza, y con un cilicio pegado á la carne. Permanecia echado muy poco tiempo: rezaba todas las noches el salterio, y hacia un sin número de genuflexiones. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y volvía á rezar el salterio con una infinidad de oraciones. Eran inmensas sus limosnas; no consintió jamás que se retirase desconsolado ningun pobre de cuantos se le presentaban. Desde el fatal combate de sus tropas con las de los normandos, se apoderó de él una tristeza mortal, y cayó despues en un abatimiento para el que no bastaron todos los recursos del arte. Volvió sin embargo á Roma, á pesar de la enfermedad que padecia; pero apenas estuvo allí algunos dias, cuando conociendo que sus fuerzas estaban del todo consumidas, aunque no pasaba de cincuenta años, hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para recibir la Estremauncion y despues el Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor. Murió á 19 de Abril de 1054, el año sexto de su pontificado, cuya dignidad estuvo vacante cerca de un año. Habia obrado muchos milagros durante su vida, y acontecieron muchos mas en su sepulcro. Honra la Iglesia su memoria el dia de su muerte.

(1) *Vit. cap.* 12.

59. Llegaron entretanto felizmente los legados á Constantinopla, y los recibió el Emperador con demostraciones muy honoríficas (1). Mientras permaneció en aquella capital Humberto, que era el gefe de la legacion, dió por escrito una respuesta estensa y sólida á la carta del patriarca Miguel y de Leon de Acrida contra los latinos. La comunicó al punto al Emperador, que quedó muy prendado de ella, mandando traducirla en griego y publicarla por todas partes. Tambien contestó al tratado del monge Nicetas, llamado por otro nombre Pectorato, que se reducía con corta diferencia á los mismos puntos que el escrito de Miguel Cerulario; aunque además habia acusado Nicetas á los latinos de que quebrantaban el ayuno de cuaresma, celebrando misa todos los dias antes de la hora de nona. En semejantes dias solo celebraban los griegos la misa de los presantificados á la hora de nona, y sin consagrar, como lo verifican todavia. Habiendo demostrado el sabio cardenal la frivolidad y ridiculéz de estas objeciones, hace ver que los latinos observaban la cuaresma mucho mejor que aquellos orientales, que deteniéndose en unas bagatelas despreciables, solian faltar de todo punto á la ley del ayuno; llevando á la iglesia legumbres ú otros manjares que comian públicamente.

60. Tambien mandó el Emperador que tradujesen este segundo tratado de Humberto; y no contento con esta providencia, fue en persona con los legados y con un gran número de cortesanos al monasterio

(1) *Baron. juxta cod. vatican.*

de Estudio del que era monge Nicetas, mandando entregar su libro á las llamas en presencia de todos, y obligando al autor á anatematizarle con todos los osados que negasen la primacia de la iglesia romana, ó reprendiesen un solo punto de su fe siempre ortodoxa. Parece que Nicetas se convirtió con sinceridad, pues al otro dia fue por su propia voluntad á buscar á los legados en su palacio, propuso algunas dificultades, y despues de haber recibido su solucion, volvió á condenar todo lo que habia dicho y escrito en perjuicio de la santa Sede; de suerte que no solo le admitieron los legados á su comunión, sino que se valieron de él últimamente para la comision que llevaban, distinguiéndole con su confianza.

61. No aconteció así con el artificioso patriarca. Como la especie de satisfaccion que habia dado al Sumo Pontífice, no tenia mas fundamento que el deseo de complacer á Constantino, y quizá estaba de acuerdo con el Emperador de una nacion, cuya rectitud, por mas alarde que se haga de ella, deja siempre alguna sospecha y desconfianza, lejos de retractarse con Nicetas, se negó siempre á hablar y á ver á los legados, tratándolos de escomulgados. Pasaron estos á Santa Sofia el sábado 16 de Junio, cuando estaba ya el clero preparado para celebrar la misa; se quejaron de la obstinacion cismática del patriarca Miguel; pusieron en el altar mayor una sentencia de escomunión, y despues salieron sacudiendo, segun el Evangelio, el polvo de sus pies.

taba la habilidad subalterna de este último corruptor para lo que restaba que hacer. Cuidó además de atraer á su partido dos hombres muy idóneos, el uno por su audacia y el otro por su erudición, para asegurarle un triunfo completo. El primero era Leon de Acrida, metropolitano de Bulgaria, y el otro Nicetas, monge del monasterio de Estudio. Miguel escribió en su nombre y en el de Leon á Juan, obispo de Trani en la Pulla, una carta que queria hacer llegar mucho mas lejos (1). Repetia en ella los cargos que habia dirigido Focio á los latinos; é impulsado de aquella especie de vanidad con que procuran los sectarios sobresalir los unos entre los otros, suponía que el occidente habia incurrido en un crimen enorme con el uso de los ácimos, de lo que no habló nunca el primer autor del cisma. Humberto, á quien el Papa Leon habia llevado consigo desde Lorena, que era ya cardenal del título de Santa Rufina, tuvo noticia al pasar por Trani de la carta del patriarca de Constantinopla, y como estaba muy versado en la lengua griega, la tradujo fielmente al latin, y la presentó al Papa, quien previó desde entonces todas las consecuencias de un ataque tan impensado y tan destituido de fundamento.

57. Espidió al punto el Sumo pontífice un rescrito para contener á aquellos osados que pretendian ilustrar, ó por mejor decir, denigrar á la iglesia romana, establecida por Jesucristo la primera y la maestra de las demás (2). „Conque la Silla apóstolica,

(1) *Ap. Baron. ann. 1045.* (2) *Leo. IX. Epist. 5.*

dice, „habrá ignorado por espacio de mas de mil años transcurridos desde que padeció muerte nuestro Redentor, cómo debe hacerse la memoria del sacrificio de esta víctima adorable? Descubre despues de esto los errores, las negligencias y muchas faltas inescusables y graves de que se podía acusar á los griegos con mas razon que á los latinos, dándoles en cara especialmente el abuso de conferir la dignidad episcopal á los eunucos; lo que ha dado motivo, dice, para publicar que habia sido colocada una muger en la silla de Constantinopla. Notemos aquí del paso el aprecio que debe hacerse de la historia de la Papisa Juana, que colocan sus inventores en una época anterior al Papa Leon IX. „En cuanto á los usos indiferentes, continua el Pontífice, y á las varias costumbres recibidas en diversas iglesias, seria una cosa irracional y muy culpable separar de la comunión á alguna de ellas con este vano pretexto. Dando de este modo la iglesia romana ejemplo de condescendencia y de caridad, no solo permite que los griegos sigan en Roma sus usos particulares, sino que los exhorta á observarlos religiosamente, mientras que en Constantinopla se cierran las iglesias á los latinos, segun ha llegado á nuestra noticia. Nosotros sabemos que lo que perjudica á la salvación no es la diversidad de costumbres, sino la falta de fe y de caridad.”

Entretanto el Emperador Constantino Monómaco, necesitando al Papa y al Emperador Enrique contra los normandos, escribió al Sumo Pontífice á fin de

Dieron, hecho esto, á las iglesias latinas de Constantinopla los consejos que tuvieron por acertados, despidiéronse del Emperador, y emprendieron su viaje á Roma llevando muchos regalos para San Pedro y para San Benito de Monte-Casino.

Dos dias despues, cuando estaban ya en Silimbria, los llamó el Emperador á instancias del patriarca, que ofrecia por último conferenciar con ellos y proceder á la reunion. Pero el pérfido cismático, bajo el pretexto de una conferencia pública que habia pedido, queria hacer morir á los legados á manos del pueblo, persuadiéndole que habian fulminado la excomunion contra los griegos, y que pretendian sujetarlos á los latinos como esclavos. El Emperador que conocia á su patriarca, no quiso que se celebrase conferencia ni concilio sin su asistencia personal; y despues de haber comprobado sus sospechas con las dificultades mismas que opuso al designio del cismático, ordenó sin tardanza que volviesen á salir los legados. Miguel Cerulario, irritado al ver frustradas sus ideas, escitó una sedicion contra el Emperador, acusándole de que procedia de acuerdo con los latinos para oprimir la libertad de los griegos; y tomó este asunto un aspecto tan serio, que se vió en la necesidad el Príncipe de poner en manos del patriarca los intérpretes de los legados, que no habian salido aun de Constantinopla. Toda la venganza que tomó entonces de Cerulario, hombre temible por el gran número de cismáticos, se redujo á quitar los empleos á los parientes y amigos de este prelado re-

volucionario, y alejarlos de palacio. La muerte de Constantino, que anticiparon sus desórdenes, acaeció á últimos del año 1054, no permitiendo á este Emperador castigar con mas severidad á un vasallo tan delincuente. Habia muerto algun tiempo antes la Emperatriz Zoe; por lo que subió al trono segunda vez su hermana Teodora, y fue reconocida por única Soberana en todo el imperio. Aunque supo hacer este segundo reinado temible á las potencias estrangeras y amable á sus propios vasallos, se receló de que el patriarca sedicioso intrigase contra ella, como lo habia hecho contra Constantino, y así es que Miguel Cerulario tuvo en tiempo de esta Emperatriz todo el poder necesario para acabar felizmente lo que habia dejado Focio tan bien preparado.

No se contentó con espedir contra los legados de la santa Sede un decreto de anatéma aprobado por catorce arzobispos, y con esparcir el cisma por todos los medios posibles en el imperio de oriente, cuya estension era ya bastante limitada; sino que quiso tambien que le adoptasen las demás iglesias patriarcales, las que opusieron al principio alguna resistencia en cuanto á declararse abiertamente contra la Silla del Príncipe de los Apóstoles. Pedro, patriarca de Antioquía, contestó á estas solicitudes de un modo conforme á su primera conducta; porque al tomar posesion del patriarcado en el año anterior, pidió la comunión del Papa Leon IX, y confesó públicamente la primacía de la iglesia romana. Hizo presente al agente de la discordia que la mayor parte de sus que-

sin embargo de que segun la carta de San Tarasio de Constantinopla, habian confesado en el segundo concilio de Nicea que la tercera Persona de la Trinidad procedia del Padre por el Hijo. Como quiera que sea, debilitaron poco á poco los vínculos de su union con la Silla de San Pedro, borrarón de sus dipticos á los Romanos Pontifices, y se confundieron muy en breve con el partido cismático de Cerulario.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. *Circunstancias favorables á los designios cismáticos de Miguel Cerulario.* 2. *Principios de Hildebrando.* 3. *Eleccion de Víctor II.* 4. *Legacion del subdiácono Hildebrando en Francia.* 5. *Deposicion de Hugo de Embrun, obispo simoniac.* 6. *Concilio de Tours.* 7. *Mauger de Roan, depuesto por incontinente.* 8. *Confesion de fe contra la heregia de Berengario.* 9. *El Papa Víctor en Alemania.* 10. *Muerte del Emperador Enrique el Negro.* 11. *Sucede Estévan IX á Víctor II.* 12. *Pedro Damiano creado cardenal.* 13. *Didier, abad del Monte-Casino.* 14. *Isaac Comneno, Emperador de Constantinopla.* 15. *Desgracia de Miguel Cerulario.* 16. *Isaac Comneno abraza por penitencia la vida monástica.* 17. *Benedicto X Antipapa.* 18. *El Papa Nicolao II.* 19. *Crea cardenal al abad Didier.* 20. *Reglamentos para la eleccion de los Papas.* 21. *Decretos contra los clérigos concubenarios y simoniacos.* 22. *Se vé reducido Berengario á confesar claramente la fe católica.* 23. *Peligros de la legacion de Pedro Damiano en Milan.* 24. *Tratado de Nicolao II con Ricardo y Roberto Guiscardo.* 25. *Coronacion de Felipe, hijo del Rey de Francia.* 26. *Eleccion de Alejandro II.* 27. *El*

jas contra los latinos estaban reducidas á unos usos indiferentes; que los griegos por su parte tenían también otras prácticas muy particulares; que en los cargos mas serios que hacian á los occidentales se debía considerar la buena intencion, y que mientras no peligraba la fe, era necesario temer ante todas cosas el rompimiento de la unidad y de la caridad fraternal. Observó asimismo en las cartas de Miguel (*) muchos

(*) Dos fueron los escritos ó las cartas principales de Miguel Cerulario para la renovacion del cisma, y diferentes en cada una de ellas las imputaciones que hacia á los latinos. En la primera dirigida al obispo de Trani en su nombre y en el de Leon de Acrida, reducía sus acusaciones á cinco capítulos, á saber: que los romanos consagraban con pan ácimo: que ayunaban el sábado: que comían carne sufocada: que en la cuaresma omitían la *Alleluya*; y que prescribían el celibato á los clérigos. Ninguna mención hizo en esta primera carta de la procesion del Espíritu Santo. Mas en la segunda, que dirigió al patriarca de Antioquia cuando enfurecido por la excomunion que fulminaron contra él los legados del Sumo Pontífice, y libre ya del freno del Emperador, pudo dar ensanche á su pasion y manifestar de lleno su espíritu cismático, añadió á las antiguas nuevas y mas atroces calumnias contra la iglesia romana. Trató entonces claramente á los latinos de hereges, porque creían que el Espíritu Santo procede también del Hijo, y habían añadido al símbolo la partícula *Filioque*. Acusólos de enemigos de las santas imágenes; de que no veneraban como santos á los grandes doctores de la iglesia griega Gregorio el Teólogo ó el Nazianzeno, Basilio y Juan Crisóstomo; de que prohibían contra toda ley el matrimonio á los sacerdotes; que permitían á dos hermanos casarse con dos hermanas; que comían carnes en la semana de quincuagésima, y de otros muchos capítulos pertenecientes á la disciplina. Con estos amañados diabólicos arrastró el pérfido Cerulario á su cisma á los patriarcas y á muchos prelados orientales; sin embargo, no logró separar á toda la iglesia griega y hacer en ella universal el cis-

masgos groseros de ignorancia ó de mala fe, como la imputacion hecha á los latinos de que comían sangre y carne sufocada, siendo así que en occidente se abstendian todos de estos manjares del mismo modo que en oriente. Que no honraban las reliquias y las santas imágenes, cuando el patriarca de Antioquia confiesa que veía él mismo á los peregrinos francos rendirlas un culto piadoso; y en fin, el anacronismo relativo á los dípticos de Constantinopla y al Papa Vigilio, de quien dice el ignorante y fogoso Miguel, que fue borrado de ellos por no haber querido presentarse en el sexto concilio, cuando se habia celebrado un siglo despues de la muerte de este Papa. „Considerad, continuaba Pedro de Antioquia, que de la division entre nuestras iglesias y la gran Silla apostólica han dimanado todas las desgracias: que por esta causa los pueblos están llenos de inquietudes y conmociones, las ciudades y las provincias desoladas, y nuestras armas abatidas en todas partes.” Parece que el artículo de la procesion del Espíritu Santo era el único que disonaba á este patriarca, como también á la mayor parte de los orientales,

ma como deseaba, pues se ven aun nuevas embajadas de los Papas en Constantinopla en tiempo de Alejandro II y de Pascual II. Empero fue siempre estendiéndose mas y mas esta grande escision, y aunque se trabajó muchas veces y llegó á lograrse, como veremos en el discurso de la historia, la reconciliacion de los griegos con el centro de la unidad, sin embargo jamás fue esta duradera, y cuantas veces abjuraron su cisma tantas tornaron á abrasarle y con mayor impiedad. Véase el Card. Lorenzo Coyza en su *Hist. polem. de græcor. schism.*

sin embargo de que segun la carta de San Tarasio de Constantinopla, habian confesado en el segundo concilio de Nicea que la tercera Persona de la Trinidad procedia del Padre por el Hijo. Como quiera que sea, debilitaron poco á poco los vínculos de su union con la Silla de San Pedro, borrarón de sus dipticos á los Romanos Pontifices, y se confundieron muy en breve con el partido cismático de Cerulario.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. *Circunstancias favorables á los designios cismáticos de Miguel Cerulario.* 2. *Principios de Hildebrando.* 3. *Eleccion de Víctor II.* 4. *Legacion del subdiácono Hildebrando en Francia.* 5. *Deposicion de Hugo de Embrun, obispo simoniacó.* 6. *Concilio de Tours.* 7. *Mauger de Roan, depuesto por incontinente.* 8. *Confesion de fe contra la heregia de Berengario.* 9. *El Papa Víctor en Alemania.* 10. *Muerte del Emperador Enrique el Negro.* 11. *Sucede Estévan IX á Víctor II.* 12. *Pedro Damiano creado cardenal.* 13. *Didier, abad del Monte-Casino.* 14. *Isaac Comneno, Emperador de Constantinopla.* 15. *Desgracia de Miguel Cerulario.* 16. *Isaac Comneno abraza por penitencia la vida monástica.* 17. *Benedicto X Antipapa.* 18. *El Papa Nicolao II.* 19. *Crea cardenal al abad Didier.* 20. *Reglamentos para la eleccion de los Papas.* 21. *Decretos contra los clérigos concubenarios y simoniacos.* 22. *Se vé reducido Berengario á confesar claramente la fe católica.* 23. *Peligros de la legacion de Pedro Damiano en Milan.* 24. *Tratado de Nicolao II con Ricardo y Roberto Guiscardo.* 25. *Coronacion de Felipe, hijo del Rey de Francia.* 26. *Eleccion de Alejandro II.* 27. *El*

de Leon, y depuso á seis obispos reos de simonía. Estando contaminado con el mismo vicio el arzobispo de Embrun, llamado Hugo, y empleando para conservar su dignidad los mismos medios de que se habia valido para conseguirla, sobornó á sus acusadores, se presentó despues en el concilio con mucha satisfaccion, y preguntó en tono altivo, donde se hallaban sus acusadores. Guardaban todos los concurrentes un profundo silencio; pero el legado preguntó al reo suspirando: „¿Crees que el Espíritu Santo es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo? Lo creo firmemente, respondió Hugo. Dí, pues, el *Gloria Patri*, replicó Hildebrando.” Principió Hugo pronunciando los nombres del Padre y del Hijo, y no pudo nombrar jamás al Espíritu Santo, aunque lo intentó por tres veces. Reconociéndose entonces el prelado simoníaco indigno de proferir el nombre de la Persona adorable, cuyos dones habia profanado con su comercio sacrilego, se confesó públicamente reo, y sufrió sin resistencia la pena de deposicion. Por un milagro de otra clase, menos admirable á la verdad pero mas feliz que el primero, acompañó hasta Cluny al santo abad Hugo que habia asistido al concilio, y se hizo monge de aquella abadía para llorar sus pecados, y reparar el escándalo causado con ellos ⁽¹⁾. Pedro Damiano y Didier de Monte-Casino, que fue despues Papa, atestiguan este milagro, diciendo que lo habian oido de boca de Hildebrando ⁽²⁾; pero la

(1) *Guill. Malmesh. de Reg. Angl. lib. 3.* (2) *Petr. Opusc. 19. cap. 6.*

prueba menos equívoca de semejante prodigio fue el gran número de simoníacos á quienes inspiró un terror saludable, pues hubo cuarenta y cinco obispos y veintisiete abades ó priores que se confesaron reos de simonía, y renunciaron voluntariamente sus dignidades ⁽¹⁾.

6. Hildebrando acompañó á San Hugo hasta Cluny, donde habia sido monge, y en la visita de esta comunidad numerosa solo halló motivos para aplaudir la regularidad, la concordia y todas las virtudes que no habian cesado de reinar en ella. Pasó desde allí á Tours para condenar á Berengario en el mismo sitio que habia sido el oriente y la escuela del error. No pudo menos de presentarse el heresiarca, y concurrió tambien Lanfranco, su mas terrible antagonista, como que nadie mejor que él podia seguir al sofista en los efugios de su vana dialéctica. No consiguió en efecto Berengario resistir á este hombre profundo y penetrante, y tomó el partido de abjurar y protestar que no pensaria ya de la Eucaristía de distinto modo que la Iglesia Católica. Aunque Berengario estaba muy lejos de cumplir este juramento, siguiendo la conducta que observan generalmente los sectarios cuando puede serles útil el perjurio, sirvió su confesion para desengañar á muchos partidarios suyos, preparando á Bruno de Angers, que era su mas ardiente protector, á una conversion sincera.

Trataron en el concilio de Tours de un asunto muy distinto y muy ageno de la potestad puramen-

(1) *Petr. Arag. de gest. Rom. PP.*

te espiritual de los ministros de Jesucristo; pero contentiéndose entonces Hildebrando en unos límites que parece no respetó en lo futuro, procedió aquí con todos los preladados por vía de exhortación y de mediación. Había el Emperador Enrique III enviado diputados á Tours para quejarse de que Fernando, Rey de Castilla, tomaba el título de Emperador, y para prohibirle que volviese á usar de él. Establecía de este modo el Emperador á los padres del concilio árbitros de su derecho; y habiendo juzgado estos que era legítimo y bien fundado, consultaron al Papa, y de acuerdo con su Santidad enviaron embajadores al Rey Fernando, quien se aconsejó de los obispos y grandes de sus estados, respondiendo en su consecuencia que no volvería á atribuirse la cualidad de Emperador y cumpliendo su palabra, con lo que quedó concluido este asunto (*).

(*) Los mismos vasallos del Rey D. Fernando principiaron á dar á este gran Monarca el título de Emperador, y sin duda fue la causa el haber sublimado tanto el trono de Castilla y Leon, y reducido á cuasi todos los Príncipes de España á reconocer su superioridad y á pagarle tributo. Por el hecho del concilio de Tours han pretendido algunos historiadores suponer como cierta la dependencia de España del imperio, pero los mas juiciosos han desechado toda su narración como fabulosa, de suerte que el Dr. Ferreras tom. 5, año 1060, se atrevió á decir, *que no había hallado ni en los escritores germánicos ni en otros de aquella edad rastro de tal dependencia*. Lo cierto es que el trono de España desde los tiempos de Leovigildo siempre se consideró como independiente de toda potestad estrangera, y aun al restablecer Carlo-Magno el imperio de occidente, reconoció los derechos y soberanía de la corona de Asturias, y mas adelante se

7. Creyó el legado que era sincera la conversión de Berengario, y que estaba segura la fe, y trató de la reforma y restauración total de la disciplina. El artículo que presentaba mas dificultades era el celibato de los clérigos, principalmente en Normandía, ya por el mal ejemplo de los últimos arzobispos de Roan, y ya por un efecto de la ignorancia y de la rudeza de los primeros conquistadores de aquella provincia. Depusieron al arzobispo Mauger, que había tenido muchos hijos durante su episcopado, en un concilio celebrado en Lisieux, según las intenciones de su sobrino el duque Guillermo, quien le había

verá como D. Alonso VII tomó y conservó hasta la muerte el título de Emperador sin que nadie se lo pudiese impedir.

En el año 1054 se añadió un nuevo motivo á D. Fernando para titularse Emperador, por la conquista y reunión á su corona de una gran parte del reino de Navarra. Ya mucho tiempo que los dos Reyes, aunque hermanos, andaban divididos y con mútuas sospechas, hasta que por último entró D. García con poderoso ejército en los dominios de D. Fernando. Salió este á hacerle frente con no menores fuerzas, diéronse batalla en el valle de Atapuerca á cuatro leguas de Burgos, en la que fue vencido y muerto el Rey de Navarra; con lo cual quedó Don Fernando dueño del campo y de todo el reino de su hermano, bien que hizo despues coronar al hijo mayor de D. García llamado Sancho, reservándose solamente la Rioja. Hecho esto convirtió D. Fernando todas sus fuerzas contra los moros, y no cesó de batirles por todas partes hasta en el mismo año de su muerte, que fue el de 1065. Empero en medio de sus guerras y conquistas no olvidó el engrandecimiento y prosperidad de la Religión. En una de sus campañas con el Rey de Sevilla, estipuló, al pedirle el moro la paz, que le entregase el cuerpo de Santa Justa, aunque despues por no separarle del de su hermana Santa

advertido con frecuencia, pero sin ningun fruto, que viviese de un modo mas digno de su estado. Maurilo, su sucesor, honró con su conducta el monasterio de Fecamp, y trabajó con sus sabias disposiciones en impedir por lo menos que prescribiese la incontinencia contra los cánones.

8. Pero aun atendió con mas particular cuidado á preservar á su pueblo del contagio de la heregía; y para asegurarse de la fe de los pastores directamente encargados de la enseñanza, ordenó que en el mismo año de su eleccion se dispusiese en un concilio celebrado en Roma una fórmula ó profesion de fe

Rufina, se tomó en su lugar el del Doctor de la España San Isidoro, trasladándolo con magnificencia verdaderamente real á la iglesia de San Juan de Leon, que en adelante se llamó de San Isidoro. Se hizo esta traslacion en 1063.

Durante el reinado de D. Fernando se tuvieron frecuentes concilios en España. A mas de los ya mencionados, se celebró en 1056 el primero de Santiago, cuyos padres recopilaron en seis cánones lo principal de la disciplina eclesiástica, así en cuanto al oficio divino, como en lo tocante á la observancia clerical y monástica. En 1060 congregó el Rey de Aragon D. Ramiro un sínodo muy numeroso en el monasterio de San Juan de la Peña para el restablecimiento de la disciplina. Se determinó en él que el obispo llamado de Aragon, residiese en Jaca hasta la conquista de Huesca, y que sus sucesores se eligiesen siempre de entre los monges de dicho monasterio. A estos dos concilios que fueron los mas numerosos, se deben añadir otras muchas asambleas de obispos tenidas con motivo de la dedicacion de alguna nueva iglesia, y los que se celebraron para terminar la cuestion que se agitaba entre Roma y España sobre el oficio mozárabe, de lo que hablaremos en los libros siguientes. Véase el tom. 3 de la coleccion de Aguirre, y el lib. 9 del P. Mariana.

capáz de obviar á todos los artificios de Berengario, la que debian firmar todos los prelados antes de su consagracion.

Este testimonio, que es uno de los mas convincentes y exactos de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor, estaba concebido en estos términos (1). „Creemos con el corazon y confesamos con los labios que el pan que se ofrece en el altar no es mas que pan antes de la consagracion; pero que en virtud de las palabras sagradas, la substancia ó naturaleza del pan se convierte por el poder de Dios en la substancia de aquella misma carne que fue formada por obra del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María, al que azotaron, sepultaron, y resucitando al tercero dia está sentado á la diestra de Dios Padre. Creemos igualmente que el vino mezclado con agua y puesto en el cáliz para ser consagrado, se convierte verdadera y substancialmente en aquella misma sangre que fue derramada por la redencion del mundo. Escomulgados sean todos aquellos que piensan ó hablan de una manera opuesta á esta creencia apostólica.” El concilio en que se dispuso este formulario fue celebrado el año 1055.

9. El Emperador Enrique convidó al Papa el año siguiente á que fuese á verle á Sajonia; y el Pontífice, que era aleman, se prestó á ello al instante, como acabamos de ver. Admiran á la verdad estos largos viages de los Papas, multiplicados especialmente desde que una tierra tan lejana del sepulcro del

(1) *Analect. tom. 2. pag. 441.*

Antipapa Cadaloo. 28. San Annon, arzobispo de Colonia. 29. Obras de Pedro Damiano. 30. Santo Domingo el Lorigado. 31. Penitencias y devociones de aquellos tiempos. 32. San Rodulfo de Eugubio. 33. Pedro Damiano legado en Francia. 34. Privilegios de Cluny. 35. Legacion de Pedro Damiano en Alemania. 36. San Vulstano, obispo de Worchester. 37. San Eduardo, Rey de Inglaterra. 38. Leyes del Rey Eduardo. 39. San Gotescalco, Príncipe de los esclavones. 40. Estado de las iglesias del norte. 41. Penitencia de Sueñon, Rey de Dinamurca. 42. Martirio de San Gotescalco. 43. Apostasia y destrozos de los esclavones. 44. Los Santos Erico y Alfardo, martirizados en Suecia. 45. Exhortaciones del Papa à Haroldo, Rey de Noruega. 46. Pedro, obispo de Florencia, acusado de simonia. 47. San Juan Gualberto, fundador de Valumbrosa. 48. Primeros hermanos conversos. 49. Institucion de los canónigos reglares. 50. Persecuciones de Pedro de Florencia contra su clero. 51. San Pedro Igneo. 52. Martirio de San Arialdo. 53. Thibaldo de Provins. 54. Proscripcion de la simonia y de la incontinencia de los clérigos. 55. Guillermo el Bastardo conquista la Inglaterra. 56. Lanfranco elevado à la silla de Cantorberi. 57. Progresos de los túrcos seljucidas. 58. Ambicion del patriarca Xiflino. 59. Romano Diógenes, prisionero del sultan Asan. 60. Vicios del Emperador Enrique IV. 61. Retirase la Emperatriz Inés.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO TRIGÉSIMO-SEGUNDO.

Desde la consumacion del cisma de los griegos en el año 1054, hasta el Pontificado de San Gregorio séptimo en el de 1073.

1. La circunstancia de carecer por largo tiempo la santa Sede de Pastor despues de la muerte de Leon IX, dió oportunidad à Miguel Cerulario para dilatar por oriente, y consolidar à su placer el cisma de los griegos. La corta duracion de la mayor parte de los pontificados hasta el de Gregorio VII, los Antipapas que se levantaron en este intervalo, y otras muchas dificultades domésticas estorbaron à estos Pontífices continuar un asunto que exigia mucha destreza para dirigirle y preveer sus consecuencias. Hildebrando, que por su mucha virtud y santidad estaba ya muy acreditado antes de subir à la Silla de San Pedro, tenia sin duda alguna bastante ingenio y valor para las mayores empresas; pero era de un carácter inflexible, y en su tiempo se reputaban

por ciertas algunas máximas que hoy miramos como preocupaciones. Quisiéramos en verdad pasar en silencio en la Historia Eclesiástica, y en los fastos de aquella madre de la paz y de la concordia, algunos hechos. Las falsas decretales de Mercator que entonces corrian por verdaderas, fueron, como observaremos, la causa de que los hombres de aquel tiempo creyesen gozar prerogativas que no tenían, y las defendiesen con buena intencion como este santo Papa.

2. Hildebrando, natural de Toscana, hijo de padres humildes, instruido en las letras y en la piedad por el cuidado y vigilancia de una tia suya, que era abadesa del Monte Aventino, fue monge de Santa Maria en el mismo sitio, y despues de Cluny, abad de San Pablo de Roma, subdiácono, y poco despues arcediano de la iglesia romana, teniendo desde muy jóven una parte muy principal en todos los asuntos de interés (1). Mucho antes de ser Papa, parecia que estaba á su cargo lo mas delicado del gobierno de la Iglesia. Despues de la muerte de Leon IX el pueblo y el clero de Roma le enviaron á Alemania con facultad de elegir el sugeto que creyese digno de suceder á aquel Pontífice, cuyas virtudes hacian desear un nuevo Papa de la misma nacion.

3. Hildebrando hizo en una asamblea celebrada en Maguncia que eligiesen los obispos á Gebehardo de Eichstet, pariente inmediato del Emperador. Sintiólo mucho este Príncipe, ya por la tierna amistad que le profesaba, y ya tambien por las grandes ven-

(1) *Bolland. tom. 17. pag. 113. = Act. Bened. sæc. VI. p. 407.*

tajas que le proporcionaba su extraordinaria capacidad. Gebehardo por su parte agradeció tan poco sus buenos oficios á Hildebrando, que profesaba todavía la vida monástica, que solo por esto aseguran que miró siempre con mucha indiferencia á los monges. Cedió no obstante, temiendo resistir á la disposicion del cielo, y marchó á Roma donde le reconocieron por unánime consentimiento con el nombre de Víctor II, encumbrándole al Solio Pontificio el jueves santo, 13 de Abril de 1055. Ocupó la santa Sede solamente dos años y algunos meses, y conservó hasta su muerte el obispado de Eichstet. Grangeóle su celo por la disciplina varios enemigos que pretendieron despojarle de la vida, poniendo veneno en el cáliz con que estaba celebrando; pero libró Dios á este virtuoso Pontífice de un modo milagroso, segun cuenta un autor fidedigno y contemporáneo.

4. Pasó á Italia el Emperador en el mismo año que el nuevo Papa, y celebraron en Florencia un concilio numeroso, así para estirpar los abusos renovados despues de la muerte del santo Papa Leon, como para proscribir otra vez los errores de Berengario (1). Con el objeto de hacer participantes de estos frutos saludables á las iglesias vecinas, envió Víctor á Francia en calidad de legado al subdiácono Hildebrando, á quien no podia menos de apreciar, conociendo por esperiencia propia su perseverancia invencible en los mayores obstáculos.

5. Celebró el legado un concilio en la provincia

(1) *Lamb. ann. 1054.*

Príncipe de los Apóstoles había principiado á ser, por decirlo así, el plantel de sus sucesores. Nos guardaremos sin embargo muy bien de imputar á unos hombres revestidos de un carácter tan superior á la naturaleza de una predilección ó inclinación natural á su propio país; antes bien elogiaremos la sabiduría y acierto de las providencias que tomaba la iglesia romana para tener Pontífices que mirasen con igual amor á todos los sitios y á todos los pueblos. El Emperador pasó desde Goslar á Botfeld en el extremo de la Turingia, adonde le acompañaron el Pontífice y una multitud extraordinaria de señores; pero parece que Enrique había reunido toda la grandeza del imperio con el único objeto de que asistiese á su muerte.

10. Apenas llegó, cayó enfermo: exigió que el Papa y los señores eclesiásticos y legos confirmasen la elección de su hijo llamado también Enrique, ya coronado dos años antes; y murió á los siete días de enfermedad, el 7 de Octubre de 1056, siendo de edad de treinta y ocho años. Aunque Enrique el Negro era piadoso, y poseía muchas virtudes, lloráronle poco á causa de su despotismo, que se extendió hasta la colación de los beneficios. Fue el primero que en Alemania pretendió tener este derecho en virtud del de las investiduras que le habían transmitido sus predecesores; consecuencias en cierto modo necesarias de las riquezas y dignidades temporales que se acumularon en los sucesores de los Apóstoles, á quienes fueron sin comparación más funestas, como

veremos muy en breve, que su antigua y pacífica medianía.

11. Algun tiempo después de haber regresado á Italia el Papa Víctor murió en Toscana á 28 de Julio de 1057. Llegando á Roma al punto esta noticia, corrieron muchas personas del clero y del orden de los ciudadanos á buscar al cardenal Federico, que era uno de los tres legados que habían pasado á Constantinopla á causa de la conducta cismática de Miguel Cerulario. Cumplida su comisión, había abrazado la vida monástica en Monte-Casino donde fue abad, y residía en Roma, donde gozaba gran reputación de sabiduría y virtud. Los romanos le consultaron sobre la elección del Papa; y Federico les indicó al cardenal Humberto, al subdiácono Hildebrando y á los obispos de Veletri, Perugia y Tuscúli, como los cinco varones que conocía más dignos del pontificado entre todos los que vivían en Italia. Pretendían esperar algunos romanos á Hildebrando que estaba entonces en Toscana; pero declarándose los demás á favor de Federico, á quien causó esta noticia no menos consternación que sorpresa, le sacaron á pesar suyo del monasterio de San Andrés donde residía, le llevaron á la iglesia de San Pedro *ad vincula*, en la que le eligieron Papa, y le dieron el nombre de Estévan IX, porque era la fiesta de San Estévan Papa, día 2 del mes de Agosto. Condujéronle desde allí al palacio pontifical de Letran en medio de las aclamaciones de toda la ciudad, y al día siguiente muy de mañana fueron á buscarle todos los cardenales, el

clero y el pueblo, para llevarle á San Pedro, en donde le consagraron.

Principió Estévan IX su pontificado celebrando muchos concilios para poner un freno á la vida escandalosa de los clérigos. Procuró indagar quiénes eran los que habian quebrantado las leyes de la continencia despues de la prohibicion de Leon IX; y aun aquellos que abandonaron sus mugeres y abrazaron la penitencia fueron escludidos del santuario por cierto tiempo, y privados para siempre de la facultad de celebrar los santos misterios.

12. Sacó poco despues el Papa Estévan á Pedro Damiano de la soledad en que vivia, y le nombró cardenal y obispo de Ostia, esto es, el primero de los cardenales (1). Aplandieron todos esta eleccion, excepto Pedro que la resistió con todas sus fuerzas. Fue necesaria una órden espresa del Sumo Pontífice, acompañada de amenazas en caso de que continuase resistiéndose. El humilde solitario se sujetó al yugo brillante que le imponian; pero solo lo miró por el lado peligroso, y no cesó de llorar hasta que por último logró libertarse de él. Escribió poco despues de su promoción á los obispos sus hermanos y compañeros, esto es, á los siete obispos cardenales, á quienes llama obispos de la iglesia de Letran, porque eran los que tenian derecho para officiar en ella en vez del Papa (2). Llamábaseles tambien hebdomadarios, porque servian alternativamente por semanas; y colate-

(1) *Vit. S. Petr. Dam. cap. 44.* (2) *Cod. Vatican. ap. Baron. ann. 1057.*

rales, porque en cierto modo eran inseparables del lado del Pontífice. Observamos por esta carta cuánto se habia penetrado el autor de la pureza de su estado, cuya dignidad dice que estriba solo en la pureza y santidad de vida, y en evitar todo fausto y toda pompa exterior. Declama principalmente contra aquellos que sin dejar las costumbres del siglo, ni tener mas méritos que los servicios que prestan á los Reyes en sus egércitos, se esfuerzan por obtener las primeras dignidades de la gerarquía. „Por dominar al clero, dice (1), padecen mucho tiempo una dura servidumbre. Seriales mas fácil adquirir este derecho á peso de oro, que comprarle así con servicios propios de esclavos; porque hay tres géneros de valores ó compras, y de consiguiente tres géneros de simonía: la de la mano que cuenta el dinero, la que derrama gracias, y la de la lengua que lisonjea. Por lo tanto, los que adquieren las dignidades eclesiásticas por estar sirviendo al lado de los Príncipes, lejos de eximirse de la simonía, suelen ser reos de las tres especies á un mismo tiempo.

13. Aplicó tambien el Papa Estévan los talentos y virtudes del abad Didier al bien general de la iglesia. Era Didier uno de los mas distinguidos personajes de su siglo, descendia de la ilustre casa de los Príncipes de Benevento, habia mostrado una rara piedad desde la infancia, y experimentó todo género de obstáculos y persecuciones por parte de sus parientes por huir de sus ideas ambiciosas y abrazar la po-

(1) *Lib. 2. Epist. 1.*

breza evangélica (1). Al pasar Estévan al pontificado desde la abadía de Monte-Casino que deseaba conservar, hizo que eligiesen á Didier abad de aquel monasterio, sin embargo de que habia manifestado ya el designio que tenia de enviarle á Constantinopla en calidad de legado. Por un convenio muy particular resolvieron á principios del año 1058, que si Didier volvía viviendo Estévan, se encargaria del gobierno de la abadía bajo las órdenes de este Pontífice, y que si el Papa moria en este intervalo, reconocieran á Didier absolutamente por abad. Pasó este desde luego á Bari á esperar viento favorable para hacerse á la vela.

14. Habia mudado el imperio de oriente de dueño en el discurso del año anterior. La anciana Emperatriz Teodora, que fundada en las predicciones de algunos monges griegos se habia lisonjeado de vivir siglos enteros, no reinó mas que unos diez y ocho meses, sin desvanecerse sus locas esperanzas, hasta que se vió, por decirlo así, en los brazos de la muerte. Consiguieron entonces de ella sus eunucos que declarase Emperador á Miguel Estratónico, que disfrutaba la reputacion de hombre versado en las cosas de la guerra; pero era sumamente viejo, y no entendia nada de gobierno, de modo que se vió muy pronto en mil apuros de que no pudieron sacarle los autores de su elevacion, que solo eran á propósito para dominarle.

Isaac Comneno, que era de una casa ilustre ori-

(1) *Chron. Cass. lib. 3. cap. 2.*

ginaria de Italia, segun se cree, fue proclamado Augusto despues de algunas rebeliones á 8 de Junio de 1057 por las tropas que mandaba en Asia. Miguel sostuvo la guerra por espacio de algunos meses; pero habiéndose presentado Comneno delante de Constantinopla, fueron á Santa Sofia muchos patricios acompañados de un gran número de ciudadanos, y llamaron al patriarca Miguel Cerulario, que estaba muy bien instruido de esta conspiracion premeditada, aunque procuraba disimularlo (1). Mantúvose encerrado en su casa, y envió á sus sobrinos para que se presentasen á los principales autores de la conjuracion, quienes fingiendo estar irritados contra ellos, los amenazaron con que los habian de ahorcar si no condescendia el patriarca con sus deseos. Mostróse, pues, revestido de las insignias pontificales, y afectó una indignacion muy grande contra la supuesta violencia que le hacian. Lleváronle al altar, le pidieron que obligase al Emperador Miguel á entregar el juramento que se le habia hecho por escrito; y sin esperar la egecucion de esta formalidad ilusoria, proclamaron Emperador á Comneno el dia 31 de Agosto del año 1057, declarando enemigos del estado á todos aquellos que no prestasen su consentimiento. Miguel Cerulario fue el primero que dió su aprobacion, egecutando lo mismo Teodoro, patriarca de Antioquia que estaba presente, y que propuso demoler las casas de los grandes que opusiesen resistencia.

Arrojando entonces la máscara Miguel Cerulario,

(1) *Zonar. lib. 17. cap. 19.*

envió á decir á Comneno que se presentase al punto, y que no se olvidase del favor que acababa de hacerle; y al viejo Emperador le dió á entender por medio de algunos metropolitanos que se retirase de palacio, en donde no tenia ya autoridad alguna. El miserable anciano preguntó qué recompensa se le ofrecía: *el reino de los cielos*, (respondieron los preladados, empleando sacrilegamente su carácter para burlarse del Evangelio y consumir la rebelion). Despojóse al momento de la púrpura con mucha docilidad, y abandonó el palacio. Perdonaron la vida á un Soberano depuesto, que no era capaz de inspirar el menor recelo: habia reinado un año y algunos dias. Entró Comneno al otro dia en Constantinopla, y le coronó solemnemente en la iglesia mayor el patriarca Miguel.

En los dos años y tres meses que reinó el nuevo Emperador, fue las delicias de sus vasallos por la sabiduría de su gobierno; y á la verdad nada le hubiera faltado si hubiese ascendido á él por un medio mas legítimo (1). Reparó los desórdenes de los reinados precedentes y la entera decadencia de las rentas públicas: restituyó á la iglesia de Constantinopla la administracion de sus bienes, usurpada por sus predecesores; y redujo á la costumbre antigua los derechos de los obispos, así en cuanto á las contribuciones de las parroquias como en cuanto á las órdenes; á saber, una moneda de oro por las órdenes de un clérigo inferior, tres por el diácono, y tres por

(1) *Jus. Græc. Rom. lib. 2.*

el presbítero; lo que nos da á entender el estado en que se hallaba la pureza de la disciplina entre aquellos émulos presuntuosos de los latinos, al propio tiempo que trataban á estos con un desprecio tan insultante. Tambien cercenó este Emperador las rentas de algunos monasterios, cuya providencia bastó para mejorar la constitucion del estado. Despues de calcular lo que les bastaba para las necesidades limitadas del género de vida que habian abrazado, se apropió todo lo demás.

15. Encarecia entretanto sobremanera Miguel Cevalario los derechos que pretendia tener á la gratitud del Emperador Comneno. Cansábale con súplicas continuas, y algunas veces insolentes. Cuando le negaba lo que pedia, prorumpia en amenazas; y le oyerón decir mas de una vez que él sabia derribar el poder que habia levantado. Rayó su orgullo en el estremo de querer usar el calzado de escarlata, adorno reservado á los Emperadores, diciendo que existia poca ó ninguna diferencia entre el imperio y el patriarcado. De este modo los obispos de Bizancio, colocados en una altura tan eminente por los Emperadores de Constantinopla, convertian su grandeza é independenciam contra sus propios autores. El Príncipe sabedor de lo que pasaba, resolvió anticiparse al sedicioso patriarca; y se aprovechó de la ocasion de la fiesta de los Arcángeles, esto es, de San Miguel, que celebran los griegos el dia 6 de Setiembre, la que iban á celebrar los obispos de Constantinopla á la iglesia de los Angeles, estramuros de la ciudad. Pren-

dieron en ella al patriarca de órden del Emperador los guardias ingleses, llamados *barangas* por los griegos, y le condujeron ignominiosamente encima de un mulo hasta la orilla del mar, donde se hicieron á la vela con él, y no se apartaron de su lado hasta que llegó á Proconeso, que era el lugar de su destierro. Dijéronle allí de parte del Emperador que renunciase su dignidad, si queria escusar la deshonra de que le depusiesen en un concilio. Pero Miguel se portó con el mismo orgullo que le habia escitado á negar la obediencia debida á la Cabeza de la Iglesia, y respondió con tal firmeza y altivez, que á pesar de que Isaac Comneno era hombre de mucho talento, estuvo muy perplejo acerca del partido que debia tomar, cuando por una fortuna inesperada sobrevino la muerte del patriarca, y quedó el Emperador libre de este cuidado.

16. Sucedióle Constantino Licudas, que no habia seguido la carrera eclesiástica, y además de tener la reputacion de hombre muy inteligente en los negocios del estado, estaba condecorado entonces con el empleo de gefe de la guardaropa. Celebran mucho su generosidad así con el clero como con el pueblo. Isaac Comneno conservó siempre con él la mejor armonía; pero cscrupulizó reinar hasta la muerte en el imperio que habia usurpado. Estando cazando le causó tal sensacion un relámpago, que cayó del caballo. Ocasiónóle este susto unas convulsiones epilépticas, cuyas accesiones le rapetian de dia en dia con mas frecuencia, de suerte que desesperaron de su

curacion, y él creyó que esta enfermedad era un castigo de sus pecados. Renunció la púrpura á fin de aplacar la ira de Dios y abrazó la vida monástica, creyéndose que su penitencia era muy sincera porque no eligió á ninguno de su familia para que le sucediese, sino á Constantino Ducas, á quien juzgó el mas digno de todos, aunque muy equivocadamente, y dispuso que le coronasen á 25 de Diciembre del año 1059. Opúsose á los principios la Emperatriz Catalina muger de Comneno al designio de su esposo; pero despues le confirmó en su resolucion, y se encerró ella tambien en un claustro con su hija María. Elogian entre otras virtudes la castidad constante de Isaac Comneno.

Debemos creer que una legacion de la Cabeza de la Iglesia hubiera producido admirables efectos en la Grecia bajo el reinado de este Emperador lleno en verdad de sabiduría y de temor de Dios. Pero no habiendo emprendido todavía el viage á Constantinopla los legados del Papa, estaban en Florencia cuando murió este á 29 de Marzo del año 1058: los monges de Monte-Casino comunicaron al punto la noticia de esta muerte al abad Didier, que era el principal legado, y le hicieron las mayores instancias para que regresase al monasterio. Púsose en camino al instante, llegó el dia de Pascua muy de mañana, y al punto le dió la posesion de la abadía el cardenal Humberto, que se habia visto precisado á salir huyendo de Roma á causa de las turbulencias de aquella ciudad.

17. A la primera noticia de la muerte del Papa,

procedieron Gregorio hijo del conde de Túsculi, y Girardo de Galera, con algunos romanos de los mas poderosos, á formar una asamblea nocturna y tumultuaria, en la que eligieron sucesor de Estévan IX á Juan, obispo de Veletri, á quien llamaron Benedicto; nombre que ocupa el lugar de Benedicto X entre los Sumos Pontífices, aunque este Benedicto no fue mas que un Antipapa y un intruso. Los romanos concibieron una idea tan baja de él, que le dieron el renombre de Minchione, que significa estúpido. Los cardenales desaparecieron, presididos por Pedro Damiano, despues de haber protestado contra su eleccion, y fulminado anatéma contra los que habian osado hacerla. Correspondia á Pedro Damiano en calidad de obispo de Ostia consagrar al Pontífice; pero en lugar de él se apoderaron los revoltosos de su arcepreste, hombre tan ignorante (dice el mismo Pedro) que no era capáz de leer una página, ni aun de deletrearla, y le obligaron á coronar á Benedicto el dia 5 de Abril del año 1058. Conservóse sin embargo en el trono este usurpador cerca de diez meses.

18. Antes de marchar á Toscana el Papa Estévan habia reunido en la iglesia á los obispos, al clero y al pueblo romano, y les habia mandado que en caso de que él muriese durante la ausencia de Hildebrando, al que enviaba á Alemania, dejasen vacante la santa Sede hasta el regreso de este legado, y egecutasen entonces la eleccion con arreglo á sus consejos. Hildebrando supo á su retorno á Italia la eleccion cismática de Benedicto, por lo que se detuvo en Flo-

rencia de donde escribió á los romanos que miraban con horror el cisma. Habiéndole remitido estos una autorizacion ilimitada, dispuso que eligiesen en un concilio celebrado en Sena, á 28 de Diciembre de 1058, á Gerardo, obispo de Florencia y natural de Borgoña. Era este un hombre de juicio recto, bastante instruido, segun el testimonio de Pedro Damiano á quien consultaron, de una pureza de costumbres superior á toda sospecha, y muy limosnero. Enviaron entretanto diputados los caballeros romanos al Rey de Germania para afirmarle la fidelidad que le debian, y suplicarle que se prestase á la necesidad á que se veía reducida la iglesia romana por razon de las circunstancias de aquellos tiempos. El Rey confirmó la eleccion de Gerardo, y comisionó á Gofredo, duque de Lorena y de Toscana, para que le acompañase á Roma, donde le recibieron con aclamaciones el clero y el pueblo, sentándole en la santa Sede los cardenales segun costumbre, y coronándole el dia 18 de Enero de 1059 por un honor extraordinario que no se habia dispensado á ninguno de sus predecesores.

Presentóse algunos dias despues el Antipapa al Pontífice legítimo, llamado Nicolao II, y protestó que le habian violentado, confesándose sin embargo reo de usurpacion y de perjurio, y pidiendo perdon con todas las señales de un arrepentimiento sincero. No fue inexorable el Papa, antes bien levantó la excomunion fulminada contra Benedicto, al que depusieron del episcopado y del sacerdocio.

19. El Papa Nicolao ordenó el día 6 de Marzo del mismo año al abad Didier presbítero cardenal del título de Santa Cecilia, y le dió al día siguiente la bendición de abad con el título de vicario apostólico para reformar los monasterios de la Campania, de la Pulla y Calabria.

20. Celebró en el mes de abril próximo un concilio de ciento trece obispos, con una multitud de abades y otros eclesiásticos (1). Cuando principiaron las sesiones, manifestó lo que habia sucedido al tiempo de la muerte de su predecesor. „A fin pues, dijo, de que no vuelvan á espermentarse jamás semejantes desgracias, mandamos, segun las disposiciones de los padres, que verificado el fallecimiento del Papa, traten de la eleccion antes que otro alguno los obispos cardenales reunidos, y que estos llamen despues á los demás compañeros para que presten su consentimiento con el clero y el pueblo. No debemos olvidarnos de lo que dijo nuestro predecesor Leon, de santa memoria, á saber: que no han de reputarse por pastores los que no son elegidos por el clero, ni pedidos por el pueblo, ni consagrados por los obispos de la provincia de acuerdo con el metropolitano. Pero como el Papa carece de metropolitano, deben suplir su defecto los obispos cardenales. Debe hacerse la eleccion en el seno de la misma iglesia que tratan de ocupar, si hay en ella un digno varon, y si no en alguna otra, salvo el honor debido á nuestro amado hijo Enrique, que es al presente Rey y será Empe-

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 1105.

rador, mediante la voluntad de Dios, segun se lo hemos concedido ya. Debe tratarse con igual honor á aquellos sucesores suyos, á quienes la santa Sede haya concedido personalmente el mismo derecho.” Es digna de atencion esta cláusula, porque no era fácil obrar con mas sagacidad para limitar el antiguo privilegio que gozaban todos los Emperadores de confirmar la eleccion de los Papas, con independencia de estas concesiones personales.

„Si el poder de los malos, sigue Nicolao, se opone á que se haga en Roma una eleccion legítima, los cardenales obispos reunidos con el clero y con los seglares temerosos de Dios, aunque sean en corto número, tendrán derecho para elegir Papa en el sitio que juzguen á propósito; y si el electo no puede ser encumbrado á la santa Sede segun costumbre, no carecerá por eso de la autoridad competente para gobernar la iglesia romana, y disponer de todos sus bienes, como lo hizo San Gregorio antes de su consagracion. Si alguno es elegido, consagrado ó encumbrado contra la mente de este estatuto, caiga anatéma contra él y sea depuesto con sus cómplices.” Firmaron este decreto de disciplina los padres del concilio y tambien los presbíteros y diáconos.

21. Tomaron asimismo varias providencias contra los clérigos concubinarios y simoníacos, ordenando su deposicion sin misericordia. Hacia mucho tiempo que controvertian sobre la suerte de los que habian sido ordenados gratuitamente, y á causa del gran número de ellos resolvieron que se les permitiese el

ejercicio de las funciones propias de sus órdenes. Mas no fijaron como regla general una indulgencia que concedian á causa de la necesidad de los tiempos; antes bien determinaron que cualquiera que en lo sucesivo fuese ordenado por un simoníaco notorio, incurrirá con él en la pena de deposición. A los presbíteros, diáconos y subdiáconos que despues de la prohibición de Leon IX hubiesen llevado á sus casas ó conservado en ellas las concubinas que tenían, se les prohíbe la celebración de la misa, cantar la epístola y el Evangelio, asistir á los divinos oficios en el santuario, privándoles de la parte que pudiese corresponderles de las rentas de la iglesia. Prohíben igualmente oír la misa de un sacerdote de quien se sepa con certeza que tiene concubina. Los clérigos deben comer juntos segun la misma constitución, y dormir en una misma casa cerca de su iglesia, poseyendo en comun todas sus rentas eclesiásticas. Adoptaba así la santa Sede la institución de los canónigos regulares, cuyos principios hemos visto en Francia.

22. Hallábase en Roma Berengario cuando se celebró allí el concilio que formó unos decretos tan acertados. Aunque este obstinado sectario hubiese pasado á aquella ciudad para sembrar los errores, como lo persuade la serie de sus imposturas, temió al Papa Nicolao cuando llegó á conocerle. Abrazó al menos el partido de la ficción que le era tan familiar, y rogó al Pontífice con su concilio que le diese por escrito la profesión de fe que debiese seguir.

Encargaron esta comisión al cardenal Humberto, y este prelado en quien igualaba la doctrina á la sagacidad, dispuso una confesión de fe que no dejaba ningun lugar á los efugios y artificios ordinarios del hieresiarca (1). Despues de confesarse reo Berengario, declaraba que el pan y el vino despues de la consagración no solo son el Sacramento, sino tambien el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor; y que no solo se tocan y rompen sacramentalmente, sino en verdad por las manos de los sacerdotes y en los labios de los fieles. En una palabra, decia en los términos mas claros, que su modo de pensar y hablar acerca de la Eucaristía era en todo conforme al de la santa Silla apostólica, al del Papa Nicolao, y al de su concilio. Juraba todo esto por la Santísima Trinidad y los Evangelios, y reconocia que los defensores de cualquiera otra creencia eran dignos, con todos sus sectarios, de un anatéma eterno. Habiendo leído y releído el hipócrita esta fórmula, no se contentó con jurar y firmar, sino que hizo encender una hoguera en medio del concilio, y arrojó en ella todos los escritos que contenian sus errores. Derramaban lágrimas de gozo el Papa y todos los padres por una conversión tan generosa, y Nicolao juzgó que estaba obligado á comunicar á toda la Italia, á la Germania y á las Galias una noticia tan interesante. Mas apenas salió del concilio el sectario perjuro, principió á escribir contra esta profes-

(1) *Lanfr. de Corp. cap. 1. et 2.*

sion de fe, y profirió las injurias mas atroces contra el cardenal que la habia escrito.

23. Llamaron en este tiempo la principal atencion del Sumo Pontífice los desórdenes que causaban en la iglesia de Milán la simonia y la incontinencia de los clérigos (1). Envió á esta iglesia al obispo de Ostia Pedro Damiano, y á Anselmo obispo de Luca. Mas al dia siguiente al de su llegada estuvieron muy espuestos á ser víctimas de una horrible sublevacion contra la dignidad de legados de que estaban revestidos. Principió á gritar el populacho ignorante y conmovido por algunos eclesiásticos perversos, que Milán en nada estaba sujeta á las leyes de Roma, y que el Papa no tenia ningun derecho para juzgar ó gobernar aquella iglesia. Tocaron á rebato; corrió con precipitacion la turba al palacio episcopal, y tuvo aviso Pedro Damiano de que conspiraban contra su vida. Pero él subió al púlpito sin ningun temor, se presentó á la multitud, y despues de haber conseguido el silencio con mucha dificultad, habló en estos términos: „sabad, hermanos míos, que he venido por vuestra salvacion, y no por la gloria de la iglesia romana. ¿De qué puede servirle el ministerio de un mortal despreciable, despues del elogio que recibió de la boca del Salvador? Los hombres son los que han fijado los límites y los privilegios de los patriarcados, de las metrópolis y de las diócesis de cada obispo; pero el mismo Jesucristo fundó la iglesia romana, entregando á Pedro las llaves de la vi-

(1) *Gest. Rom. Pontif. ann. 1059.*

da eterna. Es una injusticia privar de sus derechos á cualquiera otra iglesia; pero disputar á la de Roma su prerogativa es una heregía.” Para establecer principalmente la superioridad de la iglesia romana con respecto á la de Milán, añade Pedro Damiano, que los primeros pastores de ésta fueron enviados á ella por San Pedro, siendo digno de observarse que nombrando aquí á San Gervasio y San Protasio, como tambien á los santos Celso y Nazario, no habla palabra de San Bernabé, á quien sin embargo cuenta la ciudad de Milán por su primer obispo. El pueblo que sólo pecaba por ignorancia, y por haberse dejado llevar del furor que le habian inspirado, se tranquilizó cuando quedó instruido con este discurso, y ofreció egecutar sin demora lo que propusiesen los legados.

No obstante, fueron grandísimas las dificultades que se les ofrecieron: ¡tan general era la simonia de aquella iglesia! Se acostumbraba en ella como regla inviolable pagar una suma determinada por todas las órdenes, aun antes de recibirlas, y sin exceptuar el episcopado. En una palabra, apenas existia un solo eclesiástico que hubiese sido ordenado gratuitamente; y hubiera sido una parcialidad odiosa perdonar á unos y castigar á otros. Poniendo por otra parte entredicho á todos los sacerdotes de una ciudad y de una provincia tan considerable, se aruinaba en cierto modo la religion en todo su distrito. No olvidó el sabio cardenal la regla de San Agustín y del Papa Inocencio, de que no se debe

usar de todo el rigor de los cánones contra la multitud; y gobernándose por este principio de una prudente economía, se contentó con terminar los abusos, restablecer el vigor de las leyes para lo sucesivo sin vindicarlas con rigor por las infracciones pasadas.

Ocupaba entonces la silla de Milán Guido de Velate, en la que le habían colocado en virtud del dinero que entregó al Emperador Enrique, sin embargo de que era sumamente odioso á los milaneses, y con perjuicio de cuatro sacerdotes de aquella iglesia mucho mas dignos que él. Presentado al juicio de Leon IX, habia tenido destreza para hacer que este santo y vigilante Pontífice le declarase arzobispo legítimo, y en trece años que llevaba de pacífica posesion, esto es, desde el de 1046, habia tenido todo el tiempo necesario para consolidar su autoridad. De suerte, que no lograron poco los legados cortando los abusos mediante el perdon de lo pasado. Redujeron al obispo y á su clero á que ofreciese por escrito y con juramento que no volverian á tomar nada por la promocion á las órdenes, por la institucion de los abades y capellanes, por el santo crisma, por la investidura, ni por la consagracion de las iglesias. Obligáronse tambien á separar, en cuanto fuese posible, á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos de sus mugeres ó concubinas. Impusieron á los reos largas y rigurosas penitencias, principiando por el arzobispo. No se echó en olvido la consideracion que merecian los diferentes grados de ignorancia de los ecle-

siásticos, que habia muchos de ellos tan poco instruidos en esta materia, que apenas creían pecar como no pagasen mas que el precio determinado por cada orden. Condenó al arzobispo á cien años de penitencia, pero con la facultad de redimir una parte de ellos con limosnas, y especificando la cantidad equivalente á cada año. Ordenó tambien en cuanto á los demás penitentes, que los que no pudiesen ayunar sino con grande incomodidad, tuviesen el arbitrio de redimir un dia de ayuno cada semana rezando el salterio, ó sustentando á un pobre despues de lavarle los pies. Apesar de los abusos en que degeneraron estas redenciones ó conmutaciones de penitencia contra la intencion y las sabias precauciones de la Iglesia, debemos aplaudir por lo menos la circunspeccion con que procedian en esta materia sus dignos ministros.

En el discurso de la legacion de Pedro Damiano, le regaló el abad de San Simpliciano un vasito de plata (1). Como era una máxima de los legados de la santa Sede no recibir nada de las personas que tenían alguna causa pendiente, examinó Pedro si se hallaba en este caso el abad; y aunque se convenció de que aquella corta espresion no tenia ninguna mira interesada, no dejó de tener muchos escrúpulos el santo legado. Consintió por último en admitirle para un monasterio que acababa de fundarse; pero vió que volvian á renacer sus inquietudes, y no pudo calmar

(1) *Petr. Dam. Opusc. 53. cap. 4.*

su conciencia hasta que devolvió el regalo al que se lo habia presentado.

Cuando hubo cumplido su comision, escribió al Sumo Pontifice que le eximiese del episcopado (1), pues miraba esta dignidad como una carga superior á sus fuerzas, y aun la renunció devolviendo el anillo pastoral en señal de una renuncia absoluta é irrevocable. Pero Nicolao no quiso condescender con los deseos de un ministro que era todavía tan necesario á la Iglesia, y hasta el Pontificado siguiente no logró el humilde prelado lo que habia pretendido con tanta perseverancia.

24. Dió entretanto oídos Nicolao á las proposiciones de los normandos de Italia, quienes mostraban grandes deseos de reconciliarse con la santa Sede, y principiaron restituyendo todas las posesiones de que se habian apoderado pertenecientes á la iglesia romana. Eran entonces sus principales caudillos Ricardo y Roberto, llamado Guiscardo, esto es, hábil y astuto: Roberto, señor del principado de Cápua, de que habia despojado á los lombardos, y Ricardo ó Rogerio, duque de la Pulla y de Calabria, provincias conquistadas á los griegos, y señor de una parte de Sicilia, de cuyo reino se habia apoderado arrojando de él á los sarracenos. Confirmóles el Papa estas posesiones, y ellos le prestaron juramento de fidelidad. Convino Roberto en pagar un tributo á la santa Sede, y se hizo vasallo suyo (2). Tal fue en 1059 el origen que se atribuye por lo comun al reino de Ná-

(1) *Lib. 1. Epist. 8.* (2) *Chron. Cass. lib. 3. cap. 6. 13. et 16.*

poles, y que por el mismo principio podria referirse á los tratados anteriores de Leon IX con los mismos normandos, quienes no tardaron en ser los mas intrépidos defensores de la iglesia romana. Reunieron sus tropas, y se encaminaron contra las ciudades de Preneste, Túsculi y Nomento, á las que castigaron por haberse rebelado contra el Papa su señor. Pasando despues el Tiber arruinaron la ciudad de Galera con todos los castillos del conde Gerardo, insigne bandido que tenia desolado todo el pais vecino, y restituyeron á los romanos su antiguo poder y autoridad contra una multitud de señores que no cesaban de tiranizarlos.

25. Envió Nicolao II á Francia en el mismo año dos legados que asistieron á la coronacion de Felipe, hijo primogénito del Rey Enrique. Contaba solamente el Príncipe siete años; pero imitando el Rey su padre el ejemplo de los primeros Soberanos de su familia, queria asegurar en ella la corona, haciendo que á su hijo le reconociesen por Rey durante su vida. Esta consagracion de los Reyes de la tercera linea, que es la primera de que tenemos un documento auténtico, se egecutó en Rems con un aparato magnífico el dia de Pentecostes 23 de Mayo del año 1059. Hizo Felipe profesion de la fe católica, y juró conservar á los obispos y á sus iglesias todos sus derechos segun los cánones, defenderlos como es obligacion de un Soberano, y administrar justicia á los pueblos segun las leyes. Despues con el permiso del Rey Enrique, Gervasio, arzobispo de Rems, eligió

por Rey al Príncipe Felipe ⁽¹⁾. Aprobaron esta elección los obispos, los abades y los grandes, con la que se conformaron los caballeros particulares y el pueblo, esclamando todos á un tiempo por tres veces: *lo aprobamos y lo queremos*. Exigieron tambien el voto á los legados romanos, pero solo por hacerles este honor, porque no era necesario el consentimiento del Papa, como lo dice en términos espresos el acta de la coronacion. Eran las providencias que tomaba el Rey Enrique mas urgentes de lo que podia imaginar, atendida su edad; pues murió el día 29 de Agosto del año siguiente, á los cincuenta y cinco de su vida y treinta de reinado.

26. No llegó á sobrevivirle el Papa Nicolao un año entero, habiendo fallecido el día 21 ó 22 de Julio de 1061 en Florencia, cuya silla habia conservado con la de Roma. Así se convertia en costumbre este método extraño: ¡tan peligroso es dar el ejemplo de la dispensa, aun con los pretextos mas plausibles, en aquellas materias en que la virtud misma puede padecer error! Cuentan de Nicolao que fue tan grande su caridad respetuosa para con los miembros indigentes de Jesucristo, que no pasó un día sin que lavase los pies á doce pobres. Hubo grandes alborotos en Roma para la elección de su sucesor; y para evitar los efectos de la division se dispuso á toda prisa que el cardenal Estévan pasase á verse con el nuevo Rey de Germania. Mas ora sea porque en este punto no estaban los ánimos mejor dispuestos en Ale-

(1) *Duchesn. tom. 9. concilior. lib. 30.*

mania que en Italia, ó bien que toda la atención de los de la corte de Germania se fijase únicamente en las facciones de la menor edad del Rey que tantos disturbios causaban, lo cierto es que el legado no pudo conseguir una audiencia, y que ni aun siquiera abrieron sus cartas. Por fin, despues de tres meses no completos de vacante, Hildebrando que habia sido promovido á la dignidad de arcediano por el Papa difunto, tuvo consejo con los cardenales y los nobles romanos, en el que acordaron no dejar mas tiempo la santa Sede en una situacion tan peligrosa, y cuidar de elevar á ella un varon agradable á la corte imperial ⁽¹⁾. Eligieron en su consecuencia á Anselmo, obispo de Luca, que tomó el nombre de Alejandro II, y fue coronado á 30 de Setiembre de 1061.

27. La Emperatriz Inés, madre del Rey Enrique y gobernadora de sus estados, en 28 de Octubre siguiente, resentida de que hubiesen encumbrado á Alejandro sin esperar su consentimiento, convocó una dieta en Basilea, é hizo que reconociesen en ella por Papa á Cadaloo, obispo de Parma, con el nombre de Honorio ⁽²⁾. Era este un hombre simoníaco y concubinario, y por lo mismo muy grato á los obispos y clérigos de Lombardía, que por la mayor parte se hallaban en igual caso. Reuniéronse en gran número escitados por Guiberto de Parma, canceller y virey de Italia, y principiaron á vocear diciendo que necesitaban un Papa que tuviese condescendencia con

(1) *Discep. sinod. P. Dam. Opusc. 4.* (2) *Petr. Dam. lib. 1. Epist. 20.*

sus debilidades , y que no le recibirían como no fuese del paraíso de Italia : así llamaban á su provincia. Esta viciosa y despreciable faccion que no alegaba en su favor mas que los intereses del mismo vicio, tuvo el mayor influjo en la eleccion que se hizo en Basilea del obispo de Parma para Cabeza de la Iglesia.

Juntó el intruso muchas tropas y dinero despues de esta eleccion , y corrió de improviso el dia 14 de Abril del año 1062 á presentarse delante de Roma como conquistador , ó por mejor decir , como un vil corruptor. Sobornó en ella muchas personas por su profusion simoniaca. Sentó los reales en los prados de Neron cerca del Vaticano , y dió un combate en que perecieron muchos romanos. Mas habiendo acudido entretanto al socorro de la santa Sede Gofredo, duque de Toscana , se vió tan apurado el Antipapa, que solo pudo escapar á fuerza de dinero , y huyó á Parma , donde reunió nuevas tropas para sostener su empresa ; pero se concluyó la campaña sin que pudiese realizar sus designios. En fin , el último dia del año de su eleccion , 27 de Octubre , fue condenado y depuesto por todos los obispos de Italia y Alemania. No cedió por esto , antes bien despues de dos años volvió á hacer otra irrupcion que no le fue mas favorable que la primera ; y sin embargo de que tuvo que andar errante y fugitivo , experimentando la mayor pobreza y abandono , no dejó este miserable de considerarse como Sumo Pontífice en el corto tiempo que sobrevivió.

28. Contribuyó mucho San Annon , arzobispo de

Colonia , á desacreditar á este usurpador vicioso y sacrilego (1). Debía Annon únicamente á su mérito la dignidad á que le habian elevado , pues se concilió la estimacion y amistad , así del Emperador Enrique el Negro , como de todos los hombres de bien por su elocuencia , doctrina y virtud , y especialmente por su amor á la justicia , y por el valor y libertad con que la sostenia. A estas prendas unia lo mucho que le habia favorecido la naturaleza en la bella disposicion de su persona. Esperimentó al principio de su episcopado varias contradicciones de algunos sugetos á quienes no parecia su nacimiento bastante ilustre para una dignidad tan sublime. Mas no tardó en hacer que cesasen todas las quejas , mostrando no menos grandeza que piedad en su modo de vivir. Ilustró su silla tanto como el que mas , y desempeñó sus obligaciones en el estado tan exactamente como en la Iglesia. Animaba todas sus obras con el espíritu de fe , vivia en un recogimiento continuo, pasaba en oracion la mayor parte de las noches, visitaba entonces descalzo las iglesias acompañado de un solo criado , ayunaba con frecuencia , y se trataba con mucha aspereza. Alcanzaban sus limosnas y liberalidades inmensas á todo género de indigentes , diocesanos , peregrinos extranjeros , eclesiásticos , legos y monges. Dicen que no hubo en su diócesi ni una sola comunidad á la que no favoreciese dándola tierras, pensiones ó casas. Pero observando que se relajaba en Alemania la disciplina regular , juzgó que haria

(1) *Sur. die 4. Decembr. = Herm. Lamb. Chron.*

un beneficio mucho mayor á los monasterios con la reforma que con las limosnas. Poseía un talento no comun para persuadir, y una autoridad muy grande en todo el reino; tenia muchos imitadores en el episcopado, y volvió á florecer la regularidad monástica en la mayor parte de las diócesis. Annon estaba dotado en un grado tan superior con el don de la palabra, y se penetraba tanto de los afectos que deseaba inspirar, que hacia llorar á los hombres mas endurecidos, y en todos sus sermones resonaba la iglesia con los sollozos y gemidos de cuantos le oían.

Viendo con dolor que se abusaba de la infancia del Rey en perjuicio del estado y de la Iglesia, y sintiendo mas que todo la familiaridad sospechosa de Enrique, obispo de Augsburgo, con la Emperatriz, de la que era el principal ministro, se encargó del gobierno del Rey y de sus estados, de acuerdo con los grandes del reino; y al punto exoneró á Guiberto de Parma de su empleo de canceller, le privó de la autoridad que egercia en Italia, y congregó un concilio en Osborna, ciudad de Sajonia, en el que hizo que se declarase la deposicion del Antipapa Cadaloo.

29. Publicó con este motivo Pedro Damiano en defensa del legitimo Papa un escrito que, segun afirman, causó mucha impresion en los padres del concilio. Pero bastaba que estuviese el gobierno en manos de un ministro como Annon para librar á Alejandro de su rival. Entonces se consideró Pedro Damiano como en un todo libre de la carga del episcopado. Renovando en tiempo del Papa Alejandro, que con-

descendió con sus deseos, la renuncia que habia puesto en manos de Nicolao, se consagró enteramente á la vida monástica, y á la composicion de las muchas obras que nos ha dejado. A mas de las que dió á luz con el título de opúsculos, que forman la parte mas considerable de sus escritos, tenemos tambien de él una coleccion copiosa de cartas, un gran número de sermones, y las vidas de muchos Santos. En todas sus obras muestra un celo muy grande por la pureza de las costumbres y por la conservacion de la disciplina, comunicándonos noticias muy interesantes acerca de ella, y particularmente por lo que toca á la vida religiosa. Mas no debemos disimular que se encuentran en sus escritos muchas observaciones poco importantes, é historietas inverosimiles, principios y consecuencias exageradas, mal deducidas ó fundadas únicamente en sentidos alegóricos de la Escritura, ó en meras semejanzas ó comparaciones. En general este autor, que es uno de los mas fecundos y mas célebres de su siglo, manifiesta poco discernimiento y exactitud en el racionio. No podemos negarle una erudicion prodigiosa, á lo menos en las preocupaciones ordinarias de aquel tiempo en que vivia; pero por lo comun está mal dirigida y peor aplicada. Su estilo, que es nervioso, raya algunas veces en difuso y embrollado.

30. Entre las vidas escritas por este autor piadoso, sobresale la de su discípulo Santo Domingo, llamado por lo comun el Lorigado; renombre que le dieron á causa de la loriga ó cota de hierro que lle-

vaba puesta de día y de noche por penitencia (1). Había recibido ya las primeras órdenes, y dieron sus padres al obispo una piel de macho cabrío para que le ordenase de sacerdote; cuyo precio simoníaco le causó tanto horror á pesar de su vileza, que se retiró del siglo; y se abstuvo toda su vida de las funciones sacerdotales. Abrazó la vida monástica, y despues se hizo ermitaño bajo la direccion de Pedro Damiano, en un lugar de la Umbría llamado Luceola.

Los solitarios de este santo asilo distribuidos en diez y ocho celdas tenían por regla no beber vino jamás, no sazonar la comida con ninguna cosa substancial, y no comer nada caliente sino los domingos y lunes: los otros cinco días ayunaban á pan y agua, se ocupaban sin interrupcion en la oracion y en el trabajo de manos, observaban el mas profundo silencio todos los días de la semana, y no hablaban el domingo sino durante el tiempo que mediaba entre visperas y completas. Iban por su celda desnudos hasta la rodilla; en una palabra, vivian estos ermitaños con una austeridad poco comun, aun para aquellos tiempos en que la penitencia y las virtudes iban acompañadas de cierta aspereza propia de los pueblos septentrionales, que se habian derramado en gran número por todo el occidente.

Mas este modo de vivir pareció aun muy suave al ardor de Domingo. No obstante de que el hábito de los demás llegaba hasta el suelo para preservarlos del frio, el de Domingo le llegaba solo á la mi-

(1) *Vit. S. Dom. Loric. apud. Petr. Dam. sac. VI. Bened.*

tad de las piernas, á pesar de que las llevaba desnudas como ellos. Tenia pegada á la carne una camisa de mallas de hierro, de la que solo se despojaba para darse la disciplina. Servíale de ropa en la cama cuando descansaba un tejido de la misma clase, de modo que se le puso la piel del todo negra. Llevaba además de esto cuatro aros de hierro, dos en los muslos y otros dos en las piernas; á los que añadió despues otros cuatro. Los jueves y domingos, en cuyos días permitia la regla añadir al pan alguna cosa cocida, no usó jamás de esta indulgencia, y aun así se juzgaba afeminado y sensual. Despues de haber estado ausente de Pedro Damiano algún tiempo, le preguntó este vigilante director cual habia sido su modo de vivir. Díjole su discípulo que los jueves y domingos vivia como hombre carnal. „¿Pues qué? le dijo Pedro, ¿comes huevos ó queso? No lo permita Dios, respondió Domingo. —¿Comes fruta ó pescado? —Ese es un regalo que debe reservarse para los enfermos.” Vinieron por fin á parar en que aquella relajacion consistia en alimentarse con hinojo y pan, como se acostumbra en Italia.

Era su principal egercicio el de rezar salterios, azotándose con unas varitas que tenia en ambas manos, á lo que substituyó despues unas correas de cuero, porque eran mas ásperas. Los días que para él eran de relajacion, cantaba salterios azotándose de esta manera. En la cuaresma ó cuando hacia penitencia por otro, rezaba por lo menos tres veces cada día, sin dejar de azotarse mientras duraba la oracion.

Rezaba muchas veces dos salterios seguidos, disciplinándose de continuo, y sin sentarse ni un solo momento. Permanecía de pie, para que los golpes pudiesen alcanzar mejor á todo el cuerpo, y para añadir á este ejercicio las frecuentes genuflexiones que eran entonces comunísimas. Hacia ciento mientras rezaba quince salmos, y por consiguiente mil en cada salterio. Corrió una noche con la cara acardenalada por consecuencia de los golpes que se habia dado, á manifestar á su director el estado de su conciencia. „Maestro mio, le dijo, hoy he hecho por la gracia del Señor lo que no me acuerdo de haber egecutado en toda mi vida; pues en un dia y una noche he rezado ocho salterios.” Mas confesó que no habia pronunciado las palabras, contentándose con repasarlas en su interior, lo que le parecia aun mas penoso por los esfuerzos necesarios para conservar la atencion en medio de una celeridad tan grande. Llegó una vez á rezar en una noche doce salterios y parte del trece sin dejar de azotarse en todo este tiempo. Con una penitencia tan extraordinaria, llegó á una edad muy avanzada, muriendo á 14 de Octubre del año 1062, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria (*).

(*) Otro Santo Domingo no menos admirable por sus virtudes que el Lorigado florecia por este mismo tiempo en nuestra España. Nacido en la Cantabria, y aficionado desde su niñez á la vida monástica, se adquirió una grande reputacion por la práctica de todas las virtudes en el monasterio de San Millan, de donde fue prior. Su heroica fortaleza le hizo oponerse á las injustas pretensiones del Rey D. García de Navarra, que queria

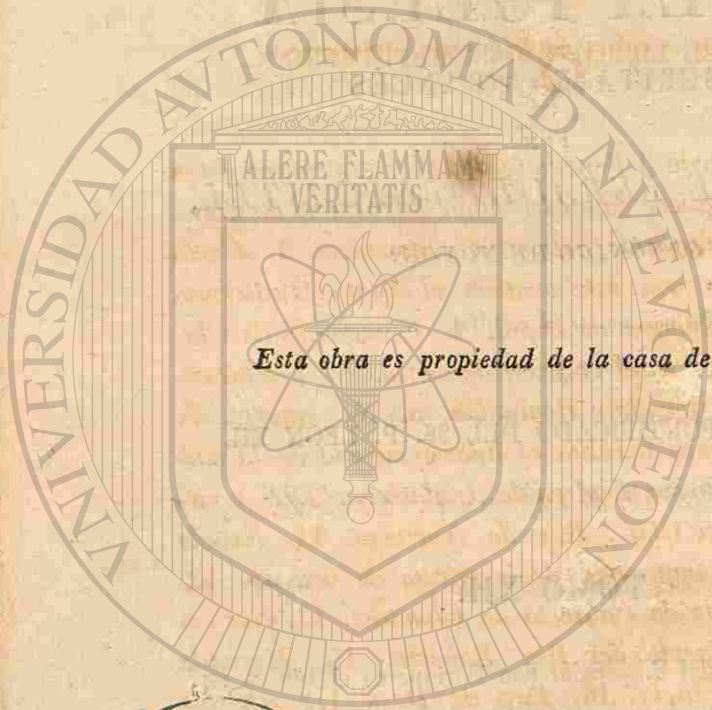
El Juez eterno, que solo atiende á las disposiciones del corazon, consentia y llevaba á bien en cierto modo la singularidad de las costumbres é inclinaciones de un siglo propenso á los prodigios y á las prácticas análogas á la dureza de los ingenios de aquel tiempo. El uso de la disciplina, que principió en el siglo once, dando, segun dicen, el primer egeemplo de esta penitencia San Guido de Pompona, se generalizó muy pronto. Muchas personas declamaron contra esta novedad: mas Pedro Damiano, que estaba alentado por un celo muy ardiente á favor de todas las prácticas piadosas, contestó con tanta energía que les cerró los labios. No habia egeemplar de semejantes flagelaciones entre las grandes austeridades de los antiguos ascéticos; mas él citó el de San Gerónimo, que creían habia sido azotado por los ángeles, el de los mártires y el del mismo Jesucristo, que sufrieron la misma pena. Podia sin embargo haberse escuchado este trabajo y no hacer uso de unas comparaciones, cuya desigualdad saltaba á los ojos. De la máxima general de que es necesario crucificar la car-

apoderarse de parte de los bienes del monasterio, por lo que desterrado con otros dos monges pasó á ponerse bajo la protección del Rey D. Fernandó, el cual le hizo elegir abad de San Sebastian de Silos, donde vivió hasta el 20 de Diciembre de 1073. Su santidad y la multitud innumerable de prodigios que obró durante su vida, y los que acaecieron en su sepulcro, hicieron del monasterio de Silos uno de los principales santuarios de España. Brillaron tambien por entonces las virtudes de San Iñigo, abad de Oña, de San Alvito, obispo de Leon, y de San Ermengaudó de Urgel. Véase el tom. 5 de D. Juan de Ferreras.

Bx944

B4

v. 12



Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135899

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

N.º 1. *Sucede á Benedicto VIII su hermano Juan XIX.* 2. *No quiere conceder Juan á Eustacio de Constantinopla el título de patriarca ecuménico.* 3. *Carta que le escribe con este motivo el beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon.* 4. *Esenciones de Cluny examinadas en el concilio de Ansa.* 5. *Varios establecimientos de San Romualdo.* 6. *Su muerte.* 7. *Guido de Arezzo inventa el nuevo método de la música.* 8. *Canuto se apodera de Inglaterra.* 9. *Sus virtudes.* 10. *San Olaf, Rey de Noruega.* 11. *Estado deplorable del imperio y de la iglesia de oriente.* 12. *Santa intrepidez de Fulberto de Chartres.* 13. *Sus escritos.* 14. *Muerte del Rey Roberto.* 15. *Horrible hambre en Francia.* 16. *Paz de Dios.* 17. *Apostolado de San Marcial.* 18. *San Simeon, monge del monte Sinai, se establece en Francia.* 19. *Benedicto IX Papa á los doce años.* 20. *Escándalos y revoluciones de este pontificado.* 21. *San Poppon, abad de Stavelo.* 22. *San Gonthier, ermitaño.* 23. *San Emerico, hijo del Rey San Estévan.* 24. *Revoluciones en Hungría.* 25. *San Gerardo, obispo de Chonad y mártir.* 26. *Anarquía de Polonia.* 27. *Deja Casimiro la vida monástica y vuelve á ocupar el trono.* 28. *Trabajan*

TOM. XII.

1

atar y desatar. Sabed que este rumor escandaloso atormenta á todos los que están dotados de alguna virtud." El asunto no habia llegado al extremo que creían en Francia, pues ni el Papa habia concedido nada á los griegos, ni lo otorgó en lo futuro; y parece que despues de haber recibido esta epístola, adquirió un nuevo grado de firmeza y de circunspección.

4. Dióse á conocer la vigilancia de los prelados franceses de un modo no menos brillante en el concilio celebrado en el año 1025 en un lugar llamado Ansa, distante algunas leguas de Leon (1). Gauzlin de Macon se quejó de que Burcardo de Viena habia ordenado sin su consentimiento á unos religiosos en el monasterio de Cluny, que era de la diócesis de Macon. Respondió el arzobispo de Viena en estos términos: „El abad Odilon que está presente, y me suplicó que confriese aquellas órdenes, se halla en estado de establecer esta legitimidad." Odilon se levantó, y presentó un privilegio obtenido del Papa, en que se concedia á los monges de Cluny esencion de la jurisdiccion del obispo diocesano, y se les daba libertad para llamar al obispo que quisiesen, á fin de conferir en su monasterio las órdenes, y hacer las consagraciones. Los obispos examinaron este privilegio, y compararon sus disposiciones con los cánones de Calcedonia y de otros muchos concilios que prescriben que en todos los paises estén sujetos los abades y los monges al obispo diocesano, y prohiben á

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 869.*

cualquiera otro obispo conferir órdenes en la diócesis de este sin su permiso. Declararon por consiguiente los padres del concilio, que el privilegio de Cluny era abusivo y contrario á los santos cánones: conoció su falta el arzobispo de Viena, y dió una satisfaccion. Los privilegios de los esentos no les conceden derecho para hacer que se confieran órdenes en sus casas sin el permiso del ordinario; porque no obstante de que la iglesia autorice el que esplicando ó aplicando los Papas sus decretos, concedan á los regulares ciertas esenciones capaces de contribuir á la conservacion de la regla, no deben estos derogar sin ninguna utilidad el régimen ordinario y dispensar á su arbitrio de la observancia de los cánones. Los religiosos de Cluny, opinando como otros muchos, que sin faltar á la virtud no podian mirar con indiferencia cualquier cosa que pudiese dar un realce á su órden, cuidaron de hacer confirmar por muchos Papas el privilegio que habian declarado abusivo.

5. Continuaba San Romualdo grangeándose en Italia la estimacion y respeto de todos, por los mismos medios de que se valia para ocultar su mérito (1). Habiendo manifestado en la corte imperial los conocimientos proféticos con que le favorecia el Señor, especialmente para disponer á los Reyes de la tierra á comparecer ante el tribunal del Juez Supremo, se sepultó en una península retirada de la Istria, en la que levantó desde luego un monasterio. Mas no pareciéndole aun esta casa bastante humilde para él,

(1) *Sæc. VI. Bened. pag. 296.*

puso en ella un abad, y se encerró en una celda de recluso. Logró allí del cielo los mas distinguidos favores: le comunicó el Espíritu Santo un don tan excelente de ciencia y de profecía, que ni se le ocultaban las cosas futuras, ni muchos de nuestros misterios incomprensibles, unido este conocimiento á tal don de lágrimas, que no se atrevia á decir misa en público. Entregado á la contemplacion, dejaba escapar unas palabras superiores á todo language mortal, cayendo en unos éstasis de amor divino, que no le era posible disimular ni contener.

Suplicáronle los religiosos de los demás monasterios suyos que se dignase edificarlos tambien á ellos con sus egemplos y con sus instrucciones; otorgó su ruego con mucho gusto, porque veía que le prodigaban ya demasiados honores en aquel sitio de la diócesis de Parenzo, donde habia permanecido solo tres años. Aterrado el obispo cuando llegó á su noticia el primer rumor de esta determinacion, publicó un edicto amenazando con la pena de destierro á cualquiera que diese al Santo una barca para su viage. Llegaron entretanto dos barquichuelos extranjeros, que se disputaron como una gran fortuna la dicha de recibir al siervo de Dios, y conduciéndole á Caorla. Pasó á su monasterio de Bifolio, cuyo edificio le pareció demasiado magnífico, por lo cual pidió á los condes de Camarino que le diesen un parage donde poder retirarse, y estos le ofrecieron gustosos todas las tierras de sus estados. Eligió un sitio muy retirado llamado Val-de-Castro, y rodeado de montes y selvas,

en el que se estendia una llanura fértil y llena de arroyuelos. Enamorado de esta soledad, edificó en ella muchas celdas, se estableció allí con un gran número de discípulos, y recogió frutos increíbles en aquellas inmediaciones. Acudian á él gentes de todas partes, abrazaban la penitencia, distribuían los bienes á los pobres, y renunciaban todas las cosas de la tierra por tomar el hábito monástico. Pero lo que mas se admiró y con justa causa, entre tantos frutos de salvacion, fue el arrepentimiento de una multitud de simoniacos esparcidos por todo aquel pais, en el que apenas se habia mirado hasta entonces la simonia como pecado; porque esta llaga venenosa (dice el piadoso y sabio Pedro Damiano que refiere todos estos sucesos en su historia de San Romualdo) es tan difícil de curar, especialmente en los obispos, que costaria menos triunfar de la obstinacion judaica.

Mudó Romualdo todavía muchas veces de habitacion, y fundó otros varios monasterios, buscando en todas partes la obscuridad que no podia hallar en ninguna. Por esta razon, luego que formaba una comunidad, nombraba en ella un superior, y pasaba al punto á establecer otra nueva. Pero la divina Providencia se valia de este medio para que sin dejar de ser solitario, fuese modelo y apóstol de mayor número de fieles. Nunca hizo mas conversiones que en la profunda soledad de Sitria en la Umbria, donde existió siete años encerrado guardando un silencio no interrumpido; y aun parece que se opuso el cielo á la resolucion que tenia este apóstol solitario de comunicar

el Evangelio á los infieles de la Panonia. Podemos de aquí inferir cuánto interesa el no dejarnos seducir por los principios de algunos hombres que no tienen mas que la apariencia de sabios; y convencernos al propio tiempo que la santa quietud y la inaccion de los solitarios, no son menos útiles á la Iglesia que los trabajos y todas las funciones exteriores del apostolado. Trasladóse en efecto Romualdo á Panonia, donde le acometió una enfermedad rebelde que le detuvo mucho tiempo en la frontera de aquella vasta provincia. Cuando desmayaba de su proyecto, principiaba á convalecer; y al punto que volvía á su idea, recaía. Así es que conoció por fin que contentándose Dios con su buena voluntad, le prohibía llevarla á cabo.

A su regreso á Italia se estableció cerca del castillo de un tal Rainiero, hombre poderoso, que se tituló despues marques de Toscana, y que celebró como la adquisicion mas preciosa tener en sus estados á un hombre tan santo. Mas sabiendo Romualdo que este devoto inconsecuente, despues de haber desechado á su esposa bajo pretesto de parentesco, se habia enlazado con la viuda de un pariente suyo, rehusó recibir de él cosa alguna sin pagarla, porque no pareciese que aprobaba su conducta. No causó tanta admiracion á Rainiero esta santa firmeza como su propia timidéz y condescendencia: de modo que no se entendia á sí mismo, y exclamaba frecuentemente: „yo no sé qué tiene para mí este Romualdo: no hay Soberano que me cause tanto terror. No hallo excusa para él, ni encuentro palabras para espli-

carme en su presencia.” En efecto, por un don visible del cielo, tenia tal ascendiente sobre los pecadores, y en especial sobre los grandes del siglo este solitario destituido de todas las cosas que llaman la atencion del mundo, que temblaban delante de él, no de otra manera que si representase la Magestad divina.

A pesar de esto, un monge perverso llamado Roman, se atrevió á ultrajarle, llegando al extremo de denigrarle con una calumnia atroz. Queriendo el santo abad corregirle con la severidad que merecia un monge de costumbres impuras, le atribuyó el reo un delito de la misma clase. La ancianidad del santo y su cuerpo estenuado, demostraban la impostura de semejante acusacion; pero permitió el Señor, para acrisolar la virtud de su siervo, que creyesen la calumnia sus propios discipulos, quienes le prohibieron que celebrase los santos misterios. Sujetóse á esta sentencia como si en efecto fuese delincuente, y estuvo seis meses sin acercarse al altar. Por fin, en una de aquellas revelaciones en que, por decirlo así, hablaba el Señor frente á frente con él, le mandó bajo pena de perder su gracia, que abandonase una simplicidad tan escesiva, y celebrase sin ningun temor. Hizolo así al dia siguiente, y mientras celebraba el santo sacrificio tuvo un éstasis que demostró á todos los circunstantes cuán digno era de los favores de aquel que mora solamente en las almas puras.

Fundó despues de este suceso el monasterio de Camáldula, que fue uno de sus últimos establecimien-

San Odilon y el beato Ricardo en establecer la tregua de Dios. 29. Carácter de San Odilon. 30. Sus escritos. 31. Conmemoracion de los difuntos. 32. Envenena la Emperatriz Zoe á Romano Argirópilo por casarse con Paflagon. 33. Avaricia del patriarca Alejo. 34. Turbulencias y desórdenes en el imperio. 35. Eleccion del santo Papa Leon IX. 36. Persigue San Leon á los simoniacos. 37. Celebra un concilio en Rems. 38. Concilio de Maguncia. 39. San Bardon, arzobispo de esta ciudad. 40. Sucédele Liupoldo. 41. Restituido el Papa á Roma celebra un concilio en la iglesia de Letran. 42. Principios de Lanfranco y de Berengario. 43. Herluino, fundador de la abadía del Pico. 44. Procura Berengario esparcir sus errores. 45. Conferencia de Brionne. 46. Concilio de Verceilli. 47. Carta de Berengario al monge Ascelino. 48. Carta de Adelman á Berengario. 49. Concilio de París, en que es condenado Berengario y el libro de Juan Scoto. 50. San Roberto, primer abad del monasterio de la Casa de Dios. 51. Canónigos religiosos. 52. Viages frecuentes de Leon IX. 53. Dominacion de los normandos en Italia. 54. Manda el Papa un ejército contra ellos. 55. Le hacen prisionero. 56. Levanta Miguel Cerulario el estandarte de la rebelion contra la iglesia romana. 57. Envia el Papa legados á Constantinopla. 58. Muerte de Leon IX. 59. Responde el cardenal Humberto á los escritos de los cismáticos. 60. Retractacion de Nicetas. 61. Miguel Cerulario se vale de los medios mas infames para acreditar el cisma.

HISTORIA

DE LA IGLESIA.

LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

Desde la muerte del Emperador San Enrique en el año 1024, hasta la consumacion del cisma de los griegos en el de 1054.

1. Falleció el Papa Benedicto VIII en el propio año, y segun la cronología mas exacta, en el propio mes que el Emperador San Enrique, es decir, á últimos de Julio del año de 1024 (1). Sucedióle su hermano Juan XIX, hombre secular, senador, cónsul y duque de Roma, al que encumbraron sin duda al solio pontificio en el discurso del mes de Agosto del año 1025. Afirman algunos escritores contemporáneos que su eleccion fue obra del soborno: lo que quizá carece de otro fundamento que la sed del oro, atribuida por estos autores al pueblo romano, en el que, si hemos de darles crédito, parece que habia fijado su imperio esta pasion que gobierna en el universo. Prescindiendo de esto, lo cierto es, que

(1) Papebr. conat. = Chron. Cass. lib. 2. cap. 57.

se propagó demasiado este rumor vergonzoso, causando tal impresion en los griegos, que osaron proponer al nuevo Pontífice un tráfico de la misma especie.

2. Púsose de acuerdo con el Emperador Basilio el patriarca de Constantinopla Eustacio II, y pretendió comprar á Juan XIX el título de obispo universal en la iglesia de oriente; título que habian negado siempre los Papas á sus predecesores (1). Envió diputados á Roma, y les dió regalos preciosos, así para el Pontífice como para los romanos que se declarasen favorables á su pretension. Pero no fue posible manejar con tanto secreto este negocio, que no llegase á traslucirse algo en público; y bastó el solo temor de semejante iniquidad para alarmar á muchos franceses llenos de celo por la verdadera gloria de la iglesia romana.

3. El beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon, y natural de Italia, discípulo de San Mayeul, desplegó el mas loable celo por conservar el honor de la Cátedra sagrada en que consistia el glorioso esplendor de su patria (2). Este celador de la disciplina religiosa llamado *Regla viva* á causa de su vigilancia y de su exactitud egemplar, con la que restableció la regularidad en cuarenta comunidades que comprendian mil doseientos monges sujetos á su obediencia, hablaba á los Soberanos con tanta franqueza como á sus religiosos, y con el valor y resolucion

(1) *Glab. lib. 4. hist. cap. 1.* (2) *Vit. B. Guill. Act. SS. Bened. sac. VI.*

que inspira la virtud heroica. Dijo un día al Rey Roberto y á la Reina su esposa que estaban inconsolables por la muerte de su hijo primogénito, que él tenia por feliz á aquel Príncipe jóven y virtuoso que habia muerto antes de ocupar el trono, pues no encontraba estado mas peligroso para la salvacion que el de los Reyes. Y pareciéndole que estas palabras ofendian á los que no estaban acostumbrados á tanta franqueza, añadió para darles mas fuerza: „¿No habeis leido alguna vez en los libros sagrados, que de treinta Reyes apenas existen tres buenos?”

Quando llegó á noticia de este varon valeroso lo que urdian en Roma, escribió al Papa de un modo muy enérgico, aunque sin faltar al debido respeto. „El Doctor de las naciones, le dijo, nos avisa que no reprendamos con dureza á las personas constituidas en dignidad; pero tambien añade: *Si soy insertato, vosotros me habeis obligado á serlo.* Somos á la verdad vuestros hijos, y debemos venerar á nuestro padre. Mas el amor filial es el que nos impulsa á interesarnos por vuestra gloria, y el que por nuestra boca os presenta por modelo á aquel de quien sois Vicario. No rehusaba el Hijo de Dios preguntar á sus discípulos qué pensaban de él. Preguntad del mismo modo á vuestros hijos mas queridos, á algunos de vuestros amigos íntimos lo que opinan de vos. Afirman que han conseguido los griegos lo que han pedido por un mero efecto de vanidad, á aquel que, á pesar de la division del imperio romano entre muchos potentados, conserva todo el poder primitivo de

tos, y que logró mas fama que todos ellos. Tomó el nombre del sitio donde le levantó, que se llama en latin *Campus Malduli*, y está situado en la diócesi de Arezzo en medio de los montes mas ásperos del Apenino. Riéganle siete fuentes que le hacen sumamente fértil, y forman un contraste admirable con la multitud de rocas áridas que en cierto modo le sirven de muralla.

7. San Romualdo no quiso exhalar allí el último aliento. Habia profetizado á sus discípulos veinte años antes de morir, que finaria sus dias en el monasterio de Val-de-Castro, al que se trasladó luego que conoció que se acercaba su última hora, ordenando que le construyesen una celda separada con un oratorio para encerrarse en ella y guardar el mas profundo silencio hasta la muerte. Dispuesto ya su retiro, sintió que crecian sus males, y en especial una opresion de pecho que habia experimentado por espacio de seis meses; mas no por esto disminuyó en nada el rigor de sus ayunos, ni las demás austeridades con que atormentaba su cuerpo. Cuando estaba próximo á espirar, mandó á la caída de la tarde á dos hermanos que se hallaban presentes, que saliesen de la celda, que cerrasen la puerta, y no volviesen hasta el amanecer. Érales muy sensible obedecer este precepto, y en vez de irse á acostar quedaron á la puerta escuchando con atencion, y al cabo de un breve rato no oyeron ya las oraciones continuas que hacia el Santo, ni advirtieron movimiento alguno. Abrieron pues al punto, despues de haber tomado una luz, se

acercaron á él, y le encontraron tendido boca arriba sin respiracion y sin vida á 19 de Junio de 1027, en cuyo dia principió cinco años despues á ser honrada universalmente su memoria. Obró durante este corto tiempo tantos milagros en su sepulcro, que sus monjes consiguieron entonces de la santa Sede el permiso de erigir en él un altar; lo que era un modo de canonizar á los Santos. En la vida de San Romualdo, escrita quince años despues de su muerte por San Pedro Damiano, está escrito que vivió ciento y veinte años; pero es muy verosímil que en esto haya algun error de los copiantes, porque calculando con exactitud la serie de sus acciones, no se le pueden conceder mas de noventa años de vida.

7. Prestó en este tiempo un servicio interesante á su diócesi y á toda la Iglesia el monge Guido, natural de la ciudad de Arezzo en Toscana, contribuyendo á la magestad del culto público con la invencion de su método para aprender á cantar (1). Este fue el que inventó la solfa y las seis notas UT, RE, MI, FA, SOL, LA, que tomó de los tres primeros versos del himno de San Juan, *Ut queant laxis resonare fibris*: método muy sencillo, pero ignorado hasta entonces, por cuyo medio aprende un niño en algunos meses lo que pocos hombres aprendian antes con trabajo en muchos años. Los mas ilustres prelados de Italia recibieron con aplausos este método, y de allí se dilató por toda la cristiandad. Llamó á Guido el Papa Juan XIX, mostró un gozo extraordinario al sa-

(1) *Ibid.* pag. 508.

Dedicóse Olaf particularmente á arrojar de sus dominios los adivinos y magos de que estaban inficionados, y que eternizaban las supersticiones mas insensatas del paganismo. Caían especialmente en esta debilidad las mugeres, sin esceptuar las de los principales caballeros del pais; y fue tal la severidad del Rey, que castigó á muchas de ellas con pena de muerte, á causa de los maleficios que mezclaban con sus observancias impías. Esto causó una rebelion, de que se aprovechó Canuto para hacer que le reconociesen por Rey de Noruega, que obedeció entonces por primera vez á los Reyes de Dinamarca, aunque duró muy poco esta reunion. No se desanimó Olaf por un revés cuya causa habia sido el ardor de su celo. Depositando por el contrario toda su confianza en Dios, reunió los vasallos que habian permanecido fieles á su Rey y á su Dios, recibió socorros del Rey de Suecia, llamado tambien Olaf, con cuya hija estaba casado, y reconquistó en un todo su reino. Opinó que debia mostrar á Dios su agradecimiento, destruyendo la magia y la idolatría, y convirtió en efecto á la mayor parte de su pueblo. Pero los pocos idólatras que quedaron, le quitaron la vida secretamente en el año 1028. Levantáronle un sepulcro honroso en Drontheim, capital del reino, en el que obró el Señor tantos milagros por la intercesion de su siervo, que le colocaron en el número de los santos mártires, siendo muy célebre su culto en todos los pueblos del norte.

Aunque Olaf de Suecia era neófito, no desplegó

menos celo que el Rey su yerno por la propagacion del Evangelio (1). Consistia su mayor empeño en destruir un templo famoso de los idólatras que habia en Upsal en el centro de sus estados, y venia á ser el arsenal general de la idolatría. Recelando los paganos que lo consiguiese pidieron composicion, y le dijeron que eligiese el mejor pais de la Suecia para establecer en él el cristianismo; mas con la condicion de dejarlos en libertad para servir á sus dioses en lo demás del reino. Olaf aceptó estas condiciones, y fundó al punto una iglesia episcopal en Scaren, que era entonces una ciudad muy considerable de la Gothia cerca de Dinamarca. El primer obispo llamado Turgot, desempeñó su ministerio con tanta prudencia y actividad, que logró la conversion de dos pueblos célebres de godos. Convirtió el Rey por su parte á su esposa y á sus dos hijos llamados Edmundo y Anon. Sucedióle este último, el cual logró reunir con tanta perfeccion la piedad y todas las virtudes cristianas á las públicas, que no hubo nunca otro Rey de Suecia tan amado de sus vasallos. Entre los varios misioneros célebres por su piedad, y por lo mucho que contribuyeron á realizar las ideas religiosas de estos Príncipes, se distinguió principalmente un inglés llamado Wolfredo, que predicó el Evangelio en Suecia con grande intrepidez, y convirtió muchos infieles. Mas declamando en un concurso numeroso contra el mas famoso de sus dioses llamado Toretan, le despedazaron los bárbaros.

(1) *Ibid. cap. 41.*

11. Al paso que la luz del Evangelio se dilataba de este modo por los climas nebulosos y helados de la mas remota Germania, de la Sarmacia y de la Escandinavia, se disminuía en la misma proporción en las hermosas provincias de la Grecia, y de aquella parte privilegiada del Asia que habian ilustrado sus primeros rayos. El concilio celebrado en Constantinopla el año 1027, siendo patriarca Alejo, nos suministra una idea del misero estado á que estaba reducida entonces aquella iglesia ambiciosa (1). Los Príncipes, cuyas débiles manos no podian ya sostener el coloso vacilante del imperio, procuraban apoyarle con miserables recursos, empleando para ello todos los medios sagrados y profanos, y en particular las cargas y contribuciones con que agoviaban á los prelados y á todo el clero de sus dominios. Para eximirse los obispos de unos impuestos de que eran personalmente responsables los metropolitanos, ausentábanse de sus iglesias, daban á sus rentas distinto destino del que debian tener, arrendaban las tierras, y se ocupaban vilmente en todo género de negocios temporales. No observaban los límites de la jurisdicción eclesiástica, usurpaban los derechos de sus hermanos, y ordenaban clérigos de otras diócesis. Pasaban sin licencia los eclesiásticos por su parte desde una provincia á otra, corriendo á Constantinopla donde era muy frecuente ver que egercian impunemente las funciones sagradas unos clérigos depuestos

(1) *Jus Græc. Rom. lib. 4. pag. 250. = Post. Zonar. pag. 786.*

ó revestidos de los hábitos clericales sin haberse ordenado en ninguna parte.

El estado monástico que tanto habia florecido en otro tiempo en la iglesia oriental, donde tuvo su origen, hacia mucho tiempo que yacia en la decadencia por un resultado del espíritu del error, de cisma y de discordia; y caminaba á su total ruina con mas precipitación que el estado clerical. Habíanse acostumbrado los Emperadores, especialmente desde la heregía de los iconoclastas, á poner los monasterios y los hospitales en manos de los seglares ricos y condecorados con dignidades (1). El objeto de la institucion de esta especie de encomienda, era proporcionar protectores y bienhechores á estas casas, y restablecer el gran número de las que habia arruinado el impío Coprónimo; pero poco á poco las dieron á toda clase de personas, sin exceptuar á las mugeres y á los paganos, que las reputaron propiedades suyas. Estas concesiones eran vitalicias, y algunas veces se otorgaban á favor de dos personas que las disfrutaban sucesivamente. Dábanse á los hombres monasterios de mugeres, y á las mugeres monasterios de hombres, y acontecia con frecuencia que una sola persona tenia muchos á un mismo tiempo. Estos donatarios, llamados *Caristicarios*, gozaban de todas las rentas sin rendir cuenta de ellas, mandaban con los abades, obligábanlos á recibir los monges que á ellos les caían en gusto, y moraban en el monasterio las personas de su familia y de su séquito, que solian

(2) *Monum. Græc. Cotel. pag. 170.*

igualar en número á los monges. No es difícil imaginar los desórdenes que por precisión habian de resultar de este abuso, siendo el menor obstáculo la omisión en reparar la iglesia y las celdas, la tibieza en el culto divino, la suspensión de las limosnas de costumbre, y la falta de subsistencia de los monges, quienes por carecer de lo necesario, abandonaban su retiro, ó se entregaban en él á la inquietud, al desabrimiento y á la disolución. Esforzóse el concilio de Constantinopla á estorbar por lo menos que los Caristicarios poseyesen ningun monasterio de monjas, que transmitiesen sus encomiendas á otras personas, vendiéndolas como bienes profanos, y que enagenasen sus posesiones sin el permiso del patriarca ó del metropolitano.

No brillaba más el trono que la Iglesia. El patricio Romano-Argirópilo sucedió al Emperador Constantino, que murió tres años despues que su hermano Basilio, á 12 de Noviembre de 1028 (1). Habíase deshonrado Constantino con su vida ociosa, ó empleada enteramente en corridas de caballos, y en las diversiones que le proporcionaban los bufones, los eunucos y los vagamundos despreciables, á quienes concedia los gobiernos y las primeras dignidades del estado. Mas acierto tuvo Romano-Argirópilo en la elección de sus favoritos: colmó de riquezas y honores á las personas beneméritas á las que habia perseguido Constantino, aumentó las rentas de la catedral de Constantinopla con una pensión de ochenta libras

(1) *Cedr. pag. 719, et seq.*

de oro que la señaló sobre el tesoro imperial, alivió la suerte de muchas personas que estaban reducidas á la indigencia, especialmente entre los eclesiásticos, dió grandes limosnas para descanso de los difuntos, é hizo muchos de aquellos actos de Religion que edifican á los pueblos, pero que por lo comun sirven solo para producir una calma funesta en la conciencia del que los egecuta. Parecia por medio de estas obras de virtud que en efecto se hallaba Romano muy tranquilo en el matrimonio adúltero que le habia facilitado el camino para encumbrarse al trono. Deseando Constantino colocar en él á su propia hija con Romano-Argirópilo, le llamó tres dias antes de su muerte, que juzgaba ya inevitable, y le propuso que repudiase á su muger. Habiendo contestado Argirópilo que no podia alegar ningun motivo de queja contra ella, le dijo el Emperador: „Reflexiona si quieres ser por este medio mi sucesor y mi yerno, ó si prefieres que mande sacarte los ojos.“ Vaciló aun Romano en medio de esta estraña alternativa, y abrazó su esposa el partido de mandarse cortar el cabello, y encerrarse en un claustro para libertarle del peligro que le amenazaba. Trataron luego sobre cuál de las tres hijas del Emperador consentiria entrar en este matrimonio. Eudasia, la mayor de todas, resolvió al punto hacerse religiosa. La tercera llamada Teodora, se negó á las claras á casarse con Romano: pero Zoe, que era la segunda, vino en ello con mucho gusto. Caracteriza de un modo demostrativo la religion hipócrita y el alma

ber que estaba en Roma, le hizo muchas preguntas, examinó su libro y sus reglas, y sin moverse del sitio en que estaba quiso ponerlas en práctica por sí mismo. Aprendió en efecto en pocos momentos la música de un versículo que jamás había oído cantar, y experimentando por sí mismo lo que apenas había creído cuando se lo referían otros, hablaba de esta invención como de un prodigio.

8. Adquirió la Religión en el pontificado de Juan XIX otras ventajas mas sólidas por medio de muchos Príncipes virtuosos, cuyo ejemplo y celo no contribuyeron menos que los predicadores del Evangelio á acreditarla en los reinos del norte. Pasó á Inglaterra á ejemplo de su padre, Canuto, hijo y sucesor de Suenon, Rey de Dinamarca, para vengar á su nacion de las crueldades del Rey Hthelredo (1). Este Príncipe prudente, valeroso, constante en los reveses y lleno de recursos para repararlos, hubiera despojado fácilmente á Ethelredo de sus estados. Pero este Rey sin virtudes y sin mérito encontró un apoyo poderoso en su hijo Edmundo, cuya fuerza en los consejos y en las campañas igualaba á la fuerza de su cuerpo, que le grangeó el renombre de *espalda de hierro*. Mientras existió este digno rival, Canuto conservó la soberanía de una parte de la Gran Bretaña. Con la muerte de Edmundo quedó único dueño de la isla, y reinó en ella cerca de veinte años. Era religioso, equitativo, naturalmente benéfico, y si durante la guerra manifestó algunas reliquias de la

(1) *Adam. Brem. lib. 2. cap. 38.*

ferocidad dinamarquesa, no fue tanto un efecto de su índole, como una consecuencia desgraciada de las ocasiones y de un furor pasajero. Cuando se vió poseedor tranquilo de toda la Inglaterra, se aplicó con tanto esmero á restablecer la tranquilidad y el buen orden y á procurar la abundancia, que nunca estuvo el reino tan floreciente como en el tiempo de su dominacion. Derramaba sus gracias y sus liberalidades entre los grandes y los pueblos, protegiendo á los ingleses del mismo modo que á los dinamarqueses, de suerte que se grangeó el amor general á pesar de las preocupaciones nacionales, consiguiendo restablecer entre ellos una concordia y armonía que se tuvo por un golpe de política consumada.

9. La piedad sincera de este Príncipe era el resorte de todas sus virtudes reales, y las dió un gran realce. Canuto reedificó todos los monasterios asolados durante las guerras, y levantó iglesias en todos los sitios donde había dado batallas, á fin de que se hiciese oracion en ellas, y se ofreciese el santo sacrificio por los difuntos. Su padre Suenon, siendo todavía pagano, había violado sacrilegamente en Glastemburi el sepulcro de San Edmundo; y mandó edificar allí un monasterio magnífico en honor de este ilustre mártir. Fue en extremo liberal con las iglesias y con los pobres, sin limitarse á los de sus estados. En Roma, donde tuvo la devocion de visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, se admiró su piadosa magnificencia y el espíritu de Religión de que estaba animado. Viéndose obligado Fulberto, obispo

de Chartres, á reconstruir enteramente su catedral, que habia quedado arruinada de resultas de un incendio, le envió Canuto una suma considerable de dinero, como lo justifica la carta de gracias que le escribió este prelado.

A estas obras exteriores, que á la verdad eran fáciles para un Príncipe poderoso, Canuto añadía los sentimientos del corazón; y no obstante el orgullo que naturalmente inspira el cetro, conocia su dependencia efectiva del Todopoderoso, al que tributaba siempre homenaje de la porcion de autoridad recibida de su mano. Hallábase un dia cerca de Winchester á la orilla del mar, y le dió un cortesano el título soberbio de Rey de los Reyes y Señor de mar y tierra, por una especie de lisonja, que aunque se parece á la idolatría, no dispierta escrúpulo alguno en las cortes mas cristianas. Dobló el Príncipe su manto sin responder, le puso á la orilla de las olas, y se sentó sobre él. Viendo despues de esto que llegaba el momento del flujo: „pues estás sujeto á mis órdenes, dijo al mar, te mando que respetes á tu Señor, y que no te acerques á donde está.” Escucharon todos con asombro estas palabras, cuando bañando los pies del Rey las primeras olas: „ya veis, dijo, cómo soy Señor del mar. Aprended de aquí lo que es el poder de los Reyes mortales, y que propiamente hablando no hay mas Rey que aquel Autor Soberano que crió y gobierna el cielo, la tierra y todos los elementos.” Habiendo dado esta terrible leccion, se levantó, se fue en derechura á la

iglesia de Winchester, acompañado de todos los que le rodeaban, y poniendo en la cabeza de un Crucifijo la diadema que acostumbraba llevar, protestó que solo la merece aquel á quien obedecen todas las criaturas; despues de esto se negó á usar de ella. Murió Canuto á poco tiempo de haber hecho una accion tan digna de terminar un reinado que habia sido una serie no interrumpida de buenas obras. Se atribuye un gobierno tan cristiano á la direccion de San Elnoth, arzobispo de Cantorberi y sucesor de Living, que lo fue de San Elfgio. Los dos hijos de Canuto I, Haraldo y Canuto II, sucedieron uno despues de otro á su padre en la soberanía de la Gran Bretaña. Cuando murieron, pasó otra vez esta corona á la familia de sus antiguos poseedores, y á la cabeza de San Eduardo, hermano de Edmundo, *espalda de hierro*.

10. Mientras que el Rey Canuto era con sus virtudes la admiracion de la Inglaterra y Dinamarca, regia los países bárbaros de la Noruega un Príncipe igualmente virtuoso, que mereció el título de mártir por su muerte heroica y santa (1). Declaráronse sin embargo los dos Reyes Olaf y Canuto, tan dignos de una amistad recíproca, una guerra obstinada que duró casi todo su reinado, aspirando nada menos que á reunir en una sola cabeza las dos coronas de Dinamarca y Noruega, que á pesar de los mares que las separan, se ha creído desde la mas remota antigüedad que debian estar sujetas á un solo Soberano.

(1) *Id. ibid. cap. 40.*

falsa de aquellos griegos, el que mirando con tanta indiferencia el delito de adulterio, solo mostrasen escrúpulo por cierto grado de parentesco que habia entre los esposos delincuentes. Agitaron con mucha seriedad esta cuestion subalterna, y decidió á favor de ellos el patriarca Alejo, de acuerdo con su clero. Parece que Romano-Argirópilo no mostró la menor inquietud por esta causa en los cinco años que duró su reinado.

12. Los prelados de occidente, aunque ocupaban unas sillas mucho menos ilustres que la de Constantinopla, estaban muy lejos de tener un temor tan vil de desagradar á las potestades del siglo. Ansiando la Reina de Francia coronar á su hijo Roberto con perjuicio de Enrique, que era el primogénito, creyó Fulberto de Chartres, quien debia toda su autoridad á su instruccion y á sus virtudes, que no podia consentir una injusticia, cuyas consecuencias serian tan perjudiciales. Mirando, pues, con indiferencia la ira de la Reina, habló con frecuencia al Rey á favor de su hijo primogénito, y despreció los clamores de algunos prelados cortesanos menos adictos á la autoridad del Monarca que á la faccion que pretendia usurparla. Prevaleció por fin el dictámen de Fulberto, y se cumplieron los justos deseos del Rey, siendo coronado en Rems el Príncipe Enrique á 14 de Mayo del año 1027, dia de Pentecostes. Al mismo tiempo que los prelados intrigantes que se habian manifestado mas opuestos á la consagracion de Enrique, concurrían á ella por un principio de adulacion, se

negó con modestia á asistir á ella el de Chartres, contentándose con haber contribuido á que se verificase.

Dos años despues murió en una edad no muy avanzada, á pesar de haber ocupado la silla episcopal por espacio de veinte años. Mas encumbróle á ella su mérito extraordinario, no obstante su corta edad, y aunque, como lo dice él mismo, no era recomendable por su nacimiento ni por su fortuna, concurriendo en él además la circunstancia de ser extranjero, pues creemos que era romano. Despues de haber estudiado desde su infancia con escelentes maestros, enseñó en Chartres con el mayor aplauso, y llegó á ser cancelario ó maestro-escuela de aquella iglesia. Progresó rápidamente en todas las ciencias, y aun en la medicina, que egerció caritativamente, aunque dejó de egercerla cuando le eligieron obispo. Habia formado una idea tan alta del episcopado, que mucho tiempo opinó deber ceder á los que, segun se esplicaba, eran mas dignos que él de que se les colocase en tan sublime gerarquía, y temblaba sin cesar por el recelo de no haber sido llamado á ella de un modo conveniente. Procuraba algunas veces tranquilizarse á sí mismo, diciéndose que su elevacion no era efecto de ninguna recomendacion humana, y que siendo pobre se veía, sin saber cómo, sacado del polvo de la tierra. Para calmarle del todo fue necesaria toda la autoridad de San Odilon de Cluny, á quien llamaba arcángel de los monges, y con el que profesaba una íntima amistad. Por fin, cedió á

paces de defenderse. La nacion se acercaba por último á su ruina, cuando el Señor, que con el espectáculo de las mas horribles calamidades queria destruir en ella la ferocidad que conservaba todavía, envió de repente una abundancia prodigiosa despues de tan excesiva miseria (*).

(*) Mientras que se veía la Francia desolada con tantas calamidades, los estados cristianos de España caminaban rápidamente á su engrandecimiento y prosperidad. La larga paz que tuvieron con los sarracenos ocasionada por las disensiones que agitaron entre sí, les permitió atender esclusivamente á la reforma de costumbres y al bien de sus pueblos. Alfonso V, siempre piadoso, favoreció las iglesias y monasterios enriqueciéndolos con sus dones, guardó justicia, ejerció la misericordia, é hizo florecer la Religion en su reino. En el año 1029 quiso recobrar la ciudad de Viseo, de que se apoderaran los moros en la primera campaña de Almanzor; pero fue herido durante su sitio y murió dentro de pocas horas estando aun en la flor de su edad. Algunos autores afean á D. Alfonso la resolucion de comprar la paz de Abdalla, Rey de Toledo, dándole por muger á la Infanta Doña Teresa su hermana. Mas, como dice muy bien el erudito anotador de la historia de Mariana, se debe tener por fábula semejante casamiento: ya porque entonces no había Rey en Toledo, sino solamente alcaide ó gobernador dependiente del Rey de Córdoba; ya porque las guerras civiles de los musulmanes duraron desde el 1009 hasta el 1026, en cuyo tiempo no hay memoria que atestigüe haber estos atacado á los cristianos; ya principalmente porque en la inscripcion del sepulcro de Doña Teresa que publicó Morales en el cap. 48 del lib. 17 de su crónica, se da á la Infanta el título de *Christo dicata* que se daba únicamente á las vírgenes que se consagraban á Dios abrazando el instituto religioso.

Dejó D. Alfonso dos hijos, Veremundo que le sucedió en el reino de Leon, y Doña Sancha que casó con Fernando, hijo de Sancho Rey de Navarra y en quien se juntaron las coronas de

16. Transcurridos los tres años de esterilidad, escedió la cosecha del de 1033 á la de tres años comunes. Los pueblos recibieron este beneficio del cielo con tanta mas gratitud quanto era mas conocida la diferencia entre el estado anterior y el presente. Los obispos y todos los buenos utilizaron estas disposiciones

Navarra, Leon y Castilla. Once años tenia Veremundo ó Bermudo III cuando murió su padre: desde que subió al solio de Leon, se dió á la paz, á la religion y á la justicia; pero no bastaron estas virtudes para hacerle gozar pacíficamente su reino. D. Sancho el Mayor, Rey de Navarra, había heredado por su muger el condado de Castilla despues de la muerte violenta del último conde D. García. Este aumento de poder, y el carecer Bermudo III de sucesion, escitó la ambicion del Príncipe de Navarra, que comenzó ya á mirar como suyo el reino de Leon. En el principio del año 1032 acometió con todas sus fuerzas los estados de Bermudo, se apoderó de todos escepto Galicia, única provincia que permaneció á la obediencia de su legítimo Rey, y en la que pudo este rehacer sus fuerzas para oponerse al usurpador. Mas antes de emprender de nuevo la guerra, se ajustó la paz por la mediacion de los obispos, siendo sus condiciones el casamiento de D. Fernando, hijo segundo del Rey de Navarra, con Doña Sancha hermana del de Leon; el condado de Castilla que asignó el Navarro á su hijo, y la tierra de Campos y el título de Reyes que dió el de Leon á los nuevos esposos. Concertadas así las partes, entraron con general aplauso D. Fernando y Doña Sancha en sus estados con el título de Reyes de Castilla. En 1035 murió D. Sancho de Navarra, dejando por sucesor á su hijo D. García. Por su muerte comenzó Bermudo III á proyectar el recobro de lo que había cedido al Rey de Castilla; quitóle en efecto algunos pueblos, pero marchando contra él D. Fernando con su hermano el Rey de Navarra, le presentó batalla en el valle de Támara cerca de Carrion. En lo mas recio de la lucha tuvo Veremundo la temeridad de meterse en medio de los enemigos buscando á los dos Reyes hermanos,

para poner freno á los desórdenes pasados, y sobre todo para contener, juntamente con las guerras de los señores particulares, el vicio antiguo del latrocinio, los saqueos no interrumpidos, la profanacion de los lugares santos, y todas las violencias y sacrilegios que de aquí resultaban (1). Este gran proyecto tuvo por nombre la paz de Dios. Celebraron para establecerla concilios en la mayor parte de las provincias, á las que dieron ejemplo las de Aquitania, Arlés y

y atravesado de una lanzada cayó muerto de su caballo. Quedó con esto el campo y todo el reino de Leon por D. Fernando, como esposo de Doña Sancha á quien pertenecía; pasó entonces á la capital con su muger y ejército, y fue coronado á 22 de Junio del año 1037 á los diez y nueve de su edad. Así terminó en Bermudo III la línea masculina del Rey D. Pelayo, y pasaron todos sus derechos á la augusta casa de Navarra.

D. Fernando, llamado justamente el Grande, primero de este nombre, y tambien el primer Rey de Castilla y Leon, comenzó desde luego á poner el mejor orden en el gobierno de sus estados ya bastante dilatados. Confirmó y dió nuevo vigor á las leyes godas, y añadió muchas de nuevo segun los tiempos exigian. Fue suavizando con su prudencia los ánimos de los grandes, no muy adictos á su servicio. La Religion y las letras tuvieron en D. Fernando un protector tan celoso, que jamás omitió circunstancia alguna ú ocasion de dilatarlas y ennoblecerlas. Su poder, mayor que el de todos los Príncipes que á la sazón dominaban en España, la grandeza de su alma y otras muchas virtudes en que fue muy acabado junto con su gloria militar, le elevaron á tal grado que solo su nombre imponía un terror indecible á los moros, mientras que era el objeto del amor y bendicion de todos sus pueblos. Mas adelante tendremos ocasion de describir algunas de las grandes acciones que ilustraron su largo y feliz reinado.

(1) *Glab. Rod. lib. 4. cap. 5.*

Leon. A fin de calmar ante todas cosas la ira de Dios, añadieron para siempre el ayuno ó abstinencia del sábado á la del viernes, que debia ser tambien mas rigurosa que en los tiempos anteriores. Para establecer inviolablemente la paz entre los particulares, acordaron que la usurpacion de los bienes ajenos fuese castigada exactamente segun las leyes: que en lo sucesivo no usasen armas los hombres libres ni los esclavos: que nadie recurriese á la fuerza para recobrar lo que le hubiesen robado, ni vengar su sangre ni la de sus parientes; y que las iglesias serian asilos inviolables para todo el mundo, á escepcion de los que hubiesen violado la paz, para quienes no valdria este recurso.

No faltó sin embargo entre los prelados uno de aquellos reformadores que hallan abusos en las mejores instituciones. Gerardo, obispo de Arras y de Cambray, se negó á publicar en su diócesis el decreto de los concilios, alegando que era ofensivo á los derechos de los Soberanos, á quien toca exclusivamente, decia él, disponer de la paz y de la guerra, y corregir las violencias de sus vasallos (1). Añadia que si coactaban á todo el mundo, como habian resuelto, á jurar la observancia del decreto, resultaria que una infinidad de personas serian reos de perjurio. Los demás obispos respondieron que nunca se haria ningun bien, si hubiesen de contenerse por el temor de los abusos; y en cuanto á los derechos de la autoridad real, dijeron que nadie los vulne-

(1) *Bald. in Chron. Camer. ad ann. 1034.*

las representaciones del santo abad, rogándole que le dirigiese en el cumplimiento de sus deberes, que le sostuviese en sus trabajos, y le ayudase á llevar una carga que había tomado sobre sí por acceder á sus consejos.

13. Nos han quedado algunos sermones de Fulberto de Chartres, y mas de cien cartas concisas por la mayor parte, pero muy instructivas. En un sermón que escribió sobre la Natividad de la Virgen, nos da á entender que había instituido esta festividad en su diócesi. Descúbrense en sus cartas un juicio recto, unas ideas sanas, y una fuerza de alma superior á las preocupaciones de su siglo, como tambien á todo respeto humano. Habiéndote exigido su dictámen el Rey Roberto acerca de la propuesta hecha á favor de Francon para el obispado de París, contestó que aprobaba su eleccion, si además de las buenas costumbres y de la doctrina, tenía igualmente gran facilidad para predicar; „porque no están, dijo, menos obligados á perorar los obispos, que á la solicitud y á la actividad en el gobierno pastoral.” Escribiendo al mismo Francon, cuya iglesia sufrió mucho con pretexto de la proteccion que aparentaban dispensarla algunos señores, le habló contra la costumbre abusiva de defenderla con las armas: „no sea, añadió, que usando de una espada que no corresponde á los obispos, deis causa á que desprecien la que les es propia.” Murió un dignidad de la iglesia de Chartres, y pidió Roberto de Senlis esta plaza para sí ó para su hermano Guido: contestó Fulberto que no era con-

veniente al primero por ser obispo, ni al segundo porque era demasiado jóven: y sin recelarse del resentimiento ni de las amenazas de aquel obispo colérico, concedió la dignidad á un clérigo sin proteccion, pero virtuoso y sabio.

En una carta dogmática en que trata de explicar los principales artículos de la Religion, afirma que la Eucaristía no es el símbolo de un misterio vano, sino el verdadero cuerpo del Señor, producido por la operacion del Espíritu Santo (1). „¿Y puede dudarse, añade, que el que lo formó todo de la nada, convierta con el mismo poder la materia terrestre en la substancia de Jesucristo?” Las cartas de Fulberto nos enseñan tambien la costumbre establecida en muchas iglesias, de que al ordenar á un sacerdote le daba el obispo una hostia consagrada para consumirla poco á poco en el espacio de cuarenta dias, tomando cada mañana una partícula de aquel alimento divino. Hallamos la misma práctica en un pontifical antiquísimo de la iglesia de Soissons. Fulberto explica esta ceremonia diciendo, que representa no solo la unidad del sacrificio del obispo y del sacerdote, sino tambien las apariciones de Jesucristo á sus discípulos en los cuarenta dias siguientes á su Resurreccion. „Así como para confirmar su fe, dice, les era aun necesario este auxilio antes de entregarse á los peligros del siglo, por lo que no se contentó con aparecérselos una sola vez, sino que por espacio de cuarenta dias los vigorizó con las apariciones frecuentes de la carne, que

(1) *Epist. 1. et 2.*

es el pan de los ángeles; del mismo modo el obispo que ocupa el lugar de Jesucristo, antes de enviar á los sacerdotes á las funciones del apostolado, les hace partícipes por espacio de cuarenta dias del alimento que comunica la vida y el vigor á nuestras almas.”

14. Murió el piadoso Rey Roberto en Melun, el dia 20 de Julio del año 1031, cuatro años despues de la coronacion del Rey Enrique. Acrisoló el Señor sus virtudes en esta vida con una pesadumbre muy sensible para el corazon de este buen padre. Declararonle guerra sus dos hijos Roberto y Enrique, á causa de la predileccion de la Reina á favor del mas jóven. Este Príncipe, mas justo que su madre, reprehendió su infundado odio á Enrique, compadeciéndose de este hermano desgraciado, y declarándose abiertamente á favor de sus intereses. Cuando llegó á noticia de la Reina, persiguió á uno y á otro, con cuyo motivo hayeron de la corte y tomaron las armas para defenderse; de modo que el buen Rey se vió forzado á sostener una guerra civil contra sus propios hijos. Púsola fin sin embargo muy pronto con la prudente moderacion que le sirvió de guia. Cuando se concluyó esta espedicion, pasó toda la cuaresma en peregrinaciones, haciendo ricas ofrendas á una multitud de iglesias que visitó, y repartiendo cuantiosas limosnas á los infinitos pobres que le cercaban en todas partes. Empleó así el poco tiempo que le quedaba, enriqueciendo la corona de que goza en el cielo, como debemos creerlo piadosamente (1). El autor an-

(1) *Helgaud. pag. 4. ap. Duch.*

tigo que escribió la vida de este Príncipe, le atribuye milagros, y no teme asegurar que él le invocaba del mismo modo que á cualquiera otro Santo. Pero las lágrimas de sus vasallos, y en especial de los pobres que le miraban particularmente como á su padre, son un testimonio aun mas glorioso ó mas incontestable. Al dar el último aliento, exclamaron todos á voz en grito: „Señor, ¿por qué nos privais de un padre tan tierno? Era el amigo del pueblo, la antorcha de la justicia, y el apoyo de los buenos. Tuvo fin el hermoso reinado en que vivíamos en paz, y sin temer ningun peligro ni infortunio.”

Coronado ya Enrique, sucedió sin obstáculo al Rey su padre; pero su madre desnaturalizada no tardó en levantar contra él algunos señores sediciosos. Enrique, á quien habia reputado siempre como á un Príncipe indolente y afeminado, desmintió muy pronto tales suposiciones con el valor y actividad con que calmó estas sediciones en su origen. La Reina, que no vivió mas de un año despues del fallecimiento del Rey su esposo, terminó todos los temores que pudiera despertar su malevolencia. El reino consternado con el azote del hambre mas horrible que se habia conocido jamás, no hubiera podido resistir al mismo tiempo el de la guerra civil, sin quedar enteramente arruinado.

15. Malograron enteramente la cosecha de granos y de los demás frutos un trastorno inesperado en las estaciones, y unas lluvias casi continuas por espacio de tres años consecutivos. No es difícil adivinar la

escaséz que resultaría de esta intemperie; pero son en cierto modo increíbles los delitos y atrocidades que causó una hambre cruel, ó por mejor decir, una rabia que constituyó á los cristianos, no solo inferiores al hombre, sino aun á las bestias mas feroces. Agotados los recursos que ofrecian las yerbas de los prados y las raíces de los árboles, desenterraban los cadáveres para alimentarse con ellos. Principiaron despues á comer la carne de las personas á quienes despojaban de la vida, saliendo los hombres á cazarse unos á otros. Se aguardaban y acometían en los caminos, no para robarse, sino para devorarse; y los que entraban en las posadas á buscar algun alimento, eran degollados en ellas para sustentar á los demás. Parece que la calamidad se dejó sentir con mas fuerza en el antiguo reino de Borgoña (1), pues cerca de Macon prendieron á un mesonero que habia muerto en su casa cuarenta y ocho personas, cuyas cabezas hallaron en ella, y cuya carne habia servido de pasto á los pasajeros; y aunque le quemaron vivo por orden del conde Oton, no bastó esta severidad para estorbar que vendiese otra carne humana en la plaza de Tournus. Tambien le condenaron al fuego, y se enterraron á toda prisa los restos de su abominable carnicería. No bastó sin embargo este castigo para contener el hambre de un miserable que observó el sitio donde habian sido enterrados, no de otra manera que si se tratase de un tesoro; sacó aquel manjar horrible para alimentarse con él, y sufrió igual-

(1) *Glab. Chron. Hug. Flav.*

mente el suplicio del fuego. Pero corramos el velo á unos horrores tan injuriosos á la humanidad, que hemos tocado de paso para dar el realce conveniente al espíritu de fe y de caridad que repararon su honor con ventajas conocidas.

Distribuyeron los obispos y los abades los bienes de la iglesia con una santa profusion, y sin pensar en reservarse lo necesario para libertarse ellos mismos de la calamidad (1). A más del dinero que tenian, repartieron el trigo y el vino que habian acopiado, desnudaron los altares, vendieron los vasos sgrados, emplearon el influjo y la autoridad que gozaban con los Príncipes, é interesaron á los Reyes estrangeros para concurrir por todos los medios imaginables á la subsistencia de los desgraciados. Redujo San Odilon en particular á la indigencia su monasterio de Cluny, que era uno de los mas ricos del orbe cristiano; y se vió despues obligado por la extrema penuria que padeció con sus súbditos por espacio de dos años, á implorar la asistencia del Rey García de Navarra (2). El hambre ocasionó tan gran mortandad, que no bastaban los vivos para enterrar los muertos, y quedaban sus cuerpos en las calles y en los caminos, en los mismos sitios donde habian caído desfallecidos; causando este incidente otro azote mas funesto y mas horrible que los dos primeros, porque acostumbrados los lobos á alimentarse con los cadáveres, se aficionaron á la carne humana, y acometian indistintamente á los vivos y á los muertos, casi igualmente inca-

(1) *Chron. Virg. ad ann. 1031.* (2) *Spicil. tom. 2. pag. 388.*

raba sino el mismo Gerardo, pretendiendo dividir el sacerdocio y el imperio, cuando las dos potestades obraban de acuerdo para estorbar unos desórdenes opuestos en el mismo grado á una y á otra. Lejos de suscribir Gerardo al dictámen de sus venerables hermanos, dió á luz un escrito para impugnarle, sin que hubiese apariencia de que pensase mudar de opinion. Mas la voz de los pueblos le acusó por todas partes de que era un enemigo del bien público, y se levantaron contra él sus propios diocesanos de Douai; de modo que temió ser víctima de su singularidad, y mucho mas cuando sus amigos, en particular Leduino, abad de San Vat de Arras, le manifestaron cuan odiosa era la conducta que se empeñaba en seguir. Por último, resolvió publicar en su diócesis los estatutos de los concilios.

17. Decidieron en los concilios de Bourges y de Limoges, celebrados en las mismas circunstancias, la cuestion tan célebre y tan infundada del apostolado de San Marcial (1). Mucho tiempo ya que se agitaba con calor esta disputa, interesándose en ella toda la Francia, á egemplo de sus Soberanos. Los lemosinos, y en especial los monges de la abadía de San Marcial de Limoges, reprobaron al principio como cosa contraria á la costumbre en cuya posesion estaban, el título que pretendia aplicar todo el reino á su patron. Admitiéronle sin embargo despues todos ellos, con arreglo á lo decretado en el concilio de Bourges del año 1031, y lo confirmaron aquel mis-

(1) Tom. 9. Concilior.

mo año en su propio concilio. Tuvieron presente para esto una vida de San Marcial, publicada bajo el nombre de su discípulo Aureliano, en la que dice que era uno de los setenta y dos, que fue bautizado por San Pedro, instituido obispo por el mismo Jesucristo el dia de la Ascension, y enviado por él á las Galias, despues de haber recibido el Espíritu Santo con los Apóstoles el dia de Pentecostes. Esta obra era desconocida antes del siglo diez, y es mirada actualmente como apócrifa. Tales eran en la época mas desacreditada de la edad de la ignorancia los errores y equivocaciones de los obispos y de los concilios, esto es, únicamente relativos á discusiones de crítica y cronología, y á hechos históricos que en nada tocan al dogma, á la sana moral, ni á ninguna verdad de la Religion.

Pretendieron no obstante fundar el apostolado de San Marcial en tradiciones antiguas y en testimonios suministrados por las iglesias mas remotas, como el de un santo monge del monte Sinai, llamado Simeon. En cuanto á las tradiciones, se contentaron con citarlas en general sin especificar ningun tiempo determinado. El testimonio del monge Simeon, á quien se atribuía el dicho de que los orientales reconocian unánimemente á San Marcial por apóstol ó por uno de los setenta y dos discípulos, solo puede servir para suministrar una idea del respeto con que miraban en Francia á aquel virtuoso estrangero. Habia nacido en Siracusa (Sicilia) y era hijo de padres ilustres entre los griegos, quienes procuraron darle una educacion

Declarada vacante la santa Sede, se eligió por unánime consentimiento de los romanos y de los alemanes que acompañaban al Rey Enrique, al sajón Suidgero, obispo de Bamberg. Tomó el nuevo Papa el nombre de Clemente II, fue consagrado el día de Navidad, y en el mismo día dió la corona imperial al Rey Enrique y á la Reina Inés. Clemente, que aunque extranjero, habia sido elegido como mas digno del pontificado que todos los romanos, trató desde luego de acreditar con las obras la buena opinion en que le tenían, y especialmente con su celo contra la simonía, que era el abuso mas escandaloso de aquellos tiempos. Pero no ocupó la santa Sede mas que nueve meses y medio, pues murió á 9 de Octubre de 1047, no en Alemania, como creyeron algunos historiadores fundados en el viage que hizo á aquel país en el corto espacio de su pontificado, sino segun el exacto Muratori, en la abadía de Santo Tomás de Aposelo en Italia cerca de Pézzaro. Entonces volvió Benedicto IX á ingerirse en el pontificado, y se mantuvo en él hasta que habiéndose arrepentido de veras en el mes de Julio del año siguiente, llamando al abad de la gruta de la herradura cerca de Túsculi, y movido de los consejos de este Santo, el cual estaba dotado de un talento eminente para la conversion de los pecadores, comprendió que solo debia tratar ya de hacer penitencia, y renunció para siempre su dignidad.

21. A principios del año 1048 murió San Poppon, abad de Stavelo en la diócesis de Lieja. Era natural

de Flandes, y abrazó en su juventud la profesion de las armas; pero favorecido oportunamente con las bendiciones del cielo, manifestó siempre un desprendimiento admirable de todas las cosas terrenas (1). Estimándole mucho Balduino el Barbudo, conde de Flandes, y hallándose bien quisto de todos los grandes, uno de los principales de estos le ofreció su hija en matrimonio. No quiso admitir Poppon una oferta tan lisongera, por ir á abrazar la vida monástica en la abadía de San Tierri cerca de Rems. Habiéndole visto en ella el beato Ricardo de San Vannes, quedó tan prendado de él, que se le llevó á Verdun con el consentimiento de su abad. Llamó Poppon á esta ciudad á su madre Adelueva, que hallándose viuda mucho tiempo habia, se hizo reclusa y llegó á tal grado de santidad, que es venerada con culto público. Habiendo entregado el conde de Flandes al abad de San Vannes el monasterio de San Vat de Arras, fue electo Poppon superior de esta casa en el reinado de San Enrique. Habló al Emperador á favor de los intereses de su monasterio, y le inspiró las mismas ideas que á todas las personas con quienes trataba. Consiguió de él que aboliese la costumbre bárbara de ofrecer en espectáculo á ciertos malhechores, presentándolos desnudos y untados con miel para que fuesen pasto de los osos que estaban preparados para devorarlos. Algun tiempo despues le dió este Emperador la abadía de Stavelo, y en se-

(1) *Bolland. tom. 2. pag. 638 = Act. Bened. sæc. VI. pag. 569.*

guida la de San Maximino de Tréveris, cuyos monjes, llevando á mal que tratase de obligarlos á observar una regularidad exacta, le dieron veneno; bien que este atentado no produjo el efecto que ellos deseaban. Quiso el Emperador Conrado conferirle el obispado de Strasburgo, y para impedirlo Poppon llegó al extremo de atribuirse algunos defectos que le excluían de la dignidad episcopal segun los cánones. Reprendiéndole despues el Emperador porque se habia valido de aquel artificio: „¡ah Príncipe! respondió, ojalá pudiera yo daros tambien á entender cuán indigno soy de egercer el empleo de abad!” Estimándole Conrado mas y mas con este motivo, tomó la resolucíon de sujetar á su obediencia todas las abadías que vacasen en sus estados: por cuyo medio restableció Poppon la regularidad en catorce monasterios.

22. Por el mismo tiempo acreditaba admirablemente San Gonthier el honor de la vida eremítica (1). Habiendo nacido en Turingia de una familia de las mas ilustres emparentada con San Estévan, Rey de Hungria; y disfrutando los bienes y dignidades convenientes á su nacimiento, no supo al principio preservarse de tantos escollos. Pero arrepintiéndose luego de los pecados de su juventud, dió sus ricas posesiones al monasterio de Hersfeld con anuencia de sus herederos, y se puso bajo la direccíon de San Godehardo, que era entonces abad de esta casa y fue despues obispo de Hildesheim. Profesó en el

(1) *Act. Bened. sæc. VI. pag. 475.*

monasterio de Altaha sujeto al mismo superior, y con su permiso se retiró al cabo de algun tiempo á un desierto de las selvas de Bohemia. Habiéndose llevado consigo algunos monges de los que vivian en su compañía, edificaron muchas ermitas ó celdas que formaban una especie de monasterio. En el principio de su conversion se le resistia sobremanera la práctica de la pobreza y del trabajo; pero en su último retiro, en el cual permaneció treinta y siete años, así él como sus compañeros tenian las mayores delicias en las mortificaciones y las austeridades, usando del alimento mas insípido, sin tener mas bebida que el agua, y aun tomando uno y otro con medida. Aunque su pariente el santo Rey de Hungria consiguió de él, no sin gran dificultad, que fuese á hacerle una visita, y le puso á comer en su mesa, no pudo lograr que consintiese en probar la carne.

23. Vivió Gonthier siete años despues de la muerte de este santo Rey (1), el cual murió el dia de la Asuncíon del año 1038. Esta muerte sumergió á la Hungria en una desolacion tanto mas desesperada, quanto su hijo Emerico, el único que quedaba entre una porcion de hermanos que murieron de muy corta edad, habia fallecido algun tiempo antes que su padre (2). Está colocado, como este, en el número de los Santos: alma pura y guiada extraordinariamente por el espíritu de Dios para los fines altísimos de su adorable providencia. Siguiendo el Rey Estévan las reglas ordinarias de la prudencia, quiso casarle

(1) *Sur. ad 20. Aug.* (2) *Id. 4. Nov.*

muy cristiana (1). Llevóle su padre á Constantinopla á los siete años, donde le entregó á la direccion de los maestros mas sabios. Cuando Simeon salió de la infancia, tuvo la devocion de visitar la tierra santa, haciéndose discípulo de un solitario que se habia encerrado en una torre á las orillas del Jordan. Aprendiendo despues con la lectura de la vida de los padres que antes de seguir la vida eremítica era útil egercitar la obediencia en una comunidad, corrió á Belen, tomó el hábito de monje en el monasterio de Santa María, y al cabo de dos años se trasladó al monasterio del monte Sinai. Retiróse desde allí con el permiso de su abad á una gruta que habia á la orilla del mar Rojo. Mas como sus eminentes virtudes atraían una multitud de viajeros que navegaban por aquel mar, buscó la obscuridad y el recogimiento entre la comunidad de que habia salido para hallar mas fácilmente uno y otro en la vida eremítica.

18. Su superior le obligó no obstante á visitar las Galias, para recoger en Normandía las copiosas limosnas que daba anualmente á los monges del monte Sinai el duque Ricardo II, que era muy compasivo para con los peregrinos de levante. La causa de haberle elegido para este viage, que emprendió con gran repugnancia, fue el que además de todas las virtudes de que estaba adornado, era un hombre de mucha instruccion, principalmente en las lenguas, pues sabia el siriaco, el árabe, el egipcio, el griego y el latin.

(1) *Bolland. tom. 18. pag. 81.*

Llegó por fin á esta provincia despues de haber sufrido muchos trabajos, y haber estado espuesto á grandes peligros en el camino, aunque en medio de ellos tuvo la felicidad de encontrar al venerable Ricardo de San Vannes acompañado de setecientos peregrinos cuyos gastos pagaba el duque de Normandía. Pero no fue mas dichoso en el término que en el discurso de su viage, pues habia muerto el duque, y no pudo recoger Simeon las limosnas destinadas á su monasterio. No obstante, le acogió muy favorablemente un caballero llamado Gosselin, que levantó por consejo suyo una casa religiosa cerca de la ciudad, en un monte que con este motivo se llamó de Santa Catalina, porque dejó en él Simeon unas reliquias de esta ilustre mártir que habia llevado del monte Sinai donde estaba su cuerpo. Es muy probable que entonces tuvo principio la celebridad que tiene en Francia esta Santa.

Regresó entretanto Simeon á oriente con Poppon, arzobispo de Tréveris, que á egemplo de otros muchos europeos de los mas ilustres, tuvo la devocion de ir á Jerusalem en clase de peregrino. Mas fue tan grande el afecto de este prelado para con su compañero, que no pudo resolverse á separarse de él, y logró traérsele consigo. Juzgando que haria un beneficio muy grande á su diócesis si lograba establecer en ella un hombre tan santo, cualquiera que fuese su género de vida, le ofreció el lugar que mas le agradase para seguir el espíritu de su vocacion, y dedicarse á la vida solitaria que tanto atractivo tenia

para él. Simeon eligió una especie de aposentillo dentro de la torre vecina á una de las puertas de la ciudad, y el arzobispo le consagró allí recluso en presencia de su clero. Logró tanta veneración en los siete años que vivió todavía el santo por su vida en un todo angelical, y obró unos prodigios tan divinos despues de su muerte, que escribió Poppon á Roma para que le colocasen solemnemente en el número de los santos. Habia concebido la súplica en estos términos: „acaba de morir aquí un hombre que por su vida santísima y sus milagros, creemos que existe ya entre los bienaventurados: por esta razon nuestro clero y pueblo nos han pedido encarecidamente, que os remitamos la relacion exacta de sus obras y milagros, con el objeto de que si lo teneis á bien, nos deis vuestro decreto apostólico permitiendo escribir su nombre entre los de los santos, y que le tributemos los demás honores debidos á la santidad.”

19. El Papa Juan XIX habia muerto en el mes de Mayo del año 1033, y en el propio año elevaron á la santa Sede con el nombre de Benedicto IX por las intrigas y liberalidades de Alberico, conde de Tusculi, á un muchacho de doce años poco mas ó menos, hijo de este conde y sobrino de los Papas Benedicto VIII y Juan XIX (1). Este Pontífice, igualmente despreciable por su inconstancia y por sus costumbres, que por el modo con que ocupó la Silla apostólica, miró con mucha indiferencia las virtudes y la canonizacion de los Santos, como que eran

(1) *Glab. lib. 4. cap. 5. et lib. 5. cap. 5.*

objetos muy remotos de sus ideas. Hasta el mes de Noviembre del año 1042 no se verificó pues solemnemente la de San Simeon, despues de haber enviado el Papa con su decreto un legado al pais donde habia fallecido. Este es el segundo egemplar indudable de canonizaciones pedidas á la santa Sede; porque en los tiempos anteriores despues de examinar cada obispo las virtudes y los milagros de las personas que en sus respectivas diócesis morian en olor de santidad, autorizaban un culto religioso. Pero, como muchas veces se anticipaban los pueblos al juicio y declaracion de los obispos, recelaron que esta ligereza pudiese degenerar en supersticion; y á fines del siglo décimo reservaron á la Silla apostólica el derecho de decidir sobre un objeto tan importante. Luego que canonizaron á San Simeon, fundó el arzobispo de Tréveris en el lugar de su retiro y de su sepultura una iglesia colegiata que todavía existe.

20. Benedicto IX se habia visto muy espuesto con motivo de su conducta escandalosa, rayando en tal extremo el desprecio y la indignacion pública, que en el año 1038 le arrojaron de su Silla los romanos. Restituyóle á ella en aquel mismo año el Emperador Conrado que habia pasado á Italia para dissipar las turbulencias que la desolaban por todas partes. Habiéndose internado hasta Monte-Casino, no pudo contener las lágrimas al oír la relacion que le hicieron los monges de los males que por espacio de doce años les estaba causando Pandulfo, Príncipe de Cápua, que tenia preso á su abad Teobaldo, habiénd-

dose apoderado de todas sus haciendas cuya administracion habia puesto en manos de sus criados, y reduciendo á tal miseria aquel monasterio opulento, que en el dia de la Asuncion careció de vino para las misas. No perdonó ningun medio el religioso Emperador para que en lo futuro no volviese á experimentar semejantes vejaciones una comunidad tan respetable, en que se contaban doce Santos desde el principio de aquel siglo. Restituyóse hecho esto Conrado á Alemania, y murió de repente en Utrecht el dia 4 de Junio de 1039, despues de haber reinado cerca de quince años como Rey de Germania, y algo mas de doce con el título de Emperador que recibió con la corona imperial del Papa Juan XIX, el dia de Pascua 26 de Marzo del año 1027. Las leyes y decretos que dió á luz en el imperio, causaron el que le mirasen como autor del derecho escrito acerca de la feudalidad. Dió este Príncipe tambien ocasion al establecimiento del reino de Nápoles, permitiendo á los normandos que se estableciesen en la Pulla. Le sucedió su hijo Enrique III, llamado el Negro, y coronado Rey un año antes de la muerte de su padre.

Muerto el Emperador Conrado, se hizo mas odioso que nunca el Papa Benedicto con sus escesos y violencias, y le arrojaron segunda vez de Roma á principios del año 1044. Pusieron en su lugar á Juan, obispo de Sabina, que tomó el nombre de Silvestre III, y solo ocupó la Silla como unos tres meses, despues de los cuales logró Benedicto que le restitui-

yesen á ella con el auxilio de sus parientes. Pero continuando sus escándalos, y viéndose despreciado del clero y del pueblo, se resolvió á dejar una dignidad, cuyo carácter y respeto no le permitian entregarse á sus vicios con toda la libertad que deseaba. Para facilitar esta cesion, le dieron una suma de dinero, y colocaron en su lugar al arcipreste Juan Gracian ó Graciano, con el nombre de Gregorio VI. Algun tiempo despues le desposeyó el inconstante Benedicto, como lo habia hecho con Silvestre, y volvió á subir otra vez á la Silla apostólica. De este modo contaba Roma tres Pontífices á un mismo tiempo, cuando Enrique el Negro fue á remediar tantos desórdenes el año 1046.

Cerca de Navidad hizo celebrar un concilio en Sutri, ciudad inmediata á Roma, en el cual fueron depuestos los tres como simoníacos, segun dicen muchos autores. Otros pretenden con mas razon que cedió Gregorio voluntariamente por el bien de la paz, porque sin recurrir á la simonía se pudo libertar á la Iglesia á fuerza de dinero de una plaga tan terrible, como lo era en efecto la faccion de Benedicto; y á la verdad seria mucho atrevimiento denigrar de un modo tan infame á un hombre de quien dice Glabert, autor contemporáneo, que era muy piadoso, de una santidad conocida y de una reputacion que reparó todo el escándalo causado por su predecesor. Lo que no tiene duda es, que Gregorio se despojó de las insignias pontificias, y renunció la dignidad que habia poseido como unos veinte meses.

para asegurar la sucesion de la corona y la felicidad de los pueblos. Emerico que habia prometido secretamente á Dios conservar la virginidad, lo resistió al principio, y cedió luego á las instancias de su padre; pero persuadió á su esposa que viviesen los dos en perfecta continencia, como lo aseguró ella misma despues de la muerte del Príncipe, ocurrida á poco tiempo de haberse celebrado su matrimonio.

24 y 25. Verificada la del Rey, fue elevado al trono Pedro, hijo de su hermana. Pero como era alemán, y parecia que dispesaba su principal favor á los de esta nacion, eligieron los húngaros á Aba, cuñado del Rey Estévan, y se vió obligado Pedro á huir á Alemania cerca del Emperador Enrique el Negro. Fue Aba pródigo de sangre, sacrificó durante la cuaresma á los miembros mas considerables del consejo, y pasó despues á Chonad á celebrar la Pascua. Tenia entonces aquella ciudad un obispo digno de los siglos mas felices de la Iglesia. Gerardo, veneciano, y comprometido desde la infancia en la vida monástica, gozaba de una reputacion tan bien acreditada de virtud y de doctrina, que pasando por Hungría para ir en peregrinacion á Jerusalem fue detenido por el Rey San Estévan, el cual no contento con esto le puso guardas de vista á fin que no se le escapase. Se retiró Gerardo al monasterio de Beel, edificado por el Rey á instancias de San Gonthier; pero le sacaron de él para colocarle en la silla de Chonad, cuando llegó el caso de que estableciese Estévan obispados en las principales ciudades de su reino.

Concilió la vida solitaria con el episcopado, y mostró tanta aversion al siglo, que no queria alojarse en las ciudades adonde iba á predicar, sino que hacia que levantasen una cabaña al extremo de un bosque, ó en algun otro parage retirado, para pasar en ella la noche como un solitario, despues de haber egercido durante el dia las funciones de apóstol.

Un prelado tan desprendido de los bienes de la tierra, era muy superior á las esperanzas y á los temores humanos (1). Habia entonces la costumbre de que los Reyes llevasen la corona á todas las fiestas principales, y de que se la pusiese el obispo local. Convidaron á Gerardo los grandes y los prelados á que fuese á hacer esta ceremonia; pero Gerardo se opuso á ello con un teson invencible. Suplieron por él los demás obispos, y el Rey se encaminó inmediatamente á la iglesia con la corona en la cabeza, acompañado de una multitud de grandes, de eclesiásticos y de gente del pueblo. Subió el santo obispo al púlpito sin que le intimidase el aparato, hizo que le acompañase un intérprete, porque no sabia él la lengua húngara, y desde allí habló al Rey en estos términos: „la cuaresma fue instituida para proporcionar el perdon á los pecadores contritos, y vos la habeis profanado con la efusion de la sangre de mis ovejas, y con la muerte de mis hijos mas queridos. Sí: habeis reducido para mí el dulce nombre de padre á un titulo sin objeto. Oid, pues, de boca de un hombre que está pronto á morir por Jesucris-

(1) *Act. Bened. sæc. VI.*

la capital : despojó la iglesia mayor que era sumamente rica , y entre otras cosas se llevó un Crucifijo de oro de trescientas libras de peso , con tres mesas tambien de oro , esmaltadas de las piedras mas preciosas. Los obispos de Polonia recurrieron á Roma quejándose de estas violencias ; pero ocupaba entonces la santa Sede Benedicto IX , y los cardenales que tenian toda su confianza , dieron muy buenas palabras á los infelices polacos , hallando en los regalos de los bohemos excelentes razones para absolver á los reos.

Cansados por último de esta funesta anarquía , resolvieron los polacos colocar en el trono al hijo de su último Rey ; pero habiendo huido éste con su madre mucho tiempo habia , ignoraban ellos su paradero. Enviaron , pues , diputados á esta Princesa , la cual sabian que estaba en Alemania , y les dijo que Casimiro habia pasado á Francia , y habia tomado el hábito en el monasterio de Cluny. Con estos informes pasaron allá , y habiendo obtenido del abad Odilon el permiso de hablar al Príncipe : „venimos , le dijeron , de parte de los grandes y de toda la nobleza de Polonia á suplicaros con el mayor encarecimiento que os compadezcáis de aquel reino deplorable , y que vayáis á dar fin á sus males excesivos.” Respondió Casimiro que él no era dueño de sí mismo , y que dependia de tal modo de su abad , como acababan de verlo , que no habia podido hablarles sin su licencia. Dirigiéronse inmediatamente á San Odilon , el cual les dijo que no tenia facultades para acceder á su súplica , y que nadie sino el Papa podia hacer lo que

pedian con respecto á un monge profeso y ordenado de diácono.

27. Fueron los diputados á Roma , é hicieron á Benedicto IX una viva pintura de las calamidades de Polonia , y de lo necesario que era Casimiro para la conservacion de la Religion y del reino (1). El caso era extraordinario , y la dispensa no tenia todavía ningun egemplar. Despues de consultarlo bien el Papa (dicen los historiadores de Polonia , los cuales escribieron con mucha posterioridad al suceso , y son los únicos garantes de un hecho tan extraño) accedió á la súplica , y no solo permitió al monge Casimiro que volviese al siglo , sino tambien que se casase , con la condicion de que cada noble polaco habia de pagar todos los años un dinero á la santa Sede. Volvió efectivamente Casimiro á su patria , fue proclamado Rey , y se casó con María , hermana del Príncipe de Rusia , de la cual tuvo muchos hijos. Mostró siempre grande estimacion y afecto al órden de Cluny , y le estableció en Polonia.

28. Las virtudes que atraían á la vida monástica á estos prosélitos augustos desde unos paises tan distantes , no estaban concentradas en los límites del claustro. Los religiosos Odilon de Cluny y Ricardo de San Vannes , fueron los principales instrumentos de que se valió Dios para reducir los pueblos numerosos del imperio francés á aquella suavidad de costumbres que no es menos favorable á la sociedad que gloriosa al Evangelio , y que ha venido á ser el ob-

(1) *Longir. Annal. Polon. ad ann. 1044.*

jeto de la emulacion general en las demás naciones. El dique opuesto algunos años antes al torrente de las violencias y de las barbaries por medio del establecimiento de la paz de Dios, se habia formado con tanta precipitacion, que no era capaz de resistir á la fuerza de una costumbre inveterada. Se temió, pues, que nada se conseguiria exigiendo demasiado, y se redujo esta paz al término de una tregua; es decir, que en vez de sujetar toda infraccion de la paz á las penas establecidas anteriormente, no se impusieron estas sino á los que las violaban en ciertos dias de la semana y en ciertos tiempos del año, y se limitó la cesacion de las hostilidades á los dias y tiempos en que se verificaron los misterios de nuestra salvacion (1). Así, desde el miércoles á la caída de la tarde hasta el lunes por la mañana; desde el primer domingo de adviento hasta despues de la octava de Epifanía; desde el primer domingo de cuaresma hasta despues de la octava de Pascua; desde el domingo antes de la Ascension hasta despues de la octava de Pentecostes, y lo mismo en las vigiliass y en los dias de las festividades, así de la Virgen como de los Santos á quienes se tributaba un culto solemne, se prohibió, como lo estaba antes, bajo las penas mas graves, acometer á su enemigo, ya fuese para hacerle algun daño, ó ya para apoderarse con mano armada de lo que él hubiese invadido (*).

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 913. = Glab. lib. 5. hist. cap. 1.*

(*) Esta misma tregua ó paz de Dios comenzó á establecerse en España en el concilio Helenense, celebrado el año 1027 en

Entonces emplearon San Odilon y el beato Ricardo todo el ascendiente de su santidad y de su genio superior, para que volviesen á florecer las virtudes sociales juntamente con las cristianas. Las turbulencias causadas en Normandía con motivo de la menor edad del duque Guillermo, llamado despues el conquistador, no permitieron que tuviese efecto la tregua en aquella provincia. Pasó Ricardo á predicar á sus habitantes, y al principio fue muy corto el fru-

el condado de Rosellon y en un lugar llamado Prado de Tulujes. Este sínodo trató solamente de lo que pertenecia á dicho condado, y mandó observar la tregua desde el sábado despues de nona, hasta el lunes por la mañana en todos los lugares, y todos los dias con respecto á los clérigos que anduviesen sin armas, y á cualquiera fiel que se dirigiese á la iglesia junto con su familia ó con alguna muger. A mas de esto estendió el derecho de asilo de las iglesias hasta treinta pasos en derredor. Por último, confirmó los decretos de los anteriores sínodos de la misma provincia. Véase el tom. 3 de Aguirre pág. 197. En 1032 se celebró otro sínodo en el monasterio de Ripoll en la diócesis de Ausona ó Vique, para la consagracion de la iglesia de dicho monasterio, reedificada nuevamente por el obispo de aquella ciudad. Con igual motivo se tuvo en 1038 una asamblea en Gerona, y consagraron la nueva iglesia que habian levantado la condesa de Barcelona Ermesinda y su hermano Pedro, obispo de Gerona, dotándola con grandes posesiones para que se estableciese en ella la vida canónica; es decir, una congregacion ó comunidad de canónigos regulares. Asimismo en 1040 se dedicó la nueva iglesia de Urgel: en una palabra, en todas partes donde los sarracenos habian arruinado los templos ó monasterios, se iban restableciendo, y muchos de ellos con mayor magnificencia, y consagrando con toda solemnidad, en cuyas dedicaciones se juntaban ordinariamente los obispos de la provincia y atendian á la reforma de las costumbres, y á hacer reinar la paz y la Religión.

to de sus tareas apostólicas, pero parece que quiso Dios vengarle de semejante indocilidad, porque toda la provincia fue asligada con una enfermedad pestilencial, á que se dió el nombre de *mal de los ardientes*, y los que llegaban á padecerla, creían que no podían hallar su remedio sino en el santo orador á quien habían despreciado (1). Recibíalos este con afabilidad, hacia que jurasen la observancia de la tregua, y luego les daba á beber de un vino en que habia puesto ciertas reliquias. De este modo curó una multitud de enfermos, no solo de Normandía sino tambien de otras muchas provincias á donde se habia extendido el contagio. Era tan numerosa y continua la concurrencia de los que iban á buscar su curacion, que habia siempre un vaso lleno de aquel vino para que pudiesen beber á cualquiera hora que llegasen. Habiendo muerto Ramberto, obispo de Verdun, quiso el Emperador dar este obispado al abad Ricardo; pero él se negó constantemente á admitirle, y murió algunos años despues en una edad muy avanzada con gran reputacion de santidad. Se citan algunos milagros que hizo antes de su fallecimiento.

29. Tampoco quiso admitir San Odilon el arzobispado de Leon, solicitado por una multitud de ambiciosos, no habiendo sido capaces de moverle las inquietudes de aquella iglesia, á la que aspiraban tantos pretendientes indignos, ni las instancias de los fieles, ni las amenazas del Sumo Pontífice, al cual estaba tan subordinado en todo lo demás. Si no se le

(1) *Hug. Flav. pag. 187.*

obligó á aceptar fué por las reflexiones que con motivo de su constancia se hicieron sobre la utilidad inapreciable que de la conducta y virtudes de Odilon resultaba á todo el orden monástico. La dulzura de su carácter contribuía particularmente á dar una eficacia muy singular á su celo. Solo era inexorable con aquellas pestes de las comunidades que siembran la cizaña entre los hermanos; pero en cuanto á las demás faltas siempre se mostraba dispuesto á perdonar. Solia decir, que en caso de haber de ser reprendido por el Juez Supremo, queria serlo mas bien por un exceso de bondad que de rigor. Sin embargo, cuidaba de que se observase puntualmente la regla, haciendo que la amasen los monges, y usando mas bien de la bondad de un padre, ó por mejor decir, de la ternura de una madre, que del imperio de un abad. Parecia que le habia formado la gracia para hacer la virtud generalmente amable á todos los hombres que tenian alguna relacion con él. La sencillez que le era natural, la franqueza de su conducta, la ingenuidad de sus discursos, su estremada condescendencia, la cual, cuando era necesario, se prestaba á la diversion, y al recreo y á todo lo que no podia ofender á la decencia; un exterior lleno de gracia y de nobleza, sin embargo de que su estatura era bastante pequeña, la blancura de su cabello, la viveza de sus ojos, una voz animada y agradable, y los demás rasgos con que le pinta un discípulo suyo, le hacian amar y respetar de toda clase de personas. Por sus cartas y por las respuestas á ellas, se

vé en cuanto apreció le tenían los mayores Príncipes de su tiempo.

30. Además de las cartas que escribió, se conservan todavía la vida de su predecesor San Mayeul, la de la Emperatriz Santa Adelaida, y muchos sermones sobre los misterios de nuestro Señor y de la Santísima Virgen, á la cual profesaba una devoción muy particular. Procuró agradarla especialmente con el amor á la pureza; y cuidó siempre con tanto esmero de la conservación de esta virtud en toda su integridad, que hasta la edad de ochenta y ocho años en que murió, mostró siempre el pudor y recato propio de una doncella tímida; de suerte que le llamaban la virgen de cien años. Acabó sus días egerciendo su celo infatigable en la visita del monasterio de Souvigni, el día 1.º del año 1049, y el cincuenta y seis de su gobierno. No quiso designar su sucesor, temiendo que llegase á adquirir fuerza de ley esta costumbre observada desde la fundación de la órden. Se eligió despues de su muerte á Hugo, prior de Cluny, de edad de veinticinco años, pero de una virtud que le elevó á la esfera de los bienaventurados.

31. Se debe á San Odilon el establecimiento de la devoción que se solemnaiza por todos los difuntos el día siguiente á la fiesta de Todos-Santos, y se cree que le movió á ello un santo ermitaño que vivía retirado en un islote inmediato á las costas de Sicilia. Habiendo sido arrojado á este peñasco un peregrino francés que volvía de Jerusalem, fue á visitar al ermitaño, el cual le preguntó si tenía noticia del mo-

nasterio de Cluny, y si conocia al abad Odilon. „En efecto, respondió el peregrino, no me es desconocido uno ni otro, y me glorío de ello. ¿Pero por dónde habeis tenido noticia del monasterio y del abad, y por qué me haceis esta pregunta? Oigo muchas veces, replicó el solitario, á los espíritus malignos quejarse de las personas piadosas que con sus oraciones y limosnas libran á las almas de las penas que padecen en la otra vida; pero el principal objeto de sus quejas son Odilon y sus religiosos. Te pido, pues, en nombre de Dios que cuando llegues á tu patria, exhortes á este santo abad y á sus monges á que redoblen sus buenas obras á favor de aquellas pobres almas (1).” Desempeñó el peregrino su encargo, y en cumplimiento de él mandó Odilon que en todos los monasterios de su instituto se celebrase todos los años el día siguiente á la fiesta de Todos-Santos, la conmemoración de los fieles difuntos, cantando la tarde anterior las vísperas propias de esta función, con maitines y misa solemne al día siguiente, y tocando todas las campanas. Se conserva todavía el decreto que se formó en Cluny, así para este monasterio como para todos los que dependían de él. No tardó en comunicarse á otras iglesias una práctica tan piadosa, y despues de algun tiempo fue adoptada por todo el mundo católico.

32. Mientras que el Evangelio y la simplicidad de la fe suavizaban de día en día las costumbres de los occidentales, y hacían que tomasen interés por la

(1) *Vit. S. Odil. cap. 13. — Galb. lib. 5. hist. cap. 1.*

to: oid, en vez de las palabras de paz de que os habeis hecho indigno, lo que dispone de vuestra suerte el Todopoderoso. En el año tercero de vuestro reinado se levantará contra vos la espada vengadora, y perdereis juntamente con la vida la corona que es el fruto de vuestros crímenes." Los cortesanos que entendian la lengua latina, en la cual se esplicaba el obispo, hacian señas al intérprete para que disimulase; pero viendo el intrépido pastor que estaba sobrecogido y temblando: „teme á Dios solo, le dijo, y no omitas ninguna palabra de las que pronuncia su ministro." Obedeció puntualmente el intérprete, y acreditó el suceso que el obispo tenia espíritu profético. Predijo tambien su propia muerte, la cual se verificó despues de la de Aba, honrándola la Iglesia como la de un mártir.

Entretanto Enrique el Negro restableció en el trono de Hungría al Rey Pedro, el cual se apoderó de Aba, y mandó que le cortasen la cabeza. Pero descontentos los húngaros con este Príncipe, llamaron á algunos grandes que andaban fugitivos, de cuyo número era Andrés, pariente de San Estévan, y entendiendo desde luego el odio del nombre alemán al nombre cristiano en general, pasaron á cuchillo á todos los latinos que pudieron sorprender, echaron del pais á todos los demás fieles así clérigos como legos, é incendiaron una infinidad de iglesias. Cogieron á San Gerardo en Pest, le derribaron brutalmente con el carro en que iba, y le mataron á golpes, diciendo el Santo en alta voz: „Señor, no les imputeis

este pecado, porque no saben lo que se hacen." Al Rey Pedro le sacaron los ojos, y murió de tristeza al cabo de pocos dias; despues de lo cual fue colocado en el trono el duque Andrés. Pero estaba este muy distante de aprobar los furios egercidos contra la verdadera Religion que profesaba sinceramente. Llamó á Alba Real en aquel mismo año de 1047 á tres obispos que se habian libertado de los efectos de la persecucion anterior, hizo que le pusiesen la corona que habia servido á San Estévan, y despues á todos sus sucesores, y luego prohibió, pena de la vida, á todos los húngaros las observancias del paganismo. Desde el reinado de este Príncipe permaneció la Hungría fiel al cristianismo.

26. No causó menos desórdenes en Polonia el fuego de la discordia, que en Hungría el furor de los idolatras (1). Desde el año 1034 en que murió el Rey Micislao, siendo demasiado jóven su hijo Casimiro para gobernar, y habiéndose hecho generalmente aborrecida la Reina Rixa, hubo en aquel pais siete años de anarquía. Pensando todos los grandes en promover esclusivamente sus propios intereses, y tratando aun menos de la Religion que del bien del estado, cayó esta en tal desprecio, que los obispos se veían precisados á ocultarse, y se saqueaban á porfía las iglesias. Wratislao, duque de Bohemia, y muy enemigo de los polacos, penetró en lo interior del pais, sin embargo de que era cristiano, se apoderó de las mejores ciudades, con inclusion de Guesna que era

(1) *Dubrav. lib. 7. pag. 52.*

suerte de sus hermanos difuntos, se despedazaban los griegos unos á otros aun en el mismo trono, y parecia que miraban con el último desprecio las costumbres, la piedad, el estado y la Religion. Romano-Argirópilo ansiaba solamente gozar en paz del imperio conseguido por el infame medio que hemos visto; pero le despojó de él un nuevo adúltero, manchado con el crimen del parricidio. La Emperatriz Zoe, por la que habia abandonado una digna esposa, se enamoró de un pfallagon, llamado Miguel, cambiante de letras y monedero falso, pero hombre gallardo, y hermano del eunuco Juan que poseía toda la confianza de Argirópilo (1). Despues de haberse entregado en secreto á este miserable, se valió de su hermano el eunuco para dar al Emperador un veneno lento que le causó una enfermedad de larga duracion, acompañada de crueles dolores. Mas al observar que tardaba demasiado en morir, mandó que le ahogasen en el baño el jueves santo, dia 11 de abril de 1034.

33. Aquella misma noche, mientras cantaban la pasion, dijeron al patriarca Alejo de parte del Emperador que corriese al punto á palacio. Habian preparado la habitacion dorada, y estando sentada Zoe en el trono, presentó ésta á Miguel al patriarca, exigiéndole que les concediese la bendicion nupcial. Hizo vacilar al patriarca el primer movimiento de horror; pero quedaron allanadas todas las dificultades con darle cincuenta libras de oro, y otra tan-

(1) *Cedr. pag. 733.*

ta cantidad á su clero. Celebraron pues el matrimonio, y declararon Emperador á Miguel de Pfallagonia. Cayó poco despues en un estado de demencia, que parecia una verdadera posesion del espíritu maligno, y la atribuyeron á la divina venganza. Ocurrió una larga sequia que dió motivo para temer una esterilidad total. No buscaron empero el fin de estos males en la reparacion de los crimines que reputaban causa de ellos, y se contentaban aquellos despreciables hipócritas con las meras esterilidades de la religion. Miguel tenia muchos hermanos, á quienes el eunuco Juan habia concedido los principales empleos de la corte. Dispusieron, pues, una procesion en que cada uno de ellos debia represensar su papel. Juan llevaba la santa imágen de Edesa, el mayordomo mayor la carta de Jesucristo á Abgaro, y el protovestuario la sábana santa. Vióse tambien en público el patriarca con su clero; pero en vez de la lluvia que pedian, cayó un pedrisco tan fuerte que traspasó los techos, destrozó los árboles, y disipó las pocas esperanzas que dejaba la sequía.

34. El eunuco Juan, que era mas Emperador que Miguel, quiso tambien ser patriarca, y hubo muchos metropolitanos que no tuvieron dificultad en condescender con sus deseos. Pero el patriarca Alejo, que no habia hallado recursos para hacer observar la ley divina, los enencontró para lo que le interesaba personalmente, y entregó á los prelados que le eran contrarios un escrito concebido en estos términos: „supuesto que pretendis que no fue canó-

nombraron por sucesor suyo á Dámaso II hasta el 17 de Julio de 1048, en cuyo día renunció Benedicto IX. Nunca hubo necesidad mas urgente de que no permaneciese vacía esta gran Silla: y el Emperador Enrique III tenia bastante celo para proceder á esta importante obra de un modo digno de su augusta gerarquía. Pretendia sentar en ella á Halinar-do, arzobispo de Leon, quien por un desprendimiento egemplar permaneció oculto mucho tiempo á fin de evitar su eleccion, cuando se esforzaban otros á conseguir esta dignidad á fuerza de dinero. El Emperador eligió, pues, en Alemania con los diputados de la santa Sede, á Poppon, obispo de Brixen, y le envió á Roma, donde le recibieron con aplauso, y donde tomó el nombre de Dámaso; pero ocupó la Silla solo veintitres dias, muriendo en Palestina á 8 de Agosto de 1048.

35. Dispuso Enrique á últimos del mismo año que se celebrase en Worms una junta numerosa de prelados y grandes con los diputados de Roma para deliberar sobre la eleccion de un Pontífice capaz de remediar los males de la Iglesia (1). Asistia á ella Bruno, obispo de Toul y pariente del Emperador. Tenia este prelado cuarenta y seis años; era de buena presencia, de una afabilidad que le grangeaba todos los corazones, de una virtud nunca desmentida en veintidos años de episcopado, y de una fidelidad invariable hasta en los mas pequeños artículos de la disciplina. Reunió todos los votos, y á nadie causó

(1) *Act. Bened. sæc. VI. part. 2. cap. 68.* = *Bolland. 19. Apr.*

sorpresa sino á él. Resistióse con todas sus fuerzas: hizo una confesion pública en que exageró sus pecados para que le creyesen indigno del Pontificado, y vertia un torrente de lágrimas, cuyo espectáculo hizo llorar á todos los concurrentes, sin que por eso cambiasen de resolucion. Cedió por último á unas señales tan manifiestas de la voluntad de Dios, declarando sin embargo que consentiria en su eleccion, siempre que la confirmasen unánimemente el clero y el pueblo romano.

Salió de Worms sin perder un instante, y corrió á celebrar la fiesta de Navidad á su iglesia de Toul, partiendo despues para Roma en trage de peregrino, mortificándose, y procurando con todo género de buenas obras atraer las bendiciones del cielo sobre las primicias de su ministerio. Aumentábase su comitiva de ciudad en ciudad con un gentío inmenso que acudia de todas partes. Salió al acercarse á Roma á recibirle toda la ciudad, cantando salmos y cánticos. El nuevo Pontífice los acompañó en este egercicio piadoso, se apeó del caballo y anduvo descalzo un largo trecho. Antes de poner los pies en la ciudad, dijo al pueblo y al clero: „he sido elegido del modo que sabeis para gobernar vuestra iglesia; pero segun los cánones, la eleccion del clero y del pueblo debe preceder á cualquiera otro voto. Os suplico por tanto me declareis vuestros sentimientos con entera libertad. He venido aquí á pesar mio, y me volveré con mucho gusto, á no ser que apruebe mi eleccion vuestro unánime consentimiento.” Los ro-

manos que estaban acostumbrados á una conducta muy distinta, contestaron á este discurso con bendiciones y con voces de alegría. „Está muy bien, replicó Bruno; ya que os es grata la eleccion de mi persona, ayudadme en mis esfuerzos para la reforma de las costumbres, y haced que con vuestras oraciones me sea menos pesada la carga que me han impuesto.” Por todas partes gritaron que solo encontraria hijos dóciles, y cooperadores celosos. Al punto entró en Roma á 2 de Febrero dia de la Purificacion, y le elevaron al Solio el 18, que era el primer domingo de cuaresma del año 1049. Se cuenta desde este último dia la duracion del pontificado de Leon IX que fue de cinco años, dos meses y siete dias.

36. Cuando se vió encumbrado á la Silla apostólica este santo y laborioso Pontífice, se consagró á la reforma de los muchos abusos que afligian á la Iglesia. La simonía en particular era tan comun en Italia, que al primer rumor que se esparció de que iban á quedar suspensos del ministerio todos aquellos que habian sido ordenados de un modo simoníaco, publicaron los sacerdotes y los obispos que cesarian desde luego las funciones eclesiásticas y aun las misas en casi todas las iglesias. Obligó al Papa la gravedad del mal á aplicar el remedio sin ninguna tardanza. Tomó solamente el tiempo necesario para congregár á los obispos, y celebró un concilio en Roma el dia 26 del mes siguiente al de su instalacion. Conociendo que segun el decreto de Clemente II, los

clérigos ordenados por ministros simoníacos podian ejercer sus funciones despues de cuarenta dias de penitencia, adoptó Leon esta regla. Despues de las solemnidades de Pascua, y en la misma semana de Pentecostes corrió á celebrar otro concilio á Pavia, para hacer observar en aquellos paises las disposiciones del concilio romano. Atravesó en seguida los Alpes, confirmó la esencion de la abadía de Cluny, y pasó á Colonia para celebrar allí con el Emperador la fiesta de San Pedro, como lo hizo. Concedió muchos privilegios á Heriman, arzobispo de aquella ciudad, y entre otros favores le otorgó para sí y sus sucesores la dignidad de archicanciller de la santa Sede.

37. Publicó allí, á instancia de Herimaro, abad de San Remigio de Rems, y con el beneplácito de Enrique Rey de Francia, que iria á colocar las reliquias del apóstol de los franceses el primer dia de Octubre, y al siguiente haria la dedicacion de la nueva iglesia que se le habia construido. Añadió que los tres dias inmediatos los destinaria á la celebracion de un concilio; pero el Rey, sin oponer una resistencia formal, respondió que no podria concurrir él ni sus obispos, porque le era preciso hacer una expedicion con todos los prelados de su reino contra algunos vasallos rebeldes. Esta aversion al concilio no procedia tanto del Rey como de los prelados simoníacos, y de los principales señores que habian contraido matrimonios incestuosos, ó incurrido en otros desórdenes sujetos á la censura de la Iglesia. Opinó su Santidad que era tanto mas necesario el remedio cuan-

to mas le temian. Empeñó, pues, el viage con la esperanza de que por lo menos tendria de su parte un buen número de prelados: volvió á ver de paso su amada iglesia de Toul, de la que le habian separado contra su voluntad, cuyo título conservó siempre con el Sumo Pontificado; y llegó á Rems el día de San Miguel, como lo habia anunciado.

No se equivocó cuando creyó que debía contar con el amor y veneracion de los franceses para con la Cabeza de la Iglesia (1). Presentáronse al Vicario de Jesucristo entonando mil cánticos y aclamaciones una multitud prodigiosa de fieles que habian acudido de los estados vecinos, gentes de distintas lenguas, de todas clases y condiciones, y de uno y otro sexo, sin escepcion de monges y solitarios, de sacerdotes y obispos. Se apeó en la iglesia de San Remigio, que se llenó al instante de un gentío tan inmenso, que no pudiendo el Papa volver á entrar en ella se vió precisado á oír misa en su cuarto. Creciendo el tropel la víspera de la ceremonia, sin que pudiese lograrse que saliese nadie de la iglesia, les amenazó de que regresaría á Roma sin celebrar la dedicacion. Retiróse al momento respetuosamente todo aquel concurso, sin necesidad de otra providencia. El día del concilio asistieron veinte obispos, cincuenta abades y otros muchos eclesiásticos de distincion (2).

Para evitar toda controversia en cuanto á la preferencia de asientos, especialmente entre los arzobis-

(1) *Hist. Dedic. in sæc. VI. Bened. pag. 715* (2) *Tom. 9. Concillior. pag. 1036.*

pos de Rems y de Tréveris que se disputaban la primacia de las Galias, se colocaron las sillas en círculo en medio del coro, las de los abades detrás de los obispos, y el Papa entre el arzobispo de Rems y el de Tréveris, vuelto de cara al sepulcro de San Remigio. Hecha señal para que guardasen silencio todos, y rezadas algunas oraciones, propuso Pedro, diácono de la iglesia romana, los artículos de que se habia de tratar; á saber: de la simonia, de las usurpaciones y exacciones de los legos contra los eclesiásticos, de los matrimonios incestuosos y adulterinos, de la apostasia de los monges y clérigos, y de algunos excesos de impureza introducidos verosimilmente en las Galias con las prácticas y observancias de los últimos maniqueos. Dirigiendo luego el Papa la palabra á los obispos, les mandó por autoridad apostólica y bajo pena de anatéma que confesasen públicamente y con juramento si alguno de ellos habia dado ó recibido las órdenes sagradas por simonia. Juraron todos al momento que estaban libres de semejante delito, á escepcion de cinco, de los que solo resultaron reos despues de un exámen mas maduro los de Langres y Nantes que fueron depuestos. Hubo un número proporcionado de reos entre los abades, y una sinceridad igual en todos los estados, siendo muy natural que lo que sucedió al arzobispo de Besanzon inspirase á todos los demás un temor tan grande del disimulo y mala fe que supieron que se les iba á acusar. Acusaban al obispo de Langres, además de la simonia y de las violencias tiránicas contra su clero, de

nica mi entrada al pontificado, es necesario deponer al mismo tiempo á los obispos á quienes he conferido la consagracion en el discurso de once años de episcopado. Cederé entonces la silla al que quiera sentarse en ella." Leida esta declaracion, los prelados intrigantes, á quienes habia consagrado en gran número Alejo, temieron perder su propia dignidad, y no osaron llevar á cabo sus ideas, con lo que se vió obligado Juan á ceder de su empeño.

Quejóse algun tiempo despues al Emperador el clero de Tesalónica, diciendo que el arzobispo Teófanos no les suministraba las retribuciones anuales. Miguel, que en medio de su demencia lograba algunos lucidos intervalos, le exhortó al principio con prudencia y suavidad á que las pagase; mas negóse á obedecer el avaro metropolitano. Disimuló Miguel, dejando que transcurriese algun tiempo sin hablar palabra, y despues envió á pedirle cien libras de oro prestadas hasta que cobrase ciertos derechos que le debian. Protestó el arzobispo en nombre de Dios, que no tenia mas de treinta libras. El Emperador que con justa causa miraba como sospechoso el juramento de un avaro, mandó abrir el tesoro, en el que encontraron tres mil trescientas libras de oro en vez de las treinta; y de esta suma exorbitante para un obispo, mandó distribuir al clero todo lo que era suyo, repartiendo lo restante á los pobres. Espulsaron de su silla al prelado perjuro, é impusieron al sucesor la obligacion de pagar al Príncipe una suma anual.

Temió Miguel que la enfermedad que padecia le habia de quitar la vida, y sintió vivos remordimientos de sus crímenes, por lo que renunció el cetro en el año 1041, y se retiró á un monasterio donde murió con el hábito monástico el dia 10 de Diciembre del mismo año. Véase Zoe por este medio libre del eunuco, que reinaba verdaderamente bajo el nombre de su hermano el Emperador. Hubiera querido esta muger, no menos ambiciosa que disoluta, conservar ella sola el poder que acababa de adquirir; pero no conformándose entonces las disposiciones del pueblo con las suyas, adoptó por hijo á un sobrino de Miguel Paflagon, llamado tambien Miguel, y por otro nombre Calafate, á causa del oficio de su padre Estévan que habia sido calafateador de navios. Cuatro dias despues de la muerte de su tio, ordenó Zoe que le proclamasen Emperador; y no juzgando que su autoridad estaba bastante asegurada por la humildad del ministro que habia elegido, le obligó á que la prometiese con los mas terribles juramentos que toda su vida la respetaria como á su madre y señora, y no haria mas que egecutar sus órdenes.

No obstante, como el Emperador depositó despues toda su confianza en su tio Constantino, y temia morir como sus predecesores á manos de Zoe, la desterró á la isla del Príncipe. Quiso justificar su conducta en público; pero irritados los ciudadanos, le llamaron ingrato y perjuro, y ya que no podian restablecer de pronto á Zoe en el trono, proclamaron Emperatriz á su hermana Teodora. Refugiáronse

Miguel y Constantino al monasterio de Studio, de donde los obligó á salir del pueblo y sacándoles los ojos, los espulsó. Habiendo regresado Zoe á Constantinopla, quiso reinar por sí sola; pero el pueblo la dió por compañera á su hermana, siendo aquella la primera vez que se vió el imperio entregado á dos mugeres, cuya novedad no duró dos meses; pues Miguel Calafate fue depuesto á 21 de Abril, y Constantino Monómaco reconocido á 11 de Junio siguiente. Los historiadores que dan tres meses de duracion á este reinado de las mugeres, se equivocaron á causa del método de los griegos, quienes cuentan por meses enteros ó completos aquel en que principia el suceso y aquel en que acaba. Consiguó no obstante Zoe con sus artificios y con sus liberalidades, que rayaban en el extremo de la profusion, tener siempre mucha mas autoridad que Teodora. Empero como una y otra mezclaban con los asuntos mas serios las diversiones frívolas de su sexo, conoció el pueblo que eran incapaces de gobernar. Dedicáronse especialmente á hacer perfumes, y parecia que en su reinado era esta la funcion principal de la soberanía. Luego que la altiva y viciosa Zoe llegó á una edad avanzada, incurrió en todas las pequeñeces de una devocion supersticiosa. Honraba á una imagen del Salvador que habia adornado ella misma con un esmero pueril, la saludaba con familiaridad, la hablaba en alta voz como á una persona viva y ordinaria, y algunas veces vertia delante de ella un torrente de lágrimas que corrian á su arbitrio, y

servian para que sus infames aduladores la llamasen con el dictado de santa.

Conoció, por último, la necesidad de nombrar un Emperador. Habia tenido por amante á Constantino, llamado Monómaco, á quien desterró Miguel Palagon. Alejó pues de la corte á su hermana Teodora, levantó el destierro á Constantino, casóse con él el dia 11 de Junio de 1042, á los sesenta y tres años, y el dia siguiente ordenó que el patriarca lo coronase Emperador. Estas terceras nupcias no ofrecieron al parecer la menor dificultad al condescendiente Alejo ni á sus griegos, tan celosos de la pureza de su disciplina cuando les acomodaba. Este patriarca á 20 de Febrero del año siguiente subió á dar cuenta al Juez Supremo de diez y siete años de pontificado que empleó como hemos visto. Encontraron en su casa dos mil y quinientas libras de oro, de las que se apoderó el Emperador (1). Sucedió á Alejo Miguel Cerulario, desterrado por delitos de estado, y fue el que consumó el cisma de los griegos. Antes de esta revolucion funesta, á fin de fortificar á las demás iglesias contra un escándalo tan grande, quiso la Providencia remediar el que tanto tiempo habia desolaba á la Silla apostólica, colocando en este centro de la unidad un Pontífice capaz por su mérito y virtudes de restituirle su antiguo esplendor. Habia quedado por muerte del Papa Clemente II la santa Sede mas de nueve meses sin Pontífice, ó á lo menos sin Pontífice legitimo, pues no

(1) *Cedr. pag. 573.*

homicidios, de adulterios y de infamias execrables. Sin embargo, el arzobispo de Besançon tomó á su cargo su defensa. Mas al ir á hablar éste, enmudeció de repente, y fue el primero que publicó como un milagro lo que le sucedía. Acordáronse entonces los circunstantes de que San Remigio, á quien se miraba como presente en sus reliquias, hizo antiguamente otro prodigio igual, privando del uso de la palabra en un concilio á un obispo arriano. El Papa exclamó vertiendo lágrimas: „sí, sí: todavía vive San Remigio;” y levantándose con todos los padres, corrió á postrarse ante el sepulcro del Santo, entonando una antífona en alabanza suya. Inspiró este suceso mucha docilidad y un terror muy grande. Los que se habían retirado furtivamente del concilio, ó habían dejado de asistir á él sin excusa legítima: los que habían sido escomulgados ó citados al concilio de Roma para el año siguiente y habían pretestado la necesidad de hacer la guerra á los rebeldes; todos sin la menor reclamación sobre la falta de formalidad, sobre lo acelerado de los procedimientos, ni sobre la insuficiencia de un concilio de tres días para el exámen y despacho de una infinidad de asuntos, conocieron por último sus faltas, y se sujetaron casi sin excepción á la sentencia fulminada contra ellos. Hasta los mismos pueblos mostraron el celo mas vivo en hacerlo llevar á efecto contra el corto número de los que permanecieron refractarios, ó eran sospechosos de indocilidad. Y sabiendo los habitantes de Sens que su arzobispo Gueldin ha-

bia sido escomulgado espresamente por no haber asistido al concilio, y quizá tambien por haber intrigado contra su celebracion, le arrojaron de su silla y eligieron otro pastor.

Hubo tambien algunos señores escomulgados espresamente por haber contraído matrimonios ilegítimos, y se prohibió á Guillermo, duque de Normandía, casarse con la hija del conde de Flandes á causa del parentesco que tenían. Formaron despues doce cánones, que no son mas que una renovacion de los antiguos, y por lo mismo seria inútil repetirlos. Observamos en este concilio una cosa muy notable y que parece muy singular, atendida la circunstancia de los lugares, que sin duda eran de los mas católicos, pues se declaró en la primera sesión que solo el Papa era primado de la Iglesia universal. Es necesario recordar que estaba muy cerca el término de la independencia cismática á que aspiraban mucho tiempo habia los patriarcas de Constantinopla, atribuyéndose el título soberbio de ecuménicos, y que existía alguna causa para temer que con estas denominaciones ambiciosas se arraigasen insensiblemente entre los occidentales semejantes ideas y pretensiones. Lo cierto es, que el arzobispo de Santiago en España habia tomado ya el título de Apostólico, que era entonces propio del sucesor de San Pedro. Para reprimir esta temeridad, dieron á entender que el uso de tales dictados era una usurpacion de los derechos del Vicario de Jesucristo; por lo que escomulgaron en la sesión tercera al arzobispo español que daba un

ejemplo tan peligroso al occidente. Observamos igualmente en este concilio de Rems, que al principiarse dicha sesion cantaron el *Veni Creator*, siendo este el primer monumento que nos resta de la antigüedad de este himno, cuyo autor ignoramos.

38. Ordenados en Francia los asuntos pertenecientes á la Religion, volvió el Papa á Alemania, y celebró en el mes de Noviembre el concilio de Maguncia que habia indicado anteriormente (1). Concurrieron á él como unos cuarenta obispos, incluso cinco metropolitanos, entre quienes se distinguia como uno de los mas ilustres San Bardon, arzobispo de aquella diócesis. Estaba tambien presente el Emperador Enrique con los señores de Germania, y se trató del mismo modo que en Francia de remediar los desórdenes que reinaban en el pais, particularmente la simonia y los matrimonios de los clérigos. Acusaron á Sibicon, obispo de Spira, de incontinencia, y con justa causa; pero tuvo la temeridad sacrilega de querer ostentar su inocencia con la prueba del cuerpo y sangre de Jesucristo, y al momento fue acometido de una parálisis que le dejó torcida la boca para todo el resto de sus dias (2).

39. Murió San Bardon año y medio despues de este suceso, á 10 de Junio de 1051. Habia sido monje de la abadía de Fulda, donde solo queria vivir con la mayor sencillez y humildad, sin embargo de que era pariente de la Emperatriz. Un dia en que

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 1046. (2) Sæc. VI. Bened. part. 2. cap. 6.*

se reían de él sus hermanos porque estaba leyendo el pastoral de San Gregorio, les respondió en tono de chanza. „Acaso, les dijo, habrá algun Rey, que no sabiendo á quien hacer obispo, ponga los ojos en mí.” Progresando mucho en los estudios bajo la direccion y enseñanza del abad Archambaldo, que fue despues arzobispo de Maguncia, y mostrando no menos prudencia que doctrina, le encargó el abad Ricardo el gobierno de un nuevo monasterio fundado cerca del antiguo. El Emperador Conrado, que miraba con particular inclinacion á los religiosos de Fulda, visitó aquel nuevo establecimiento, quedó prendado del buen orden que hacia observar en él Bardon, tomó cariño á este piadoso pariente de su esposa, le dió la abadía de Verthina cerca de Colonia, en seguida la de Herfeld, inmediata á Fulda; y en fin, despues de la muerte de Aribon, arzobispo de Maguncia, le encumbró á esta silla, siendo de edad de cincuenta años con corta diferencia. Mas no tardó á temer que este buen monge no pasaria de la clase de un obispo muy mediano.

Hallándose Bardon con el Emperador en Goslar en las fiestas de Navidad, ofició el primer dia, segun la prerogativa de su gerarquía. Era costumbre que el celebrante predicase despues del Evangelio: lo ejecutó el nuevo arzobispo, y sin duda no dió motivo para que se admirase su elocuencia. Hablaron de esto muchos críticos con gran libertad: no faltó quien repitiese por todas partes sus declamaciones; y se vituperó sin ninguna circunspeccion á los

que habian elevado á un simple monge á una dignidad tan eminente. El dia inmediato, que era el de San Estévan, cantó la misa Thierrí, obispo de Metz, y predicó un sermón elocuente: „esto es, decian, lo que se llama predicar: este sí que es obispo.” El dia de San Juan preguntaron á Bardón quien habia de officiar, y respondió que lo egecutaría él. Temiendo sus amigos las resultas, se valieron de varios pretestos para que desistiese de semejante pensamiento. Pero él no dió oídos á nadie, subió al púlpito, escitó la admiracion de todo el concurso, y no hubo quien pudiese contener las lágrimas. Luego que pasó, segun costumbre, á sentarse á la mesa con el Emperador: „hoy es para mí el dia de Navidad, le dijo Conrado: la envidia y la malignidad quedan confundidas.” En una palabra, no sabia como manifestarle su alegría. Mas el arzobispo hizo tan poco caso de los elogios de este dia, como del desprecio de los precedentes: se retiró de la corte lo mas pronto que pudo, y fue á confinarse en su diócesis, la que gobernó por espacio de veinte años de tal modo, que mereció ser colocado en el número de los santos que venera públicamente la Iglesia.

40. Tuvo por sucesor á Liupoldo, dean de la iglesia de Bamberg, y memorable por uno de aquellos rasgos interesantes para los lectores que atienden mas al alma que al cuerpo de la historia (1). Celebrando el santo sacrificio de la misa delante de Leon IX en otro viage que hizo este Papa á Alemania, un

(1) *Chron. Sax. ann. 1052. Abb. Usparg.*

diácono del país cantó, segun el uso de su iglesia, una leccion despues de la primera oracion de la misa. Habia en Roma diferente costumbre, y algunos romanos de la comitiva del Papa le persuadieron que prohibiese al diácono continuar su epístola. El diácono, que era un jóven de bastante viveza y nada cobarde, continuó cantando en el mismo tono de voz con que habia empezado; y llamándole el Papa, le degradó inmediatamente. Prosiguió el arzobispo sin hacer ninguna novedad hasta el momento del sacrificio; pero entonces se sentó en su silla, y protestó que ni él ni otro acabaría la misa, si no se le restituía su diácono. Leon IX, á quien tachan algunos de que tenia un celo tal vez demasiado vivo, mostró en esta ocasion que sabia templar su ardor cuando era necesario, y aun reprobar los consejos que se dirigian á escitar su indignacion. Al momento entregó el diácono revestido de todos sus ornamentos, y rehabilitado por este mismo hecho, despues de lo cual concluyó Liupoldo el sacrificio. Se debe considerar aqui, dice el autor original, por una parte la firmeza del metropolitano en sostener su dignidad delante del Papa, y por otra la oportuna humildad con que conoció el Papa la necesidad de ceder al metropolitano en su provincia; reflexion muy juiciosa y exacta en el caso presente, esto es, con relacion á los usos antiguos de una iglesia muy respetable, cuando no hay abuso en ellos, ó no se ha procedido á averiguar si le hay efectivamente.

Despues de haber remediado los desórdenes de

Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viage, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religion. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyen Montier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos como se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por lo mucho que sirvió á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro concilio en que depuso á dos arzobispos simoníacos.

41. Poco despues de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la Iglesia de Letran el concilio romano que habia indicado, al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habian de tratarse en él á consecuencia del concilio de Rems (1). Se confirmó la deposicion de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontífice que debia rehabilitar al sucesor que se habia nombrado de un modo irregular, aunque con justicia, en lo substancial de la eleccion. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, habia conservado siempre la fe, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la escomunion y el estado deplorabile de su conciencia, escitaron sus remordimien-

(1) *Herm. Conc. ann. 1050.*

tos. Fue descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los padres que por medio de una correccion saludable le libertaran de los castigos eternos que conocia haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus estravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valleran, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo despues con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se habia citado tambien al concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decian ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia en sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron escomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonia. El Papa Leon canonizó en el concilio de Letran á San Gerardo, que habia sido uno de sus predecesores en la silla de Toul (*).

(*) En el mismo año del concilio de Letran, que fue el de 1050, se tuvo en España otro concilio con la anuencia del santo Papa Leon IX. El Grande Rey D. Fernando habia ya sujetado y hecho sus tributarios á la mayor parte de los Príncipes moros, y dilatado sus dominios de Castilla y Leon con sus rápidas marchas y conquistas. Desde el 1044 en que logró tener asegurados y pacíficos sus reinos, principió á acometer á los musulmanes que dominaban en Portugal, y sucesivamente á todos

42. Pero el asunto mas importante que se trató en él, fue el exámen de los errores de Berengario, delatados al mismo concilio (1). Este falso doctor, que puede mirarse como el primer heresiarca que

los que confinaban con las tierras de su corona. En seis campañas consecutivas se apoderó de Visé, Lámego y Coimbra en Portugal; de Gormaz, Aguilera y Berlanga en los confines de Castilla; de Talamanca, Uceda y Guadalajara en el reino de Toledo; de todos los pueblos limítrofes del Rey moro de Zaragoza; taló sus provincias, arruinó sus fortalezas, é impuso á todos los vencidos un tributo anual; obligándoles de este modo á respetar, no solo el poder del imperio cristiano, sino tambien la Religion y el culto de los fieles que vivian bajo sus dominios.

Viendo, pues, en 1050 rendidos á todos sus enemigos, convirtió los cuidados de la guerra en los estudios de la Religion y de la paz; y reconociendo que así el estado eclesiástico y monástico como el secular necesitaban de grande reforma, determinó convocar los prelados y los principales señores de sus reinos, para que en un congreso que fuese juntamente concilio eclesiástico y córtes de la nación, se prescribiesen las leyes necesarias para abolir todo linage de abusos. Se señaló para lugar de la asamblea á Coyanca, llamada despues Valencia de D. Juan, en la diócesis de Oviedo: concurrieron el dia designado el Rey y la Reina, los obispos Froilan de Oviedo, Cipriano de Leon, Diego de Astorga, Miro de Palencia, Gomez de Visé, Gomez de Calahorra, Juan de Pamplona, Pedro de Lugo y Cresconio de Iria ó Santiago, con gran número de abades y grandes del reino. Formáronse en este congreso trece cánones ó constituciones muy saludables; entre las que son de notar principalmente, la segunda que manda observar en todos los monasterios de España la regla de San Benito, y los sujeta á los propios obispos, evitando así la confusion y tiranía que egercitaban los legos en algunas casas religiosas: la tercera que ordena á los clérigos es-

(1) *Mabill. Præf. = Sac. VI. Bened. part. 2. = Vit. S. Leon. IX. ap. Bolland. tom. 10. pag. 645.*

hayan producido las Galias, habia nacido en el pais de Tours con todas las cualidades convenientes á los novadores; pero sobre todo con una inclinacion declarada á las ideas nuevas y á las aventuras arriesgadas, con un amor desordenado de la preferencia, con el talento de recomendarse, y con un espíritu al mismo tiempo obstinado y flexible, incapáz de variar, y siempre pronto á retractarse. Enseñó en su patria, conservó la escuela de Tours siendo arcediano de Angers, y adquirió la reputacion de ser uno de los maestros mas hábiles que habia en las Galias.

En este tiempo un jóven italiano llamado Lanfranco, que habia concluido la carrera de sus estudios en Pavia con un crédito extraordinario, fue á buscar á Francia la fama, porque tenia para él un

tar bajo la jurisdiccion del obispo, y que ningun lego pueda tener jurisdiccion sobre ellos ni sobre las iglesias; prohíbe tambien á los eclesiásticos el uso de las armas. En el decreto octavo se manda que en Leon, Galicia, Asturias y Portugal se juzgue por las leyes del Rey D. Alfonso V, y en Castilla por las del conde D. Sancho, que se llamaron despues *Fuero viejo de Castilla*. El duodécimo confirma el derecho de asilo concedido á las iglesias, estendiéndole á treinta pasos en derredor como hizo el sínodo Helenense. Por fin, el décimo-tercero prescribe y recomienda á los vasallos la fidelidad y obediencia debida al Rey, escomulgando á cualquier transgresor y privándole de todos los honores; y por el mismo decreto confirma el Rey así á los de la corona de Leon como á los de Castilla sus fueros y libertades. Las demás leyes de este concilio se dirigen al buen régimen de la Iglesia, y á la recta administracion de justicia en los pueblos. Estos decretos han dado márgen á algunas cuestiones entre los sabios, las cuales se pueden ver en Ferreras tom. 5, pág. 77 y sig.

atractivo irresistible. Tuvo con Berengario una disputa pública en que no recibió muchos aplausos el profesor tan celebrado. Aunque solo se trató de cuestiones muy indiferentes, muchos discípulos de Berengario perdieron la alta idea que tenían de su sabiduría, y le abandonaron. Yendo Lanfranco algun tiempo despues á la capital de Normandía, fue acometido por unos ladrones que le robaron en una selva, y le dejaron atado á un árbol (1). Inspirándole sentimientos de piedad el peligro y la desgracia, quiso cantar las alabanzas de Dios; pero como no sabia ninguna de memoria, se avergonzó del honor que habia adquirido en las ciencias profanas, cuando era tan ignorante en la de la salvacion. „Señor, exclamó, libradme del peligro en que me hallo, y con vuestra gracia yo aprenderé á servirlos.” Hecha esta oracion, oyó que pasaban unos caminantes, y les pidió socorro. Luego que le desataron, les suplicó que le dijese cuál era el monasterio mas pobre de aquel pais. „No conocemos otro mas pobre ni mas santo, le dijeron, que el que ha edificado aquí cerca un buen hombre;” y le pusieron en el camino que guiaba á él.

43. Era el del Pico ó Bec, llamado así en lengua céltica por el arroyo ^{del} en cuya orilla se construía en un estado muy diferente de lo que llegó á ser despues. Herluino era el abad, el fundador, el arquitecto y el albañil, con algunos pobres compañeros

(1) *Vit. sæc. VI. Bened. part. 1. pag. 635. -- Bolland. tom. 17. pag. 338.*

que habia reunido (1). Descendia no obstante de Ansgor, de la familia de los primeros Príncipes normandos que pasaron de Dinamarca, y de Heloisa, parienta de los condes de Flandes; y por las pruebas que habia dado de valor, le estimaba muy particularmente Gilleberto, conde de Brionne y nieto del duque Ricardo I; pero habia dejado todas estas ventajas por entregarse á las ocupaciones mas viles y á una vida tan austera que consistia todo su alimento en pan de centeno y en algunas yerbas cocidas con agua y sal. Su madre renunció igualmente los bienes del siglo, y se retiró á un parage inmediato á aquel monasterio para lavar los hábitos de los monges, y ocuparse en otras tareas de esta clase.

Cuando llegó Lanfranco al Pico, encontró á aquel santo hombre empleado en construir por sí mismo un horno. No pudo ver esta santa simplicidad sin enternecerse, y postrándose á los pies del abad se los besó con gran respeto. Herluino por su parte se admiró de la humildad de un hombre tan sabio, y creyó haber encontrado el sugeto que pedia al Señor para instruir á sus discípulos, porque él se conocia incapáz de egecutarlo. En efecto, apenas sabia leer, pues antes de su retiro no se habia dedicado á las letras, segun la costumbre de la nobleza de aquellos tiempos. No obstante, pasó Lanfranco tres años en la mas perfecta soledad, á fin de instruirse en las obligaciones de la vida monástica, y particularmente en los divinos oficios segun la promesa que habia hecho á Dios.

(1) *Sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 343.*

Estableció despues una escuela, y enseñó desde luego con tanta reputacion, que acudian á ella de todas las Galias, no solo los niños y los estudiantes, sino tambien los maestros mas famosos. Viéndose entonces Berengario mas abandonado que nunca de sus discípulos, buscó en la carrera teológica, que le era enteramente desconocida, un nuevo pábulo para mantener la curiosidad, ó por lo menos un freno contra la desercion. Interpretó de un modo contrario á toda la antigüedad los pasages de la Escritura que enseñan la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, se declaró contra Pascasio Ratberto, célebre entre los doctores que la habian sostenido unánimemente en el siglo nono y en todos los demás, y dió grandes elogios á Juan Escoto, que parecia haberla impugnado en el mismo tiempo, bien que con poco estrépito y con menor efecto. Escandalizado Lanfranco de la celebridad peligrosa que daba el novador de Tours á Juan Escoto, se esforzó á refutar en su escuela á aquel escritor pernicioso, y á vindicar la doctrina católica de Pascasio; con cuyo motivo le escribió Berengario en estos términos. „He sabido, hermano mio, por Enguerran de Chartres, que censuras y tienes por herético el modo de pensar de Juan Escoto acerca del Sacramento del altar en todo lo que es contrario á tu favorito Pascasio. Si esto es así, no has hecho buen uso de tu ingenio, el cual no es despreciable, pero le falta todavía mucho estudio en la ciencia de la Escritura; y si te parece herege este doctor, cuyas opiniones apruebo yo, debes pensar lo mismo de

Ambrosio, Gerónimo y Agustin, por no hablar de los demás.”

Por esta carta, que fue delatada al concilio de Roma, se juzgó de los sentimientos heréticos de Berengario, el cual fue condenado en él y privado de la comunión. Pero como estaba ausente, se le citó al concilio convocado en Vercelli para el dia 1.º de Setiembre del mismo año, á fin de oír su defensa.

no44. Entretanto se aprovechó de la ausencia de Lanfranco, que fue llamado al concilio de Roma, y procuró esparcir sus errores en Normandía. Fue al monasterio de Preaux, que acababa de fundarse en la diócesis de Lisieux y respiraba todo el fervor de un instituto primitivo. Roberto, último duque de Normandía, le habia favorecido con sus beneficios; y á fin de transmitir sus sentimientos de benevolencia á Guillelmo su hijo y heredero, le eligió por testigo de las disposiciones de su liberalidad con otros muchos jóvenes distinguidos, á quienes se dió una bofetada para que conservasen la memoria de lo que veían: práctica antigua, y que sirve para esplicar lo que se egecuta cuando se da la confirmacion á los niños (1). Luego que Ansfredo, abad de Preaux, oyó á Berengario, se horrorizó de una doctrina tan contraria á la creencia comun, por lo cual pasó prontamente el novador á verse con el duque Guillelmo, figurándose que le seria mas fácil sorprenderle á causa de su corta edad; pero mostrando ya este Príncipe la superioridad y rectitud de juicio de que dió

(1) *Durant. Trofarn. part. 9. pag. 106.*

te que te has separado de la unidad de la Iglesia, enseñando que la hostia inmaculada que se ofrece todos los dias y en todas partes en nuestros altares, no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, sino una simple figura y una semejanza. Te suplico, pues, por las misericordias eternas, y por la memoria inmortal de nuestro incomparable Maestro, que no turbes la paz de la Iglesia, por la cual han peleado tantos millares de mártires y santos doctores, y han prodigado su sudor y su sangre, defendiéndola de tal modo que están ya igualmente confundidos todos los hereges que ha habido y puede haber en lo sucesivo."

Esta exhortacion patética, y los argumentos sólidos con que establecia Adelman en la misma carta la creencia comun de la Eucaristía, eran sin duda alguna muy á propósito para hacer una sensacion eficazísima. Pero los que llegan á formar un partido, solo atienden por lo comun á su sistema y á su gloria. Así sucedió á Berengario que continuó trabajando en aumentar su secta con sus discursos, con sus escritos y con sus emisarios, y se dedicó con especial cuidado á adquirir protectores y partidarios entre los obispos, seduciendo en efecto á Bruno de Angers y á Frolando de Senlis. Temieron entonces los demás obispos del reino el peligro que amenazaba á la Religion, y dieron parte de sus recelos al Rey, el cual convocó un concilio en París para mediados de Octubre del año 1050, mandando á Berengario que concurriese á él.

49. Al plazo indicado llegaron al concilio un gran número de prelados, de eclesiásticos sabios y de señores piadosos, juntamente con el Rey Enrique (1). Pero lejos de comparecer el herege, se mantuvo oculto en Angers á la sombra del obispo que le favorecia. Sin embargo, se procedió contra él. Se leyeron sus escritos con atencion, y al principio se oyeron con mucho silencio; mas su doctrina impía escitó muy en breve la indignacion general, manifestándose esta con el ruido tumultuario de los concurrentes. El autor fue condenado al momento de comun acuerdo, como tambien el libro de Juan Escoto. Habiéndose mostrado el Rey y los señores mucho mas irritados que el clero contra los enemigos del misterio adorable que forma el objeto mas sagrado del culto público, se decretó que si no confesaban y condenaban sus errores aquellos sectarios, iria á castigarlos el ejército francés, llevando al frente á los eclesiásticos en hábitos sacerdotales. Quedaron consternados los novadores luego que llegó á su noticia esta resolucion, y los menos obstinados abjuraron sin dificultad la nueva heregía. Pero no tardaron los gefes de la secta en hallar el medio de conjurar esta tempestad á fuerza de artificios, y con la proteccion que supieron conseguir. En especial el obispo de Senlis dominó de tal modo el ánimo del Rey, y le hizo tantos elogios de las virtudes y de la piedad de Berengario, que engañándose el Príncipe, como suele suceder á todos los grandes en esta clase de materias,

(1) *Durant. Trofarn. ubi supr.*

no pudo persuadirse que fuese herege un eclesiástico tan piadoso, y aun temió ser el instrumento de la envidia, enemiga y perseguidora del mérito. En una palabra, sin mudar de opinion el Rey Enrique, mudó de procedimientos, ó á lo menos mostró mucha condescendencia en este punto. Así se inutiliza frecuentemente por la intriga y la hipocresía el celo de los mejores Principes; y el error que pudieran haber sofocado en su origen sin ningun trabajo, echa despues tales raices que es casi imposible estirparle.

50. El deseo de remediar enteramente los males de la iglesia de Francia, movió al Papa Leon á volver á este reino poco despues del concilio de Vercelli; pero disimularon por entonces los novadores, y no vemos que tuviese ningun motivo para quejarse de que no se trataba seriamente de reprimirlos. Allí se empleó en otro objeto mucho mas acomodado á sus piadosas inclinaciones, nombrando á San Roberto en 1052 abad de la *Chaise-Dieu*, asilo sagrado de las mas puras virtudes, llamado con justa razon Casa de Dios, *Casa Dei*. El santo fundador era hijo del conde Geraldo, descendiente de la familia de San Geraldo de Aurillac (1). Pasó la juventud en una inocencia admirable adelantando de dia en dia en el camino de la virtud, y no obstante que era sacerdote y canónigo de San Julian de Brioude, tomó por último la resolucion de consagrarse á Dios en la soledad. Se llevó consigo á Estévan y á Dalmacio, dos hombres de distincion, á quienes habia inspirado los

(1) *Sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 188.*

sentimientos mas religiosos, y se retiraron los tres á una iglesia medio arruinada, que era propia de dos hermanos canónigos de Puy, los cuales se la cedieron fácilmente con el desierto que habia en sus inmediaciones. Uno de estos dos hermanos, llamado Arberto, pasó despues á acompañarlos en aquel género de vida. Tuvieron mucho que padecer no solo con motivo de la esterilidad del terreno, sino tambien por la grosería y barbarie de las gentes del pais, que les insultaban todos los dias. Pero triunfaron de todos los obstáculos con su trabajo y paciencia; y fueron tantas las personas que se presentaron, solicitando vivir bajo la direccion de Roberto, que formó este el designio de establecer un monasterio; lo que egecutó con la aprobacion del obispo de Clermont, previo el consentimiento del Rey Enrique y del Papa Leon, los cuales espidieron sus respectivos decretos en el citado año 1052. Sin contar el santo abad con mas ausilios que los de la Providencia, reparó cincuenta iglesias que se arruinaban, y vió hasta trescientos monges en su monasterio, que fue despues cabeza de una congregacion numerosa bajo la regla de San Benito. Gobernó su comunidad por espacio de quince años, obrando tantos milagros despues de su muerte, que muy remotos sus religiosos de esparcir prodigios falsos en honor suyo, le rogaron que no turbase su soledad y recogimiento con unas maravillas que conducian al desierto un concurso incesante de todo género de personas.

51. Recibió tambien el santo Papa Leon IX mu-

cho consuelo con los frutos saludables que producía entonces en la iglesia de Francia la santa institución de los canónigos reglares que principiaba á dilatarse por este reino. Habíase observado mucho tiempo antes que los clérigos de varias iglesias vivían en comunidad, guardando una regla determinada y con superiores que les mandasen; pero como en medio de este género de vida conservaban la propiedad de sus bienes y la facultad de disponer de ellos según les pareciese, no se les podía dar propiamente el nombre de religiosos. San Agustín instituyó en África esta clase de canónigos que no poseían ninguna cosa en particular; pero es muy dudoso que los hubiese en las Galias antes del establecimiento de la congregación de San Rufo de Aviñon, cuyos fundadores fueron en el año 1039 cuatro eclesiásticos piadosos llamados Arnaldo, Odilon, Poncio y Durando. Sasuvalon estableció en el mismo año otra comunidad semejante al otro extremo de Francia en un sitio llamado Falempin, con la aprobación y mediante las liberalidades de Hugo, obispo de Noyon y de Tournai. Formáronse después muchos establecimientos de esta clase, mas bien ordenados y mas egemplares que los de los monges, supuesto que la mayor parte de estos últimos rehusaban abrazar la reforma.

52. Cuando el Sumo Pontífice confirmó á los franceses en todos sus designios piadosos, regresó á Alemania, donde asistió con San Hugo de Cluny al bautizo de un hijo del Emperador, de quien era padrino el santo abad. Diéronle al abad Hugo una prueba

mas importante de confianza y estimación, enviándole á Hungría para poner freno á las turbulencias de aquel reino, y negociar entre el Emperador y el Rey la paz que en efecto quedó ratificada. Restituyóse Leon á Italia, donde celebró otro concilio, y depuso á algunos obispos escandalosos. Volvió por tercera vez á Alemania este Pontífice infatigable en el mismo año de 1052. Algunos juzgarán sin duda agenos de la Cabeza de la Iglesia unos viages tan largos y tan frecuentes: pero eran tan grandes los desórdenes en muchas partes, y de un egemplo tan pernicioso la multitud, las circunstancias y la audacia de los reos, que sola la presencia de Pedro, encargado de confirmar en la fe á sus hermanos, podía poner un dique al torrente de la corrupción, y dar á las iglesias de occidente el vigor necesario para resistir al mayor de los escándalos que iba á ofrecerlas el oriente, llevando á cabo su separación cismática.

53. Opinó entretanto Leon IX que estaba obligado á pasar á aquellas provincias de Italia, que por último habían sujetado los normandos á una dominación tan débil en sus principios. Desde la gloriosa defensa de Salerno por los cuarenta peregrinos de aquella nación, no habían despreciado sus hábiles compatriotas los repetidos convites de los italianos, que los habían invitado á que corriesen á participar de la suavidad de su clima, y de los bellos frutos de una tierra tan feliz. Pero el amor de la gloria fue un aliciente mucho mas fuerte para el valor de

despues unas pruebas tan brillantes, creyó que no debia decidirse por sí solo en materias de Religion. Dtuvo, pues, á Berengario, y reunió las personas mas hábiles de sus estados en la villa de Brionne cerca de la abadía de Pico.

45. Compareció Berengario con un discípulo suyo, en cuya elocuencia confiaba mucho; pero fueron refutados con tanto vigor, que se vió reducido á un silencio vergonzoso, y despues á la confesion forzada de la fe católica; pero apenas salió de esta conferencia, escribió á sus ciegos sectarios una carta llena de sus blasfemias acostumbradas, y aun tuvo la audacia de tratar en ella de herética á la iglesia romana, y de imponer la misma nota al Papa San Leon por vengarse de los normandos que estaban unidos en la fe con la santa Sede, y de la excomunion fulminada contra él en el concilio de Roma. Sin embargo, no tuvo por conveniente entrar en una esplicacion individual de lo que habia pasado en Brionne, difiriendo responder á ello, como él decia, hasta que hubiese confundido al Papa y á los romanos en el concilio que iba á celebrarse en Vercelli.

46. Pero se guardó muy bien de asistir á esta augusta asamblea, á la que dan muchos autores el título de concilio general, y en efecto asistieron á ella obispos de todas las partes del mundo (1). No obstante, deseando guardar todavía algun miramiento, ó por mejor decir, proponiéndose el objeto de alucinar mas y mas á sus partidarios, envió dos eclesiásticos que

(1) *Herm. Chron. ad ann. 1050.*

puadiesen denigrar despues sus procedimientos, y hacer sospechosa su legitimidad. Lanfranco, á quien habia obligado el Papa á quedarse en su compañía, como que era un hombre de los mas instruidos en el sistema del heresiarca, concurrió puntualmente á Vercelli. Se leyó allí en público el libro de Juan Escoto, que fue proscrito por unánime consentimiento de todos. Se espusieron despues las opiniones de Berengario, el cual desde el último concilio no habia hecho otra cosa que suministrar nuevas pruebas de sus errores: y se confirmó su condenacion á pesar de los artificios de sus emisarios. Apenas abrieron la boca para defenderle, manifestaron todos los obispos el horror con que miraban aquella doctrina. En este mismo concilio suspendió el Papa de sus funciones á Hunfredo de Ravena por haber faltado al respeto debido á la iglesia de Roma. Desde que aquella ciudad empezó á ser la silla principal de la autoridad de los griegos en Italia, conservaban sus arzobispos una altivez y unas pretensiones exorbitantes, las cuales perjudicaban especialmente á los patriarcas de Grado. Al mismo tiempo que Leon IX castigaba á Hunfredo, concedió el palio á Domingo de Grado, con la prerogativa de hacer que llevasen la cruz delante de él. Pero esta antigua disputa no quedó todavía decidida, ni lo fue hasta tres años despues en que el mismo Papa decretó en su concilio que el patriarca de Grado, por otro nombre la nueva Aquilea, seria metropolitano de las dos provincias de Istria y Venecia, segun los privilegios de los Sumos Pontífices.

47. Sin esperar el éxito del concilio que se celebraba en Italia, iba Berengario haciendo de día en día nuevos progresos en las Galias; y como le era muy sensible la humillacion que habia sufrido en la conferencia de Brionne, publicó una carta dirigida á un sabio religioso del Pico, llamado Ascelino, que habia sido uno de sus mas terribles antagonistas en la disputa, proponiéndose con esto cubrir la confusion y vergüenza de su derrota, y sostener á sus partidarios en medio de la indecision en que se hallaban (1). Niega en este escrito que se le hubiese reducido á confesar que Juan Escoto habia errado en materia de fe; y esplica con sus artificios ordinarios la confesion que se le habia obligado á hacer en este punto: á lo cual añade, que no se puede tratar de herege á aquel autor sin temeridad, injusticia é impiedad, y que al contrario opinando con la única autoridad de Pascasio, que no queda nada de la sustancia del pan y vino en el Sacramento del cuerpo del Señor, se adoptaba una opinion no menos contraria al sentido comun que á la doctrina del Evangelio y del Apóstol San Pablo. En la refutacion que publicó Ascelino, empieza manifestando la nueva impostura de Berengario, y á fin de confundirle con argumentos de hecho, pone por testigos á cuantos asistieron á la conferencia, de que habia convenido en que era herética esta proposicion particular de Juan Escoto: esto se hace en la apariencia y no en realidad: *specie ista geruntur, non veritate*. Despues

(1) *Apud. Lanfr. tom. 9. pag. 24.*

demuestra que la opinion atribuida únicamente á Pascasio es un dogma de la Iglesia universal; que es en todo conforme á la doctrina de los Evangelistas y á la del Doctor de las naciones; y en fin que no contiene ninguna cosa contraria á la naturaleza, cuyas leyes esenciales no son mas que la voluntad omnipotente del Criador.

48. En las mismas circunstancias Adelman, maestro-escuela de la iglesia de Lieja y despues obispo de Brescia, escribió á Berengario una carta concebida en estos términos (1): „Hermano mio, carísimo hermano mio, porque bien puedo darte este tierno nombre en memoria de la dulce compañía en que hemos vivido en Chartres, tú mas jóven, y yo de alguna mayor edad en la santa escuela del Sócrates cristiano nuestro venerable Fulberto: acuérdate, hermano mio, de las conversaciones que este padre eternamente memorable tenia por la noche con nosotros en el huertecito inmediato á la capilla. Dirigiéndonos allí la palabra con tanta ternura que muchas veces no le permitian hablar las lágrimas, no cesaba, bien lo sabes, de repetirnos: hijos míos queridos, seguid siempre los caminos trillados, y andad cuidadosamente por donde anduvieron los padres, sin apartaros jamás á derecha ni á izquierda. Librete Dios, carísimo hermano mio, de caminar por senderos extraviados. Apresúrate á desmentir los rumores que se han esparcido contra ti aun en Germania, y aumentan de día en día mi dolor en esta tierra estrangera. Me dicen continuamen-

(1) *Analect. pag. 397.*

ne, se inferia con bastante claridad que las disciplinas podian considerarse como otras muchas maceraciones no menos singulares, practicadas con edificacion en la antigüedad.

Trató tambien de justificar las compensaciones y redenciones de las penitencias, que principiaban por aquel tiempo á acreditarse sobremanera; apología sencilla y fácil, conteniéndose en los límites fijados por la Iglesia. En efecto, ¿qué obstáculo hay en que esta madre, no menos prudente que tierna, conmute á algunos hijos suyos ciertos géneros de penitencia impracticables, por otros que puedan cumplir con mayor facilidad? Tampoco se podia mirar como un abuso en esta clase de penitentes la devoción que tenían de que en cuanto fuese posible supliesen por su propia insuficiencia las oraciones y austeridades de los santos monges y de los santos eclesiásticos. El abuso de las conmutaciones ó la abolicion casi imperceptible de las penitencias canónicas, provenia especialmente de la generalidad del principio con que parecia autorizarse el mismo apologista, mas piadoso en sus intenciones que exacto en sus discursos. Muchas eran las personas que estaban convencidas entonces, de que por cada pecado era absolutamente necesario sin ninguna distincion de casos ó de circunstancias, que la penitencia señalada por los cánones se cumpliese al pie de la letra. Así, cuando un pecador habia incurrido, por ejemplo, veinte veces en una falta que merecia diez años de penitencia canónica, comprendia esta el tiempo preciso de doscientos años: y

como era manifiestamente imposible cumplirla por sí mismo, no habia mas arbitrio que valerse del auxilio de otros. Con este objeto especificaron los pecados que se espiaban con tal y tal obra determinada. Pedro Damiano dice haber oido á su discípulo Santo Domingo, que se cumplieran cien años de penitencia con veinte salterios acompañados de disciplina, es decir, que ciento cincuenta salmos y quince mil azotes, pues se recibian ciento á cada salmo, equivalian á cinco años de penitencia canónica (1). De suerte, que en algunos dias un hombre tan austero como Domingo podia dejar libre á un pecador de esta penitencia de cien años. Mas no debemos creer que estas ideas estuviesen generalmente recibidas, supuesto que el mismo Pedro Damiano nos afirma que padecieron grandes contradicciones en su tiempo antes que hubiese demostrado la esperiencia cuán peligrosas eran (2); y vemos tambien por un concilio celebrado mucho tiempo antes en Chalons del Saona, que la Iglesia habia previsto el peligro y procurado evitarle (3). Hicieron reclamaciones sobre este punto en todos los siglos una multitud de pastores ilustrados.

31. Han dado en rostro á Pedro Damiano el haber acreditado muchas devociones nuevas, como la práctica establecida poco antes de consagrar el lunes en honor de los ángeles, el viernes de la cruz, y el sábado de la Virgen. Usando algunos de estos censores de una dureza poco comun entre los modernos,

(1) *Petr. Dam. Opusc. 51. cap. 8.* (2) *Id. lib. 5. Epist. 8.*

(3) *Conc. Cabil. ann. 813.*

y procediendo con una acrimonia aun mas estraña entre ortodoxos, se detienen principalmente en el gran número de misas, y en el oficio parvo de la Virgen, y refieren con este motivo algunos rasgos de credulidad, que solo sirven para desacreditar esta práctica. ¿Y qué objeto puede tener el egeemplo que citan, por no hablar de otros, de un gran pecador á quien afirmó María en el artículo de la muerte, que le habian sido perdonados sus pecados por haber rezado con mucha exactitud y puntualidad el oficio parvo? ¿No exigia la circunspeccion tan necesaria cuando se trata de estas materias, y aun la misma justicia, que se diese causa para creer falsamente que un doctor tan respetable como Pedro Damiano hubiese enseñado que podian salvarse los pecadores devotos de la Virgen, sin tener un arrepentimiento sincero de sus pecados? Infiérase aquí, si se quiere, que semejantes oficios y prácticas son algo mas que inútiles, como lo dicen algunos hombres temerarios á quienes es ocioso refutar, pues basta recordar la advertencia tantas veces repetida, aunque con poco fruto, de que es necesario distinguir entre los abusos, y el objeto porque se introducen. No se necesita otra cosa sino que la Iglesia apruebe el oficio parvo de María de un modo tan auténtico, como lo hace adoptándole en todas partes, para que los fieles respeten su uso. Y aun poniéndonos á penetrar sus intenciones, cuando multiplica los oficios y las oraciones vocales, quedaria cualquiera convencido de su sabiduría y prudencia por las solas circunstancias de los

tiempos y de los lugares en que se multiplicaron estas devociones exteriores, si semejante exámen se hiciese sin preocupacion y con la rectitud conveniente. ¿No eran las mas á propósito, y casi las únicas que convenian á unas naciones groseras, que empleadas de continuo en escursiones y tumultos, eran incapaces de aplicacion y de reflexion? Desde que la Iglesia reconoce mas moderacion en las costumbres y mas capacidad en sus hijos para pensar y meditar, ¿hay ocupacion que recomiende con mayor esmero que la oracion mental, la lectura de los libros santos, y la meditacion de las verdades eternas?

32. San Rodulfo, obispo de Eugubio, cuya vida escribió Pedro Damiano como la de Santo Domingo, murió cerca de un año despues que su santo condiscipulo, á la edad de treinta años con corta diferencia (1). No se retiró del siglo hasta siete años antes de su muerte, y en una carrera tan breve honró sucesivamente la vida monástica y la episcopal. Dió entonces libertad á sus siervos, y habiendo obtenido el consentimiento de su familia, hizo donacion de su castillo, que se tenia por inconquistable, y de todas sus tierras al monasterio de Fontevellana, donde abrazó la vida eremítica con su hermano mayor. Admiraron uno y otro á todos los solitarios con su regularidad, con su austeridad y con una humildad tan profunda, como era grande la elevacion que les habian dado el nacimiento y la fortuna. Obligado Rodulfo á aceptar la dignidad episcopal, conservó

(1) *Vit. S. Rod. ap. Petr. Dam. Sec. VI. Bened.*

su corazón siempre afecto á la soledad. Miró su palacio como una simple hospedería, y su celda como su verdadero domicilio. Nunca se despojó del cilicio ni de los hábitos monásticos: por lo comun comia solo pan de cebada, y esto en corta cantidad; y en los frios mas rigurosos dormia en camisa, sin ningun otro abrigo, y encima de unas tablas. No obstante, lejos de agradecerle tantos sacrificios su pueblo indócil y vilmente interesado, solia no conformarse con sus instrucciones sino cuando queria obtener de él algunas gracias temporales; y á pesar de esto, les administraba infatigablemente el pan de la divina palabra, celebraba con puntualidad el sínodo anual, y vivia con la mayor economía para aliviar á los pobres. No cesó hasta la muerte de cumplir con una constancia heroica todas las obligaciones de una dignidad que fue siempre para él una carga muy molesta.

33. y 34. De este modo se empleaba Pedro Damiano, desde que logró dejar su obispado de Ostia, en inspirar á sus discípulos todo género de virtudes, y en perfeccionarse á sí propio en ellas, cuando su amistad con San Hugo de Cluny, y la inclinacion con que le miraba el Papa Alejandro, le obligaron á pasar á las Galias en calidad de legado (1). Habia ido á Roma el santo abad de Cluny á quejarse de Dregon, obispo de Macon, por haber vulnerado éste de un modo muy irregular las inmunidades de su monasterio. Terminó Pedro Damiano muy en breve

(1) *Bibl. Clun.* pag. 509. = *Tom. 9. Conciliar.* pag. 1177.

esta causa en un concilio de los obispos de las diócesis inmediatas, en el que procuraron extinguir para siempre aquella antigua desavenencia. Pero no se limitaban á esta comision las facultades del legado, como aparece de sus credenciales dirigidas á los arzobispos de Rems, Sens, Tours, Bourges y Burdeos. Despues de llamar el Papa á Pedro Damiano lumbre de la santa Sede y columna de la iglesia romana, añade, que le confiere todo género de autoridad para que lo que resuelva y ordene en sus provincias, sea igualmente válido que si lo hubiese dispuesto él mismo despues de un maduro exámen. El santo legado revestido de este poder, persiguió con infatigable teson la simonia, y tomó las providencias mas eficaces para que volviese á florecer la antigua pureza de los cánones.

35. Encargáronle algunos años despues otra nueva legacion que exigia toda la firmeza que el Sumo Pontífice habia observado en él en tantas ocasiones. El Rey de Germania Enrique IV, que á los diez y ocho años anunciaba ya los escándalos que habia de dar en lo sucesivo, queria repudiar á la Reina Berta, hija de Oton, marqués de Italia, y coronada con toda solemnidad. El libertinage era el único motivo que tenia este Príncipe, que hacia justicia á la virtud de su esposa, no alegando ninguna razon para divorciarse. Pedro Damiano llenó todas las esperanzas del Papa, supuesto que en un concilio congregado en Maguncia se declararon contra el Rey todos los grandes, aplaudieron mucho la conducta del le-

gado, y el Príncipe que temia á la familia poderosa de la Reina, tomó el partido del disimulo (1). Volviendo en fin de una legacion de Ravena, que dieron tambien á Pedro á pesar de su avanzada edad, murió en Faenza, donde le veneran como Santo. Es célebre en toda la Iglesia por la piedad de sus escritos, por la austeridad de su vida, por la firmeza de su celo, y por sus continuas tareas para restablecer la disciplina. La Providencia dispuso que pasase por el estado clerical y monástico, para que hiciese una guerra mas viva á los abusos introducidos en uno y otro, y les presentase en sus obras el modelo de todo lo que enseñaba.

36. Dió San Vulstano los mismos egemplos en Inglaterra, y con el mismo buen éxito (2). Habíase inclinado á la piedad y á la perfeccion evangélica en la casa de sus padres, que eran muy piadosos y abrazaron uno y otro la vida monástica. Muertos estos, se puso bajo la direccion de Brithegio, obispo de Worchester, que le ordenó de sacerdote siendo todavía muy jóven, y trató de conferirle un beneficio pingüe. Mas no quiso admitirle Vulstano, y abrazó el estado de monge en la catedral de la misma ciudad. Eleváronle su mérito, su regularidad y su virtud sublime á la dignidad de dean, en la que supo conciliar las funciones del celo y de la beneficencia con la mortificacion y el mas profundo recogimiento. Empleaba las noches en cantar el salterio,

(1) *Tom. 9. Conciliar. pag. 1300.* (2) *Vit. ap. Bolland. tom. 2. pag. 239. = Act. Bened. sæc. VI. part. 2. cap. 848.*

segun la devocion de aquel tiempo, haciendo frecuentes genuflexiones. No tomaba alimento alguno tres dias á la semana, y se abstenia de toda conversacion con los hombres. Los otros cuatro no comia mas que pan y algunas legumbres comunes, á escepcion del domingo en que comia pescado y bebia vino. Daba de comer á tres pobres todos los dias indistintamente, y les lavaba los pies.

Llegaron los legados de Roma con Aldredo, arzobispo de Yorck, que habia ido en peregrinacion á aquella ciudad, y visitaron en su compañía casi todas las iglesias de Inglaterra. Durante la cuaresma estuvieron alojados en el monasterio de la catedral de Worchester, donde se admiraron al ver el método de vida del dean Vulstano, y manifestaron en la corte los sentimientos de que iban penetrados. Como se trataba en ella de elegir obispo de Worchester, se creyó que nadie era mas digno de ocupar aquel pnesto que el santo dean. Toda la dificultad consistia en vencer su resistencia, á cuyo fin se echó mano de un récluso llamado Vulfino, que estaba en opinion de Santo habia ya euarenta años. Pero á unos medios tan eficaces para vencer la modestia de Vulstano, fue necesario que los legados añadiesen toda la autoridad apostólica de que estaban revestidos. Obedeció gimiendo, y en treinta y cuatro años que gobernó el obispado se mostró tan digno de él como se habia juzgado incapáz de desempeñar sus funciones.

37. La Inglaterra estaba entonces sujeta á las leyes del santo Rey Eduardo, porque despues de la

muerte de los Reyes Haraldo y Canuto II, hijos tan poco dignos del gran Canuto su padre, se acordaron los ingleses del valeroso Edmundo y de la amable sangre de sus Príncipes naturales. Pero los hijos de Edmundo, que eran todavía de muy corta edad, estaban al otro extremo de Europa con el Rey de Hungría, el cual no se hallaba en estado de hacerlos superiores á la facción dinamarquesa. Pusieron, pues, los ojos en sus tios paternos, Alfredo y Eduardo, que además de la edad propia para gobernar, tenían un protector poderoso en Guillelmo, duque de Normandía, á cuya corte se habían refugiado. Pudieron en efecto mas que los dinamarqueses; pero Godwino, conde de Cant, hizo que asesinasen á Alfredo que era el mayor de los dos, al entrar en el reinado. Este hombre ambicioso y de grande autoridad entre los ingleses, se lisongeaba con la esperanza de que le seria mas fácil dominar al pacífico y tranquilo Eduardo que á Alfredo; y efectivamente parecia que el nuevo Rey, el cual fue consagrado el dia de Pascua del año 1044, no habia tomado el nombre de tal mas que para poner sus funciones y toda su autoridad en manos de Godwino, á cuya hija Editha eligió por esposa.

Este suegro tiránico no perdonó á la madre del Rey, la Reina Emma, temiendo verosímilmente los derechos que tenia para hacerse dueña de un corazón tan bien formado como el de Eduardo. Despues de haberla perseguido mucho tiempo con varios pretextos, quiso arruinarla para siempre, y la acusó de

que tenia un comercio vergonzoso con el obispo de Winchester. Emma, que habia sufrido con paciencia la pérdida de todos sus bienes, no pudo tolerar que se pretendiese quitarla tambien su honor. Se ofreció á padecer la prueba del hierro hecho ascua, y anduvo en efecto con los pies descalzos encima de nueve barras ardiendo, sin recibir ninguna lesion (1). Por mas imperio que tuviese el conde en el ánimo del Rey, no pudo resistir este buen Príncipe á la voz de la naturaleza y á la del cielo que gritaban á un mismo tiempo. Pidió perdon á su madre, la restituyó, como tambien al obispo de Winchester, todo lo que se les habia quitado, y empezó á observar con atencion la conducta de su ministro.

Estaba el orgulloso conde tan acostumbrado al imperio, que no era fácil reducirle á la obediencia; y así, á la primera ocasion que tuvo, levantó el estandarte de la rebelion, y se armó contra su Soberano; pero el poder del virtuoso Eduardo estaba sólidamente establecido en el corazón de sus vasallos. No habiendo podido Godwino seducir mas que á un corto número de ellos, se vió precisado á huir del reino, y aunque despues logró que se le perdonase su delito verosímilmente por la mediacion de la Reina su hija, le trató siempre el Rey con la autoridad de Soberano, ya que habia sabido ponerse en posesion de todos sus derechos. Para contenerle mejor y darle á entender que no se le perdia de vista, quiso significarle las justas sospechas que habia contra

(1) *Bolland. 5. Jan. tom. 1. pag. 230.*

él, con relacion al asesinato del Príncipe Alfredo. Un día que comian con el Rey muchos grandes, entre los cuales se hallaba Godwino, tropezó el page que servia la bebida al Rey, pero no vertió ni dejó caer nada. Para decir que un pie habia sostenido al otro, se valió el jóven de la sentencia de los libros sagrados, en que se dice que al hermano sostenido por el hermano no se le puede derribar. „Cierto es, dijo el Rey, que si yo tuviese á mi hermano, seríamos recíprocamente un grande apoyo el uno para el otro.” Al proferir estas palabras, miró con severidad al conde, el cual se lisonjeó de que con un juramento lograría disuadir á aquel Príncipe religioso. „Sea este bocado (dijo Godwino llevando un pedazo de pan á la boca) el último que coma en mi vida, si he tenido culpa alguna en la muerte del Príncipe Alfredo.” Se le atravesó el pan en la garganta y se ahogó, dando motivo á los convidados para discurrir sobre si aquel accidente seria un castigo de Dios, ó un efecto natural de la turbacion con que estaba agitado el reo.

Agradecido el Rey á los favores que le dispensaba la Providencia, prometió ir en peregrinacion á Roma ⁽¹⁾; pero temiendo con razon los grandes de Inglaterra que su ausencia diese motivo para que volviesen á suscitarse las conmociones que apenas se habian apaciguado, le disuadieron de semejante idea, proponiéndole que egerciese allí mismo su piedad con limosnas, y con otras buenas obras que cediesen en

(1) *Chart. 1. Ed. tom. 9. Concilior.*

edificacion del reino sin causarle ninguna inquietud. Temiendo el Rey que si les complacía, faltaba á una obligacion de conciencia, fue necesario recurrir al Papa para tranquilizar á Eduardo con la conmutacion de su voto; y le contestó el Pontífice en estos términos: „supuesto que se hallaria en peligro la Inglaterra con vuestra ausencia, os dispensamos de la obligacion que os habeis impuesto, y en su lugar os mandamos que deis á los pobres lo que habeis de gastar en el viage, y que edifiqueis ó establezcáis un monasterio en honor de San Pedro. No dudeis que Dios está cerca de todos los que le invocan con sinceridad en cualquiera punto donde se hallen.” Restableció el Rey Eduardo en consecuencia de esta respuesta el monasterio de Westminster, fundado cerca de Londres desde el principio de la conversion de los ingleses, y ya casi del todo destruido. Eduardo envió despues regalos magníficos á Roma con el producto del dinero de San Pedro, que estaba destinado á lo menos en parte para una iglesia llamada la escuela de los ingleses.

38. Consagrando al punto sus tareas á la felicidad de la Inglaterra, demostró que sin estar dotado de un espíritu belicoso y político, le son suficientes á un Rey la prudencia y la fuerza evangélica para hacer respetables sus armas á sus enemigos, y para derramar sobre sus pueblos las dulzuras de la paz. Reprimió á los dinamarqueses, repelió á los escoceses, y enfrenó á los rebeldes que se sublevaron en el seno de la Gran Bretaña. Mas ninguna de estas

guerras alteró largo tiempo la paz, que se conformaba mas que el tumulto de las armas con las inclinaciones de su Príncipe que ansiaba solo la felicidad de un reino, y sobre todo la del humilde pueblo (1). Así lo manifestó con el código que formó de las mejores leyes dadas por sus predecesores, y principalmente de las que eran mas favorables al orden comun de los ciudadanos, por cuya causa les dió el nombre de leyes comunes. En ellas se acordó la cuota que debía satisfacer por razon del dinero de San Pedro; y los ingleses las miraron siempre con tanto aprecio, que en todas las revoluciones posteriores nada les incomodó tanto como las mudanzas con que eran desfiguradas.

39. Brillaban al mismo tiempo las virtudes de San Gotescalco, Príncipe de los esclavones entre aquellas naciones feroces, en las cuales ofreció su persona una de las victorias mas señaladas de la gracia (2). El Príncipe Uton su padre, que habia abrazado ya la Religión cristiana, le puso en el monasterio de Lumburgo para que se entregase allí al estudio de las ciencias. Mas fue ninguno el fruto que sacó Gotescalco de las lecciones allí recibidas, y muerto su padre por un desertor de Sajonia, salió furioso del monasterio y renunció el cristianismo. Pasó á los estados de los vñulos, al otro lado del Elba, inspiró su furor á aquellos idólatras, y confundiendo el nombre cristiano con el de los sajones, ocasionó la muerte de millares de fieles para vengar á su padre. Ber-

(1) *Tom. 9 Concilior. pag. 1010.* (2) *Adam. Brem. lib. 2.*

nardo, duque de Sajonia, se aseguró de su persona, tratándole como un capitán de vandidos; pero agradóle su intrepidez de suerte que el duque se hizo amigo suyo y le puso en libertad. Produjo este buen tratamiento un efecto muy inesperado en el ánimo de Gotescalco, que tornó á entrar poco despues en el gremio de la Iglesia. Pero despojado por los esclavones de los bienes paternos, se vió en la precision de refugiarse á la corte del Rey Canuto, que le dió su hija en matrimonio, y le llevó á su expedicion de Inglaterra.

Estas hazañas alentaron por algun tiempo su valor, aunque habia causado una impresion tan profunda en aquella alma en extremo heroica la pérdida de sus propios estados, que no habia cosa alguna capaz de borrarla (1). Gotescalco pasó segunda vez los mares, y peleó contra los esclavones verosimilmente con el auxilio de los dinamarqueses, y quizá con el de los sajones. Y no solamente recobró los bienes y todo el poder de su padre, sino que consiguió la autoridad de Rey, no faltándole sino el nombre de tal: fue á un mismo tiempo el terror de sus enemigos, y de los del nombre cristiano; ilustró sus conquistas dando á conocer el verdadero Dios á los pueblos que vencía; y redujo su nacion al cristianismo, que casi lo habia olvidado ya.

40. Aumentando sus proezas y virtudes, formó el gran designio de sujetar todos los paganos del norte al yugo de Jesucristo, y principió convirtiendo á

(1) *Helm. lib. 1. cap. 20.*



una multitud de apóstatas. Contábase ya antes del fin de su reinado siete pueblos enteramente cristianos en la nación de los esclavones. Había gran número de iglesias en todas sus provincias, y muchos sacerdotes en estas iglesias, en las que ejercitaban sus funciones con plena seguridad, y con una pompa muy solemne. Era tan ardiente el celo del Príncipe Gotescalco, que muchas veces hablaba él en la iglesia en esclavon para explicar con mas claridad lo que decían los sacerdotes y los obispos. Establecía en todas las ciudades comunidades de canónigos, de monjes y de religiosas, llegando á haber tres casas de esta clase en Mecklemburgo, capital de los obotritas. Adalberto, arzobispo de Bremen, á quien hizo el Papa vicario suyo hasta las estremidades del norte, condecorando con la misma dignidad á sus sucesores, nombró un obispo en aquella ciudad, como tambien en las de Altemburgo y Ratzburgo (1). Vino á ser la ciudad de Bremen, á pesar de su pequeñez, la Roma del norte. Los diputados de los pueblos del continente y de las islas de las estremidades del polo, de las órcadas de la Islandia y de Groenlandia, iban á ella diariamente á pedir ministros del Evangelio, que salían de su seno para todas partes.

Instituyó tambien el arzobispo Adalberto nueve obispos en Dinamarca, á saber: en Sleswick, Ripen, Athus, Wiburgo, Wenzuzel, Fari, Fiunen, Zeland y Schonon; y despues dividió en cuatro diócesis la de Sleswick (2). Ordenó en Suecia seis obispos, y dos

(1) *Ibid. cap. 26.* (2) *Adam. Brem. lib. 4.*

en Noruega; pero parece que estas ocho sillas, cuyos nombres no declaran los historiadores, no estaban aun determinadas en tiempo de Adalberto. Por último, habiendo instituido veinte obispos, quiso mostrar la Religion en todo su esplendor en medio de tanto número de cristianos recién convertidos y de paganos próximos á abrazar la Religion de Jesucristo; y con la autoridad del Papa, cuyo legado era, convocó en Sleswick el primer concilio celebrado en Dinamarca (1).

41. Empuñaba entonces el cetro Suen ó Suenon, sobrino de Canuto el grande, que respetaba en extremo al cristianismo: mostrábase muy inclinado á los eclesiásticos sabios y virtuosos, no careciendo de celo para consolidar la Religion de su reino, y manifestaba gran liberalidad en adornar y edificar iglesias; pero afeábalo todo con el vicio de la incontinencia. Reprendiéndole el arzobispo Adalberto hasta el extremo de amenazarle con la excomunion, le dijo Suenon que le declararía la guerra; pero con tanta ira y con tales apariencias de una pronta ejecución, que el arzobispo se retiró precipitadamente desde Hamburgo á Bremen. Calmado luego por una y otra parte el primer resentimiento, Adalberto, que al mismo tiempo que gustaba del fausto y de la dominación tenia unas costumbres puras, una piedad tierna y un celo muy grande, quiso reconciliarse con el Soberano, sabiendo que esta buena armonía es siempre muy útil para los progresos de la fe. Corrió, pues, á bus-

(1) *Atex. part. 2. pag. 7.*

carle á Sleswick, dió los banquetes que entre aquellas naciones formaban uno de los mayores lazos de la sociedad, y derramó los regalos con la liberalidad que le era natural, y con una magnificencia digna de corresponder á la del Rey. Diéronse por espacio de ocho dias consecutivos, segun la costumbre del pais, uno á otro suntuosos festines, en que trataron de los asuntos eclesiásticos, y tomaron eficaces providencias para que prosperasen las misiones. Mas calló el arzobispo en cuanto á las costumbres del Príncipe, que en medio de procurar la salvacion de los infieles, continuaba deshonrando su fe con vergonzosas flaquezas.

Estaba reservado el honor de su conversion á un prelado menos distinguido segun el mundo, pero mas distante de la pompa y de las funciones seculares (1). El inglés Guillelmo, obispo de Roschilda, tomó sobre el orgulloso Suenon el ascendiente que adquiere casi siempre, sin buscarle, la sencillez unida con la capacidad y la virtud. Habíase separado el Rey de un largo concubinato, para contraer un matrimonio incestuoso con la Princesa Gutta su parienta, é hija del Rey de Suecia. Mas no solo logró Guillelmo que la alejase de su lado, sino que dispuso tan perfectamente á aquella esposa culpable, que habiendo vuelto á su padre, tomó el hábito de las viudas consagradas al servicio de los altares, y pasó el resto de sus dias guardando continencia, y ocupada en trabajar para el adorno de las iglesias.

(1) *Pentam. lib. 5. -- Saxo. Gram. lib. 2.*

Subyugó el obispo de Roschilda la altanería de Suenon igualmente que sus inclinaciones vergonzosas. Este Príncipe implacable todavía en su ira, aunque arreglado en las costumbres, supo que algunos caballeros le habian zaherido en secreto. A la mañana siguiente, dia de la Circuncision, ordenó que se les diese muerte en la iglesia. Ocultó el obispo en su pecho el vivo dolor que le habia causado aquel asesinato sacrilego, y se dispuso pacíficamente á celebrar los divinos oficios. El Rey se presentó sin ningun temor para asistir á la funcion; pero no salió á recibirle el obispo como acostumbraba, y sin embargo no se detuvo el Príncipe en pasar adelante. Púsose entonces el obispo en la puerta del santuario, presentó el báculo pastoral para cerrar la entrada, trató al Rey de homicida y profanador, y despues le declaró escomulgado. Cercaron los guardias en un punto al prelado con espada en mano, aguardando una señal de la ira del Rey para despojarle de la vida. Mas el espíritu de Dios que habia inspirado al santo ministro, conmovió el corazon del reo, que reconociendo su delito, regresó á palacio, y en lugar de las insignias reales se puso un hábito de penitente.

El obispo dió principio á la misa con tanto recogimiento como si nada hubiese acontecido; y aun no habia entonado el *Gloria in excelsis*, cuando le dijeron que estaba el Rey á la puerta en trage de suplicante. Hizo señal para que cesasen los cánticos, y trasladándose desde el altar á donde estaba el Príncipe, le dirigió algunas preguntas, á las que respon-

dió Suenon con lágrimas y con todas las demostraciones de compuncion, hincándose en su presencia, y confesando su delito con amargura, pidiendo misericordia y ofreciendo reparar el escándalo que habia causado. Pronunció el sabio prelado al momento la sentencia de absolucion á favor del escomulgado, le abrazó para levantarle del suelo, enjugó sus lágrimas inundándole con las suyas propias, y le dijo que tornase á ponerse las insignias reales. Impúsole la penitencia, llamó al clero para recibirle en medio de los cánticos sagrados y de las aclamaciones de todos los concurrentes, y le condujo hasta el altar, donde concluyó los santos misterios. Volvió el Rey á la iglesia despues de tres dias con las vestiduras reales, subió al púlpito durante la misa, y habiendo impuesto silencio por medio de un heraldo, confesó segunda vez con las mas vivas señales de arrepentimiento la enormidad de su culpa y del escándalo que habia dado. Dió gracias al obispo por su indulgencia, y declaró que para reparar los dos delitos cometidos por su orden, daba á la iglesia la mitad de la provincia de Steffen.

Vivieron en adelante el Rey y el obispo en la mas perfecta armonía hasta la muerte, la que parece que no pudo desunirlos (1). Habiendo muerto Suenon en 1074, despues de un reinado de veintiseis años, preparó el obispo Guillelmo dos ataúdes, é hizo que los llevasen en pos de sí, yendo él delante del Príncipe difunto. Mientras celebraban las exequias, espiró Gui-

(1) *Saxo. Gram. lib. 2. pag. 192.*

lhelmo, y fueron enterrados en un mismo sitio en la catedral de Roschilda. Hubo con la muerte de Suenon algun tiempo de interregno y de division entre su hijo Haraldo y el Príncipe Canuto, mucho mas digno del trono que Haraldo, que le ocupó sin embargo, y obligó á Canuto á refugiarse á Suecia.

42. Mas dichosa fue todavía la muerte del Príncipe de los esclavones, segun los principios de la fe, que la del Rey de Dinamarca (1). Despues de haber convertido Gotescalco gran número de los vasallos que habitaban la parte septentrional de la Sajonia al otro lado del Elba, asesinaronle otros infieles, á quienes queria sujetar al yugo del Evangelio, logrando la corona del martirio en la ciudad de Lentz á 7 de Junio del año 1065. Martirizaron juntamente con él al sacerdote Ippon, inmolándole en el altar; y sufrieron diferentes suplicios por Jesucristo otros muchos, así eclesiásticos como legos. Cayó en poder de los infieles en Mecklemburgo la viuda del Príncipe Gotescalco, con otras personas de su sexo, y padeció tanto por la desnudéz á que la redujeron, como por los furiosos golpes con que la maltrataron en aquel estado. Apalearon á Juan, obispo de la misma ciudad; sin respetar su venerable ancianidad le llevaron con escarnio de pueblo en pueblo, y viendo que no cesaba de confesar á Jesucristo, le cortaron los pies y las manos, y por último le degollaron en Rethra, capital de aquellos bárbaros. Abandonaron el cadáver, pusieron la cabeza encima de una pica,

(1) *Adam. Brem. lib. 4. cap. 11.*

y la presentaron como una ofrenda agradable á su dios Rigast. Apedrearon en Racisburgo al monge Ansuero con muchos religiosos jóvenes discípulos suyos; y temiendo este santo maestro que el espectáculo de su propia muerte desanimase á sus discípulos, logró de los idólatras con otros pretextos ser el último á quien quitasen la vida. Cuando hubieron estos espirado se puso de rodillas, dió gracias á Dios, pidió por sus verdugos, y hecho esto se ofreció á la muerte recibéndola con alegría.

43. Entraron los esclavones despues á sangre y fuego en la provincia de Hamburgo, y arruinaron enteramente la ciudad, cometiendo antes todo género de profanaciones. Destruyeron tambien la grande y opulenta ciudad de Sleswick. Convinieron en fin todos ellos en volver á abrazar el paganismo, resolviendo poner fin á cuantos perseverasen en la fe; y esta fue la tercera apostasia de aquella nacion inconstante y feroz, convertida en primer lugar por Carlo-Magno, despues por la actividad y vigilancia del grande Oton, y la tercera vez por el Príncipe Gotescalco. Pero la fuerza de la gracia supera en mucho la perversidad del hombre, y á los recursos de la Iglesia ceden los esfuerzos del inferno. Veremos á estos esclavones indómitos abrazar otra vez el Evangelio para no abandonarle jamás, y dar egemplos heroicos de firmeza y perseverancia.

44. Verificáronse tambien por el mismo tiempo algunos martirios en Escandinavia, y entre los que padecieron son los mas célebres los Santos Erico y

Alfardo, en cuyos sepulcros se obraban muchos milagros (1). Habiendo vivido Alfardo mucho tiempo en Noruega con unas costumbres edificantes, murió á manos de sus propios amigos. Erico, extranjero en Suecia, adonde le habia conducido su celo, fue degollado cuando anunciaba el Evangelio en las provincias mas remotas. El Rey Estenquilo que reinaba á la sazón, era cristiano y estaba dotado de grande piedad; pero se veía precisado á usar de tolerancia, á causa de la grande adhesion que tenia el pueblo á la idolatría, que egercian con imperio y con mucho aparato en Suecia. Tenian en Upsal un templo famoso entre todos los demás, cubierto todo de oro, y donde se veían las estatuas de tres dioses: Thor, el mas reverenciado de los tres, sentado en medio de ellos en un trono, y á los lados Vodan y Friccon: Thor, á quien miraban como el dios del aire y del rayo, de los vientos, de las lluvias, de las estaciones y de los frutos de la tierra, tenia el cetro en la mano, á egemplo de Júpiter de la antigua Roma: Vodan, armado como Marte, era tenido por el dios de la guerra; y Friccon, dios de la paz y de los placeres, estaba representado con la figura y escandalosos atributos de Priapo. Adoraban los suecos tambien á algunos hombres, que juzgaban haber pasado á la clase de los dioses por sus ilustres acciones. Celebrábase de nuevo en Upsal de nueve en nueve años una fiesta tan solemne, que todos sin ninguna excepcion estaban obligados á enviar sus ofrendas, de suer-

(1) *Ibid. cap. 16.*

te que los cristianos se veían reducidos á redimir á un precio muy subido esta supersticion. Se sacrificaban nueve machos de todo género de animales, y se colgaban en un bosque que habia cerca del templo, cuyos árboles se tenían por sagrados. Adan, canónigo de Bremen, de quien es esta descripcion, y cuya ingenuidad lleva consigo el carácter de la verdad, añade, refiriéndose á un testigo ocular, que se habian visto sesenta cuerpos de hombres colgados con los de las bestias.

Los obispos Egenon y Adalmando se resolvieron á arrostrar todos los peligros para hacer demoler ó quemar el templo, que era como el arsenal de aquella atroz idolatría; pero el Rey Estenquilo, no menos prudente que piadoso, moderó su ardor, poniéndoles á la vista que lejos de promover por aquel medio los progresos de la verdadera Religion, la arruinarían de todo punto; que á ellos les quitarían la vida, sin darles ni aun el consuelo de oírlos; que le perseguirían á él mismo como cómplice de los malhechores públicos; y que como los cristianos recién convertidos estaban todavía débiles en la fe, volverían á abrazar el paganismo, segun acababan de ejecutarlo los esclavones. Estas consideraciones contuvieron á los dos obispos, que egerciendo con mas puntualidad su celo, recorrieron todas las ciudades de la Gothia, donde arruinaron otros muchos ídolos y convirtieron millares de idólatras.

45. El estado del cristianismo en Noruega era con corta diferencia el mismo que en Suecia; pero aun-

que el Rey Haroldo era cristiano y hermano de un mártir, estaba muy distante de tener tan buenas disposiciones como Estenquilo. Conservaba todavía mucha inclinacion, del mismo modo que sus vasallos feroces, á los sortilegios ó maleficios, cuyo horror habia costado la vida al Rey Olaf. En vez de infundirle terror los milagros obrados en el sepulcro de este ilustre mártir, predecesor y hermano suyo, robaba sus ofrendas, y las distribuía entre los soldados. Quitó la vida á muchos cristianos con crueles suplicios, y destruyó algunas iglesias. Las advertencias que le dirigió el arzobispo de Bremen, solo sirvieron para encolerizarle mas y mas, por lo que dió parte este prelado al Papa Alejandro II, quien escribió al Príncipe en estos términos (1): „Hallándoos todavía poco instruido en la fe y en la santa disciplina, á Nos, que tenemos el cuidado de toda la Iglesia, toca ilustraros con frecuentes instrucciones; pero no permitiéndonos la larga distancia ejecutarlo personalmente, hemos dado esta comision al arzobispo de Bremen nuestro legado. Estad seguro de que oyendo su voz, y poniendo en práctica lo que él os dijere, obedecéis á la santa Sede.” Vemos por esta carta que habia mas ignorancia que impiedad en la conducta del Rey Haroldo, y en la de la mayor parte de aquellos bárbaros que apenas habian recibido la luz del Evangelio.

46. Las primeras naciones que se convirtieron, y que por lo mismo estaban mas firmes en la fe, no

(1) *Epist. 2. tom. 9. Concilior.*

tenian menos necesidad de los ausilios del cielo contra la codicia y todas las pasiones humanas. Estendia en secreto la simonía eficazmente reprimida, su pernicioso influjo hasta en el centro del imperio cristiano; y este mónstruo, enemigo de toda piedad, solia dar lugar á los escándalos mas enormes (1). El obispo de Florencia Pedro, hijo de Theuzon Mezzabarba, hombre distinguido y de un trato muy franco y sencillo, se habia hecho sospechoso á su pueblo en esta materia odiosa. Habiendo ido este caballero á ver al obispo su hijo, le hablaron así algunos florentinos astutos: „Señor Theuzon, una silla como la de Florencia os habrá costado muy cara.” Theuzon respondió con su acostumbrada franqueza y marcialidad: „por el cuerpo de San Ciro, que no es posible conseguir del Rey ni un molino sin dar mucho dinero. Vuestro obispo me ha costado dos mil pesos como un ochavo.” San Ciro era el primer obispo de Pavía, y le veneraban mucho en todo aquel pais.

En vista de una declaracion tan poco equívoca, se hacia muy vehemente la sospecha; pero la prueba no era todavía completa. El obispo negó el hecho, y no le faltaron defensores. Los que tenian algun celo por la disciplina, y en especial los monges empezaron inmediatamente á tratar al obispo de simoníaco, de sacrilego y de herege, y deduciendo las consecuencias prácticas con el mismo rigor, publicaron que no se podian recibir los sacramentos de su mano, ni de la de los sacerdotes que él habia ordenado.

(1) *Ital. sacr. tom. 3. pag. 93.*

Hallándose en Florencia Pedro Damiano, intentó, aunque inútilmente, aquietar los ánimos, pretendiendo persuadir que nadie debia separarse del obispo, supuesto que ni estaba condenado, ni jurídicamente convicto; que la simonía era en efecto una heregia, ó seria un verdadero herege el que quisiese justificarla; pero que perteneciendo á la Iglesia toda la plenitud de la gracia, los malos que estaban en su seno podian conferirle por medio de los sacramentos (1). No dieron oidos á este sabio cardenal, y llegó la division al último extremo. Querian mas los fieles morir sin sacramentos, que recibirlos de ministros reputados por simoníacos; y en poco tiempo murieron mas de mil personas sin un auxilio tan necesario. El horror con que se miraba á los obispos sospechosos, se estendió á las iglesias consagradas por ellos, en las cuales nadie queria entrar, y se temia manifestarlas alguna señal de veneracion al pasar por delante de sus puertas.

47. Entre todos los italianos que sobresalian en la vida monástica, ninguno lograba con mas justicia una veneracion igual á la que obtenia el santo abad Juan, fundador de la congregacion de Valumbrosa, hijo de un noble florentino llamado Gualberto, cuyo nombre conservó. Siguió al principio la profesion de las armas, á egemplo de sus padres (2). Habiendo sido muerto un pariente suyo, el homicida huía cuidadosamente del encuentro de todas las personas de la familia, quienes, segun las leyes bárbaras, tenian derecho para

(1) *Petr. Dam. Opusc. 30.* (2) *Vit. séc. VI. Bened. part. 2*
TOM. XII.

vengar la muerte. Encontró sin embargo á Juan Gualberto en un camino estrecho, donde era imposible escapar. Viéndole el reo acompañado de dos escuderos, juzgó perdida su vida, y se postró en tierra con los brazos puestos en cruz, aguardando el golpe mortal. Impelido Juan de un movimiento súbito de la gracia, le dijo que se levantara, que en lo sucesivo no tuviese ningún temor. Fiel á esta primera inspiración del cielo, entró Gualberto en la iglesia del monasterio de San Miniato, donde formó al punto la resolución de huir de los peligros del siglo, y entregarse todo á Dios. Puso por obra sin perder un momento su designio en el mismo monasterio, á pesar de la horrorosa pintura que le hizo el abad de los rigores de la vida monástica, y de los esfuerzos hechos por su padre para disuadirle de su idea. El deseo de mayor soledad y de una vida mas perfecta, le impulsó á pasar con otro monge á un valle profundo del Apenino, tan sombrío á causa de los muchos árboles que hay en los montes vecinos, que se le dió por esto el nombre de Valumbrosa. Se fijó en un retiro tan conforme á su espíritu de recogimiento; pero tuvo en poco tiempo tan gran número de discípulos, que se vió precisado á establecer varios monasterios, siendo considerado el de Valumbrosa como la metrópoli de todos ellos.

Juan Gualberto, en quien recayó la elección de superior general á pesar de la mas viva resistencia, eligió la regla de San Benito, cuidando de que se observase con mucha exactitud en todos sus puntos,

y principalmente en cuanto á la clausura, á la que estaba tan adicto que pasando por aquellas cercanías el Papa Estévan IX, y convidándole á que fuese á verle, mostró el santo solitario una repugnancia que parece mereció la aprobación del cielo, porque al disponerse para obedecer despues de haber pedido al Señor no permitiese que se escandalizasen los monges al verle salir, sobrevino una tempestad tan extraordinaria, que los enviados del Papa dijeron al abad que se quedase en el monasterio y regresaron solos. El Pontífice al verlos exclamó: „No, ya no quiero que venga: él es un santo: pida á Dios por mí y por la Iglesia.”

No agradaban menos al santo abad la modestia y sencillez en todo lo concerniente al modo de vivir. Vestian él y sus religiosos una tela parda y grosera, á la que destinaban la lana negra y blanca de sus ganados, mezclada una con otra. Visitando el monasterio de Musetano, uno de los de su obediencia, juzgó que sus edificios eran demasiado vastos y suntuosos. Dijo sin embargo con mucha moderación y dulzura á Rodolfo que era el abad: „Sois magnífico, pues habeis edificado palacios.” Y volviéndose despues hácia un arroyuelo que se derrumbaba del monte vecino: „Dios omnipotente, dijo, vengad á vuestros miembros indigentes de una suntuosidad que les es perjudicial.” Apenas se habian retirado, cuando creciendo el arroyo y lanzándose con ímpetu desde lo alto del monte, arrastró consigo tal multitud de peñas y de árboles que arruinaron del todo el monas-

terio; y el abad lleno de temor quiso edificarle en otra parte; pero el Santo afirmó que no tenía ya nada que recelar. En efecto, las aguas respetaron constantemente la sencillez religiosa que se subrogó en lugar de una magnificencia profana. Casi del mismo modo castigó á otro monasterio por haber recibido todas las riquezas de un hombre que, abrazando en él la vida monástica, privaba á sus herederos naturales del derecho que tenían á aquellos bienes. Cuéntanse otros muchos milagros que obró San Juan Gualberto á fin de inspirar á sus discípulos el desprecio con que miraba él las cosas terrenas, y le imitaron en esto tan perfectamente, que gozando de la estimacion universal y de la benevolencia de las personas mas poderosas, se vieron muchas veces destituidos del alimento necesario, sin que los obligase el rigor del hambre á faltar á la santidad de su regla. Un dia entre otros, en que el santo abad no tenía mas que tres panes para su numerosa comunidad, mandó matar un carnero para distribuirle entre los monges, y evitar que muriesen de debilidad; pero ellos no quisieron probar la carne, y se contentaron con algunos bocados de pan. Bendijo la Providencia esta regularidad heroica; pues al dia siguiente les llevaron una multitud de acémilas cargadas de abundantes provisiones para su uso.

48. Observamos como el primer egemplo de los hermanos conversos ó legos, que el santo abad de Valumbrosa recibia sugetos distintos por su estado de los monges de coro, los cuales por el mismo hecho

eran ya casi todos sacerdotes, ó estaban próximos á serlo (1). Tenia tanto respeto á las órdenes sagradas, que escluía de ellas á todos los que antes de su conversion habian sido concubinarios, simoníacos, ó se habian contaminado con algun otro vicio infame.

No temió Gualberto con unas virtudes tan puras y tan eminentes pronunciarse por el honor de la Iglesia contra el obispo de Florencia que infundia muchos recelos, y que confirmó muy en breve con sus excesos y violencias las sospechas que habian concebido de su intrusion. El intruso envió de noche una partida de gente de á pie y de á caballo para abrasar el monasterio de San Salvio que dependia del de Valumbrosa, y matar todos los monges, entre quienes suponian estar Gualberto; pero habia salido de allí el dia anterior. Esta espedicion sanguinaria, en que realmente pasaron á cuchillo á muchos religiosos, despertó en el mas alto grado el desprecio y la indignacion pública contra Pedro de Florencia. Denunciáronle poco despues jurídicamente en un concilio celebrado en Roma el año 1063 (2). Al momento propusieron los monges la prueba del fuego para persuadir al obispo Pedro; pero ni el Papa quiso permitirle, ni deponer á Pedro por meras presunciones.

49. Es digno por otra parte de notarse este concilio romano, á causa del cónon cuarto que se considera como la primera aprobacion formal del instituto de los canónigos reglares. Está concebido en

(1) *Mabill. præf. 2. in sæc. VI. Bened.* (2) *Tom. 9. Concilior. pag. 1175. -- Vit. S. Jo. Gualb. cap. 62.*

estos términos: „decretamos que los presbíteros y los diáconos habiten juntos de día y de noche cerca de las iglesias á que están agregados, como corresponde á unos eclesiásticos religiosos: queremos que sea comun en ellos lo que perciben de la iglesia; y los exhortamos á que trabajen en adquirir la perfeccion apostólica de la vida comun.” Restituiase así la vida canónica al primitivo estado que la habia dado San Agustín. En los sermones de la vida comun que han servido de fundamento á la regla de los canónigos, dice espresamente este santo Doctor, que solo quiere conservar entre sus clérigos á los que no tengan ninguna cosa propia (1). Inferimos de aquí que esta regla era mas perfecta que la de Aix-la-Chappelle, que les permitia tener bienes propios, ya fuesen de su casa, ó de las rentas de la Iglesia. La aprobacion de este concilio, y el egeemplo de los eclesiásticos regulares y fervorosos, ocasionaron el que la reforma canónica se estendiese insensiblemente á los clérigos de varias iglesias, á quienes llamaron despues canónigos religiosos, ó canónigos regulares.

Decidió el mismo concilio que los grados de consanguinidad con respeto al matrimonio debian considerarse segun los cánones que colocan en el primer grado á los hermanos y hermanas, y no segun las leyes romanas que los ponen en el segundo; decision necesaria en aquellos tiempos para contener los progresos de una doctrina, á que dieron el nombre de heregia de los incestuosos, y que por medio de nue-

(1) *August. Serm. 355. et 356.*

vos cálculos y de otras sutilezas semejantes, solo se dirigia á favorecer los enlaces incestuosos.

50. Volvamos otra vez los ojos á Pedro de Florencia, á quien no condenó el concilio del Pontífice que con su indulgencia aumentó la ignorancia de este hombre, que tantos males causó á su clero (1). La violencia con que procuró vengarse de los que se habian separado de él, los obligó á refugiarse con el arcediano en el monasterio de Séptimo, situado segun la etimología de su nombre á siete millas de Florencia, dependiente de Valumbrosa. Esta espulsion motivó muchos rumores y conmociones en la ciudad. Quejóse el clero acompañado de un gran número de ciudadanos al obispo de que los separaba de su cabeza en un tiempo en que necesitaban mas que nunca de sus consejos y de su auxilio. „Esto es ya demasiado, añadieron: ¿cómo hemos de continuar unidos con un obispo, á quien no podemos acercarnos sin que nos grite el pueblo: andad, hereges, con vuestro herege? Nos acusan de que esponemos su ciudad á una ruina cierta y á todos los horrores de la venganza del cielo, y de que arrojamos de ella á San Pedro para dar entrada á Simon Mago y adorarle en lugar de Jesucristo.” Pidieron seriamente al obispo los eclesiásticos mas moderados que evitase un descalabro que no podia menos de caer sobre ellos, si se empeñaba en seguir con su obstinacion. „Si estais inocente, le dijeron, hablad que ya es tiempo. Aquí nos teneis prontos

(1) *Vit. S. Jo. Gualb. cap. 63. et 64.*

á sufrir por vos el juicio de Dios. Si place mas de-
ber vuestra justificacion á los santos solitarios, ahora
mismo vamos á pedirles que insistan en la prueba
que habian propuesto.”

En vez de aceptar Pedro estas ofertas, como que
conocia lo que arriesgaba en ellas, obtuvo una ór-
den del gobierno para obligar á los clérigos á re-
conciliarse con su obispo, pena de destierro y con-
fiscacion de bienes. Procedieron al punto á la ege-
cucion de un modo tan tiránico, que sin ningun res-
peto á las inmunidades mas sagradas, sacaron á muchos
de ellos de la iglesia de San Pedro, donde habian
creido encontrar un asilo seguro. Conmovió este nue-
vo atentado á toda la ciudad: reunióse un inmenso
tropel de gente del pueblo, y especialmente de mu-
geres: quitáronse éstas sus velos y todos los adornos
de la cabeza: corrieron desgredadas, dándose golpes
de pechos, y al propio tiempo dolorosos gritos: pos-
tráronse en medio de las calles despreciando la lluvia
y los lodos, y exclamando llenas de consternacion:
„¡desgraciadas de nosotras! Señor Dios nuestro, os obli-
gan á abandonarnos. Vos no os desdeñais de habitar
con nosotras, pero no podeis estar con Simon Mago.
Bienaventurado San Pedro, ¿cómo no defendeis á los
que buscan la salvacion sin separarse de vos? Creía-
mos nosotras que habiais encadenado para siempre á
Simon en el lugar mas profundo del infierno; pero
él os injuria violando vuestros propios altares.” Po-
seidos por otra parte los hombres de una afliccion mas
tranquila, pero mas profunda y siniestra, decianse

unos á otros: „Es claro que Jesucristo abandona es-
ta ciudad, porque no se resiste en ella á sus enemi-
gos. No los dejemos gozar el fruto de su impiedad:
entreguemos á las llamas este lugar de maldicion; y
nosotros con nuestras mugeres y con nuestros hijos
huyamos á cualquier parte donde se retire Jesucris-
to.” En medio de estas revueltas y desórdenes nota-
mos los efectos de la perseverancia de los pastores en
desengañar á los pueblos. Contribuye mas que ningun-
a otra cosa el olvido pasajero de los verdaderos prin-
cipios á demostrar los recursos que suministró el Se-
ñor á su Iglesia para la conservacion, no solo de la
santa creencia, sino tambien de aquella fe viva y
activa que santifica las costumbres.

Comunicóse la consternacion de los florentinos á
los eclesiásticos que sostenian el partido del obispo
Pedro, de modo que cerraron las iglesias, y no osa-
ron tocar las campanas á celebrar misa, ni á cantar
los officios, aunque era primer domingo de cuaresma.
Celebraron por último una junta, y despues de exa-
minar el asunto con toda reflexion, delegaron á al-
gunos de ellos á los monges de Séptimo para rogarles
que les manifestasen la verdad, pues estaban resuel-
tos á seguirla. Aceptaron la propuesta, y fijaron su
ejecucion para el miércoles siguiente. Hiciéronse con
este motivo oraciones particulares el lunes y martes:
el miércoles por la mañana comisionaron á uno de
aquellos eclesiásticos para que se presentase al obispo,
á quien no daban ya otro nombre que el de Pedro
de Pavía, del lugar de su nacimiento, y le habló en

estos términos: „En el nombre de Dios, si es cierto lo que los monges dicen de vos, confesadlo sinceramente, y sin tentar al Señor recurrid á su misericordia. Si estais inocente, venid con nosotros sin ningun temor? Pedro sin explicarse no quiso acompañar al diputado, antes bien hizo todo lo posible para detenerle en su casa. „Sin duda, replicó este, iré á ver el juicio de Dios, y me conformaré con él. Hoy es el dia en que os honraré mas que nunca, ú os miraré con horror.”

Al regresar este eclesiástico, estaba ya lleno de gente todo el camino del monasterio de Séptimo. No se detenian las mugeres por lo áspero ni por lo largo del camino, que estaba casi intransitable á causa del mal temporal. Tambien concurrían los niños, no obstante ayunar del mismo modo que sus padres, y sin arredrarse al ver que algunos de ellos se quedaban atascados en el lodo. Rodearon en pocos momentos el monasterio cerca de tres mil personas; y habiéndolas preguntado los monges qué era lo que querían: „queremos, respondieron, conocer la verdad y la voluntad de Dios. ¿Por qué medio, replicaron los monges, pedís que se manifieste?” Los eclesiásticos que estaban mezclados entre el tropel del pueblo, tomaron la palabra, y dijeron: „Probad por medio del fuego lo que se dice de Pedro de Pavía. ¿Qué fruto sacareis de esto, dijeron los monges, y qué honor habeis de dar á Dios? Todo el concurso exclamó entonces: Detestaremos la impiedad, y daremos á Dios gracias inmortales.”

51. Al punto levantó el pueblo dos hogueras, cada una de diez pies de larga, cinco de ancha y cuatro y medio de alta. No habia mas que dos varas de distancia entre una y otra, y este intervalo estaba cubierto de leña seca. Al mismo tiempo de hacer estos preparativos, se cantaban salmos y letanías en un tono muy lúgubre. Eligieron para la prueba á un monge llamado Pedro, como el obispo acusado, pero que gozaba gran reputacion de virtud. Celebró la Misa por orden del abad, la que cantaron con mucha devocion y lágrimas de todos los concurrentes. Salieron del circo cuatro monges al llegar al *Agnus Dei*, y con paso lento, la vista clavada en el suelo, tristes, pálidos, trémulos y casi sin poder sostenerse, fueron á encender la hoguera. Llevaba uno un Crucifijo, otro el agua bendita, el tercero el incensario, y el cuarto doce velas benditas y encendidas. Dieron todos un grito terrible al ver este espectáculo, y despues cantaron el *Kyrie eleison* con un tono tan lúgubre que aterraba á los mas alentados. Pidieron á Jesucristo que defendiese su causa, é invocaron á la Virgen María, al Príncipe de los Apóstoles y á San Gregorio Papa, para que vindicasen el honor de la Iglesia. Habiendo concluido la Misa el monge Pedro, se quitó la casulla, guardó los demás ornamentos, y con la cruz en la mano, cantando las letanías con los monges y muchos abades, se acercó á las hogueras que estaban ya encendidas. El pueblo redobló sus oraciones con una voz sumamente fuerte; despues de lo cual impusieron silencio para oír las condiciones

de la prueba. Leyó un abad al pueblo en voz alta y clara una oracion que contenia lo que se pedia á Dios. Esplicó otro las condiciones en estos términos: „hermanos y hermanas mias, Dios nos es testigo de que hacemos esta prueba por la salvacion de vuestras almas, para que en adelante eviteis la simonia que hace en la Iglesia unos destrozos tan funestos, y es tan abominable que comparados con ella los demás delitos apenas merecen el nombre de tales.

Estando ya casi apagadas las dos hogueras, y ofreciendo á la vista un fuego espantoso el espacio que las separaba, pronunció el monge Pedro en voz alta la oracion siguiente: „Dios Todopoderoso, asistidme en este juicio terrible. Si Pedro de Pavía usurpó por simonia la silla de Florencia, preservadme de los efectos del fuego, así como en otro tiempo conservasteis sanos y salvos en el horno á los tres niños.” Todos los circunstantes respondieron *amen*, derramando un torrente de lágrimas. Dió despues el ósculo de paz á todos sus hermanos, quienes preguntaron al pueblo quanto tiempo queria que permaneciese Pedro en el fuego; á lo que respondió la multitud: „basta que pase por él con alguna lentitud.”

Santiguóse Pedro, fijó la vista en la cruz que llevaba, y sin mudar de color ni aun mirar á la hoguera, entró en ella descalzo y principió á andar con un paso lento y uniforme. El viento causado por la llama le agitaba el cabello, le levantaba el alba, movia la estola, arrojándole el manípulo á una hoguera. Fue á recogerle, continuó andando como antes,

y se presentó por último fuera de las llamas sin que hubiesen hecho estas la menor impresion en su persona ni en su vestido. No habia perdido ni un solo cabello, ni un pelo de los párpados ni de las cejas. Cuando salió de enmedio del fuego quiso volver á pasar por él otra vez; pero deteniéndole los concurrentes se apresuraron todos á besarle los pies, á hacer con él las demostraciones mas espresivas de veneracion, y á tocarle por lo menos el hábito tan maravillosamente conservado. Todos cantaban las alabanzas de Dios, derramando lágrimas de alegria, ensalzando á San Pedro y detestando á Simon Mago.

Tal es la relacion que de este suceso hicieron por escrito al Papa Alejandro II el pueblo y el clero de Florencia, pidiéndole que los librasé de los simoniacos: fue tan grande la impresion que causó en el ánimo del Pontífice, que procedió desde luego á deponer al obispo Pedro; y ansiando este reparar los muchos escándalos que habia causado abrazó la vida monástica en el monasterio mismo de Séptimo (1). Este fin tuvieron las agitaciones de la iglesia de Florencia, á la que señalaron un obispo tan distinto de su predecesor, que conviniendo con él solo en el nombre, mereció ser llamado Pedro el católico. El monge Pedro, que habia pasado por el fuego, quedó con el nombre de Pedro Igneo. Era de la casa de los Aldobrandinos, llegó á ser cardenal y obispo de Alba, y murió como habia vivido con gran reputacion de santidad.

(1) *Ital. sacr. tom. 3. pag. 951.*

52. Se restableció también la regularidad en la iglesia de Milan, cuyo arzobispo, á pesar de sus juramentos, habia cometido unos excesos mas enormes que antes de su aparente conversion. Él fue quien hizo martirizar al diácono San Arialdo, aun mas illustre por su celo contra la simonía y la incontinen- cia de los clérigos, que por los timbres de su casa condecorada con la dignidad del marquesado, que era entonces poco comun (1). Diez años habia que Arialdo defendía la disciplina con aquel carácter de autoridad que es propio de la nobleza y de la virtud reunidas, cuando su indigno pastor, Guido de Milan, mandó que le prendiesen á traicion, y le llevasen á un desierto al otro lado del lago mayor. La sobrina del arzobispo, mas perversa que su tio, y capaz de todos los excesos que suelen atribuirse á este género odioso de nepotismo, temió que aquellos mismos que habian egecutado la prision de Arialdo le perdonasen la vida respetando sus virtudes. Envió, pues, dos clérigos viciosos, como egecutores mas seguros que sus primeros satélites de una atrocidad. Cuando llegaron al sitio destinado, preguntaron dónde estaba Arialdo; los que le habian conducido respondieron que ya estaba muerto. „Muerto ó vivo, replicaron ellos, es necesario que nos le presenteis, porque esta es la orden que traemos de la sobrina de nuestro arzobispo:” y mirando por todas partes descubrieron á Arialdo que estaba todavía atado y sentado en una piedra.

Abalanzáronse á él con espada en mano; pero en

(1) *Bolland. 27. Jun. tom. 3. pag. 279.*

vez de sacrificarle en el momento le asió cada uno de una oreja, é hicieron los mayores esfuerzos para obligarle á desaprobar lo que habia dicho en defensa de los santos cánones. Viendo que nada adelantaban, le cortaron las orejas: volvieron á estrecharle tan infructuosamente como la primera vez, y esta segunda resistencia les movió á cortarle la nariz y el labio superior. Sacáronle los ojos, le cortaron la mano derecha porque habia escrito al Sumo Pontífice reclamando su auxilio en favor de la iglesia de Milan; le mutilaron de un modo aun mas indigno, burlándose de la castidad que habia guardado fielmente y defendido con generoso esfuerzo, y en fin le arrancaron la lengua por debajo de la barba, diciendo: impongamos un silencio eterno al perturbador del clero. Arialdo espiró á manos de estos mónstruos el dia 27 de Junio del año 1066. Encontraron su cuerpo arrojado en lo mas hondo del lago mayor, al cabo de diez meses sin la menor corrupcion.

53. San Thibaldo de Provins, francés, enlazado con los condes de Champaña, espiró cinco dias despues en las cercanías de Vicenza en el mismo pais, de un modo mas suave y no menos precioso á los ojos del Señor (1). Conservando desde jóven una inclinacion muy grande á la vida eremitica, habia abandonado en secreto la casa paterna con un caballero amigo suyo llamado Galtiero, y pasaron los dos al pais de Tréveris despues de haber trocado sus vestidos con los de dos pobres peregrinos. Allí vivieron

(1) *Vit. sæc. VI. Bened. part. 2.*

mucho tiempo en una pobreza estremada, ganando su vida con el trabajo y egercicios mas viles, como segar el heno, limpiar los patios y las cuadras, y hacer carbon. No estaban bastante diestros en unas funciones tan nuevas para ellos, y fueron muchas veces maltratados por sus amos groseros sin darse jamás á conocer. Thibaldo quiso en este tiempo aprender á leer para instruirse mas perfectamente en las verdades eternas. Buscóle Galtiero por maestro un clérigo piadoso, pero tan pobre que no tenia ni un salterio, y los dos ermitaños carecian de dinero para comprarle. Consiguió Galtiero del clérigo que pasase á Provins á pedir á Arnulfo padre de Thibaldo el libro que necesitaba su hijo. Arnulfo y su muger honraban el alto punto en que se hallaban constituidos, permaneciendo fieles á la religion que tenian la dicha de profesar: y si la larga ausencia de su hijo les habia causado unas inquietudes mortales, experimentaron el mas dulce consuelo al saber que los habia dejado únicamente por Dios. Dieron gracias al Señor, porque encontraban un santo en vez de un hijo pródigo; pero Arnulfo no quiso enviar el salterio, sino que dijo que le habia de llevar él mismo, y en efecto fue con el maestro hasta Tréveris.

Estando cerca de la ciudad, entró solo el maestro, y dejó á Arnulfo junto á un árbol adonde solia ir Thibaldo á dar leccion. Al momento llevó allí á su discipulo con el pretesto de ver los progresos que habia hecho durante su ausencia; pero luego que descubrió Thibaldo á su padre, exclamó diciendo:

me hacen traicion, y huyó precipitadamente. Arnulfo le siguió deshecho en lágrimas y gritando: „hijo mio, ¿por qué huyes de un padre que respeta en ti la obra de la gracia? No pretendo distraerte de tus piadosos designios. Solo quiero edificarme contigo, y llevar á una madre moribunda noticias capaces de restituirla la vida. Thibaldo respondió á esto: Señor, (porque no volvió jamás á llamarle padre desde el punto en que se retiró) vivid felices uno y otro, y dejadme vivir en la paz de Jesucristo; á lo que replicó Arnulfo: todo te falta, hijo mio, mientras nosotros vivimos en medio de la abundancia. Recibe lo que necesitas para subsistir, y acuérdate de nosotros. Pero el Santo respondió: nada puedo recibir de lo que he abandonado por Dios.” Alejóse despues de esto, y fue tan fiel á las obligaciones que se habia impuesto que temió ponerse á peligro de faltar á ellas volviendo á ver á su padre. Galtiero, igualmente fiel á la ley de la mas rígida pobreza, dijo á Arnulfo, que su hijo no necesitaba mas que un salterio, y no quiso recibir de él ninguna otra cosa.

Para evitar en lo sucesivo semejantes visitas, pasó Thibaldo á Roma con la resolucion de ir mucho mas adelante, y de llegar hasta Jerusalem. Pero Galtiero, que era ya muy anciano, quedó tan quebrantado con el solo viage de Italia, que fue necesario detenerse cerca de Vicenza, en un lugar llamado Salanico, donde murió al cabo de dos años. Thibaldo, que vivió siete años mas, no trató de otra cosa que de aumentar sus austeridades y su desprendi-

miento de las cosas terrenas, progresando cada dia mas en todo género de virtudes. Despues de haberse sustentado algun tiempo con pan de cebada y un poco de agua, se abstuvo del todo del pan, y solo comia algunas yerbas, raices ó frutas silvestres, sin ninguna especie de bebida. No se acostaba nunca, y los pocos momentos que dormia era sentado. Por respeto á su virtud, le obligaron á que se dejase ordenar de sacerdote, y en el último año de su vida recibió el hábito monástico. Empeñó su padre la peregrinacion de Roma para verle segunda vez, y temiendo su madre, por la relacion que la hizo Arnulfo de su santo hijo, que no habia de tener el consuelo de volver á verle, hizo que la llevase á Italia su esposo. Cuando se vió al lado de su hijo esta piadosa y tierna madre, no quiso separarse de él, y á egemplo suyo se consagró al servicio de Dios en la soledad. En fin, doce años despues de haber abandonado Thibaldo su pais, murió en un retiro de Salanico á primero de Julio, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria.

54. Envió el Papa á Milán algunos sugetos con el carácter de legados, para terminar de un modo durable sus turbulencias, quienes publicaron varias constituciones, y tomaron eficaces providencias para que se observasen. Declaráronse los doctores mas ilustrados al mismo tiempo contra las pretensiones de la ignorancia, ó por mejor decir, de la licencia y la obstinacion. Un principio de los mas fecundos en abusos era que muchos obispos estaban en el empe-

ño de que sus inferiores no tenian facultad para acusarlos; con cuyo motivo los doctores mas profundos y circunspectos sostuvieron muy al contrario, que en caso de sospecha no habia cosa mas racional que obligar á los obispos, como tambien á los eclesiásticos de segundo orden, á dar razon de su inocencia, ó á confesarse humildemente culpados; que San Pedro no llevó á mal la repension que le dió San Pablo su inferior; que si los prelados no pudiesen ser juzgados, nadie querria sujetarse á las leyes canónicas; y que si no fuese permitido á los hijos de una iglesia abrir la boca contra su pastor, resultaria en el primer orden una licencia arrogante y una impiedad destructora de toda disciplina, siendo casi imposible hallar en otra parte testigos de su conducta (1).

El Papa Alejandro persiguió la incontinencia de los clérigos con la misma severidad que la simonía. La Dalmacia, que estaba contigua al imperio de oriente, pero seguia todavía los usos de la iglesia latina, no se eximió de la vigilancia de este Pontífice, el cual envió al clero de esta provincia un decreto imponiendo entredicho, exclusion del coro y privacion de las rentas eclesiásticas, no solo á los obispos, presbíteros y diáconos que se casasen en lo sucesivo, sino tambien á los que conservasen las mugeres con quienes se hubiesen casado. De aquí se infiere, que las prevaricaciones de esta clase no procedian únicamente de la ignorancia y relajacion, sino que el egem-

(1) *Petr. Dam. lib. 2. Epist. 12.*

plo y la proximidad de los griegos contribuían á darlas un colorido bastante especioso en un tiempo en que estos puntos de disciplina no tenían aun toda la estabilidad y firmeza que adquirieron despues. Pero el mal egemplo, la rebelion de las pasiones, la corrupcion del siglo, y todos los esfuerzos del infierno reunidos para manchar la pureza de la Iglesia, solo sirvieron para aumentarla, ó para hacerla mas inalterable.

55. Habiendo escitado en Inglaterra la muerte del santo Rey Eduardo algunas turbulencias no menos perjudiciales á la Iglesia que al estado, Guillermo, duque de Normandía y primo hermano de este Monarca, que le habia instituido sucesor suyo, restableció en todo el reino un órden que jamás se habia visto en él (1). Murió Eduardo el dia 4 del año 1066, y acabó en él la línea de los Reyes ingleses, seiscientos veinte años despues de la primera entrada de esta nacion sajona en la Gran Bretaña. Se refieren muchos milagros de este santo Rey, el cual guardó virginidad perpetua en el matrimonio, y fue canonizado solemnemente noventa y cinco años despues de su fallecimiento. Se le llama San Eduardo el confesor para distinguirle del Rey de Inglaterra del mismo nombre que era ya reverenciado como mártir.

Guillermo, que habia sido llamado al trono, era hijo natural del duque Roberto II y de Arleta. Su extraordinaria corpulencia, la fuerza de su tempera-

(1) *Gest. Guill. pag. 196. et seq.*

mento, y todas las cualidades que constituyen á los héroes, compensaban ventajosamente el vicio de su nacimiento. Sin embargo, tuvo muchos obstáculos que vencer para ponerse en posesion, y aun mas para conservarse en el goce pacífico de la corona que se le habia legado. Una batalla en que manifestó la superioridad de su valor y talento para la guerra, le libró de Haroldo, que era cuñado de Eduardo y se habia coronado Rey inmediatamente despues de su muerte; pero le fue preciso recurrir muchas veces á las armas para domar una nacion orgullosa é inquieta, que le obligó, á pesar de su natural bondad, á egercer un imperio muy duro, y á revestirse de una severidad que conservó toda su vida. Llamó á Inglaterra muchos normandos, á quienes enriqueció con las confiscaciones hechas á los rebeldes, é introdujo las leyes de su pais interpoladas con algunas de los antiguos Reyes ingleses. No se olvidó de incluir en ellas el dinero de San Pedro. Su actividad sin igual y el deseo del buen órden, le movieron á tomar conocimiento de los asuntos eclesiásticos; pero si lo hizo por miras políticas, fue guiado siempre por los motivos superiores de la fe, pues era sólidamente cristiano, y se mostró fiel á las reglas de una circunspeccion religiosa.

En el mismo campo de Hastings, donde habia conseguido la victoria que le puso en posesion de la corona, edificó en honor de San Martin un monasterio que se llamó el Hermoso, y en latin *de Bello*. Fundó otro en Caen, bajo la invocacion de San

Estévan. Su muger Matilde estableció en la misma ciudad el de la Trinidad para las personas de su sexo. Estas dos fundaciones fueron una especie de penitencia por el pecado que habian cometido el Rey y la Reina, casándose no obstante el parentesco que tenían, cuya dispensa les concedió el Papa con aquella condicion; porque la separacion de los consortes, segun las representaciones que hizo al Pontífice el sabio Lanfranco, hubiera atraído á la nacion una guerra peligrosa, movida por el conde de Flandes, padre de Matilde.

56. Guillermo que sabia apreciar los talentos, no se contentó con hacer á Lanfranco primer abad de San Estévan, donde compuso este doctor profundo su tratado de la Eucaristía contra Berengario, sino que habiendo vacado el arzobispado de Cantorberi, juzgó el Rey que no habia otro mas digno que este piadoso y sabio cenobita de ser elevado á la primera silla de Inglaterra; y procediendo de este principio hizo que fuese colocado en ella el abad de San Estévan, porque sin embargo de que el Rey Guillermo gustaba de dar los principales empleos á sus vasallos de Normandía mas bien que á los de Inglaterra, no era menos justo en su predileccion que en su severidad. Lanfranco se mostró mas digno de esta elevacion por la mucha resistencia que opuso á ella, pues solo prestó su consentimiento en vista de las instancias unánimes de todos los obispos, y movido del temor de resistir á la voluntad de Dios. No por esto dejó de escribir despues al Papa para que le exone-

rarse de una dignidad que le pareció siempre muy superior á su mérito; pero no consiguió lo que deseaba, y fue arzobispo toda su vida.

Solo se aprovechó para el bien de la Iglesia de la benevolencia, ó por mejor decir, de la intimidad de su Soberano, el cual le comunicaba sus mas ocultos pensamientos; lo que no estorbaba á este generoso prelado contradecirle en todo lo que se oponia al bien de la Religion. Así es que conservó el clero monástico en todas las catedrales de Inglaterra contra la inclinacion del Rey, que se manifestaba muy á las claras en el hecho de elegir casi todos los obispos entre los individuos del clero secular. Cuidó Lanfranco de que confirmase el Papa Alejandro las disposiciones de San Gregorio relativas á este punto, y dió unas providencias tan eficaces para que se observasen en lo sucesivo, que subsistió esta costumbre hasta el cisma de Enrique VIII.

57. Algun tiempo despues de la revolucion de Inglaterra, experimentó el imperio de oriente una fermentacion, cuyas resultas fueron mucho mas funestas (1). Habiendo muerto Constantino Ducas en el mes de Mayo del año 1067, su muger Eudósia puso en manos del patriarca Xifilino la promesa de no volver á casarse, y reinó con sus tres hijos Miguel, Andrónico y Constantino. En menos de un año se experimentaron los mas tristes efectos de este gobierno reunido. Entonces fue cuando los turcos selyúcidas tomaron un ascendiente que presagiaba las funestas

(1) *Europal. pag. 817.*

consecuencias á que habia de dar lugar. La nacion de los turcos, que era una parte de la de los hunnos, y descendia como estos de la gran Tartaria, se dividia antiguamente en nueve ramas, de las cuales la de Selyuc, hijo de Decac (el primero que se hizo musulman) invadió despues todo el imperio de los califas con el de Constantinopla. Sus conquistas en el pais de los griegos empezaron por las provincias mas orientales del Asia menor, en las que hicieron horribles estragos en los primeros meses del reinado de Eudasia. Se echó de ver que para contener sus progresos se necesitaba un Emperador capaz de mandar los egércitos, y se dió á entender esto á la Emperatriz, la cual no sintió la obligacion que se la imponia de volver á casarse, ni tardó mucho tiempo en elegir esposo, fijándose en Romano Diógenes, gefe de la guarda-ropa, á quien habia perdonado ya la vida despues de algunas rebeliones. Pero presentaba un obstáculo la promesa que habia hecho al patriarca de no volver á abrazar el estado del matrimonio, y para desvanecerla se echó mano de esta industria.

58. Envió la Emperatriz un eunuco inteligente y de toda confianza con encargo de decir al patriarca que en él consistia hacer Emperador á su hermano Bardas; que para esto no se necesitaba mas que suprimir la promesa injusta que se la habia exigido con violencia, y que al momento se casaria con él. Era este Bardas un libertino sin ningun mérito ni reputacion. El ambicioso patriarca cayó torpemente en el

lazo. Visitó á todos los grandes, les exageró los inconvenientes de la viudéz de Eudasia, como tambien la necesidad de tener un Emperador al frente de los egércitos y de los asuntos públicos, y no hubo ni uno solo que dejase de ceder á sus insinuaciones. Luego que estuvieron todas las cosas bien dispuestas, entró Romano Diógenes de noche y bien armado en el palacio, donde se casó con la Emperatriz. Esta conducta del patriarca Xifilino nos da á entender lo que debemos pensar de los elogios que hacen los griegos de su virtud. Se le ha atribuido falsamente el compendio de Dion Casio; una crítica mas ilustrada no permite confundirle con Xifilino el historiador, autor de este compendio.

59. Al principio fue feliz Romano Diógenes en la guerra contra los musulmanes; pero en 1071 fue derrotado su egército, y él quedó prisionero del sultan Asan. Habiendo mandado el vencedor que se le presentase, le hizo echarse en tierra y le pateó, conformándose con la costumbre bárbara de su nacion no sin repugnancia, pues le levantó inmediatamente, le abrazó y le sentó á su mesa. Despues le preguntó cómo se habria portado él si hubiese quedado vencedor. Creyendo Diógenes que se honraria mostrándose intrépido en el cautiverio, respondió que le hubiera hecho morir á golpes. „Pues yo, replicó el sultan, en vez de gobernarme por tu arrogancia, quiero seguir las máximas de tu Cristo que manda que se olviden las injurias. Recibe la paz y la libertad de aquel á quien aborreces.” En efecto, le envió libre despues

de haber concluido con él un tratado honroso. Pero á la primera noticia de la derrota de Diógenes, encerraron los grandes á la Emperatriz Eudisia en un convento despues de haber hecho que la cortasen el pelo. Se prendió al Emperador luego que dió la vuelta, y le sacaron los ojos con tal crueldad que murió muy en breve. Despues de esta revolucion fue reconocido por único Emperador Miguel Ducas, hijo primogénito de Eudisia, el cual fue un Príncipe cobarde é inaplicado, sin mas talento que para ganar fraudulentamente en el comercio del trigo, por cuya razon se le dió el nombre de Parapináceo.

Parece que este Emperador conservó todavía alguna especie de comunión con la santa Sede, supuesto que el Papa Alejandro le envió un legado, que fue bastante bien recibido, y permaneció un año en Constantinopla, esto es, hasta la muerte de aquel Pontífice, que sucedió á 21 de Abril de 1073. Ningun otro era mas á propósito que este legado llamado Pedro para honrar con su persona la silla que representaba, porque además de estar emparentado con los Príncipes de Salerno, habia abrazado desde la infancia la vida monástica, y estaba tan penetrado del espíritu de abnegación, que fue necesario arrancarle del claustro para hacerle obispo de Anagni. Gobernó esta iglesia por espacio de cuarenta y tres años con tanta edificación, que fue colocado solemnemente en el número de los Santos por una bula de Pascual II espedida á 4 de Junio de 1109.

60. El que gobernaba el imperio de occidente no

era un Príncipe mas estimable ó á lo menos mas virtuoso que Miguel Parapináceo. El Rey Enrique IV, hijo tan diferente del religioso Emperador Enrique el Negro y de la Emperatriz Inés, sinceramente piadosa sin embargo de algunos defectos pasajeros, se habia mostrado ya á los diez y ocho años uno de los hombres mas viciosos y corrompidos (1). No contentándose con tener á un mismo tiempo dos ó tres concubinas, no respetaba su libertinage desenfrenado á la inocencia virginal ni á la fidelidad conyugal. Cuando oía hablar de la hermosura de alguna persona joven, hacia que se la presentasen de grado ó por fuerza: iba algunas veces él mismo á apoderarse de ella, esponiendo su propia vida: y entonces, si no lograba seducirla, usaba de la opresion y de una violencia brutal. A la impudicia se siguió la crueldad, de modo que no tenia Enrique el menor reparo en perder á los maridos, cuando le servian de obstáculos para hacerse dueño de sus mugeres. Sus cómplices y sus confidentes, entre los cuales habia pocos que le igualasen en depravacion, eran igualmente sacrificados cuando con una palabra ó con un solo gesto daban á entender que desaprobaban sus excesos. Por poco sospechosa que le fuese su discrecion, le bastaba esto para deshacerse de ellos cautelosamente, porque supo conciliar la hipocresía y la perfidia con las pasiones mas fogosas. No menos disimulado que implacable en su ira, mandaba asesinar á los que le habian desagradado cuando estaban mas distantes de

(1) *Hist. bell. Sax. pag. 102. -- Chron. Magd. Ms. ann. 1068.*

pensar que habian incurrido en su indignacion, y luego fingia sentir tanto su muerte que derramaba copiosas lágrimas. La simonía perseguida con tanto celo por los hombres de probidad, fue el menor abuso que cometió en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Si obtenian los obispados aquellos que le daban mas dinero, solo podian tener seguridad de poseerlos los que servian de ministros á sus pasiones vergonzosas. Hacia deponer á los primeros como simoníacos, y ponía en su lugar á los otros; de suerte que una misma silla solia tener dos obispos, tan justos acusadores uno de otro como indignos competidores (*).

(*) Se debe tener muy presente esta pintura de las costumbres de Enrique IV, para lo que en adelante se verá en la historia. Aun la descripcion que hace Berault, no representa exactamente toda la corrupcion é impiedad de aquel Príncipe, y por lo mismo no inspira todo el horror debido á sus iniquidades. Los historiadores alemanes é italianos nos dicen lo que era Enrique como Príncipe: su hijo y su muger nos han enseñado lo que era en lo interior de su palacio. Considérese á la desgraciada Prajedes sacada de la prision por los cuidados de la sagáz y prudente Matilde, y conducida por la desesperacion á confesar en medio de un concilio horrores abominables: recuérdense otros mil hechos semejantes, y se verá con cuánta verdad dijo Muratori (*Annal. de Ital. tom. 4 pag. 248*) de Enrique, que „fue un Rey nacido únicamente para la infelicidad de sus súbditos.” La Providencia jamás permite desencadenar á semejantes fieras, sin oponerles el invencible genio de algun hombre grande; y este para Enrique fue Gregorio VII. Los escritores franceses, y tambien, como va á verse, el abate Berault, no cesan de hablarnos de San Gregorio como de un hombre fogoso, implacable, lleno de pretensiones exorbitantes; y al mismo tiempo Enrique goza todo

Los desórdenes que introdujo esta conducta en la Iglesia y en el imperio á pesar de la Emperatriz madre y de algunos prelados piadosos, como San Annon de Colonia, los obligaron á abandonar la corte (1). El arzobispo se retiró al monasterio de Sigeburg que habia fundado él mismo, donde por espacio de tres años del mas exacto retiro acabó de santificarse con la oracion, con las austeridades y con el continuo egercicio de todo género de buenas obras. La Emperatriz pasó á Roma, y se puso bajo la direccion de Pedro Damiano, con quien, segun nos dice él mismo, hizo una confesion desde la edad de cinco años, no solo de las acciones malas, sino de todos los movimientos desordenados del corazon, de los pensamientos y de las palabras ociosas, en cuanto pudo acordarse; á lo que añade este autor piadoso, que no la impusieron otra penitencia que la de continuar con la vida humilde y austera que habia abrazado (2). Y en efecto, perseveró hasta la muerte orando sin interrupcion, haciendo limosnas prodigiosas, vistiendo con mucha pobreza, y practicando unas

su favor, llamándole quasi siempre el desgraciado, el infeliz Enrique. Podria decirse de estos autores que no tienen entrañas de caridad sino para el crimen. Sirva esta nota como de prevencion para leer la historia del pontificado de Gregorio VII, que nuestro canónigo de Noyon pinta desde el principio con tan negros colores: al fin de ella procuraremos rectificar las ideas que su narracion hace concebir, y se verá á los mismos protestantes formar el elogio que justamente merece el gran Pontífice San Gregorio VII.

(1) *Lamb. ann. 1075.* (2) *Petr. Dam. Opusc. 56. cap. 5.*

mortificaciones que parecian superiores aun á las fuerzas de los santos solitarios. El Rey Enrique abandonado á sí mismo y á sus aduladores, y careciendo de freno y de moderacion, se entregó á aquellas pasiones desarregladas, que contenidas poco despues de un modo imperioso y fuerte por la firmeza inflexible de Gregorio VII, cesionaron entre las dos potestades un choque tan funesto á una y otra, y ofrecieron al mundo cristiano las escenas de horror y de escándalo que por último nos vemos en la necesidad de describir.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

- N.º 1. *E*leccion y carácter elevado de Gregorio VII. 2. Principios de San Estévan de Grammont. 3. Persigue Gregorio con viveza la simonia y el concubinato de los clérigos. 4. Turbulencias é inquietudes en Alemaniã. 5. Escribe el Papa acerca de estos obstáculos á los duques de Suavia y Carintia. 6. Su carta al Rey de Germania. 7. Carta de Gregorio VII á los obispos de Francia para la correccion del Rey Felipe. 8. Peregrinos insultados por los árabes. 9. Severidad del Papa. 10. Deposicion y penitencia de Herman de Bamberg. 11. Cábala de Guiberto de Ravena y del prefecto Cencio contra Gregorio VII. 12. El Papa herido peligrosamente y preso. 13. Es libertado por el pueblo. 14. Conspiracion de Guiberto y de los demás obispos de Lombardia con el cardenal Hugo el Blanco. 15. Cartas vigorosas del Papa al Rey de Germania. 16. Asamblea cismática de Worms, en que es depuesto el Papa. 17. Asamblea de Pavia, conforme en todo á la de los cismáticos de Worms. 18. Se intima al Papa que se retire del pontificado. 19. Absuelve del juramento de fidelidad á los vasallos de Enrique IV. 20. Escesos y remordimientos de Guillermo, obispo

mortificaciones que parecian superiores aun á las fuerzas de los santos solitarios. El Rey Enrique abandonado á sí mismo y á sus aduladores, y careciendo de freno y de moderacion, se entregó á aquellas pasiones desarregladas, que contenidas poco despues de un modo imperioso y fuerte por la firmeza inflexible de Gregorio VII, cesionaron entre las dos potestades un choque tan funesto á una y otra, y ofrecieron al mundo cristiano las escenas de horror y de escándalo que por último nos vemos en la necesidad de describir.

RESUMEN

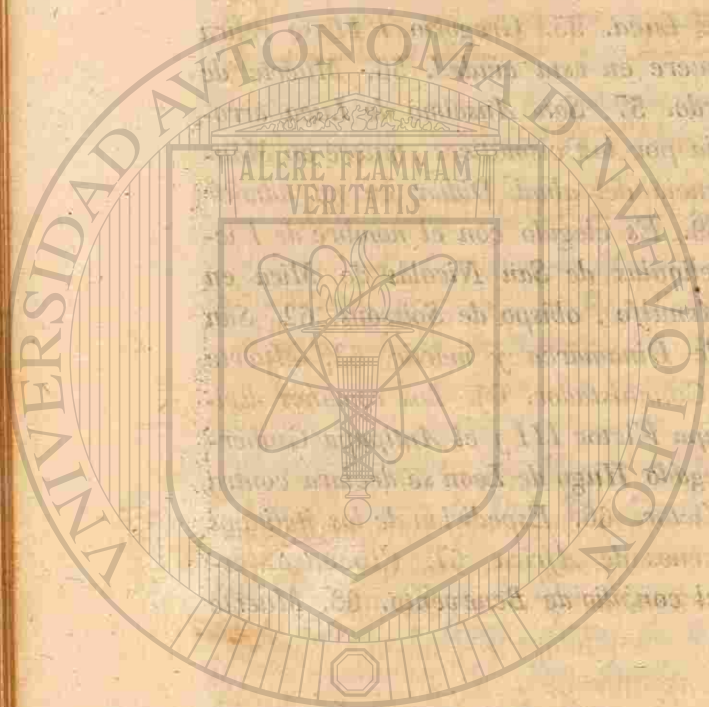
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

- N.º 1. *E*leccion y carácter elevado de Gregorio VII. 2. Principios de San Estévan de Grammont. 3. Persigue Gregorio con viveza la simonia y el concubinato de los clérigos. 4. Turbulencias é inquietudes en Alemaniã. 5. Escribe el Papa acerca de estos obstáculos á los duques de Suavia y Carintia. 6. Su carta al Rey de Germania. 7. Carta de Gregorio VII á los obispos de Francia para la correccion del Rey Felipe. 8. Peregrinos insultados por los árabes. 9. Severidad del Papa. 10. Deposicion y penitencia de Herman de Bamberg. 11. Cábala de Guiberto de Ravena y del prefecto Cencio contra Gregorio VII. 12. El Papa herido peligrosamente y preso. 13. Es libertado por el pueblo. 14. Conspiracion de Guiberto y de los demás obispos de Lombardia con el cardenal Hugo el Blanco. 15. Cartas vigorosas del Papa al Rey de Germania. 16. Asamblea cismática de Worms, en que es depuesto el Papa. 17. Asamblea de Pavia, conforme en todo á la de los cismáticos de Worms. 18. Se intima al Papa que se retire del pontificado. 19. Absuelve del juramento de fidelidad á los vasallos de Enrique IV. 20. Escesos y remordimientos de Guillermo, obispo

de Utrecht. 21. Preocupaciones de aquel tiempo acerca de la excomunion y de sus efectos. 22. Disminúyese el partido del Rey de Germania. 23. Estado de la iglesia de Africa. 24. Controversia de Samuel, judío convertido. 25. Asamblea de señores y de obispos en Teuver ó Tribur para deponer al Rey Enrique. 26. Logra este que se le conceda cierto término para ir á Roma. 27. La condesa Matilde. 28. Absolucion poco decorosa de Enrique. 29. Vuelven los lombardos á indisponerle con el Papa. 30. Asamblea de Forcheim. 31. Donacion de Matilde. 32. Los señores de Germania deponen á su Rey Enrique IV y eligen á Rodolfo, duque de Suavia. 33. Perplejidades con motivo de esta eleccion. 34. Sentencia definitiva de Gregorio VII contra Enrique IV. 35. Eleccion del Antipapa Guiberto. 36. Muerte del Rey Rodolfo. 37. Causa del obispo de Dcl. 38. Condenacion de Manases de Rems. 39. Se elige á Hugo para la silla de Dié. 40. Principios de San Bruno. 41. Simon, conde de Crepi, y Hugo, duque de Borgoña, abrazan la vida monástica. 42. San Anselmo, abad del Pico. 43. Su penetracion y doctrina. 44. Esfuerzos inútiles de Gregorio VII para que Guillermo el Conquistador le preste juramento de fidelidad. 45. Cuida Gregorio de la instruccion de los fieles de Noruega, Suecia y Armenia. 46. San Estanislao de Cracovia, martirizado por mano del duque Boleslao. 47. Revoluciones en el imperio de oriente. 48. Pretensiones de Gregorio VII. 49. Tentativas inútiles del Rey Enrique contra Roma. 50. Herman de Lujemburgo

electo Rey de Germania. 51. El Antipapa Guiberto entronizado en Roma. 52. Huyen de Roma los alemanes luego que llega Roberto Guiscardo. 53. La condesa Matilde rechaza á los cismáticos. 54. San Anselmo de Luca. 55. Gregorio VII se retira á Salerno, y muere en esta ciudad. 56. Muerte de Roberto Guiscardo. 57. San Anselmo de Luca arrojado de su iglesia por los cismáticos, muere en Mantua. 58. Constancia del abad Didier en no admitir el pontificado. 59. Es elegido con el nombre de Victor III. 60. Reliquias de San Nicolás de Mira en Bari. 61. San Arnulfo, obispo de Soissons. 62. San Canuto, Rey de Dinamarca y mártir. 63. Muerte de Guillermo el Conquistador. 64. Los romanos divididos entre el Papa Victor III y el Antipapa Guiberto. 65. El legado Hugo de Leon se declara contra la eleccion de Victor. 66. Expedicion de los italianos contra los sarracenos de África. 67. Cismáticos excomulgados en el concilio de Benevento. 68. Muerte de Victor III.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA DE LA IGLESIA.



LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

Desde el principio del Pontificado de San Gregorio séptimo en año 1073, hasta el de Urbano segundo en el de 1088.

1. El Pontífice Gregorio VII, tan célebre por sus desavenencias con el Emperador Enrique IV, había recibido de la naturaleza, como hemos podido observar por lo dicho hasta aquí, aquella fuerza de carácter, y aquel ascendiente inesplicable que á pesar del humilde nacimiento y de otros mil obstáculos, concede sin oposicion la superioridad sobre toda clase de personas. En el discurso de los tres últimos pontificados que, por decirlo así, principiaron bajo sus auspicios, había egercido el principal influjo en todos los asuntos de importancia. Negóse muchas veces á subir á la Silla Pontificia, siendo al parecer el árbitro de ella. Por último, despues de la muerte de Alejandro II se vió obligado á aceptarla, á 22 de Abril de 1073; pero escribió al Rey



Enrique, rogándole que no consintiera en su elevación; y para obligarle mas á ello, le declaró que si continuaba en el pontificado, no dejaria impunes sus delitos. Sin embargo, confirmó este Príncipe la elección, y delegó al obispo de Vercelli para consagrar á Gregorio, cuya ceremonia no se verificó hasta el dia 30 de Junio. Esta fue la última elección pontificia confirmada por los Reyes de Italia á consecuencia del decreto que les remitian con este objeto. Debemos observar que no habiendo pasado Hildebrando del diaconado, recibió el orden de presbítero antes de ser consagrado Papa: nueva prueba de lo falsas que son las imputaciones de los griegos en esta materia.

No podemos negar que Gregorio VII era digno del pontificado por sus cualidades superiores, por sus costumbres puras y verdaderamente eclesiásticas, por el grado eminente en que poseía muchas virtudes, y principalmente por su extraordinario amor á todo lo bueno. Es muy sensible que un talento tan universal como el suyo, no precavió tal vez los inconvenientes; y que suponiendo que la virtud consiste en la intrepidez y en la paciencia, júzgase indigno de ella retroceder un solo paso. Principiaron los disturbios por la cuestion de las investiduras, que agitó á la Iglesia cincuenta años continuos, y se suscitó en el segundo año de pontificado de Gregorio VII.

2. Ofreció en el primero la religion un espectáculo muy edificante en el ilustre y santo fundador

del orden de Grammont. Llamábase Estévan, era hijo del vizconde de Thiers en Auvernia, y fue colmado de las bendiciones del cielo desde su mas tierna edad (1). Contaba apenas doce años, cuando ordenó su padre que le acompañase en una peregrinación á Italia. Cayó tan gravemente enfermo en Benevento, que tuvo que dejarle su padre en casa de su paisano el arzobispo Milon. Era este prelado un santo, á quien en efecto honra la Iglesia como tal el dia 13 de Febrero. Se aficionó tanto el jóven Estévan á esta escuela de virtud, que restablecida su salud, permaneció allí doce años, esto es, hasta la muerte de su santo maestro. Habiale muchas veces oido grandes elogios de una comunidad muy regular de monges benedictinos, que edificaba á toda la Calabria donde estaba situada, y á la que habia concurrido él con bastante frecuencia. Despues de repetidas instancias á Gregorio VII que le amaba tiernamente y desconfiaba de la delicadeza de su complexion, logró por último el permiso para establecer un orden monástico por aquel modelo. Espidióse la bula en Roma en 1.º de Mayo del año 1073, prohibiendo á cualquiera persona, ya fuese leiga ó eclesiástica, inquietar á Estévan ó á sus compañeros en el sitio que eligiesen para hacer penitencia, declarándole inmediatamente sujeto á la santa Sede.

Volvió Estévan al momento á su patria con esta concesion; pero permaneció en ella muy poco tiempo.

(1) *Bolland. 8. Febr. tom. 4. pag. 205.*

po. Apenas le habian declarado sus padres la particular alegría que les causaba su presencia, cuando huyó en secreto de sus caricias, y se retiró al monte de Muret en el Lemosin, donde levantó en medio de las selvas una cabaña con ramas de árboles, haciendo voto de virginidad, y consagrándose irrevocablemente al Señor. Tenia entonces treinta años, y vivió cincuenta en aquel desierto con tal pureza y austeridad, que no tardó en verse cercado de un gran número de discípulos. Tal es el origen del orden de Grammont, llamado así por razon del lugar donde se vieron precisados á trasladarse, distante una legua de Muret, despues de la muerte de su santo fundador. Aunque hacia cincuenta años que estaban establecidos en Muret, prefirieron, segun el espíritu del santo, abandonar este sitio, á pleitear con unos monges vecinos que les disputaban su propiedad.

3. Habia formado el Papa Gregorio mucho tiempo antes el vasto proyecto de reformar toda la Iglesia. Abrasado del celo de la casa de Dios, no estuvo un año entero en el trono pontificio, sin dar principio á su egecucion. Persiguió con el mayor rigor la simonía y el concubinato de los clérigos, como que eran los dos abusos mas perniciosos y mas arraigados, á pesar de la vigilancia de los últimos Pontífices ⁽¹⁾. La primera semana de cuaresma del año 1074, se celebró en Roma un concilio, en el que se dispuso que los que hubiesen recibido las órdenes sagradas por simonía, no pudiesen egercer las fun-

(1) Gregor. 7. epíst. 51. et 52.

ciones propias de su estado; que los que hubiesen dado dinero para obtener iglesias, esto es, beneficios, los dejasen irrevocablemente; y que los que vivian amancebados no pudiesen celebrar misa, ni aun asistir al altar en las funciones inferiores; pues no haciéndolo así, dejaria de asistir el pueblo. Formaron tambien algunos reglamentos locales, en los que no eran tratados con mayor indulgencia los particulares que hubiesen delinquido; y entre otras cosas, prescriben al clero de España que recibiese el oficio romano en lugar del de Toledo, ó sea el Moz-árabe (*).

4. Publicaron al punto estos decretos por toda Italia: lleváronlos á Alemania unos legados que quisieron congregiar allí un concilio; pero se opusieron fuertemente á ello todos los obispos, diciendo que era una pretension contraria á sus derechos y á sus costumbres, y declararon en términos espresos, que jamás concederian á nadie sino al Papa en persona la prerogativa de presidirlos en concilio. A la verdad, era de derecho comun que los concilios provinciales fuesen presididos por los metropolitanos, y parecia una abrogacion de la ley el modo de derogarla por medio de los legados pontificios. Sin embargo, el verdadero motivo de los prelados alemanes en aquella ocasion, fue el temor de las penas establecidas

(*) En el lib. 34 habla Berault con mas estension de la supresion en España del oficio Moz-árabe; por lo que reservamos para entonces dar una noticia mas circunstanciada de este hecho, que por tanto tiempo agitó á los fieles españoles.

contra la simonía, de que eran reos muchos de ellos, y la indolencia de otros que no se atrevían á inquietar á los clérigos incontinentes en la especie de posesion en que estaban de tener mugeres ó concubinas. Como quiera que sea, no llegó á tener efecto el concilio, á pesar de los esfuerzos del Rey Enrique, que apoyó á los legados con toda su autoridad, no tanto por la ficcion política á que no habia renunciado aun en público, como por el odio con que miraba al obispo de Worms y á algunos otros prelados que le habian ofendido.

No cedía el Papa Gregorio ni se acobardaba por los obstáculos que se le presentaban (1). Escribió una carta tras otra, reiteró las legaciones, acusó á los obispos de negligencia y debilidad, les amenazó con los rayos de la Iglesia, y se mostró pronto á fulminarlos si no egecutaban sus órdenes sin la menor dilacion. Sigefredo, arzobispo de Maguncia, teniendo por razon de las prerogativas de su silla el mayor influjo en el régimen del clero de Germania, temió ser el primero contra quien cayese la tempestad. Habiendo exhortado á los culpados á que hiciesen por su propia voluntad lo mismo que tendrian que hacer á pesar de su resistencia, les concedió algunos meses para que se resolviesen, y en seguida reunió un concilio en Erford. Estrechóles entonces á que renunciasen al punto el matrimonio, ó el egercicio de las funciones sacerdotales. Pero el mal habia profundizado tanto sus raices, que no era fácil arrancarle con

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 313.

tanta prontitud. Murmuraron sin ninguna reserva, y dijeron que el yugo era insoportable, irracional y contrario á la naturaleza humana, de la que exigian la virtud de los ángeles, esponiéndola con el pretexto de la pureza á todos los excesos de una disolucion brutal. El arzobispo no se rindió á estas razones, y gritaron algunos tumultuosamente que era necesario separarle de su silla y despedazarle antes que pronunciase una sentencia que trastornaria todas las iglesias.

Aunque Sigefredo tenia aquella especie de virtud que basta para amar el bien, no estaba dotado de la constancia necesaria para hacer que se egecutase, ni era tampoco irrepreensible en orden al santo desinterés que convenia al promotor de la reforma, ni en cuanto á la administracion gratuita de las órdenes sagradas. Además de esto tuvo la imprudencia de mezclar sus intereses temporales con los de la Religion, renovando sus pretensiones sobre los diezmos de la Turingia, que deseaba percibir mucho tiempo habia. Al oír esta proposicion, se olvidó todo miramiento. Salieron los individuos de aquella provincia furiosos del concilio, se esparcieron por todas partes gritando que era necesario tomar las armas, y habiendo reunido en un instante una gran porcion de gente del pueblo, volvieron á entrar profiriendo terribles amenazas. Dispersáronse todos los obispos y los eclesiásticos llenos de temor y consternacion, y se ocultaron en los sitios mas retirados que habia en la iglesia. Dirigiéndose al arzobispo los sediciosos, rodearon su silla, resueltos á asesinarle en ella; y si sus vasa-

llos, que no eran los mas fuertes, no se hubiesen reducido á la clase de suplicantes, y no los hubiesen apaciguado á fuerza de ofertas, habria sido sin duda víctima de su inconsiderada codicia.

Altmano, obispo de Passau, procedió con mayor generosidad que Sigefredo; pero no logró mejor éxito (1). Despues de haber dicho á su clero que las estrechas órdenes del Papa le ponian en el caso de no disimular su incontinencia, y que temia hacerse culpable á si mismo, si su inacción pasaba por una aprobacion del desórden, y no por una mera tolerancia, subió al púlpito el dia de San Estévan, patron de su iglesia, llena con un concurso inmenso de gente del pueblo y de caballeros, y publicó con intrepidez el decreto. Oyéronse al punto por todas partes gritos furiosos, y hubiera perecido allí mismo el prelado si no hubiesen refrenado la sedicion algunos varones respetables que habia en la iglesia.

5. El Papa no enfrió el ardor de la empresa, aunque llegaron á su noticia estos movimientos; antes bien escribió cartas terribles á los prelados mal intencionados, suspendió á algunos del egercicio de sus funciones, aterró á los débiles, acució y animó á los mas osados, y ordenó á los legos que no reconociesen por obispos á los que permitiesen á su clero tener concubinas. Rodulfo y Bertoldo, el uno duque de Suavia y el otro de Carintia, honraban su alta gerarquía con su piedad y con su celo por el bien de la Iglesia. Gregorio no temió indisponerlos contra

(1) *Vit. ap. Tegnag. pag. 46.*

aquellos obispos, que mas adictos que las gentes del mundo á la gloria y á los placeres del siglo, enlazan sus propios vicios á la veneracion que exigen por su carácter (1). „Os rogamos, les dice, y os mandamos por la autoridad apostólica, que no participéis de los divinos oficios celebrados por aquellos de quienes sepais que fueron promovidos por simonía, ó que no guardan continencia. No permitais tampoco que asistan á dichos oficios como ministros, ya sea en la corte, en las dietas del reino, ó en cualquiera otra parte. Emplead para esto la fuerza en caso de que no baste la persuasion. Si alguno se queja, decidle que lo haceis en virtud de órden nuestra, y envid á los descontentos á disputar con nosotros. Nos parece mucho mas fácil y espedito restablecer el órden con nuevas disposiciones, que dejarle aniquilar con las leyes antiguas.”

6. Gregorio escribió tambien al Rey de Germania para confirmarle en la buena resolucion que suponía haber tomado de estirpar de sus dominios la simonía y la incontinencia de los clérigos. Le ensalza por lo bien que habia recibido á sus legados, le da gracias por las pruebas efectivas de su amistad, le asegura que por su parte no cesa de tenerle presente sobre los cuerpos de los Santos Apóstoles, y concluye exhortándole á que tome los consejos de los que solo pretenden su salvacion.

7. Dirigió en el mismo año una carta por muy diferente estilo á algunos obispos de Francia contra

(1) *Gregor. VII. lib. 2. Epist. 45.*

su Soberano, que lo merecia mucho menos que el Rey de Germania (1). Reinaba entonces Felipe, primero de este nombre, habiendo sucedido en 1060 á su padre Enrique I, por cuya disposicion habia sido coronado en el año anterior. El Pontífice no solo culpa á este Principe, que no pasaba entonces de veinte años, de que daba lugar á todos los delitos con su debilidad é inaccion, sino tambien de que autorizaba con su egemplo los fraudes, las rapiñas, los robos de las iglesias, los adulterios y los perjuros: llegando la acrimonia de su celo hasta decir que Felipe llevaba en vano el cetro que se le habia puesto en sus manos, que despojaba á la corona de Francia del poder y de todo el esplendor que la habian dado sus antiguos Monarcas, y que merecia mucho menos el nombre de Rey que el de tirano. Por último prescribe que le declaren que con semejante conducta no puede librarse ya de las censuras apostólicas, y que si los anatemas no le obligan á mudar de sistema, él, como sucesor de San Pedro, con el auxilio del Señor Supremo, hará todos los esfuerzos posibles para que una nacion tan justamente celebrada, se vea libre de aquella opresion indigna. Escribió Gregorio en los mismos términos contra el Rey Felipe á Guillermo, conde de Poitiers (2); y aunque debemos llorar estos extravíos, no seria justo juzgar de ellos por nuestras costumbres actuales, y no por el mal gusto de aquellos tiempos; pues lo que llamaríamos ahora un arrojio ó un movimiento sedicioso, era mirarlo

(1) *Id. Epist. ad Episcop. Gall.* (2) *Lib. 2. Epist. 13.*

entonces como un aviso vehemente, ó como una amenaza vaga y poco temible. Lo cierto es, que observamos que estas cartas no produjeron en Francia ninguna conmocion ó disturbio.

8. Entre tantos objetos de solicitud pastoral dilató su actividad prodigiosa Gregorio VII á los cristianos oprimidos por los musulmanes en las regiones ultramarinas. A pesar de los muchos peligros que ofrecia la peregrinacion de Jerusalem, no dejaban por eso de emprenderla los mas remotos occidentales (1). Algunos años antes habian salido de Alemania gran número de peregrinos bajo la direccion de Sigefredo de Maguncia, acompañado de Gonthier de Bamberg, de Oton de Ratisbona, de Guillermo de Utrecht, y de otros muchos personages de consideracion. Eran tan magníficos sus vestidos y equipages, que salian á verlos los habitantes de las ciudades y del campo, y sucedió muy en breve la codicia á la admiracion. Apenas fijaron el pie en las tierras de los infieles, mas allá de la Lycia, cuando fueron acometidos por los árabes que corrieron de todas partes á la fama de su opulencia. Los peregrinos se retiraron á una aldea, donde se fortificaron lo mejor que supieron, rechazando con prodigios de valor todos los asaltos del enemigo, lo que obligó á este á bloquearlos con el objeto de rendirlos por hambre. No cesaban de inquietarlos entretanto, teniendo á su favor la superioridad de doce mil combatientes contra siete mil viageros de todas clases y condiciones. Viendo estos por últi-

(1) *Lamb. ann. 1064. et 1065. = Sigeb. ann. 1065.*

mo que naturalmente no podian dejar de ceder, y que por otra parte no tanto se conspiraba contra su vida como contra sus riquezas, juzgaron que seria tentar á Dios el esponerse á mayores peligros, y pidieron capitulacion.

El caudillo de los árabes entró con diez y siete oficiales principales en el recinto donde estaban atrincherados los cristianos: dejó á su hijo á la puerta para impedir que se acercasen los demás, y subió á un cuarto donde estaban el arzobispo de Maguncia y el obispo de Bamberg, quienes le dijeron que tomase todo lo que tenian, y les permitiera seguir su camino. El soberbio y pérfido bárbaro respondió, que no les tocaba á ellos darle la ley. „No, no, añadió, no quedareis libres con lo que me entregueis por fuerza, sino que despues de despojaros de todo, quiero devoraros y beber vuestra sangre.” Gonthier de Bamberg, que estaba entonces en la primavera de sus días, tenia una estatura tan recomendable y era tan hermoso, que en cualquier parte que se presentaba llamaba la atencion de todos, y se llevaba tras sí á cuantos le veían. Cuando le descubrió el feróz sarraceno, le destinó para que fuese el primer objeto de su brutalidad. Desató al punto el turbante, y aseguró con él al obispo echándosele al cuello. Gonthier era de unas costumbres tan suaves como puras, y no menos modesto que hermoso, pero no pudo sufrir semejante indignidad, y acordándose de que era jóven y vigoroso, descargó una puñada tan terrible en el árabe, que le derribó á sus pies. Pidió socor-

ro, acudieron á toda prisa los cristianos, cogieron al sarraceno y á los oficiales que le acompañaban, les ataron los brazos á la espalda, y para asegurarlos mejor les apretaron de tal modo las muñecas que les salia la sangre por las uñas.

Principiaron de nuevo los asaltos con mayor violencia que antes; pero á fin de contener á los árabes les presentaron sus gefes con un hombre que tenia una espada en la mano, y amenazaba degollarlos. Viéronse libres en este conflicto los cristianos contra toda esperanza, por otros infieles que verosímilmente serian los turcos selyúcidas, que poco antes se habian apoderado de aquellas provincias. El gobernador de Ramla mandaba la espedicion, quien agradeció mucho á los cristianos el que hubiesen reprimido con tanto valor á unos ladrones públicos que asolaban todo el pais. Dióles despues de esto una escolta, mediante la recompensa que estipularon, para que los llevase á Jerusalem con toda seguridad. Visitaron todos los santos lugares de la ciudad, y dieron sumas considerables para reparar las iglesias arruinadas. Embarcáronse hecho esto en una flota genovesa que los dejó en Italia, donde pintaron la tiranía de los enemigos del nombre cristiano con los mas vivos colores que les ofrecia la memoria reciente de lo mucho que habian padecido por su causa.

Gregorio VII, fecundo en planes nuevos y grandes, á consecuencia de esta relacion y de otros muchos sucesos de igual naturaleza, formó antes que otro alguno el de las cruzadas. Escribió por todas

partes, y aun al Rey de Germania, á fin de alentar la caridad de los occidentales en favor de sus hermanos de oriente; pero la multitud y la dificultad de las demás empresas de Gregorio no le permitieron egecutar esta, que no se verificó hasta despues de veinte años.

9. Escomulgó á cinco de los principales cortesanos del Rey Enrique, en el concilio del año 1075, y amenazó á sus ministros con la misma pena como fautores de simonía. Hizo igual amenaza á Felipe, Rey de Francia: confirmando la escomunion fulminada anteriormente contra Roberto Guiscardo, duque de la Pulla. Depuso á Dionisio, obispo de Plasencia: á Guillermo de Pavia, á Cuniberto de Turín, á Enrique de Spira, y á Garnier de Strasburgo los dejó suspensos de sus funciones. Prohibió, además de la pena de suspension, la comunión eucarística á Liemaro, arzobispo de Bremen; y el obispo Herman, sucesor de Gonthier en la silla de Bamberg, fue declarado suspenso si no iba á justificarse á Roma antes del concilio próximo.

Escitan por lo menos la admiracion tantos rasgos de severidad egercidos á un mismo tiempo; pero si se descubre en ellos el temple inflexible del genio de Hildebrando, vemos tambien la atencion y cuidado de la Providencia en oponer á las inundaciones de la corrupcion unos diques proporcionados á su ímpetu violento. No podemos menos de admirar aquella magnanimidad que si no tuvo siempre por guia al espíritu de Dios, le tuvo sin duda por principio.

No estamos en el caso en cuanto á los sucesos particulares, de formar un juicio decisivo, por falta de documentos suficientes en la mayor parte de los hechos.

10. Las noticias circunstanciadas que tenemos acerca de la causa de Herman de Bamberg, prueban por lo menos los justos motivos que tuvo el Papa Gregorio para usar de todo el rigor de los cánones en ciertas ocasiones (1). Fue reprendido al principio este prelado porque sin causa alguna, y llevado de un mero capricho, despidió á los canónigos que habia establecido en una iglesia fundada por él mismo. Pero aconteció despues que este hombre que hacia fundaciones y otras buenas obras, incurrió en la sospecha de que habia cometido los delitos mas odiosos en un obispo y aun en cualquier cristiano. No solo se le acusó de haber adquirido el obispado con dinero, y de haber vendido despues las dignidades subalternas y los menores beneficios, sino tambien de haberse abandonado en su juventud á todos los excesos de aquella edad, y aun á algunos vicios que no son comunes en la gente moza, por egeemplo, el deseo de atesorar y los préstamos usurarios, á que se entregó con mucho mas ardor despues de haber obtenido el obispado. Tenia tambien el concepto de ser tan ignorante, que no podia entender ni un solo versículo del salterio. Este fue uno de los obispos á quienes puso entredicho el Papa Gregorio. Citado á Roma con motivo de las acusaciones de todo el clero de

(1) *Lamb. ann. 1075. = Greg. VII. lib. 2. Epist. 213.*

Bamberg, se puso en camino llevando consigo gran número de regalos á fin de corromper al mismo Papa y al consejo pontificio. Pero se detuvo fuera de la ciudad, envió á sus emisarios para que tanteasen el terreno, y no tardó en ver frustradas sus esperanzas, contribuyendo además estos pasos á que sufriese una condenacion mas denigrativa y á que fuese de-puesto irrevocablemente.

Regresó muy pronto á su diócesis, donde al verse defendido aun por sus vasallos, despojó de sus bienes á los eclesiásticos sus mas encarnizados enemigos: pero no osó egercer ninguna funcion episcopal. Declaróse entonces contra él sin miramiento alguno el cuerpo del clero, y fueron tantas las instancias elevadas al Rey, que no pudo menos de hacer ordenar otro obispo. Herman reconoció sus excesos; abrazó la vida monástica en el monasterio de Schonartz, bajo la direccion de un santo abad llamado Egherto, y sin perder un punto corrió á Roma en compañía de su abad, consiguiendo allí que le absolviesen de la excomunion y le restituyesen en las funciones sagradas de sacerdote y no de obispo. Estos repetidos egemplares de hombres escandalosos que despues llegaron á ser generosos penitentes, demuestran que en aquel siglo tan desacreditado no llevaba consigo el furor de las pasiones, como sucede en el dia de hoy, la estincion de todas las luces de la fe y aquel desesperado y monstruoso estoicismo que produce una perseverancia casi irremediable en el mal.

11. Suscitáronse muy en breve en el centro de

la cristiandad unos disturbios mucho mas funestos que todos los que affligian á la Iglesia en los otros países (1). Habíase quedado Guiberto, arzobispo de Ravena, despues del concilio romano del año 1075, al lado del Sumo Pontífice. Pensaba Guiberto apoderarse del gobierno de la Iglesia, y procuró atraer á su partido con regalos y promesas á todos los romanos que le parecia estaban disgustados de Gregorio. Se unió especialmente con Cencio, prefecto de Roma, hombre abismado en el libertinage, acostumbrado á los asesinatos y perjurios, y no menos astuto que malvado. Habia este bandido edificado en el puente de San Pedro una torre muy fuerte, desde donde cometia las exacciones mas enormes con todos los pasajeros, y no pocas veces estendia sus vejaciones á las tierras de la iglesia romana. Despues de haberle hecho muchas advertencias el intrépido Pontífice, llegó por último al extremo de la excomunion. Cencio, que habia sostenido el cisma de Cadaloo contra el último Papa, se resolvió á renovar este escándalo contra Gregorio. Pasó á la Pulla para ponerse de acuerdo con Roberto Guiscardo y los demás excomulgados, envió á su hijo al arzobispo de Ravena, y escribió al Rey de Germania cuyas verdaderas disposiciones habia llegado á penetrar, á pesar de todas las ficciones de este Príncipe. Estando ya bien puestas las baterías, trataron solo de apoderarse de la persona del Papa, y Cencio estuvo con el cuidado de aprovechar la primera ocasion que se presentase.

(1) *Bolland. tom. 17. pag. 123. et 148.*

12. La noche de Navidad del año 1075 fue el Pontífice, según costumbre, á celebrar á Santa María la Mayor, sin detenerse por una lluvia tempestuosa y tan abundante, que apenas se atrevían á salir de casa las gentes del pueblo, con cuyo motivo fueron muy pocos los que asistieron á la función. Cencio no perdió una ocasión tan favorable, antes bien acudió á la iglesia con un tropel de gente armada. El Pontífice que estaba celebrando la primera misa, llegaba á la comunión del pueblo, cuando de repente se oyó una gritería furiosa. Recorrieron los conjurados toda la iglesia con espada en mano, apartando á golpes á todos los concurrentes. Apoderáronse del Papa, y ansiando uno de ellos cortar la cabeza, le hizo una herida de la que manó mucha sangre. Sacáronle del templo, tirándole de los cabellos y maltratándole en extremo, aunque no opuso la menor resistencia, contentándose con dirigir al cielo sus ocultas quejas. Quitáronle precipitadamente el palio, la casulla, la túnica y la dalmática, y se le llevaron el alba y estola.

13. No tardó en difundirse por todos los barrios de la ciudad el rumor de este atentado sacrílego. Interrumpiéronse los oficios en todas las iglesias, se quitaron los adornos de los altares, se tocaron las campanas y las trompetas, y se pusieron guardias en todas las puertas para impedir que sacasen de Roma al Pontífice, en caso de que no estuviese ya fuera de la ciudad, porque ignoraban su paradero. Estando reunido el pueblo en el capitolio, dijeron algunas

personas que el Papa se hallaba preso en la torre de Cencio. Corrieron al momento á la casa del malvado, y acometieron con furor á cuantos cómplices y satélites suyos se presentaban, quienes huyeron al primer choque encerrándose en la torre. Buscaron arietes y todo género de máquinas para embestirla, llevó el pueblo una gran porción de leña, y encendieron hogueras al rededor para que no se escapase ninguno de aquellos monstruos. Entretanto un fiel generoso y una señora de distincion que se habían determinado á acompañar al Papa hasta dentro de la torre, trabajaron en curarle la herida, y le abrigaban para preservarle del frio de la estacion. Al contrario la hermana de Cencio no cesaba de ultrajarle; y prorumpiendo en amenazas y blasfemias un criado indigno, estaba ya desenvainando la espada para cortar la cabeza, cuando una flecha disparada con destreza hirió en la garganta al blasfemo, y le dejó muerto allí mismo.

Viendo Cencio que era imposible escapar de su odiosa guarida, se echó á los pies del Papa y le pidió perdon, prometiendo hacer penitencia. Habiéndole perdonado el Pontífice, se asomó á una ventana, y se esforzó á dar á entender al pueblo por señas que se tranquilizase. Pero creyendo la multitud que pedia socorro, redobló sus esfuerzos, escaló la fortaleza, y sacaba ya de ella al Papa, cuando viéndole todo cubierto de sangre, se encolerizó de tal manera que apenas pudo Gregorio contener su primer ímpetu. Pero dirigiéndose al punto á Santa María la

Mayor, donde quiso acabar los divinos oficios, se llevó consigo todo el concurso del pueblo, el que trató menos de la venganza que de la conservacion de aquel á quien habia tenido la fortuna de volver á encontrar despues de tantos peligros. Aprovechóse Cencio de este momento para escaparse con su familia y sus cómplices. Fueron saqueados todos sus bienes, se destruyó á sangre y fuego, no solamente la torre, sino todo lo que tenia Cencio en la ciudad y fuera de ella, y se le condenó á un destierro perpetuo. No tuvo mas arbitrio que renunciar una morada donde no habia ya para él ninguna seguridad; pero prolongó los tristes efectos de la sedicion, é hizo horribles estragos fuera de Roma.

14. Fomentó poderosamente Guiberto de Ravena por su parte esta rebelion impía: conspiró con secreto con Thedaldo de Milán y con todos los malos obispos de Lombardia, que se unieron con el cardenal Hugo el Blanco, uno de aquellos legados avaros y tiranos que deshonró mas que otro alguno el ministerio cuyas prerogativas ensalzaba con el mayor entusiasmo. Escitaron fuertemente todos juntos á Roberto Guiscardo contra el Papa, é inspiraron al Rey Enrique la audacia necesaria para manifestar toda la malignidad que habia tenido oculta hasta entonces. Animó principalmente á este Príncipe el que acababa de terminar una guerra civil, cuyos peligros le habian inspirado un respeto fingido para con la santa Sede, y una moderacion poco conforme á su carácter.

15. Como empezaba ya á descubrir sus verdaderas intenciones, le escribió el Papa con el vigor que acostumbraba. Comparó los testimonios de amistad y de veneracion que le habia reiterado tantas veces este Príncipe, con unos procedimientos que solo demostraban odio y desprecio (1). Le reprendia especialmente Gregorio por haber comunicado con los enemigos de la santa Sede, conocidos por tales y anatematizados, le mandaba que se separase de ellos, que los obligase á hacer penitencia, y que la hiciese él mismo; y le negaba la bendicion pontificia hasta que hubiese sido absuelto, y se tuviese en Roma noticia positiva de su satisfaccion.

16. No guardó ya el Rey ningun respeto ni miramiento (2). Pasó á Worms con un número muy considerable de obispos y de abades, el domingo de septuagésima 23 de Enero del año 1076. El cardenal Hugo el Blanco, que acababa de ser depuesto como fautor de simoníacos y reo de otras muchas prevaricaciones, no dejó de concurrir á aquella junta de iniquidad, llevando consigo unas memorias fabulosas de toda la vida del Papa desde su infancia, del modo con que se suponía que habia usurpado la santa Sede, y de otros delitos imaginarios cometidos por él antes y despues de su exaltacion. Es muy regular que estas calumnias no se diferenciassen de las que se contienen en los escritos del cardenal Bennon, que era tambien partidario del Antipapa Guiberto.

(1) *Greg. VII. lib. 3. Epist. 10.* (2) *Lamb. pag. 234. = Vit. Greg. VII. cap. 7.*

Basta para hacer juicio de la obra y del autor la simple inspeccion de estos libelos, llenos de citas vagas y destituidas de toda verosimilitud, de prodigios ridículos, de operaciones de magia, de necromancia y de mil cuentos absurdos. Presentó igualmente Hugo unas cartas supuestas de los cardenales, del senado y del pueblo romano, en que despues de las acusaciones mas graves contra el Papa Gregorio, pedian al Rey Enrique su deposicion y la eleccion de otro Pontífice. Oyeron los prelados reunidos á este calumniador impio como si fuese un ángel descendido del cielo, y declararon desde luego á Hildebrando indigno del pontificado. Mas cuando vino el caso de firmar, observaron que la mayor parte de los obispos aterrados ya con el primer paso que habian dado, pusieron su firma con violencia.

17. El Rey dirigió cartas á todos los de Lombardia, para que consintiesen en la condenacion del Papa; y los obispos que estaban ya muy mal preparados en aquellas provincias, se reunieron en Pavia, donde juraron que no reconocian á Gregorio por Sumo Pontífice. Despues de esto enviaron diputados á los que no habian podido asistir, para exigir de ellos el mismo juramento. Osó tambien Enrique escribir al clero y al pueblo de Roma, esponiendo los cargos formados contra Gregorio, que eran haber tratado indignamente á los obispos, haber puesto la mano en ellos, haberse esforzado á sublevar el reino de Italia, y haber llegado su furor al estremo de declarar al Rey, que aunque peligrase su propia exis-

tencia, le habia de despojar de la vida y del reino. De aquí se deducia que el vasallo mas fiel debia ser el mas ardiente en rebelarse contra aquel falso pastor; y que no habia mas que un partido que tomar, esto es, arrojarle de la Silla apostólica, y sentar otro en su lugar de acuerdo con ellos y con todos los obispos. Habia el concilio de Worms unido sus cartas á las del Rey, y en ellas exigia del Pontífice que cediese su Silla que habia invadido contra las leyes de la Iglesia, teniéndose desde aquel dia por nulo cuanto mandase y dispusiese.

18. Hubo quien tuviese la osadía de llevar semejante declaracion (1). Rolando, clérigo de la Iglesia de Parma, se puso en camino con aquellas cartas, y llegó á Roma cuando iba á celebrarse el concilio anual de la primera semana de cuaresma. Reunidos los padres, entró en el lugar de la asamblea, presentó sus despachos al Papa, y le dijo con descaro: „el Rey mi amo y todos los obispos ultramontanos y cismontanos os mandan que dejéis al punto la Silla que habeis usurpado.” Volviéndose despues al clero romano: „os advierto, hermanos míos, añadió, que para el dia de Pentecostes habeis de presentaros al Rey, á fin de recibir otro Pontífice de su mano, porque ese no es pastor, sino lobo rapáz.” La admiracion que causó una escena tan inesperada, tuvo á todos los espectadores en una incertidumbre y en una especie de elevamiento, que proporcionó al osado parmesano todo el tiempo necesario para repre-

(1) *Chron. Mag. Ms. ad. ann. 1076.*

sentar bien su papel. Luego que acabó, se levantó Juan, obispo de Porto y empezó á gritar diciendo: *detenedle, prendedle*. Arrojándose sobre él el prefecto y la milicia de Roma con espada en mano, se puso el Papa delante, y le defendió con su cuerpo para salvarle la vida.

19. Refrenado el primer ímpetu con bastante trabajo, y hecha señal para que guardasen todos silencio: „hijos míos, esclamó, prefiramos la paz y la caridad de Jesucristo al espíritu de venganza. Estos son los tiempos tempestuosos que se nos predicen en los libros santos: es necesario, según la palabra del Señor, que haya escándalos, y que nos consideremos como ovejas en medio de los lobos. Debemos reunir á la prudencia de la serpiente la mansedumbre de la paloma; obligación nuestra es odiar el delito sin aborrecer al delincuente, y compadecer á los insensatos que violan la ley de Dios. La Iglesia ha gozado una paz bastante larga, y el Dios Omnipotente quiere regar todavía su mies con la sangre de los Santos. Preparémonos al martirio, y no violemos la ley de amor que incita á sufrirlo. Pero á medida que debemos mostrarnos generosos con el olvido de nuestros intereses personales, debe ser también el celo que manifestemos por la causa de la Iglesia. Tenemos sus rayos en la mano: muramos si es menester, pero acabemos antes con el dragon que quiere destruirla.” Proponia el Pontífice bajo este emblema anatematizar al Rey Enrique, y privarle de la dignidad real; lo que aprobó todo el concilio. Emplea-

ron toda la noche en tratar de esta resolución, y quedó unánimemente confirmada.

Al día siguiente cuando volvieron á reunirse, mandó el Papa que se leyesen las cartas del Rey, poniendo por testigos á la Madre de Dios y á los Santos Apóstoles, de que habian subido contra su voluntad á la Silla apostólica, y pronunció la sentencia de condenacion en estos términos (1). „En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y usando de la potestad que he recibido de atar y desatar en el cielo y en la tierra, prohibo á Enrique, hijo del Emperador Enrique, que gobierne los reinos de Italia y Germania: absuelvo á todos los fieles del juramento que le han hecho ó le hagan, y declaro, que nadie debe servirle ya como Rey. El que atenta así contra la autoridad de la Iglesia, merece perder la dignidad de que está revestido. En el nombre de Pedro, quede oprimido con la carga del anatéma, para que sepan los pueblos por experiencia, que sobre esta piedra edificó su Iglesia el Hijo de Dios vivo, y que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno.” Enviaron al punto este decreto fatal á los fieles de todas clases y condiciones, siendo la primera sentencia de esta naturaleza que se habia pronunciado contra un Soberano. Tal fue en el siglo siguiente la reflexion de Oton de Frisinga, historiador católico y muy adicto á los Papas.

20. Escomulgó Gregorio VII en este mismo concilio á todos los prelados cómplices en el cisma, ale-

(1) *Tom. 10 Concilior. pag. 356.*

manes y lombardos, y particularmente á Guillermo de Utrecht, á Roberto de Bamberg y á Sigefredo de Maguncia, que fue además depuesto como principal autor del escándalo (1). Sin aterrarse al ver el número y las extraordinarias dificultades que se suscitaban en todas partes, el intrépido Pontífice fulminó también la excomunión por varias causas contra el arzobispo de Viena en Francia, contra los obispos de Grenoble, Pui y Agda, y contra otros muchos eclesiásticos y señores de la misma nación.

Ardía entretanto en Alemania contra el Pontífice un volcan de sediciones. No cesaba principalmente Guillermo de Utrecht de ultrajarle con invectivas y calumnias, y apenas habia fiesta en que predicando durante la misa no hiciese resonar el santuario con los dictados de traidor, adúltero y perjuro, con que infamaba al Vicario de Jesucristo. Estando el Rey Enrique por Pascua en la ciudad de Utrecht, el ardiente prelado abusó mas que nunca de su elocuencia escandalosa. Mas poco despues de partir el Rey, acometió á Guillermo súbitamente una enfermedad violenta, y dolores agudísimos; esplicóse entonces en muy distinto lenguaje, exclamando con voz lamentable en presencia de todos, que por justo castigo de Dios perdía la vida presente; y la eterna por haber favorecido contra su conciencia la impiedad del Rey, llenando de oprobios al Papa Gregorio, cuando le constaba que era un santo y el verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Murió á lo que se cree sin sacramen-

(1) *Gest. Frid. lib. 2. cap. 1.*

tos, en medio de esta especie de desesperacion.

21. El temor de Dios por una parte, y por otra el espíritu de adulacion, tenian divididos los ánimos entre el Papa y el Rey en Alemania y en Italia. Respondieron muchos obispos consultados por los señores seculares, que nadie podia juzgar, y mucho menos excomulgar al Papa. Los partidarios del Rey decian también, que un Soberano no podia ser excomulgado; pretension que no era difícil confundir, supuesto que el poder de atar y desatar concedido á Pedro, no exceptuaba á nadie, como lo demostró el Papa Gregorio. Discutieron mucho el asunto sin ilustrar la cuestion, porque se procedia de un principio falso. No trataban de si los Reyes podian ser excomulgados, sino indagaban si la excomunión los privaba de su potestad, y no habia quien advirtiese esta distincion tan sencilla y tan natural. Los dos partidos convenian en que un Príncipe separado de la Iglesia no puede gobernar sus estados: y de aquí resultaban las pretensiones del Papa contra la potestad temporal, que oponiendo á ellas la fuerza, se revestia de cierto aire de tiranía y de impiedad al propio tiempo que sostenia unos derechos tan divinos como el que se alegaba para combatirlos.

Hallamos con efecto una confusion absoluta de dos cosas tan distintas, á saber, la excomunión y la deposicion de los Príncipes, en la carta de Gregorio VII á Herman, obispo de Metz, que despues de haber seguido por pusilanimidad el partido del Rey, habia vuelto á la obediencia del Pontífice. Remite á las

palabras y ejemplos de los padres á los que pretenden que no se debe escomulgar á los Príncipes. Alega la conducta de San Ambrosio con el Emperador Teodosio; cita algunos pasages de San Pablo, en que solo se trata de la escomunión, y copia algunas palabras de San Gregorio el Grande, tomadas de un privilegio otorgado á una casa de caridad, en que además de la escomunión de los señores que le violasen les amenaza con la privación de sus dignidades. Pero reputaban generalmente esta segunda pena como consecuencia de la primera, y á nadie le ocurrió esponer entonces, como lo verificaron despues algunos críticos profundos, que estas últimas palabras habian sido añadidas al testo, ó que á lo menos venian á ser una fórmula de maldición. Tambien cita Gregorio VII una carta de San Clemente á Santiago, en que introduce á San Pedro hablando contra los que no se portan bien con su obispo; pero solo se trata de escomunión en este escrito, que á mas está tenido por apócrifo, y es del número de aquellas decretales que acumuladas sin discernimiento por Mercator y otros autores de la misma nota, produjeron el tenebroso caos en que por tantos siglos estuvo envuelto el derecho antiguo, y que dió tanto trabajo á los canonistas mas sabios para llegar á desvanecerle.

No es mas fundado que su crítica el discurso de Gregorio VII á favor de sus pretensiones. Porque la santa Sede recibió de Dios la potestad de juzgar las cosas espirituales, infiere en la misma carta á Herman que con mucha mayor razon deben estar su-

jetas á su autoridad las cosas temporales. Para confirmar esta consecuencia cae en un nuevo extravío, determinando la superioridad de la potestad de los obispos sobre la de los Reyes, sin distinguir que la potestad temporal y la espiritual son diferentes; y osa achacar por lo comun la institucion de la dignidad real al orgullo humano, de donde se deduce, no solo que no se necesitarian en el mundo otros Soberanos que los obispos, sino tambien que no procediendo de Dios la soberanía de la potestad temporal, deberia esforzarse la Religion á destruirla contra la doctrina de San Pablo.

22. Abandonaron, sin adoptar todas estas consecuencias, el partido del Rey muchos obispos y señores. Enviaron otros diputados al Papa para pedirle que les impusiese penitencia, y hubo prelados que fueron descalzos á Roma con el mismo objeto. Todos huían de tener la menor comunicacion con el Príncipe y con sus confidentes y ministros. Recibia el Papa á los peregrinos con los brazos abiertos, y enviaba cartas consolatorias á los demás penitentes. Encolerizados Enrique y sus partidarios, se valieron de las amenazas y de la violencia, pero sin ningun efecto. Crecia de dia en dia el número de los que le abandonaban; de suerte que fue necesario recurrir á la suavidad, y tratar de defenderse con razones. Los pocos que permanecian adictos al Rey, publicaron que se les habia condenado sin haberlos convencido, y aun sin haberlos citado canónicamente: que el respeto de la Religion y de la autoridad pontificia no

era mas que un pretexto para destruir el poder del Rey: que los que le empleaban habian conspirado mucho tiempo antes contra el estado; y que el Príncipe, segun el Apóstol, habia recibido la espada para castigar á los malos y conservar la dignidad que le habia concedido el mismo Dios. Cuando los partidarios de Enrique hacian de este modo su apología, violentaba el Príncipe su carácter, contemporizaba lo mejor que sabia con las circunstancias, y procuraba atraer á los grandes y demás personas principales con una afabilidad y una moderacion afectada.

23. El mísero estado á que quedaba reducida la iglesia de África, contribuyó algun tanto á calmar estas turbulencias. A todo atendia la solicitud inmensa de Gregorio; y descubrió que el arzobispo de Cartago no podia reunir tres obispos en todo el pais que correspondia á su jurisdiccion para ordenar otro. Ocupaba entonces esta silla Ciriaco, prelado virtuoso é intrépido, que habia preferido el esponerse á la indignacion cruel del Rey musulman, antes que violar las leyes canónicas. El Papa le escribió que eligiese un sugeto digno del episcopado y le enviase á Roma para que ordenado allí pudiesen ordenarse otros en África cuando se restituyese á aquel pais (1). Tambien ordenó Gregorio al presbítero Servando para el arzobispado de Hipona ó Hipa, ciudad de Mauritania, y por consiguiente distinta de la Hipona de San Agustin situada en Numidia. Se lo habian suplicado así el pueblo y el clero de aquella iglesia, y aun el

(1) *Lib. 3. Epist. 19.*

Rey de Mauritania, llamado Ancír, que no obstante ser musulman envió regalos al Papa, y algunos esclavos cristianos á quienes habia puesto en libertad. El Papa le dió gracias en una carta muy atenta (1), en la que trata con mucha estension del conocimiento del verdadero Dios, comun á los musulmanes y á los cristianos. Exhortó al propio tiempo á los fieles de Hipa á vivir con tal edificacion que pudiesen adquirir enteramente para Dios aquellas tribus de sarracenos, mucho mejor dispuestas que las demás (2).

24. A pesar del estado de abatimiento en que yacia la fe cristiana en África, consiguió allí un triunfo muy brillante de unos enemigos aun mas obstinados que los musulmanes (3). Samuel, distinguido por unos talentos raros entre los judíos de Marruecos, no solo abrazó el cristianismo, sino que compuso un tratado de controversia á fin de disipar los errores de sus hermanos. De la opresion que padecian entonces en estremo mas dura y mas larga que la cautividad de Babilonia, y que tenia todos los caracteres de la desolacion irremediable anunciada por Daniel, infiere desde luego en general que habian cometido algun delito mayor que la idolatría de sus padres, y despues aplica á la muerte de Jesus las diferentes circunstancias de aquella profecía, que refiere á la muerte del Mesias la destruccion de Jérusalen y la abolicion de los sacrificios judáicos. Segun el modo de

(1) *Ibid. Epist. 20.* (2) *Ibid. Ep. 21.* (3) *Bibl. Patr. tom. 4 pag. 251.*

esplicarse de Daniel, vemos que los judíos no habían inventado aun las interpretaciones frívolas que dieron despues á la profecía de Daniel. „Yo no hallo, dice, ningún efugio para esta profecía, cumplida mas de mil años ha por la mano de Tito.” Contra las preocupaciones mas antiguas de los que no veían en los divinos oráculos mas que un libertador triunfante, distingue Samuel las dos venidas del Mesías, la primera con humildad, y la segunda rodeado de gloria; y prueba sólidamente una y otra por los profetas. En fin, emplea contra los judíos y contra los musulmanes con quienes vivia, todo lo que se leía entonces favorable á Jesucristo en el alcoran y en sus comentarios; de donde deducimos que los sarracenos reconocian á Jesus por el libertador prometido: que le atribuían el don de milagros, la potestad de curar todas las enfermedades, de lanzar los demonios, y de resucitar los muertos; y que le reconocian tambien por el Verbo de Dios.

25. Entretanto las condescendencias forzadas del Rey Enrique no habían podido disipar la tormenta que se formaba contra él (1). Reuniéronse en Ulm los duques de Suavia, Baviera y Carintia, y los obispos de Worms y Wirsburgo con algunos otros señores, para tratar de los medios de refrenar los males del imperio y de la Iglesia. Señalaron para el dia 16 de Octubre del año 1076 una asamblea nacional: convidaron á ella á todos los señores, así de sus propios estados, como de Sajonia, Franconia y Lorena, y

(1) *Lamb. pag. 243. et seq.*

les pidieron en nombre de Dios que dejasen sus asuntos particulares por la salud pública. En una palabra, la convocacion se hizo de un modo tan propio para mover los ánimos, ó para descubrir sus ocultas disposiciones, que las personas que hasta entonces se habían mostrado mas adictas al Rey Enrique, sin exceptuar al arzobispo de Maguncia, se separaron de su Soberano, compitiendo en cierto modo con los primeros que se habían sublevado.

Concurrieron en el dia señalado de toda Alemania á Tribur, con la resolución de deponer al Rey Enrique, y de elegir otro en su lugar. Asistieron tambien dos legados de la santa Sede, Sigehardo, patriarca de Aquilea, y Altmano, obispo de Passau. Tenia este mucha reputacion de virtud, y en efecto llevaba una vida del todo apostólica: lo que no bastó para impedir que le arrojase el Rey de su diócesis con mano armada. Refugióse á Roma, espuso al Papa Gregorio lo ocurrido, y renunció su silla en manos del Pontífice, porque tenia escrúpulo de haber recibido la investidura de un lego. Obligóle el Papa, á pesar de la mucha resistencia que opuso, no solo á admitir el obispado, sino tambien á volver á Alemania en calidad de legado apostólico. Acompañáronle algunos legos piadosos, que eran antes poderosos señores, y estaban á la sazón reducidos á la vida privada por un espíritu de humildad y de abnegacion. Llevaban el encargo de declarar á todo el mundo de parte del Papa que el Rey Enrique había sido escomulgado por justas causas, y de ofrecer el consentimiento

to y la intervencion de la autoridad del Papa para la eleccion de otro Rey.

Emplearon en la asamblea siete dias enteros en deliberaciones y exámenes. Se hizo presente toda la vida del Rey Enrique, los vergonzosos delitos con que habia manchado los primeros años de su juventud, y las injusticias que habia cometido en perjuicio del estado y de los particulares. Manifestaron que habia despojado á los señores para elevar á las primeras dignidades á unos hombres de humilde nacimiento, por cuyo medio se proponia destruir la nobleza: que dejando en paz á los bárbaros y á los infieles, habia vuelto sus armas contra sus propios vasallos, ocasionando turbulencias y terribles estragos en el reino que habian dejado sus padres en un estado muy floreciente. Arruinadas las iglesias y monasterios, y empleadas las rentas de los altares en edificar fortalezas, no para la seguridad del pais, sino para esclavizar á una nacion libre; no habia ya en ninguna parte apoyo para los menesterosos, refugio contra la violencia y la perfidia, respeto á las leyes, honestidad en las costumbres, dignidad en el imperio, ni autoridad en la iglesia por causa de los excesos y caprichos de un solo hombre. De este violento preámbulo se inferia la consecuencia de que el único remedio para tantos males, y el preservativo necesario para evitar la última calamidad, era elegir cuanto antes otro Rey, capaz de dar la firmeza conveniente á un estado que estaba próximo á disolverse.

26. Mientras deliberaban de este modo en Tribur, el Rey de cuya suerte se trataba, y que se hallaba á la sazón en Oppenheim, ciudad situada un poco mas arriba al lado de acá del Rhin, enviaba con frecuencia diputados con el encargo de hacer las promesas mas brillantes, y ofreció que abandonaria á los grandes el gobierno del reino, con tal que le dejaran á él el nombre y las insignias de la dignidad real. Pero le contestaron que no podian tener ninguna seguridad en sus ofertas, pues los habia engañado tantas veces con sus frecuentes perjurios: que habiéndolos absuelto el Sumo Pontífice de los juramentos que le habian prestado, querian aprovecharse de una ocasion tan favorable para elegir un Rey bueno, y que en conciencia no podian comunicar con él despues que habia sido escomulgado. Dispusiéronse al punto á pasar el Rhin para acometer al Rey: pero vacilando los mas osados á vista de la enormidad del atentado en el momento de consumarle, le declararon que querian referirse todavía al juicio del Papa: que verian si podian inclinarse á que pasase á Augsburgo para la fiesta de la Purificacion: que despues de oír á las dos partes en presencia de todos los grandes del reino, condenaria á Enrique, ó le enviaria absuelto: y que si por culpa suya no ponía los medios para que se le absolviese antes de cumplir el año de su escomunion, quedaria privado del reino sin ninguna esperanza de volver á poseerle. En caso de que aceptase estas proposiciones, pedian para seguridad de su buena fe que alejase de sí á todos los

escomulgados, y retirase la guarnición que había puesto en Worms.

Juzgando Enrique por gran felicidad el libertarse de una desgracia completa, aceptó estas condiciones vergonzosas, y se retiró á Spira, donde vivió algun tiempo segun se le había prescrito. Volvieron los señores triunfantes á sus casas despues de haber enviado diputados al Papa, así para instruirle de lo que había ocurrido, como para suplicarle que no faltase de Augsburgo en el dia señalado. Pero el Rey juzgó que no era seguro esperar la llegada de aquel juez severo, á quien no dejarían de exasperar mas y mas los muchos acusadores que se presentarian á declarar contra él: y lo que mas temía era el que espirase el término indicado para quedar absuelto. Resolvióse por tanto á presentarse al Papa en Italia, y á procurar obtener su absolucion á cualquier precio que fuese. Púsose en camino pocos dias antes de Navidad del año 1076 con su muger y su hijo, el cual era muy niño, abandonado de toda la nobleza, excepto un solo alemán de distincion, y sin haber hallado ningun auxilio en las demás clases del estado; teniendo además que dar un largo rodeo, porque los duques de Baviera y Carintia habían puesto guardas en todos los pasos de los montes que separan la Alemania y la Italia. Encaminóse pues por Bogoña, cuyo duque, llamado Guillelmo, era tío de su madre, y desde allí entró en Saboya, donde el conde Amadeo, aunque era cuñado suyo, no quiso concederle el paso sino mediante la cesion de una provincia. Padeció

infinito en la travesía de los Alpes, á causa del rigor de aquel invierno, que fue tan largo y cruel, que estuvo helado el Rhin desde el dia de San Martin hasta el mes de Abril. Ni la abundancia de las nieves en que se esponía á quedar sepultado, ni los helados declives de las horribles cimas que á cada paso le ofrecían un precipicio fueron capaces de detenerle; y parecia que todo su temor estaba cifrado en el riesgo de que pasase el término que le habían fijado sus vasallos para obtener la absolucion.

Sin embargo, los obispos y señores de Lombardia fueron á buscarle como á competencia, luego que supieron que estaba en Italia, adonde no habían cesado de convidarle desde el principio de su reinado. Vióse en pocos dias al frente de un ejército formidable. Había corrido la voz de que irritado el Rey contra el Papa iba con ánimo de deponerle; y los lombardos escomulgados se aprovechaban de aquella ocasion, así para vengarse de Gregorio, como para perpetuar el libertinage por el que incurrieron en la escomunion. Pero Enrique quería absolutamente quedar absuelto antes del término, cuya proximidad le estremecía.

27. Se había ya el Papa puesto en camino para ir á la asamblea de Augsburgo, y le acompañaba la condesa Matilde con un séquito y fuerzas respetables. Era Matilde señora de una parte muy principal de Italia; á saber, de la Toscana, del pais de Luca, de Parma, de Reggio y de Mántua. Habiendo quedado viuda á los treinta años de edad de Godofredo el Jo-

robado, duque de Lorena, que fue asesinado en Amberes, y habia sido siempre muy fiel al Rey Enrique, estaba casi á todas horas al lado del Papa, á quien mostraba el afecto de una hija para con su padre. Esta circunstancia dió pie principalmente á los clérigos estragados, que son los mas licenciosos en sus juicios no menos que en su conducta, para acusarla de un comercio criminal con Gregorio. Pero todas las personas sensatas (dice el juicioso historiador Lamberto (1)) observaban tan claro como la luz del medio dia que todo esto no era mas que una calumnia. Matilde habia dado pruebas de su virtud en ocasiones en extremo críticas. Era la mas absurda calumnia (continúa) acusarla de fragilidad con un anciano, en quien la condesa Beatriz su madre la habia acostumbrado á no ver mas que al Vicario de Jesucristo. Hubiera sido absolutamente imposible que á no ser quimérico este delito quedase en el estado de una mera sospecha, porque la Princesa no habria podido ocultar su mala conducta á tantos ojos enemigos que la estaban observando de continuo. El Papa Gregorio por su parte (dice Lamberto) hacia una vida tan egemplar y tan pura, que muchas veces la bendijo el cielo con milagros.

Sabiendo Matilde en el camino la llegada del Rey á Italia, inclinó al Papa á retirarse cerca de Reggio á la fortaleza de Canossa, distinta de la ciudad del mismo nombre, situada en el reino de Nápoles, con el objeto de observar allí la conducta del Rey, y

(1) *Lamb. pag. 234.*

penetrar sus intenciones, que eran interpretadas de muy distintas maneras. Llegaron á Canossa entretanto muchos obispos y señores alemanes á quienes habia escomulgado el Papa, y por esta razon los habia separado el Rey de su persona. Habiendo llegado á Lombardia, despues de haber estado espuestos á mil peligros, fueron descalzos y vestidos de lana á pedir la absolucion al Pontífice. Respondió este que nada deseaba con mas ardor que la reconciliacion de los pecadores; pero que una obstinacion tan larga pedia penitencia y pruebas convenientes. Como se mostraron sujetos á todo lo que quisiese prescribirles, mandó que estuviesen los obispos en celdas separadas, privados de toda comunicacion y reducidos á una comida frugal que debian tomar al anochecer. A los señores les impuso penitencias conformes á su estado, y proporcionadas á las fuerzas de cada uno de ellos. Despues que pasaron de este modo algunos dias los llamó, los reprendió sin acrimonia, les dió la absolucion, y los despidió encargándoles que no comunicasen con el Rey Enrique, ni le hablasen como no fuese para escitarle á la penitencia.

28. En fin, tomó Enrique las disposiciones mas eficaces para quedar absuelto (1). Despues de haber logrado tener una conferencia con la condesa Matilde, hizo que esta señora se presentase al Papa con la comision de prometer cuanto se exigiese, y de dar todos los testimonios posibles de sumision y respeto; y consiguió además que su suegra la condesa de Sabo-

(1) *Id. pag. 24. et seq.*

ya, y el conde su hijo acompañasen á Matilde con algunas otras personas de las mas apreciables para el Pontífice, de cuyo número fue San Hugo de Cluny. Llevaban el encargo de pedir la absolucion para el Rey, y de dar á entender al Papa la injusticia de las acusaciones apasionadas de los alemanes. Respondió Gregorio que los cánones prohibian examinar á un acusado estando ausentes sus acusadores, y que si el Rey se creía inocente no debía temer la asamblea de Angsburgo, donde el Vicario de Jesucristo decidiria segun las reglas de la equidad sin aceptacion de personas y sin ninguna preocupacion. Replicaron los diputados que no temia el Rey sujetarse al juicio del Papa en cualquier parte que fuese, sino que le estrechaba el año de su escomunion, pues estaba próximo á espirar, y que luego que se cumpliese le declararían los señores privado para siempre de la dignidad real sin querer oírle." Por tanto (añadieron) os suplicamos que absolvais al Rey de la escomunion con las condiciones que os agraden, supuesto que promete justificarse luego de las acusaciones formadas contra él, y en caso de no egecutarlo, ofrece renunciar la corona.

Como tenia Gregorio bastante esperiencia de la ligereza del Rey Enrique, estuvo dudando algun tiempo, y respondió despues: „si está verdaderamente arrepentido, ponga en nuestro poder la corona y las demás insignias de la dignidad real, y declárese indigno de ellas." Juzgando los mediadores que estas condiciones eran demasiado duras, suplicaron al Papa

que no redujese á aquel Príncipe á un extremo peligroso. Cediendo por último Gregorio, aunque con mucho trabajo, „venga (dijo) y repare con su sumision la injuria que ha hecho á la santa Sede." Fue el Rey en efecto á la fortaleza de Canossa, dejando fuera toda su comitiva, y entrando él solo en la plaza, que tenia tres órdenes de murallas. Se le mandó que se quedase en el segundo, sin ninguna señal de dignidad, sin calzado, y sin mas ropa que una capa de paño muy grueso. De este modo pasó el resto del dia, y los dos siguientes sin tomar mas alimento que un poco de pan que le daban al anochecer.

En fuerza de las repetidas instancias de la condesa Matilde y del santo abad de Cluny, de quien hacia el Papa un aprecio muy particular, fue admitido Enrique á los cuatro dias á la audiencia pontificia. Despues de muchas discusiones se determinó que se le absolveria con las condiciones siguientes: que compareceria Enrique ante los grandes de Alemania en el dia y lugar que indicase el Papa, y que responderia á las acusaciones de que habia de ser juez el Sumo Pontífice: que con arreglo á esta decision conservaria ó dejaria la corona, sin intentar jamás ninguna venganza por estos procedimientos; que entretanto no llevaria ninguna insignia de la dignidad real, ni tendria ninguna parte en el gobierno del estado sino para cobrar las rentas que exigiese la manutencion de su casa; que el efecto de los juramentos que se le habian prestado, quedaria suspenso en este intervalo; que apartaria para siempre de su presencia

á las personas que le habian dado malos consejos, y en especial á Roberto, obispo de Bamberg; que si se justificaba y conservaba la dignidad real, se mostraria siempre sujeto á la Cabeza de la Iglesia, y le ayudaria con todo su poder á corregir en su reino los abusos contrarios á las leyes eclesiásticas; y en fin, que si faltaba á alguna de estas condiciones seria nula la absolucion, se le condenaria irrevocablemente, y quedarian los grandes en plena libertad para elegir otro Soberano.

Aceptó Enrique todas estas cláusulas, y firmó el papel en que se estendieron, y aseguró su observancia con los juramentos mas terribles. Quiso tambien el Papa que los mediadores del tratado fuesen garantas de él, y juraron todos sobre las santas reliquias, excepto el abad de Cluny que por razon de su carácter empeñó sencillamente su palabra en presencia de Dios. Tomadas todas estas precauciones, fue absuelto el Rey, y despues celebró el Papa el santo sacrificio de la misa. Concluida la consagracion, llamó al penitente y á sus antiguos cómplices, tomó en la mano el cuerpo de nuestro Señor, y habló en estos términos: „Me habeis acusado de que he usurpado la santa Sede, y de que he cometido antes y despues de mi entrada en el pontificado unos delitos que me hacen indigno de este puesto sagrado. Aunque estoy bastante justificado con la virtud de los autores de mi promocion, y con el testimonio de los que han presenciado toda mi conducta desde mi infancia, sin embargo para disipar hasta las menores sombras, sea

en este momento el cuerpo de Jesucristo una prueba de mi inocencia, ó si estoy culpado, entre solamente en mi seno para darme la muerte.” Dichas estas palabras, dividió la santa hostia y consumió la mitad á vista del pueblo, el cual dió mil gritos de alegría y de bendicion.

Imponiendo despues silencio, dijo al Rey (1): „Haz, hijo mio, si quieres, lo que me has visto hacer. Los señores alemanes te imputan una porcion de delitos que te escluyen para siempre, no solo de la comunion de los fieles, sino tambien de toda funcion civil y política. Supuesto que temes el error de los juicios humanos, y que quieren que te sujetes á ellos; si te sientes inocente, toma esta otra mitad de la victima sagrada, y cierra así la boca á todos tus enemigos. En tal caso, nadie mostrará mas actividad que yo para reconciliarte con los grandes, y terminar de una vez las inquietudes de los ciudadanos y el escándalo de los fieles.” No esperaba el Rey este género de desafío. Sorprendido y sin saber que hacerse, retrocedió algunos pasos, habló aparte con sus confidentes, y deliberó lleno de temor y de sobresalto acerca del partido que debia tomar. Habiéndose tranquilizado un poco, respondió, que hallándose ausentes casi todos sus acusadores y los grandes del reino, darian poco crédito á todo lo que hiciese para justificarse, y que suplicaba al Papa reservase enteramente el asunto para la dieta general. Condescendió el Pontífice con la súplica del Rey, y sin embargo le

(1) Lamb. pag. 250.

dió la comunión. Le convidó tambien á comer al salir de la misa, y le trató con mucho honor. Despues de instruirle con particular cuidado en todo lo que debia observar, le envió con sus gentes que se habian quedado fuera de la fortaleza. Sin perder un momento escribió el Papa á los señores de Alemania todo lo que acababa de pasar, y les participó que estaba resuelto á ir á su pais para procurar definitivamente la paz de la Iglesia y del estado.

29. No se olvidó de disponer que quedasen absueltos los escomulgados de la comitiva del Rey, para que este Príncipe no volviese á incurrir en la escomunion comunicando con ellos. Pero luego que Eppon, obispo de Ceitz, á quien se dió este encargo, espuso á los lombardos el objeto de su legacion, se sublevaron con la mayor audacia contra el Papa, tratándole de usurpador y de simoniaco, deshonorado con homicidios, con adulterios, y con todo género de maldades, y escomulgado por todos los obispos de Italia. Añadieron, que el Rey se habia cubierto de un oprobio eterno, sujetándose á un herege que se titulaba Pontífice, abandonándolos vilmente despues que se habian declarado por él con tanto valor contra un enemigo público, y en fin, haciendo traicion á la Iglesia y al imperio. Estas violentas invec-tivas esparcidas por el pueblo, produjeron una conspiracion general contra el Rey. Fue tal el descontento que se advirtió en el espacio de muy pocos dias, que se resolvió unánimemente separar al Rey Enrique, poner en su lugar á su hijo, aunque era

todavía un niño, llevarle desde luego á Roma, y elegir allí otro Papa que le coronase Emperador y anulase todo lo que habia hecho Hildebrando.

Consternado el Rey con esta rebelion, envió todos los señores que tenia consigo para que aquietasen á los lombardos por cualquier medio que se pudiese conseguir; haciéndoles presente, que si el Rey habia procedido de aquel modo era por la necesidad urgentísima de quedar absuelto. Antes que se consumase la rebelion en Alemania, se logró evitar la de Italia; pero Enrique tuvo que sufrir los golpes mas sensibles del desprecio y de la indignacion pública. Los señores se retiraron casi todos sin despedirse, y las ciudades que estaban al paso creían hacer demasiado con no cerrarle las puertas. Por último, juzgó que el único medio de adquirir lo perdido era romper el tratado que acababa de concluir, y le rompió en efecto á los quince dias. Llamó, pues, á sus ministros y á sus confidentes escomulgados, empezó á declamar contra el Papa, y convidó á los lombardos á que concurriesen con él á vengar sus injurias comunes. Con este artificio volvió á conciliarse insensiblemente su afecto, y en muy poco tiempo tuvo á sus órdenes un ejército numeroso.

30. Al contrario, los alemanes se empeñaron mas y mas en su primera resolucion. Los duques Rodolfo, Guelfo y Bertoldo con los obispos de Maguncia, Wirsburgo, Metz y gran número de Señores convocaron á todos los demás á Forcheim, ciudad de Franconia, para el dia 13 de Marzo, y al mismo tiempo

escribieron al Papa, que supuesto que la mala fe de Enrique no le habia permitido hallarse en Augsburgo el dia de la Purificacion, no dejase á lo menos de concurrir á Forcheim para el dia que se señalaba de nuevo. Estaba todavía Gregorio en Canossa, ó en alguna otra de las fortalezas inmediatas, resuelto á no volver á entrar en Roma hasta haber efectuado el viage de Alemania. Aunque se hallaba muy bien informado de la mudanza de Enrique, le envió legados para advertirle que aun era tiempo de cumplir sus promesas, y para exhortarle á que concurriese á Forcheim, donde se decidiria su causa de un modo íntegro y definitivo por la Cabeza de la Iglesia. Disimulando el Rey por su parte, respondió que era demasiado corto el término de la citacion, atendida la multitud de asuntos mayores que tenia que despachar en el primer viage de Italia, y pidió al Papa el permiso para recibir del modo acostumbrado la corona de Lombardía; lo que rehusó Gregorio diciendo, que solo le habia admitido á la comunión de la Iglesia, y no á la dignidad real, para lo cual, añadía, era indispensable el consentimiento de los grandes.

31. Enfurecido Enrique, pero sin olvidarse jamás de su carácter disimulado, quiso apoderarse del Papa y de la condesa Matilde, y á este efecto hizo que se les propusiese una conferencia. Pero le conocian demasiado bien para caer en este lazo. Advertida oportunamente la Princesa, se retiró con el Pontífice á los desfiladeros de las montañas. Desde esta época no volvió á ver Enrique á Gregorio ni á Matilde, la cual

tuvo al Papa en su casa por espacio de tres meses; en medio de la rebelion de tantos hijos desnaturalizados, hizo donacion de todos sus estados á la iglesia romana, reservándose el usufructo durante su vida. De este modo adquirió la santa Sede un derecho á la Toscana y Lombardía, que fue para ella un manantial de turbulencias y calamidades. Esta donacion aumentó el amor de los romanos al Papa Gregorio, el cual fue recibido con una alegría extraordinaria cuando volvió á entrar en Roma por el mes de Setiembre sin haber estado en Alemania, segun lo habia resuelto (1). Pero envió legados con la comision de que representasen su persona en Forcheim, y manifestasen á los señores alemanes lo que acababa de suceder, cuidando de conservar el mejor orden posible en los asuntos, ya que Enrique no le habia dejado hacer su viage, pero sin determinar ninguna cosa definitivamente hasta que pudiese vencer los obstáculos que le impedian pasar á donde ellos estaban.

32. Reunidos ya todos los grandes, y hecha una larga enumeracion de los daños que les habia causado Enrique, y de los que debian temer todavía de un Príncipe incorregible y perjuro, respondieron á los legados que se esponia el reino á una desgracia irremediable, si no se elegia un Rey en aquella misma asamblea (2). Bernardo, abad de San Víctor de Marsella, gefe de la legacion, y célebre por su elevada virtud, dijo de acuerdo con su colega que era cardenal diácono, y se llamaba tambien Bernardo:

(1) *Cron. Cassin. lib. 3. cap. 49.* (2) *Vit. S. Greg. VII. c. 10.*

„mucho mejor seria diferir la eleccion hasta la llegada del Papa , si pudieseis hacerlo sin peligro ; pero vosotros tenéis la autoridad en la mano , y conocéis mejor que nosotros el interés del imperio.” De suerte que el atentado concebido tanto tiempo habia , y continuado con tanto ardor , inspiraba todavía temor é incertidumbre , á lo menos á los ministros de Gregorio en el momento de la egecucion. Los señores alemanes , que se presumían entonces libres , y creían que importaba no menos á su honor que á su seguridad perseverar en su primer proyecto , eligieron inmediatamente por Rey á Rodulfo , duque de Suavia y cuñado del Rey Enrique. Doce dias despues á 27 de Marzo de 1077 , dispusieron que le consagrassen los arzobispos de Maguncia y de Magdeburgo con sus sufragáneos en presencia de los legados. El duque se opuso á la eleccion con todo su poder pidiendo por lo menos una hora para deliberar , sin poder conseguir que se la concediesen , antes bien se apresuraron todos á prestarle el juramento de fidelidad. Pero él no quiso jamás asegurar la sucesion á su hijo , y declaró formalmente , que despues de su muerte elegirían los señores al que juzgasen mas digno del trono. Inmediatamente despues de su eleccion envió una embájada al Papa para darle parte de ella y prometerle obediencia.

33. Parece que temiendo los legados las consecuencias de esta determinacion funesta , habian consentido bien las disposiciones reales del Papa Gregorio , pues lejos de aplaudir este Pontífice la eleccion

de Rodulfo , declaró en una carta dirigida á todos los fieles , que no habia precedido órden ni consejo suyo para que se le elevase á la dignidad real (1). „Hemos determinado en un concilio , añadió , que si los arzobispos y obispos que le han consagrado no dan una razon suficiente de su conducta , serán depuestos de sus sillas , y Rodulfo del trono.” Por otras cartas dirigidas á sus legados y á los alemanes se vé que estaba muy distante de mirar como incontestable el derecho de Rodulfo. Quiere que queden suspensas las pretensiones de los dos competidores al trono , hasta que con el consejo del clero y de los grandes del reino pueda decidir á cual de los dos pertenece mas justamente , y manda que se resista de todos modos al que no se sujete en este punto : que no se le permita gobernar el reino : que se le escomulgue con todos sus partidarios ; y que al contrario se sostenga á aquel que obedezca , y se le confirme en la dignidad real. En medio de esta conducta tímida y tan poco consecuente , no deja de fundarse en la autoridad de San Gregorio el grande , suponiendo que este Pontífice se atribuyó la potestad de deponer á los Soberanos ; pero no alega otra prueba que el privilegio equívoco de que hemos hablado.

Los alemanes del partido de Rodulfo , mas consiguientes que el Papa , le pusieron á la vista con sorpresa y acrimonia los gravísimos males que les amenazaban por su conducta inesplicable (2) : que no por consejo de ellos ni por sus intereses , sino por las in-

(1) *Lib. 9. Epist. 28.* (2) *Hist. Bell. Sax. pag. 140.*

jurias hechas á la santa Sede habian depuesto á Enrique, y prohibido con penas terribles que se le reconociese por Rey en lo sucesivo: que por obedecer á sus órdenes habian procedido á nombrar sucesor despues de las mas maduras deliberaciones, despues de un año de anarquía, despues de haber sufrido todos los horrores de la violencia tiránica, y de las guerras civiles, la pérdida de sus bienes, la proscripcion de sus parientes, homicidios sin número, robos, incendios, la disipacion de los bienes eclesiásticos y de las posesiones de los Reyes, y la abolicion de las leyes divinas y humanas: que estos desastres no podian menos de aumentarse con su irresolucion y con su nuevo sistema diametralmente opuesto al estado en que los habia constituido; y en fin, que hallándose espuestos al furor de los lobos por haber obedecido al Pastor, no podian considerarse ya, si el Pastor se volvía contra ellos, sino como el objeto de todos los tiros de la perversidad.

Estas eficaces instancias no pudieron mover entonces al Papa Gregorio á dar ningun paso contra el Rey Enrique, pero era ya muy bastante lo que se habia atrevido á hacer en una materia en que las menores pretensiones llegan á trastornar los cimientos de los estados. Se tomaron las armas en todas las provincias contra el soberano, y Enrique por su parte no dudó que habiendo recibido de Dios el poder supremo, no podia ser privado de él por los hombres. Bajo este principio, y valiéndose de aquella habilidad y destreza que en ninguna ocasion se mani-

festaba mejor que en estos peligros estremados, reanimó los vasallos fieles que le habian quedado, y logró por lo menos levantar una barrera formidable delante del trono que se le disputaba. Se dieron tres batallas sangrientas entre los vasallos de una misma corona, y padecieron estos un sin número de calamidades. En la tercera que se dió en Fladenheim, ciudad de Sajonia, á 27 de Enero de 1080, fue Enrique enteramente derrotado por Rodulfo, y tuvo que escapar á uña de caballo. El vencedor envió al momento la noticia á Roma, á donde llegaron los embajadores cuando se estaba celebrando el concilio ordinario de cuaresma. Disipadas las incertidumbres de Gregorio VII con el buen éxito de las armas de Rodulfo, pronunció inmediatamente la condenacion definitiva, y por desgracia tan famosa, de Enrique IV, Rey de Germania (1).

34. Dirigiendo en ella la palabra á los Santos Apóstoles se esplica en estos términos: „los obispos y los señores ultramontanos, informados de que el Rey no cumplia sus promesas, y desesperando de su correccion, han elegido sin mi consejo (y os pongo por testigo de ello) han elegido por su Rey á Rodulfo, duque de Suavia, el cual se ha encargado á pesar suyo del gobierno del reino, declarando que estaba pronto á obedecerme en todo. Al contrario Enrique habiéndome suplicado al principio que le diese auxilio contra Rodulfo, y lisongeándose despues con la esperanza de triunfar por sus propias fuerzas, ha despre-

(1) Tom. 10. Conciliar. pag. 381.

ciado mi autoridad y mi mediacion, sin embargo de que prometí hacer justicia, y ha impedido las conferencias que habia yo propuesto para este fin. Ahora pues vosotros que debeis juzgar á los ángeles, cuyos esclavos son los hombres soberbios, vosotros que tenéis la potestad de atar y desatar en el cielo: sepan los Reyes y los Príncipes del siglo que podeis tambien dar y quitar los imperios, los reinos, los principados, los ducados, los marquesados, los condados, y todo género de bienes; y no se atrevan á despreciar las órdenes de vuestra Iglesia." Fundado de buena fe en estas máximas peligrosas, vuelve el Papa á escomulgar á Enrique y á sus fautores, le quita los reinos de Alemania é Italia, transfiere el de Alemania á Rodolfo, y concede á todos los alemanes que le sean fieles, la absolucion de sus pecados, con la bendicion de San Pedro y San Pablo en esta vida y en la otra. „Egérzase de tal modo vuestra justicia en Enrique, continúa, que no tenga ninguna fuerza en los combates, que no gane en toda su vida ninguna victoria, y conozcan todos que su ruina no es casual, sino que procede de vuestro poder: confúndale Dios con sus cómplices para atraerlos á la penitencia."

35. Imitando Enrique la conducta de Hildebrando, no supo contenerse en los límites de la moderacion; y luego que tuvo noticia de la sentencia fulminada contra él, reunió diez y nueve obispos en Maguncia el mismo dia de Pentecostes (1). En virtud

(1) *Chron. Usperg. ann. 1080.*

de las cartas de estos acudieron precipitadamente á Brijen, ciudad del Tirol, treinta obispos y muchos señores alemanes é italianos, depusieron del pontificado á Gregorio VII, y eligieron en su lugar á Guiberto de Ravena, que tomó el nombre de Clemente III. El decreto de su eleccion, dado á 25 de Junio, está lleno de injurias atroces contra Gregorio, el cual por desgracia dió motivo á algunos de los cargos que se le hacian, y entre otros el de haber perturbado el imperio cristiano, encendido la discordia, y ocasionado un sinnúmero de homicidios, sacrilegios é incendios. Despues de esta eleccion se restituyó Enrique á Sajonia, y Guiberto pasó á Italia revestido de las insignias de la dignidad Pontificia.

36. Fue acometido el Rey á la orilla del rio de Eloter, cerca de Mersburgo, quedó derrotado su ejército, y se apoderaron de su bagage las tropas de Rodolfo, las cuales adquirieron grandes riquezas; pero cuando estaban ya cantando cánticos de acciones de gracias en el campo de batalla, recibió Rodolfo una herida mortal en el vientre, con lo que se acabó su alegría y todos los frutos de su victoria. Habiéndole cortado tambien la mano derecha, se miró este golpe como un castigo por haber violado el juramento hecho á un Soberano.

Quando supo Gregorio el atentado de Guiberto, dió á entender que miraba con el mayor desprecio á una faccion desesperada que se desacreditaba con sus propios escesos. Anunció á los pueblos su próxima ruina, y representó esta conspiracion insensata como

materia de un triunfo mas glorioso para la Iglesia, y como medio para conseguir una correccion mas egemplar de los abusos, fijando además un término preciso, en el cual prometió ir con mano armada á castigar á los impíos en sus atrincheramientos, y libertar de su furor á la iglesia de Ravena. Pero luego que llegó la noticia de la muerte del Rey Rodolfo, quedaron consternados todos los romanos, y le comunicaron una parte de sus temores. La estrecha union que contrajo inmediatamente con Roberto Guiscardo y con los normandos de Italia despues de haberlos escomulgado tantas veces, no bastó para tranquilizarle. Roberto, á quien dió la investidura con la obligacion de pagarle anualmente doce dineros por cada yugada, debia defenderle con todo su poder que era muy respetable en Italia, pues se estendia á los ducados de la Pulla, Calabria y Sicilia. Pero por otra parte las tropas de la condesa Matilde habian sido derrotadas en Lombardía el mismo dia en que murió el Rey Rodolfo, de modo que hallaba Enrique des-
 embarazado el camino de Roma, y además de esto tenia á su favor á todos los lombardos, y pocos obstáculos que temer por parte de los alemanes, los cuales estaban en el mayor desórden y consternacion. Los propios vasallos de Matilde se rebelaban contra ella, y trataban abiertamente de locura su adhesion al Papa; viéndose esta Princesa casi reducida á la dura alternativa de abandonar á Gregorio, ó de perder sus estados.

En estas críticas circunstancias, la mayor parte

de los dependientes del Papa le exhortaron á que se reconciliase con el Rey Enrique, y parece que descendió en algun modo con sus deseos, pues escribió á Altmano, obispo de Passau y su legado en Alemania, que advirtiese á los que manifestaban mas ardor por la libertad de la Iglesia que no se precipitasen para dar un trono que pedia costumbres egemplares y muchas cualidades eminentes, y le exhortó á que buscase á los que eran adictos al Rey Enrique, y los recibiese como hermanos (1). „En cuanto á los eclesiásticos, somos de dictámen (le dice) á causa de los disturbios de las provincias y de la escasez de buenos operarios, que los sufrais segun su estado actual, moderando el rigor de las leyes canónicas.”

37. Antes de todos estos desgraciados efectos de la deposicion de Enrique, cuya serie nos ha parecido que no debíamos interrumpir, se tomó en consideracion en el mismo concilio en que el Papa dió la sentencia contra él, la antigua disputa renovada dos años antes entre el arzobispo de Tours y el obispo de Dol en Bretaña. Habiendo concedido el Papa en el año 1073 el palio al obispo de Dol, cuyos predecesores habian estado por espacio de dos siglos en la posesion del título de arzobispos, y de la jurisdiccion sobre los obispos de Bretaña, dirigió sus quejas á Roma el arzobispo de Tours. Le respondió Gregorio, que habia creído deber conceder aquella gracia provisional á los señores del pais, que se ofrecian á

(1) *Lib. 11. Epist. 10. et 33.*

acabar con los abusos de la investidura, y del dinero que se daba por las órdenes episcopales; pero que la dignidad de la iglesia de Tours se hallaba conservada por las mismas letras de la concesion, en que habia insertado la cláusula; *sin perjuicio de los derechos del arzobispo de Tours.* „Por lo cual (concluía el Papa) *debeis esperar con resignacion el exámen y la decision de esta causa, la que terminaremos lo mas pronto que nos sea posible.*” Habiendo concurrido dos años despues al concilio de Roma los interesados, se quiso proceder al exámen de sus derechos respectivos. El arzobispo de Tours probó claramente por las bulas y breves de muchos Papas, que la Bretaña debia reconocerle por su metropolitano. El obispo de Dol no presentó ninguna prueba sólida. Sin embargo, como alegase que habia dejado en su palacio un documento perentorio, le concedió el Papa una próroga, y prometió enviar legados para que juzgasen la causa en el mismo lugar á que era relativa, lo que se verificó efectivamente en el pontificado de Gregorio VII, aunque sin terminar esta larga contienda, la cual no quedó concluida hasta el año 1095 en el concilio de Clermont, en el que obligó el Papa Urbano II al obispo de Dol á sujetarse con todos los bretones al arzobispo de Tours, y á darle satisfaccion por la desobediencia anterior. ⁽¹⁾.

38. Pero el concilio de Gregorio VII terminó la causa de Manasés de Rems, condenado el año precedente en un concilio que celebró en Leon el le-

(1) *Can. 7. pag. 589.*

gado Hugo, obispo de Dié. Se habia hecho odioso aquel arzobispo por su intrusion simoniaca, por la disipacion de los bienes de su iglesia, por las exacciones y vejaciones con que molestaba á sus clérigos, por la usurpacion de las abadías, y por el abuso que hacia de las censuras para satisfacer su pasion. Era de familia noble; pero solo lo demostraba en la altivéz, en el tono imperioso, en el amor del fausto y en la familiaridad con los grandes, despreciando á los eclesiásticos, y olvidándose con respecto á ellos hasta de los principios de la urbanidad, de la humanidad y de la decencia. No se avergonzaba de manifestar públicamente el disgusto que le causaban sus funciones, ni de que en el episcopado solo le agradaba el fausto, las delicias y la opulencia. Sin embargo, se atrevió á recurrir al Papa, el cual tuvo la indulgencia de prorogarle el plazo que se le habia señalado para justificarse.

Muchas variaciones semejantes, bastante difíciles de conciliar con el carácter de Gregorio VII, pero que fueron indispensables en este Pontífice á causa de la calamidad extraordinaria de los tiempos, dieron lugar á la carta siguiente que le escribió el legado Hugo: „No continúe vuestra Santidad esponiéndonos á recibir afrentas. No ignoramos que los reos á quienes hemos condenado acuden inmediatamente á Roma, donde lejos de tratarlos con el rigor que convendria, se aumenta su audacia con una indulgencia ruinosa.” Al mismo tiempo que escribia Hugo de esta suerte, enviaba á la santa Sede cuatro ó cinco obis-

pos de las Galias que acababa de condenar en Poitiers, en un concilio que nos ha dejado algunos cánones instructivos. Se encuentra en él la prohibición de que reciban los clérigos la investidura de los legos, y de que tengan muchos beneficios, como también de que los abades y los monges impongan penitencias sino por comisión de los obispos. Se estableció también en este concilio que los abades y los arciprestes recibiesen el orden del presbiterado, y que los arcedianos recibiesen el diaconado, ó perdiesen su beneficio.

39. Celoso Hugo de la observancia de los cánones, se había grangeado mucho tiempo antes la estimación del Papa Gregorio, el cual creyó que debía señalar las primicias de su pontificado con la elevación de aquel canónigo de Leon al episcopado (1). Giraldo, obispo de Ostia y legado de Alejandro II en Francia y Borgoña, supo al pasar por Dié que el obispo Lanceliu era simoníaco: le citó, y el reo condenado ya por su propia conciencia, se mantuvo encerrado en el palacio episcopal, resuelto á defenderse en él á mano armada. El legado convocó el clero á la iglesia con los principales ciudadanos. Estando ya reunidos, entró á hacer oración en la misma iglesia Hugo que pasaba por Dié para ir en peregrinación á Roma. Repentinamente se oyeron grandes gritos á favor de aquel piadoso peregrino, que creían enviado por la Providencia para reemplazar al obispo indigno, cuando buscaban un su-

(1) *Chron. Hug. Flav. pag. 194.*

cesor que ocupase su silla. Cogieron á Hugo en la misma disposición en que se hallaba, y á pesar de la resistencia que opuso le presentaron al legado, el cual, interpretando la voz del pueblo como si fuese la del mismo Dios, le obligó por la autoridad de la santa Sede á aceptar la dignidad episcopal. Restituido á Roma el legado, dió parte de esta elección al Papa Gregorio que acababa de suceder á Alejandro. Poco después llegó el mismo Hugo, que no tenía más órdenes que la primera tonsura. En menos de tres meses le confirió el Papa todas las órdenes, y al punto le envió á gobernar su pueblo. Algun tiempo después le nombró por legado suyo en Francia, donde este hombre animado de un celo ardiente se empleó con todo su poder en el restablecimiento de las leyes canónicas. Últimamente fue elevado á la silla honorífica de Leon.

40. En esta ciudad pronunció en nombre del Papa la sentencia de condenación contra Manasés de Rems (1). Entre el gran número de enemigos del reo, ó por mejor decir de vengadores celosos de su Iglesia, eran los dos más temibles un eclesiástico llamado Manasés como él, y un doctor de la escuela de Rems, llamado Bruno. Era este natural de Colonia, canónigo de San Cuniberto en la misma ciudad, y recomendable desde entonces por su doctrina, por su virtud y por aquellas ideas de perfección que le movieron después á instituir el único orden antiguo, en que no han tenido todavía entrada el espíritu del si-

(1) *Chron. Vird. pag. 205. = Tom. 10. Concilior. pag. 390.*

glo y la relajacion. La vida del sacerdote Manasés no habia sido siempre tan irreprochable como la de Bruno; pero despues de haber adquirido por medios poco canónicos el deanato del cabildo de Rems, reparó sus faltas con un valor no menos glorioso que la inocencia: hizo dimision de su dignidad en manos del legado Hugo, y solo se portó en lo sucesivo como un defensor sincero de la fe y de la disciplina, lo que fue causa de que veinte años despues se le elevase á la misma silla de Rems. El arzobispo Manasés creyó que le seria mas fácil corromper á su juez que á semejantes acusadores, y así luego que se vió citado al concilio de Leon, envió diputados, por cuyo medio ofreció al legado trescientas libras de oro, y á sus criados regalos proporcionados, á fin de que no se exigiese otra justificacion que la del juramento; pero el legado desechó con el horror conveniente estas ofertas perjuras.

Tomó el arzobispo el partido de quedarse en Rems, y envió una apología en que se hacia visible su mala fe aun á los menos advertidos. Envió tambien al Papa una carta escusatoria, en que no alegaba ninguna razon plausible. Se mantuvo firme Gregorio en que se le juzgase en las Galias, donde se hallarian sus defensores y acusadores con mas facilidad que en Roma, y le mandó que entretanto se retirase al monasterio de Cluny ó al de la Casa de Dios, con un eclesiástico y dos criados solamente. No habiendo egecutado nada de lo que se le habia prescrito, le declaró el papa escomulgado y depuesto sin esperanza

de volver á su antiguo estado. Queriendo Manasés mantenerse con mano armada, fue arrojado por los señores, por el clero y por el pueblo, y se retiró á los estados del Rey Enrique, donde murió sin tener domicilio.

41. Muchos grandes del siglo dieron por el mismo tiempo unos egemplos muy capaces de reparar este escándalo (1). Hugo de Borgoña, biznieto del Rey Roberto, y nieto de Roberto primer duque de Borgoña, de la familia real de Francia, despues de tres años de gobierno que le conciliaron el afecto de todo su pueblo, deseando asegurar su salvacion, y movido de los grandes egemplos de su pariente San Hugo de Cluny se consagró á Dios para siempre en esta célebre escuela de perfeccion, confirmandose en su generoso designio con el egemplo de Simon, conde de Crepi en Valois, y uno de los señores mas poderosos de Francia. La primera noche de sus bodas persuadió Simon á su esposa que se dedicase como él al Señor, y fue inmediatamente á tomar el hábito al monasterio de San Claudio de Borgoña, donde murió en olor de santidad el último dia de Setiembre del año 1082, despues de haber fundado diez monasterios. Igual egemplo de virtud dió Guido, conde de Macon, el cual se retiró á Cluny con toda su familia; de suerte que por falta de sucesores quedó reunido este condado á Borgoña, y sujeto al duque Eudon, hermano y sucesor de Hugo.

(1) *Mab. sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 373.*

Luego que supo el Papa el retiro del duque de Borgoña, culpó al santo abad de Cluny, como si hubiese preferido la ventaja de su monasterio al interés general de la Iglesia. En los tres años que reinó este Príncipe había sido constantemente el apoyo de los hombres de bien y el terror de los malos. Le estimaba particularmente el Papa Gregorio por su adhesión á la Iglesia en un tiempo en que tenía éste que sufrir tantas contradicciones; y fue tal la piedad del duque, que restituyó á la santa Sede todas las posesiones de que la habían despojado algunos antecesores suyos, y aun su mismo padre. Escribió el Pontífice en estos términos al abad de Cluny: „¿en qué habeis pensado al llevaros á vuestro monasterio un Príncipe, que resistia tan valerosamente á los impíos, que no hubiera temido morir por la verdad, y que sostenia con el mayor empeño la causa de Jesucristo y de su Iglesia? Si huyen ó buscan el sosiego los que defienden el rebaño, ya no es posible resistir á los lobos y á los ladrones. Mostraos enhorabuena poco sensible á mis inquietudes y á mi dolor; pero ¿podeis mirar con indiferencia las lágrimas de las viudas y de los huérfanos, las quejas del clero, y la ruina de las provincias y de las iglesias? Muchos monges hay que temen á Dios, pero apenas se encuentra un buen Príncipe.” Fueron ineficaces los deseos del Papa, porque el duque de Borgoña se mantuvo inflexible en su resolución. En los quince años que vivió en el monasterio fue la admiración de todos, especialmente por su humildad, para cu-

yo ejercicio se empleaba en servir á sus hermanos en los ministerios mas viles.

42. Habiendo fallecido en Normandía el venerable Herluino, abad del monasterio del Pico, le sucedió San Anselmo (1). La reputacion de Laufranco había atraído á este hombre raro desde la Lombardia de donde era natural, y donde había empezado sus estudios con mucho aprovechamiento. Los continuó con este sabio maestro, cuya amistad se granjeó muy en breve, así por su buena índole, como por su talento y disposiciones para la virtud. Antes de hacerse religioso estaba inflamado de una caridad ardiente para con sus condiscípulos, se complacia en facilitarles sus estudios, estudiaba él mismo sin intermision; y para conservar con mas seguridad su inocencia, añadía á sus trabajos los ayunos, las vigili-
 as, maceraciones extraordinarias, y un retiro inviolable. Reflexionando un dia acerca de este método de vida con una exactitud que es la mejor prueba de su buen juicio, y mucho mas de la gracia que guiaba sus pasos, se dijo asimismo, que no haria mas en el estado monástico, y que abrazándole aseguraría mejor su salvacion. Entretanto habiendo sabido la muerte de su padre, por la cual quedaba heredero de cuantiosos bienes, dudó si se consagraria á la vida solitaria, ó si seria mas acertado dedicarse á aliviar á los pobres con las riquezas que había heredado. Consultó á Laufranco, y este resolvió á fa-

(1) *Vit. per. Ddmer. ap. Bolland. die 12. Apr.*

vor de la vida monástica de acuerdo con Maurilo, arzobispo de Roan.

Solo trató ya Anselmo de elegir monasterio, y movido de una consideracion demasiado sublime para un mozo que deseaba con ansia hacerse célebre por su talento, entró en el monasterio del Pico, siendo su prior Laufranco, con el objeto de quedar obscurecido con la presencia de este grande hombre. Habiendo sido nombrado Laufranco abad de San Estévan de Caen, tres años despues le sucedió Anselmo á los treinta de su edad. Inmediatamente empezó á dar pruebas de su destreza para el gobierno. Murmuraban algunos hermanos de que hubiese sido preferido á ellos en la prelación, teniendo muchos menos años de profesion; y la defensa que opuso á esto fue aumentar su caridad, su paciencia y modestia, y tratar á todos con aquella dulzura angelical que le caracterizaba, y le hizo dueño de los corazones de sus súbditos.

Un abad, que tenia gran reputacion de virtud, se quejaba un dia en su presencia de los niños que se educaban en su monasterio. „Estamos, dijo, corrigiéndolos continuamente, y sin embargo cada vez son peores. Y cuando llegan á cierta edad, replicó Anselmo, ¿qué es de ellos? Son estúpidos, y lo mismo que brutos, respondió el abad. Ve ahí, dijo Anselmo, una educacion escelente que convierte al hombre en bruto. Pero decidme, padre abad, si despues de haber plantado un árbol, le estrechaseis por todas partes de modo que no pudiese estender las ra-

mas ni crecer con libertad, ¿dejaría de salir torcido, y no menos estéril que desagradable? Oprimiendo así á esos pobres niños, hacedis que den lugar á pensamientos tristes y á inclinaciones perversas que se consolidan con los golpes, y de aquí resulta que la misma continuacion de las correcciones los hace incorregibles, sucediendo que su corazon oprimido no es capáz de experimentar la confianza, ni las dulces impresiones de la amistad y de la caridad. Las almas fuertes se perfeccionan con los trabajos y humillaciones; pero las débiles necesitan ser convidadas con dulzura y afabilidad á la carrera de la virtud.” Penetrado de este discurso el abad se echó á los pies de Anselmo, confesando que no habia procedido con discrecion y prometiendo enmendarse.

43. La misma destreza mostraba el santo doctor en la direccion de todas las almas. Estaba tan versado en la ciencia práctica de las costumbres, que descubria á cada uno los movimientos mas imperceptibles de su corazon, el origen y los progresos de las virtudes y de los vicios, y los medios mas apropiado para corroborar aquellas y estirpar estos. No se mostró menos profundo en las ciencias especulativas. Tenia una metafisica que le era propia, y la adoptó de un modo único y singular á las verdades de la Religion, y á los testimonios de la sagrada Escritura, resolviendo por ellas muchas cuestiones de teología, obscurísimas en su tiempo y que no habian sido tratadas hasta entonces. Donde manifestó particularmente la sagacidad de su espiritu fue en la pri-

mera obra que escribió, intitulada el Monólogo, en los tratados de la Verdad, del Libre Albedrío, y de la Caída del demonio, en que esplica el origen del mal; y en la obra de dialéctica acerca de las substancias y sus modificaciones. En el Monólogo, al cual añadió despues el prólogo, buscó con las fuerzas de la razon natural las pruebas metafísicas de la existencia de Dios, de donde pasa al conocimiento de su naturaleza, y de las divinas Personas, en cuanto puede alcanzar la razon con el auxilio de la fe. En el prólogo se encuentra el descubrimiento que hizo San Anselmo relativamente al Ser Supremo, cuya existencia, dice, se establece con la sola idea de él, supuesto que siendo la existencia una perfeccion, está necesariamente comprendida en esta idea. Por estos varios escritos ha sido mirado su autor como el mejor metafísico que ha tenido la Iglesia latina despues de San Agustin.

Aunque tenia mucha inclinacion á las ciencias, no pudo satisfacerla como deseaba, á causa de los muchos asuntos que le distraían del estudio, y principalmente porque no pudiendo trabajar ya el venerable Herluino por su edad avanzada, tenia que llevar Anselmo todo el peso del gobierno. Le ocurrió el pensamiento de hacer renuncia de su priorato, y fue á Roan á consultar al arzobispo Maurilo. Este prelado estaba muy versado en el conocimiento de la vida interior y de la disciplina monástica que habia practicado en Fecamp, de donde le sacaron contra su voluntad para colocarle en la silla ar-

zobispal. „Hijo mio, dijo á Anselmo, no te dejes engañar de la indolencia, que se oculta muchas veces bajo el horror aparente de los empleos y dignidades. En mi larga carrera he visto muchos, que habiéndose retirado de la direccion de las almas, cayeron en una verdadera pereza, y en una relajacion funesta, en vez de encontrar la santa piedad, que al parecer se proponian. Por tanto, te mando en virtud de santa obediencia, que conserves tu empleo todo el tiempo que quiera tu abad. Y cuando seas llamado á un puesto superior, guárdate de resistirte. Yo sé que la Providencia no tardará en sacarte del grado en que te hallas.” Esta respuesta que causó á Anselmo una afliccion estremada, se verificó en el año 1078, en que inmediatamente despues de la muerte del abad Herluino fue elegido por sucesor suyo, sin faltarle ni un solo voto. Hizo todo lo posible para eximirse de este nuevo encargo, y si cedió al fin, fue por el temor de resistir á la orden de Dios, en vista de lo que le habia dicho el arzobispo Maurilo.

Los bienes que poseía esta abadía en Inglaterra, obligaron al nuevo abad á hacer algunos viages á aquel pais; á lo que le movia tambien en parte el amor que conservaba á su antiguo maestro Laufranco, que algunos años antes se habia visto precisado á subir á la gran silla de Cantorberi. En todos los lugares por donde pasaba Anselmo le recibian con distincion, no solo los religiosos, las religiosas y el clero, sino tambien los condes, las condesas y los señores

mas poderosos del reino. Sabia, como el apóstol, hacerse todo para todos; se acomodaba á su genio y á sus modales, en cuanto podia egecutarlo religiosamente; y no hablaba con el tono severo de un doctor, sino con el language fácil y afectuoso de un padre que busca la verdadera felicidad de sus hijos. Se tenia por feliz cualquiera que le oía: las personas mas distinguidas eran las que con mayor ansia anhelaban por esta dicha, y no habia en Inglaterra ningun sugeto medianamente condecorado que no creyese desmerecer para con Dios, si no hacia algun favor al abad del Pico. El mismo Rey Guillermo el conquistador, que trataba con tanto imperio á los ingleses, era tan afable para Anselmo, que delante de él parecia otro hombre.

44. Por el mismo tiempo sostenia Guillermo con firmeza sus derechos contra las potestades mas respetables. Gregorio VII que deseaba conservar los que juzgaba ser propios del Papa, escribió á este Príncipe una carta llena de elogios, con el fin de inclinarle á que accediese á sus pretensiones (1). Le alaba especialmente por su amor á la justicia, y por su fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones de un Príncipe religioso, en lo cual, le dice, creemos que entre los Reyes sois el que mas os distinguís. Despues de esto le hace algunas reconvenções sobre su negligencia en enviar el dinero de San Pedro, y le propone que preste juramento de fidelidad á la iglesia romana (2). Guillermo respondió claramente que

(1) *Lib. 1. Epist. 70.* (2) *Lib. 4. Epist. 17.*

concedia el primer artículo, y negaba el segundo. „Si la colecta, añade, se ha hecho con negligencia por espacio de tres años, ha sido porque entonces me hallaba yo en Francia. Ahora que estoy en mi reino, os envio lo que se ha recogido en virtud de mis órdenes. Lo demás irá muy pronto. En cuanto al juramento de fidelidad, jamás he querido ni quiero hacer lo que no veo que lo hiciese ninguno de mis predecesores.” Quejábase tambien el Papa de que el Rey de Inglaterra no permitia á sus obispos que fuesen á Roma, y en particular de que no habia ido Laufranco en los nueve años que llevaba de arzobispado: por lo cual mandó á este prelado, pena de suspension, que se presentase en aquella capital en el término de cuatro meses. Respondió el arzobispo con modestia y firmeza, que en ningun lugar se apartaria del afecto y respeto que profesaba al Sumo Pontífice, pero que no desobedecería al Rey, de quien habia solicitado en vano el permiso para ponerse en camino. Aunque el Papa no quedó satisfecho, creyó que no convenia insistir en estos objetos delicados con un Príncipe del carácter de Guillermo.

45. Estendió Gregorio su solicitud pastoral hasta las estremidades del Norte (1). „Estamos tanto mas obligados á cuidar de vos (escribió á Olaf, Rey de Noruega) cuanto reinando al extremo del mundo, tenéis menos facilidad para instruir á vuestros pueblos, y consolidarlos en la Religion. Como la diferencia de lenguas aumenta estos obstáculos, os suplicamos

(1) *Lib. 6. Epist. 13.*

que enviéis á la corte apostólica algunos jóvenes nobles de vuestro pais, para que instruidos á fondo en la ley de Dios, puedan llevar y esparcir entre vuestros vasallos la ciencia de la salvacion." Tambien escribió á Canuto Erieson, Rey de Suecia, pidiéndole que enviase á Roma algunos obispos ó algun otro eclesiástico sueco, hombre capáz, y que pueda, dice, darnos idea de las costumbres de vuestra nacion, é instruirse en nuestros usos y leyes, para la santificacion de sus compatriotas.

46. Boleslao, llamado el cruel, habia sucedido en Polonia al Rey Casimiro su padre, que se casó con la hija del duque de Rusia, obteniendo dispensa para dejar la vida monástica. Despues de la muerte de este Principe, que habia correspondido á las esperanzas de sus vasallos, se hizo su hijo generalmente odioso por su libertinage y su inhumanidad. Habiéndole reprendido muchas veces en público y en secreto San Estanislao, obispo de Cracovia, creyó por último que debía escomulgarle. Se enfureció Boleslao, y le mató por su propia mano, cuando acababa de celebrar el santo sacrificio de la misa el dia 8 de Mayo de 1079 (1). Se refieren muchos milagros que se hicieron en su sepulcro; y fue colocado en el número de los santos mártires por Inocencio IV el año 1252.

47. La iglesia de Armenia ofreció un nuevo campo al celo del Papa Gregorio. El arzobispo Armenio de Sinnada en Frigia se quejó al Sumo Pontífice por

(1) *Bolland. die. 7. Maji.*

medio de un sacerdote llamado Juan, de que un tal Maquero, arrojado del pais por herege y refugiado en Roma, habia pretendido hacer creer en esta ciudad, que sus errores eran la doctrina de los armenios. Hizo Gregorio varias diligencias para prender á aquel calumniador herético; pero quiso tambien asegurarse perfectamente de la fe de los armenios, á cuyo fin exigió que el arzobispo le enviase una exposicion circunstanciada de la creencia y de los ritos de su iglesia, que aceptase formalmente los cuatro primeros concilios generales, y condenase al herejarca Dióscoro.

Ocupaba entonces Nicéforo Botoniate el trono de Constantinopla. En 1077, esto es, dos años antes, habian tomado la púrpura él y Nicéforo Brienne, sostenidos por dos facciones contrarias; pero Botoniate, ausiliado de los turcos, se presentó inmediatamente en la capital del imperio, obligó á sus habitantes á que le abriesen las puertas, é hizo su entrada en ella á 25 de Marzo de 1078. El dia 3 de Abril siguiente fue coronado, no por el patriarca Cosme, como lo aseguran algunos modernos, sino por Emiliano, patriarca de Antioquia, pero con el consentimiento del clero de Constantinopla y del senado. Miguel Parapináceo que habia incurrido en el desprecio del público, ocupándose únicamente en diversiones y en tráficos sórdidos, huyó con su familia al palacio de Blanquernas, donde enviaron á buscarle con un mal caballo para llevarle á que tomase el hábito en el convento de Estudio, de donde le

sacaron despues para hacerle arzobispo de Éfeso. Derrotado Brienne por Alejo Comneno, general de Botioniate, fue llevado á Constantinopla, donde le sacaron los ojos. Tuvo un hijo de su mismo nombre, el cual escribió despues la historia griega de su tiempo. Nicéforo Botioniate era de una edad muy avanzada, y naturalmente afeminado. Habiéndose puesto en manos de dos esclavos que le indispusieron con Alejo, vistió este la púrpura en el mes de Marzo de 1081, y fue coronado el primer dia de Abril del mismo año. Botioniate se retiró á un monasterio donde tomó el hábito, y murió poco despues.

48. El imperio de occidente estaba aun mas agitado que el de oriente. Gregorio VII no desistia de sus aprensiones, antes bien procuraba acreditarlas en todas partes con sus cartas, en las cuales se fundaba únicamente en la dignidad del poder eclesiástico, sin atender jamás á la naturaleza de los objetos que son propios de su inspeccion. Porque un simple exorcista tiene imperio sobre los ángeles malos, infiere rigurosamente que con mucha mas razon se estiende la autoridad pontificia á los Reyes y á los reinos, y llega á decir que los buenos cristianos, de cualquier clase que sean, siendo miembros de Jesucristo, son mas dignos de ser tenidos por Reyes que los Príncipes malos, que son esclavos de Satanás: de donde se seguiria que á los malos no debemos reconocerlos por Príncipes; proposicion que trastorna todo el orden público, supuesto que se puede aplicar igualmente á los prelados eclesiásticos. Haciendo despues

Gregorio la aplicacion de sus máximas, añade que hay pocos santos y muchos pecadores entre los Reyes, y que al contrario la santa Sede santifica á los que la ocupan; con cuyo motivo cita la apologia del Papa Símaco, hecha por el diácono Eunodio á principios del siglo sexto. En ella se dice, que habiendo transmitido San Pedro á sus sucesores el derecho de heredar la inocencia, no se debe dudar que es santo el que es elevado á una dignidad tan santa. Es de admirar que esta estraña paradoja se pudiese entender seriamente en tiempo de Gregorio VII, porque si la santidad de casi todos los Papas antiguos pudo darla anteriormente alguna especie de probabilidad, debia haberla perdido despues que hubo en el siglo décimo Pontífices malos que dieron los mayores escándalos.

No solo tenia Gregorio VII por máxima general que la potestad temporal estaba sujeta á la espiritual, sino que creía tambien tener títulos particulares para sujetar á su obediencia la mayor parte de los estados. Porque los Emperadores de occidente no tomaban este nombre hasta que habian sido coronados por los Papas, pretendia que les daba verdaderamente el imperio con la corona imperial, siendo esta quizá la única razon en que se fundó para no poner jamás los años de los Emperadores en la fecha de sus cartas, como lo habian hecho sus predecesores, á lo menos hasta treinta años antes de su pontificado. Bajo este principio estendia sus pretensiones al reino de Alemania que tenia anexo el título de Emperador.

En cuanto á los reinos de Inglaterra, España, Francia, Cerdeña, Dalmacia, Hungría, Dinamarca y el pais de los rusos, vemos en varias cartas de este Pontífice que un homenaje religioso tributado á la santa Sede por algun Soberano, una colecta transformada en tributo, ó un monumento equívoco y tal vez apócrifo, le bastaba para erigirse en señor absoluto de tantas naciones diversas (1).

49. Pero mientras él trabajaba de este modo en aumentar el poder y el número de sus partidarios, se valia el Rey Enrique de unos medios mas decisivos. El año 1081, á principios del mes de Marzo, pasó los montes con un ejército, y el 22 de Mayo víspera de Pentecostes, se presentó delante de Roma, acompañado del Antipapa Guiberto. Los romanos le cerraron las puertas, y las defendieron con mano armada (2). Por otra parte no cesó de inquietarle la condesa Matilde, y le trastornó todos sus planes con motivo de las plazas inconquistables que tenia en muchos parages. Por esta razon, y quizá mas principalmente por los movimientos que se suscitaron en Alemania, se vió precisado el Rey á retirarse sin haber hecho nada.

50. A 9 de Agosto siguiente, los sajones y los demás alemanes sublevados contra Enrique, tuvieron una dieta, y eligieron por Rey á Herman de Luxemburgo, que fue coronado en Goslar á 26 de Diciembre del mismo año por el arzobispo de Maguncia (3). No

(1) *Lib. 7. Ep. 4. Lib. 8. Ep. 18. et 23. Lib. 11. Epist. 10. 13. 23. 51. et 74.* (2) *Act. Greg. VII. ap. Boll.* (3) *Bettold. ann. 1081.*

habiendo podido Enrique evitar este golpe, volvió á entrar furioso en Italia, tuvo sitiada ó bloqueada la ciudad de Roma durante la primavera y casi todo el verano, hasta que le obligaron los calores á abandonar su empresa. Se habia esparcido la voz de que el Rey Herman iba á llevar socorro al Papa, y en efecto llegó con este designio hasta Suevia. Volvió, pues, Enrique á Lombardia, dejando guarnicion en algunos castillos de los mas internados, bajo las órdenes del Antipapa, el cual le facilitaba de este modo la libre entrada en las cercanías de Roma, é hizo grandes estragos en todo el pais. Entretanto habiéndose restituido Herman á Sajonia, por exigirlo así las circunstancias, renovó Enrique las hostilidades y se halló bajo los muros de Roma en la primavera del año siguiente 1083. Pero como estas violencias no producian otro efecto que el de aumentar el valor de los romanos, tampoco adelantó nada en esta expedicion.

51. Disimulando entonces su furor, recurrió á sus artificios ordinarios, y procuró atraer á su partido al santo abad de Cluny, que se hallaba en Italia con otros muchos santos personages, diciendo que queria recibir la corona imperial de mano del Papa Gregorio, y dando muestras de arrepentimiento por su conducta pasada. Se entabló una negociacion, y se convino en celebrar un concilio, prometiendo recíprocamente observar sus decretos, pero aprovechándose el Rey de esta suspension corrompia con regalos y con amenazas á los diferentes órdenes del pue-

blo, cansados todos en extremo de un sitio que duraba casi sin interrupcion tres años habia.

En este tiempo viéndose Alejo Comneno fuertemente estrechado en Grecia por los egércitos de Roberto Guiscardo, escribió al Rey Enrique pidiéndole que le llamase la atención por otra parte, y le envió ciento cuarenta y cuatro mil sueldos de oro, con cien piezas de escarlata. Se sirvió Enrique de estas riquezas para corromper enteramente al pueblo de Roma, el cual le abrió por último las puertas y el palacio de Letran, donde entró á 25 de Marzo con el Antipapa Guiberto, y el 26 hizo que le entronizasen. El día de Pascua, 31 del mismo mes, recibió la corona imperial de mano de su Papa. Inmediatamente pasó á sitiar al Papa Gregorio que se había retirado al castillo de Sant-Angelo; pero le fueron tan fieles la mayor parte de los nobles romanos que no permitian á Enrique ni á Guiberto ir á la iglesia del Principe de los Apóstoles, y aun habia en medio de Roma varias fortalezas que estaban por Gregorio.

52. No podia menos de ceder este Papa, si no recibia algun auxilio extraordinario (1). Dos años habia que no cesaba de instar á Roberto Guiscardo ocupado en pelear contra los griegos, para que fuese á libertarle. Sentia el valeroso normando dejar unos enemigos que le proporcionaban grandes conquistas. Pero sabiendo el apuro á que se hallaba reducido el Papa y cumpliendo con fidelidad las obligaciones que ha-

(1) *Gaufr. de Malater. lib. 3. cap. 33.*

bia contraido de mirarle como á su señor, y de portarse siempre como un hijo afectuoso para con la iglesia romana, dejó á su hijo Boemundo con una parte de su egército para continuar la guerra de Grecia, y pasó á Italia con el resto de sus tropas. Estaba personalmente irritado por la amistad del Emperador Enrique con Alejo, y por la imprudencia de los lombardos que se habian jactado sin ningun discernimiento de que arrojarían de Italia á los normandos luego que hubiesen acabado con el partido del Papa Gregorio. Apenas desembarcó en Otranto el duque Roberto se dirigió á Roma, á donde llegó á principios del mes de Mayo del año 1084 (1).

53. Enrique, que no se hallaba en estado de resistirle, se habia retirado ya hácia la Lombardia desde donde quiso que experimentase los efectos de su despecho la condesa Matilde, sin ninguna consideración á los vínculos de la sangre, los cuales parecia que le inspiraban un odio mas implacable; pero habiendo ocurrido nuevas turbulencias en Alemania se vió obligado á pasar á aquel pais sin pérdida de tiempo. Estando los lombardos en guerra con la animosa Matilde, no tuvo Roberto mas enemigos que los romanos sublevados contra el Papa, y aunque le opusieron alguna resistencia, los venció sin gran dificultad, permitiendo á la tropa el saqueo para castigar su traicion. Al momento sacó al Papa del castillo de Sant-Angelo, le restableció en el palacio de Letran, y habiendo salido de Roma redujo en poco tiempo

(1) *Bertold. ann. 1084.*

á la obediencia de Gregorio gran número de castillos y ciudades.

54. No fueron mas felices los cismáticos en Toscana ni en Lombardia. Hicieron una invasion tan repentina en los estados de Matilde, que sorprendidos sus vasallos apenas pudieron reunir alguna gente. San Anselmo, obispo de Luca y director de la Princesa, suplió la escasez de la tropa con el valor que supo inspirarla (1). Tenia tan gran reputacion de sabiduría y de santidad que se creía no poder errar ni dejar de recibir las bendiciones del cielo en las cosas que se emprendian por consejo suyo. En realidad tenia tal delicadeza de conciencia que por haber recibido del Principe, aunque con la aprobacion del Papa, la investidura de su obispado, fue á Cluny á abrazar la vida monástica, conservando toda su vida el hábito de monge, y no volvió á egercer las funciones episcopales hasta que se lo mandó espresamente el Papa Gregorio. Fue tal su desinterés que teniendo el mayor influjo con su Soberana vivió siempre pobre y no pensó en enriquecer á los suyos. Desechaba con indignacion los regalos á veces de mucha consideracion que le ofrecian con el objeto de conseguir mercedes de la Princesa. „Si es injusto lo que piden, decia, seré yo cómplice de su injusticia; y si es justo, seria un robo obligarlos á comprar lo que les es debido.”

Envió su penitenciario á los combatientes para darles su bendicion, para absolverlos particularmente de

(1) *Vit. S. Anselm. sæc. VII. Bened. part. 2. pag. 471.*

las censuras en que pudiesen haber incurrido, y para instruirlos de qué modo y con qué intencion debian pelear, á fin de que sus trabajos y peligros sirviesen para la espiacion de sus pecados. Dieron la batalla con tanto denuedo que á la primera acometida volvieron la espalda los cismáticos. Hicieron prisioneros muchos señores, con un sin número de soldados, y cogieron una cantidad prodigiosa de caballos, armas y bagages; pero lo mas asombroso y que se miró como un efecto visible de la proteccion del cielo fue que no podian contarse los cismáticos que habian quedado en el campo de batalla, y que entre todos los católicos no hubo mas que tres hombres muertos, y pocos mas heridos: lo que abatió considerablemente el partido opuesto al Papa Gregorio, y redujo á su obediencia una multitud infinita de penitentes. Para reconciliarlos y suplir en todo lo demás la falta de obispos católicos, que eran muy raros en Lombardia, fue instituido Anselmo legado de la santa Sede en toda esta provincia.

55. Como habia aun mucha fermentacion en Roma y no podia detenerse allí Roberto Guiscardo, aconsejó al Papa que se retirase á Monte-Casino, donde estaria con mas quietud y seguridad. Siguió Gregorio este consejo, y pasó despues de algun tiempo á Salerno, donde se hallaba en la primavera del año 1085, cuando fue acometido de una enfermedad que desde luego tuvo por incurable. Los obispos y los cardenales que estaban á su lado le suplicaron que designase un sucesor capaz de defender á la Iglesia en

el estado de desolacion en que se hallaba; y él les respondió: que la eleccion no podia menos de ser acertada siempre que recayese en el cardenal Didier, abad de Monte-Casino, el cual le sucedió efectivamente, ó en Oton, legado y obispo de Ostia, que fue tambien Papa con el nombre de Urbano II; ó bien en el legado Hugo, arzobispo de Leon. Como Oton estaba en su legacion de Alemania, y Hugo en las Galias, aconsejó principalmente Gregorio que se eligiese á Didier, el cual habia ido á ver al Papa luego que tuvo noticia de su enfermedad.

Como en vista de los principios y de los procedimientos asombrosos de Gregorio habia algunas inquietudes, que no se le pudieron ocultar, acerca de su conciencia y del destino próximo de su alma, levantó los ojos al cielo y dijo (1): *subiré á él, y no cesaré de encomendaros á Dios.* Procuraron sostenerle en esta esperanza con la memoria de lo que habia hecho y padecido por la Iglesia. „Hermanos míos, replicó, de lo que menos caso hago es de mis trabajos. El único motivo de mi confianza consiste en que he amado la justicia y aborrecido la iniquidad.” Le preguntaron si antes de comparecer en el tribunal del Juez Supremo queria usar de indulgencia con aquellos á quienes habia anatematizado, á lo que respondió: „excepto Enrique, Guiberto y sus principales fautores, no menos obstinados que ellos, doy la absolucion y mi bendicion á todos los demás, si creen que tengo esta potestad apostólica.” Inmediata-

(1) *Silg. ann. 1085.*

mente entró en una dulce agonía, y habiendo repetido: *he amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por esto muero yo desterrado*, espiró el domingo 25 de Mayo.

Como unos sesenta años despues mandó el Papa Anastasio IV que le pintasen con la laureola y el título de Santo en un oratorio de San Nicolás. En 1577 Marco Antonio Colona, arzobispo de Salerno, halló su cuerpo entero é incorrupto con los ornamentos pontificales. Por fin, en 1584 hizo insertar su nombre Gregorio XIII en el martirologio romano. Las obras de Gregorio VII pintan mejor su carácter que todas las reflexiones que pudiéramos añadir á esta materia delicada. De lo que hemos dicho hasta ahora, ya sea elogiándole ó censurándole, lo que se puede inferir mas juiciosamente es, que si los errores ó las preocupaciones no quitan siempre delante de Dios el mérito de las virtudes, tampoco las virtudes y la santidad son capaces de autorizar los errores delante de los hombres (*).

(*) No puede ocultarse en todo lo que acaba de decirnos el abate Berault acerca del Pontífice San Gregorio VII, el espíritu que anima á la mayor parte de los escritores franceses despues de la célebre declaracion de 1682, y de la promulgacion de sus pretendidas libertades. Prometimos rectificar en algun modo las ideas que esta narracion hace concebir, y creemos no poderlo verificar mejor que siguiendo al muy sabio y piadoso conde de Maistre. „Los historiadores del tiempo de Gregorio VII (dice este ilustre escritor) aun aquellos cuya patria podia hacer inclinar al lado de los Emperadores, han hecho plena justicia al grande Hildebrando. Uno de ellos (Lambert de Archaffembourg) dice, que

56. El famoso Roberto Guiscardo, que habia dado la libertad á este Pontífice, murió poco despues digno de su reputacion y de su fortuna, cuyo único autor habia sido él mismo. Habiendo nacido en Nor-

era un hombre profundamente instruido en las santas Escrituras, y brillante en toda especie de virtudes. Otro (Othon de Frisinga cuyo testimonio no puede ser sospechoso) dice, que en su conducta hacia ver á los hombres todas las virtudes que su boca les enseñaba; y Fleury que, como se sabe, no adulaba á los Papas, no puede menos de reconocer que Gregorio VII fue un hombre virtuoso, nacido con un gran valor, educado en la mas severa disciplina monástica, y lleno de un ardiente celo para purgar la Iglesia de los vicios de que la veía infecta, y particularmente de la simonía y de la incontinencia del clero. Gregorio, pues, no presumía demasiado de sí mismo, cuando atribuyéndose con la íntima confianza de su fuerza, la mision de instituir y regular la soberanía europea, y jóven aun en esta época, y en el ardor de la edad, escribía estas palabras memorables: *Nosotros cuidamos, con la asistencia divina, de dar á los Emperadores, á los Reyes y á los otros Soberanos las armas espirituales que necesitan, para apaciguar entre ellos las tempestades furiosas del orgullo. Es decir, yo les enseño que un Rey no es tirano. ¿Y quién sino él, podria habérselo enseñado?*

Pero se opone á su santidad y sabiduría que escitó y promovió el choque de las dos potestades. Es cierto que el principio de este choque debe fijarse en el hecho por el que Gregorio VII depuso á Enrique IV, y declaró libres á sus súbditos del juramento de fidelidad; mas, ¿de qué otra manera podia haber procedido el santo Pontífice? El no omitió medio alguno con el Emperador Enrique para no llegar al último extremo: su conducta en sus circunstancias está á cubierto de toda justa censura, y es necesario cerrar los ojos á la luz, ó estar muy poseído de una suma aversion contra los Sumos Pontífices, para acriminarle. En primer lugar, San Gregorio VII tenia el egeemplo de San Gregorio II respecto del Emperador Leon Isáurico, el del Papa San Zacarías consultado por los grandes del reino de Fran-

mandía en la clase de simple caballero sin mas bienes que su espada, su habilidad y su grandeza de alma, dejó á sus dos hijos Rogerio y Boemundo un estado floreciente, siendo respetado de los italianos

cia sobre la substitution de Pipino á Chilperico; suceso en el que se vé el reconocimiento comun de que al Papa tocaba declarar las obligaciones de conciencia de un pueblo cristiano hácia su Príncipe, y los límites de un juramento de fidelidad; el de San Gregorio III, Estévan II y San Leon III, que transfirieron los estados de Italia y la dignidad imperial á la corona de Francia, viendo el abandono que hacia de ellos Constantino Coprónimo. En segundo lugar, el santo Pontífice tenia á su favor el testimonio de todos los buenos católicos, por quienes, segun testifican Mariano Scoto en su *Crónica* al año 1075, Lamberto de Snafburg, y otros escritores contemporáneos, fue aplaudido su proceder, contándose entre ellos los Santos Anselmo de Cantorberi y Anselmo de Luca.

Es tambien notorio que el santo Papa no procedió á tomar esta determinacion extrema sino con el consejo y aprobacion de muchos concilios; de los que pueden verse en Labbé (tom. 12) el tercero, séptimo, octavo y décimo romanos. La misma autoridad por la que se culpa á Gregorio VII, ha sido egercida despues de él por cinco concilios ecuménicos, á saber: el tercero y cuarto de Letran; el de Leon de 1245, el quinto de Letran, y aun el de Trento hablando de los duelistas. ¿Cómo pues puede acusarse á Gregorio de temeridad é imprudencia? ¿Dónde está la imprudencia en seguir una opinion entonces generalmente recibida, y aun reconocida por los mismos contra quienes se procedia? Padre comun de los fieles, consultado en un caso de conciencia por estos, ¿debía negarles su dictámen ó juicio? ¿qué mejor medio podia tomar, que consultar á un concilio de obispos? ¿que el recurrir á los estados, ó llámese dieta de la nacion, y á los electores del imperio de quienes era el primero y la cabeza? ¿Con cuánta mas imparcialidad y moderacion proceden y hablan los protestantes sensatos! Oigamos al célebre Muller: «Gregorio, dice (Viages de los Papas 1782), firme y constante

que miraban con zelos sus progresos, infundiendo terror á los sarracenos y haciéndose temible hasta en lo mas remoto del oriente, donde fue de los primeros que ilustraron el nombre francés.

57. Diez meses despues de la muerte del Papa Gregorio murió tambien San Anselmo de Luca á 18 de Marzo, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria (1). Estaba desterrado de su iglesia muchos años habia de resultas de la rebelion de su clero que abrazó el cisma de Guiberto y recibió un nuevo obispo de mano del Rey Enrique. Se hallaba en Mántua cuando conoció que estaba cercana su muerte. En medio del torbellino mas impetuoso de los negocios y contradicciones, jamás perdía de vista las verdades eternas. Era tan amado de los buenos eclesiásticos como insufrible á los que no querian revestirse del espíritu propio de su estado. Solia decir que querria mas que la iglesia no tuviese clérigos ni monges que

como un héroe, prudente como un senador, celoso como un profeta, austero en sus costumbres, se aprovechó con valor de las circunstancias de los tiempos: fundó la gerarquía y la libertad del imperio: unió á los eclesiásticos desunidos; sacó del polvo á millares de hombres que no tenían otra fuerza que la palabra; y suavizó el yugo que los francos habian impuesto á las provincias alemanas. Vergüenza da que los enemigos jurados de Roma hayan de enseñar á muchos católicos á venerar y á conocer á sus Pontífices. El que, con un pleno conocimiento del estado del mundo entonces, no ame y respete como un héroe á San Gregorio VII, no ama la Religion. Véase el conde Maistre en su obra del Papa, y Muzarelli opúsculo sobre la vida y hechos de Gregorio VII.

(1) *Vit. S. Anselm. cap. 4. et 6.*

verlos desarreglados. Rodeado en sus últimos momentos de los discípulos que le habian sido fieles, les dió su bendicion, encargándoles que perseverasen en la pureza de la fe y en la santa unidad, despues de lo cual espiró tranquilamente. El autor de su vida, fue su penitenciario y estuvo siempre á su lado por espacio de muchos años, refiere algunos milagros que hizo San Anselmo mientras vivió, y otros en mayor número que se hicieron en su sepulcro. Este santo obispo fue siempre muy adicto al Papa Gregorio, cuyos procedimientos trató de justificar con sus escritos: nuevo argumento de que la santidad de los hombres no prueba nada en favor de la verdad de su doctriua, ni aun de la exactitud de sus racionios. En efecto, ¿cómo se podrá conciliar lo que este santo prelado, admirador de Gregorio VII, y uno de los mas celosos defensores de la autoridad pontificia, dice con motivo de un decreto de Nicolao II, contrario á las máximas de Gregorio: á saber, que Nicolao ni ningun concilio pudieron revocar los decretos de los concilios generales?

58. En vista del voto de Gregorio VII que aun despues de su muerte era decisivo en la Iglesia, se hicieron las mas eficaces y continuas instancias al abad de Monte-Casino, para dar cumplimiento á las intenciones de aquel Pontífice (1). Pero en el espacio de cerca de un año, en que no se cesó de representar á Didier la Silla de San Pedro, abandonada como un navío sin piloto á las tempestades mas peligrosas, no

(1) *Chron. Cass. lib. 3. cap. 68.*

fue posible determinarle á que tomase en la mano su timon. Viendo por último los que estaban encargados de elegir el nuevo Pontífice, que el Antipapa Guiberto se aprovechaba de esta vacante, y que nada se adelantaba con Didier, se valieron de otros medios mas seguros que el de la persuasion. Ya no le hablaron de pontificado, y duró tanto la disimulacion que se le dió motivo para pensar que los electores habian puesto los ojos en otro. Se juntaron despues en Roma los cardenales y los obispos, y llamaron al abad de Monte-Casino, el cual habia prometido que ya que no se creía en disposicion de poder gobernar la Iglesia, la serviria en todo lo demás que dependiese de él. Se puso en camino sin ningun recelo, y llegó el dia 23 de Mayo, víspera de Pentecostes. En el mismo dia se le repitieron las súplicas que tantas veces se le habian hecho sin conseguir el objeto á que se dirigian. Se echaron á sus pies los prelados, y muchos de ellos acompañaron esta demostracion con lágrimas. Pero él se negó invenciblemente á condescender con sus deseos, protestó que jamás consentiria en admitir la dignidad que le ofrecian, y dijo que se encerraria en su monasterio, sin volver á tomar ninguna parte en los asuntos de la Iglesia. Duraron las instancias hasta la noche sin adelantar nada, y los prelados se volvieron á sus casas llenos de desconsuelo.

59. El dia siguiente que era la Pascua de Pentecostes, volvieron todos muy de mañana á hacerle las mismas instancias, pero persistió en su negativa con

tanta firmeza que perdieron la esperanza de vencerle, y faltó poco para elegir al obispo de Ostia, á quien proponia Didier en su lugar. Sin embargo, habiendo exclamado un cardenal que jamás consentiria en semejante cosa, como si fuese inspirada su perseverancia redujo á los demás á su primer designio. Inmediatamente se ponen al lado de Didier los obispos, los cardenales, el clero de segundo orden y los ciudadanos de todas clases, procediendo en esto de comun consentimiento, le cogen por fuerza y le trasladan á la iglesia de Santa Lucía, donde le eligen por Papa segun las formalidades canónicas y le dan el nombre de Víctor III. Le vistieron de la capa encarnada, á pesar de su resistencia, pero no pudieron ponerle el alba. Cuatro dias despues escitaron en Roma tales alborotos los partidarios del Emperador Enrique, que se vió precisado el nuevo Papa á salir de la ciudad, con todos los que se habian declarado á su favor. Luego que llegó á Terracina, dejó la cruz, la capa y las demás insignias del pontificado, sin que fuese posible estorbárselo ni persuadirle á que volviese á ponérselas. Estaba resuelto á pasar en peregrinacion el resto de sus dias, queriendo mas vivir de este modo que aceptar una dignidad tan gravosa. No obstante, se restituyó á Monte-Casino, donde vivió un año entero sin dejarse ver de nadie. Habiendo sido arrojado el Antipapa Guiberto de la iglesia de San Pedro, de la que se apoderó violentamente, fue consagrado en ella el Papa Víctor á 9 de Mayo de 1087, con las ceremonias de estilo, en medio de las aclama-

ciones del pueblo y del clero. El duque de Calabria, Rogerio hijo de Roberto Guiscardo, y Jordan, Príncipe de Cápua, ayudaron poderosamente á los prelados á sostener y á persuadir á Víctor, el cual temió por último incurrir en la ira de Dios, si abandonaba mas tiempo á la Iglesia dejándola espuesta á continuar en los terribles males que padecía. Despues de haber estado en Roma como unos ocho dias, volvió otra vez á Monte-Casino, pero considerándose ya encargado del régimen universal de la Iglesia.

60. El mismo dia en que fue consagrado el Papa Víctor, llegaron á Bari, ciudad de la Pulla, las reliquias de San Nicolás de Mira, conducidas por algunos comerciantes de la misma ciudad, que las habian robado, creyendo honrarse con esta accion, la cual seguramente no tuvo nada de heroica (1). Aunque estas reliquias eran muy célebres en oriente y aun en occidente, como se vé por los martirologios de Adon y de Usuardo, estaban fiadas al cuidado de solo tres monges en una iglesia del pais de Mira, situada en un parage casi desierto. Desembarcaron los comerciantes italianos en una costa inhabitada con cuarenta y cuatro hombres que sacaron de sus navíos, se internaron hasta la distancia de tres millas, y consumaron su robo piadoso, sin haber hallado la menor resistencia. Los habitantes de Mira, pueblo situado encima de un monte á una milla de la iglesia en que descansaban las reliquias, no supieron que se las habian llevado hasta que estaban ya en alta mar. Al

(1) *Sur. die 9. Maji.*

momento acudieron á la orilla bien provistos de armas; pero solo pudieron dar vanos testimonios de furor y de desconuelo, cosas que se llevaba el viento con los robadores de su santo tesoro. Luego que llegó este á Bari, hubo un concurso prodigioso de las ciudades y pueblos inmediatos, y despues de toda Italia y de los demás paises de occidente. En el primer dia hubo mas de treinta personas que sanaron de todo género de enfermedades, y muy en breve fue imposible contar estos milagros, segun refiere el arcediano Juan que habia sido testigo de ellos, y escribió poco despues la historia de esta traslacion. La gran celebridad del culto de San Nicolás en todo el occidente desde aquella época es por sí sola una prueba irrefragable de las maravillas que allí se hicieron.

61. En este mismo año fallecieron dos santos personajes, honrados por la Iglesia con culto público. El primero es San Arnulfo, obispo de Soissons, que murió en el monasterio de Outtemburgo, fundado por él mismo en Flandes (1). Habia nacido en Brabante de padres nobles, y al principio se distinguió en el egercicio de las armas. Favorecido desde entonces con las bendiciones del Señor, se negó á varios matrimonios honoríficos que le propusieron con grandes posesiones; y con pretesto de pasar á la corte de Francia, abandonó su pais, y fue á abrazar la vida monástica á San Medardo de Soissons. Algun tiempo despues se constituyó en el estado de recluso, con el permiso de su abad. En este retiro austero no

(1) *Séc. VI. Bened. part. 2. pag. 528.*

comia mas que un poco pan de cebada, ni tenia mas bebida que el agua; estaba á cielo descubierto de dia y de noche, y observaba un silencio tan riguroso que estuvo tres años y medio sin hablar, esto es, hasta que le sacaron de su reclusion, para que se encargase del gobierno de la abadía. Luego que le mandó su obispo Thibaldo tomar el báculo que le habian destinado los monges, pidió por escrito (temiendo quebrantar el silencio) que se le concediese espera hasta el dia siguiente á fin de examinar despacio la voluntad de Dios. Se condescendió con sus deseos; pero se le pusieron guardas de vista para que no huyese aprovechándose de las tinieblas de la noche; y habiéndose dormido los que le guardaban, saltó las tapias y huyó á las cercanías de Leon, donde supo que le buscaban con grande anhelo, y descubriendo al mismo tiempo un lobo se puso á seguirle, figurándose que aquel animal silvestre le alejaria seguramente de los hombres. Pero sucedió todo lo contrario, porque yendo detrás de la guia feróz que habia elegido, se acercó á Soissons por caminos desconocidos, y no tardó en ser descubierto. Conociendo entonces la voluntad de Dios, rompió el silencio y se rindió á los deseos de sus hermanos.

Muy en breve manifestó su talento extraordinario para el gobierno. En poco tiempo volvió á poner el monasterio que estaba casi arruinado en el mejor pie, así en lo espiritual como en lo temporal. Como tenia disposicion para todo, y habia sido anteriormente gran soldado, exigió el Rey Felipe que le acom-

pañase á la guerra con los vasallos de la abadía, segun la costumbre antigua. El santo quiso mas bien dejar el báculo, que volver otra vez al tumulto del siglo despues de haberle renunciado, y abrazó de nuevo la vida de recluso; donde se ilustró con todas las virtudes propias de aquella profesion, y aun con grandes obras de caridad, con prodigiosas conversiones con el espíritu de profecía y con milagros brillantes. Esto era San Arnulfo cuando le arrancaron segunda vez de la soledad, para colocarle en lugar del intruso Ursion, despues de la muerte del obispo Tibaldo, en la Silla de Soissons. Se le obligó al humilde Arnulfo á presentarse, pena de excomunion, en el concilio de Meaux, donde el legado Hugo le mandó en virtud de santa obediencia, que aceptase el obispado. Al ponerse en camino para Soissons, envió á decir á la Reina Berta que le habia suplicado pidiese al cielo que le diese hijos, que estaba embarazada de un niño que se llamaría Luis, y sucederia al Rey su padre. Complióse puntualmente la prediccion con el nacimiento de Luis el Gordo, verificado en aquel mismo año, que era el de 1087. Algun tiempo antes habia profetizado el santo á la misma Princesa, la cual desterró á Geraldo, abad de San Medardo, que seria desterrada del reino, y moriria llena de afliccion y de vilipendio: lo que se cumplió con menos prontitud; pero con igual puntualidad, como veremos mas adelante.

Tantas virtudes y dones maravillosos no bastaron para hacer que Arnulfo viviese con mas tranquilidad

en su Silla; porque si bien su pueblo y todas las personas estimables de su clero le manifestaban la mas perfecta adhesion; pero el usurpador Ursion, protegido por el Rey, se mantuvo en la posesion de la Silla, y el obispo legítimo se vió reducido á establecerse en el castillo de Ouchi, en la misma diócesis, donde egercia sus funciones mediante la proteccion de Tibaldo, conde de Champaña. En el año 1084, pasó á Flandes de orden del Papa, con una comision tan delicada, que nadie se habia atrevido á encargarse de ella. Tratábase de interceder con el conde Roberto, Príncipe violento y celosísimo de conservar su dominio, á favor de algunas personas acusadas de conspiracion contra él; y no solo aplacó el santo á aquel Príncipe terrible, sino que restableció la concordia y la caridad cristiana entre unos pueblos tan acostumbrados al derramamiento de sangre que se mataban los parientes mas cercanos por las menores desavenencias. Entonces fundó un monasterio de monges Benedictinos en Outtemburgo. En el mismo año volvió á su diócesis para atender al gobierno de ella; pero como continuase atormentándole el Rey Felipe, renunció un obispado en que no podia hacer ningun bien, y fue á encerrarse en su antigua celda de recluso, para pensar únicamente en la muerte. Habiéndose renovado en Flandes los desórdenes al cabo de dos años fueron las principales personas de la ciudad de Outtemburgo en un monge de aquel monasterio á suplicarle que los socorriese. No pudo negarse á sus instancias y á sus lágrimas;

pero cayó enfermo á los siete dias de su llegada, y murió á las tres semanas. Lo que no habia podido conseguir de los flamencos por medio de sus palabras, lo logró con la elocuencia muda de sus reliquias, las cuales les representaron vivamente todo lo que les habia dicho acerca de la felicidad de servir al Señor en paz.

62. San Canuto, Rey de Dinamarca, el mismo, segun se cree, á quien se da el nombre de Acon en las cartas de Gregorio VII mereció ser colocado entonces en el número de los mártires por el celo de la fe, que fue causa de su muerte (1). Con el objeto de estender la Religion mas bien que de hacer conquistas, continuó las expediciones de su padre contra los bárbaros que habitaban al oriente del mar Báltico. Despues de haber acabado con los reinos de Curlandia, Sembria y Estonia, se aplicó principalmente á establecer el reinado de la justicia y el esplendor de la Iglesia. A fin de conciliar á los obispos la veneracion de los pueblos, en quienes tiene tanto influjo el lustre exterior, los igualó con los duques que formaban el primer orden del estado. Eximió al clero de la jurisdiccion secular, y permitió á los jueces eclesiásticos imponer castigos por los delitos contra la Religion, atribuyéndoles el conocimiento esclusivo de estos asuntos. Quiso tambien que se pagasen los diezmos; pero esta providencia causó una revolucion general, y los señores de quienes esperaba mayor fidelidad, fueron sus mas peligrosos ene-

(1) *Bell. Sax. lib. 2. pag. 194.*

migos. Se vió precisado á huir á Sleswick, y despues á la isla de Fionia, donde estando oyendo misa, como lo tenía de costumbre todos los dias, fue acometido por los rebeldes. Viendo que echaban abajo las paredes, llamó un sacerdote, se confesó con grandes sentimientos de penitencia, y luego se postro delante del altar con los brazos en cruz. En esta postura recibió mil heridas sin hacer el menor movimiento. Los milagros que se hicieron en su sepulcro, manifestaron muy pronto su santidad. Fueron tales que no pudiendo negarlos los autores de su muerte, y no queriendo confesar su delito, dijeron que se habia santificado por medio de la penitencia en los últimos momentos de su vida.

No se debe confundir á este Santo Rey con su sobrino el duque Canuto, tambien mártir, á quien honra la Iglesia el 7 de Enero. La Reina Adela, viuda del Rey Canuto, se retiró con su hijo Cárlos á los estados de su padre Roberto el Frison, conde de Flandes. Heredó Cárlos este condado, en el cual se mostró digno de la sangre de los santos que circulaba por sus venas, y mereció ser colocado tambien en el número de aquellos que reciben culto público de la Iglesia. Algunos cronologistas de buena nota refieren la muerte del Rey Canuto al año 1086.

63. La muerte de Guillermo el Conquistador hizo tanta sensacion en el mundo cristiano, que no era posible se dudase de la época en que sucedió (1). Habia entrado en Francia este Príncipe para vengar-

(1) *Oderic. lib. 7. pag. 655.*

se del Rey Felipe por una chanza que se le escapó contra él, y aun dió en efecto una leccion eternamente memorable á todos los Príncipes burlones. Habiendo preguntado Felipe, á causa de la gordura excesiva de Guillermo, que le obligaba á estar mucho tiempo en cama ¿cuándo se levantaba despues de su parto? „Por el esplendor de Dios (dijo Guillermo) que sabrá cuando me levanto, al ver la luz funesta de las hachas encendidas que le he de llevar.” Cumplió su palabra, entró inmediatamente en Francia, lo incendió todo, consumió las viñas y las mieses, y deteniéndose algun tiempo en la ciudad de Mante, redujo á cenizas la Iglesia de nuestra Señora y algunos reclusos, cuyas celdas estaban contiguas á ella. Al momento fue acometido de la enfermedad que le quitó la vida, y luego que calmó su furor, creyó que era un castigo de sus atrocidades. Mandó que le llevasen á Roan, donde Guiberto, obispo de Lisieux, y Goutardo, abad de Jumiega, que eran sus médicos, le anunciaron que le faltaban muy pocos dias de vida. No pudo menos de gemir cuando oyó una noticia tan fatal. Sin duda temia poco este héroe á la muerte, pues la habia arrostrado tantas veces en los combates; pero le estremecia el juicio terrible del Señor, al cual iba á presentarse antes de haber hecho penitencia.

Sin embargo, trajo á la memoria los grandes sentimientos que jamás habia perdido, aunque no siempre los puso en práctica. A fin de espiar, en cuanto se lo permitian las circunstancias, los pecados que

habia cometido, legó sus tesoros á las iglesias y á los monasterios, y en particular mandó dar una cantidad considerable de dinero al clero de Mante, para reedificar las iglesias que habia quemado en la última guerra. Hecho esto confesó, detestó públicamente los escándalos de su conducta, y recibió el santo viático con vivas demostraciones de arrepentimiento. Despues concedió la libertad á todos los prisioneros, escepto Odon hermano suyo uterino, obispo de Bayeux. Le pidieron que no hiciese una escepcion que podria dar motivo para sospechar algun resentimiento. Pero Guillermo, digno del trono, hasta la última hora de su vida supo distinguir entre la casa del Rey y sus intereses personales. „Vosotros me pedís, dijo, por un obispo que es la deshonor de la Religion, y por un sedicioso que luego que se vea en libertad volverá á ser el azote del reino.” No obstante cedió á sus ruegos, no por un vano escrúpulo, cuya debilidad era incompatible con el carácter de este grande hombre, sino porque veía que era inútil insistir en su empeño, y que despues de su muerte no dejaria de quedar libre un cautivo tan ilustre.

Quiso evitar Guillermo, en cuanto estuviese en su mano, todo motivo de disturbio, disponiendo él mismo de sus estados. Tenia tres hijos, que eran Roberto, Guillermo y Enrique. Roberto se habia revelado muchas veces, y estaba á la sazón en la corte del Rey de Francia: Guillermo y Enrique permanecian con su padre. Aunque era Roberto el primo-

génito no se le dió mas que el ducado de Normandía; á Guillermo que era el menor de los tres se le adjudicó el reino de Inglaterra, y á Enrique se le dieron pensiones, con una cantidad considerable de dinero. Tomando despues el Rey la palabra delante de todos, y proponiendo á sus hijos lo que debian imitar en su conducta; „Yo he honrado siempre á la Iglesia, dijo con un tono muy patético, y jamás he vendido las dignidades eclesiásticas. Al contrario, he creído que una de mis obligaciones mas principales era la eleccion de prelados. Ahí teneis á Laufranco, arzobispo de Cantorberi, y á Anselmo, abad del Pico, entre otras tantas personas piadosas y sabias, á quienes he constituido en dignidad. Los llamaba de todas partes para tenerlos á mi lado, y me gobernaba por sus consejos. Mis padres habian fundado en Normandía nueve abadías de monges y una de religiosas; y gracias á Dios han florecido mas y mas en mi reinado, y mediante mis beneficios. Tambien he confirmado gratuitamente todas las donaciones que han hecho mis barones á la Iglesia, así en Inglaterra como en Normandía. Desde que soy duque, se han edificado diez y siete monasterios de hombres y seis de mugeres, en los que se sirve al Señor con edificacion. Estas son las mas seguras fortalezas de la Normandía. Defendedlos de la impiedad, así como ellos os defienden de los insultos del infierno.” Algunos momentos despues de este discurso, oyó tocar á prima en la catedral, y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo: me encomiendo á nues-

tra Señora la Santísima Virgen María madre de Dios, y la suplico me reconcilie con su hijo. Diciendo estas palabras espiró.

Así murió á los sesenta años de su edad el mayor Príncipe de su siglo, de una fuerza y de una estension de espíritu rara en todos tiempos, muy amante de la justicia celoso del buen orden, tan enemigo del latrocinio, que llegó á esterminarle de sus estados, y de tan buen carazon que supo conciliar la magestad y soberanía del imperio con la cordialidad y la dulzura de la amistad. Honró y protegió constantemente á la Religion, siendo en este punto segun le representa el discurso que se acaba de oír. Dócil hasta la muerte á las lecciones de Laufranco, temia tomar la menor parte en el cisma que continuaba desolando la Iglesia.

64. El Antipapa Guiberto era dueño de la mayor parte de Roma, y habitaba en medio de la ciudad, en la Iglesia de la Rotunda. Entretanto manifestando la condesa Matilde la misma adhesion al Papa Víctor que á su predecesor, pasó á Roma, y envió á Monte-Casino á convidar al Pontífice á que fuese á tratar con ella de los medios de dar la libertad á la Iglesia. A pesar de su quebrantada salud, no quiso Víctor perder una ocasion tan favorable, y el dia de San Bernabé celebró la misa en la Basilica de San Pedro, de la cual era todavía dueño el Pontífice legítimo, como tambien de la isla del Tíber, en donde se estableció, del barrio de Transtiber ó Trans-tevere al otro lado del rio, del castillo de Sant An-

gelo, y de las ciudades de Ostia y de Porto. Tenia á su favor la mejor parte de la nobleza y casi todo el pueblo, lo que no impidió á los partidarios del Antipapa hacer el dia 28 de Junio algunas tentativas contra la iglesia de San Pedro, las que á la verdad les fueron infructuosas; pero interrumpieron el culto divino; de suerte que la fiesta del Príncipe de los Apóstoles fue tan tumultuosa, que no se pudo celebrar en su iglesia ningun oficio de dia ni de noche.

65. Se aumentaron las inquietudes con la noticia de que el famoso legado Hugo, arzobispo de Leon, uno de los tres sugetos destinados por Gregorio VII para sucederle, se habia declarado contra la eleccion de Víctor (1). La larga resistencia del abad Didier dió motivo á Hugo para concebir algunas esperanzas de su propia eleccion, las que habiéndose desvanecido, ocupó su ánimo el mas furioso despecho. Así degenera con demasiada frecuencia la virtud de aquellos ardientes promotores de reformas, y de aquellos que muestran un celo inquieto por todas las buenas obras brillantes que solo sirven de ocultar el gusano del amor propio para que roa sordamente su fruto. Tal es por lo menos la sospecha que se concibió contra Hugo en vista de sus invectivas, pues publicó contra Víctor unas calumnias que no tenian ni aun sombra de verosimilitud, atendida la constante humildad de aquel Pontífice, pero que contribuyeron á aumentar las turbulencias, y á confirmar á los cismáticos en su rebelion.

(1) Chron. Virg. pag. 233.

66. No menos indiferente Víctor á las injurias que á los elogios, solo trató de la exaltacion de la Iglesia, de cuyo gobierno se le habia obligado á encargarse, siendo el que á pesar de los desastres que la afligian en su centro, concibió el proyecto de echar por tierra el coloso del poder musulman. (1). Despues de confirmar la excomunion del Emperador Enrique, de acuerdo con los cardenales y obispos, reunió un ejército de casi todos los pueblos de Italia, les dió el estandarte de San Pedro con la esperanza de obtener el perdon de sus pecados, y marcharon con intrepidez al África. Desembarcaron cerca de Mehedía, derrotaron cien mil sarracenos, y se apoderaron de la ciudad. En el mismo dia llegó la noticia á Italia: lo que se tuvo por milagro. Sin embargo, no vemos que esta expedicion tuviese por entonces grandes resultados; pero enseñó á los occidentales lo que de un esfuerzo, animado por la religion, podian prometerse contra los infieles. Esta fue la primera fermentacion que no tardó en armar por siglos enteros al occidente contra el oriente.

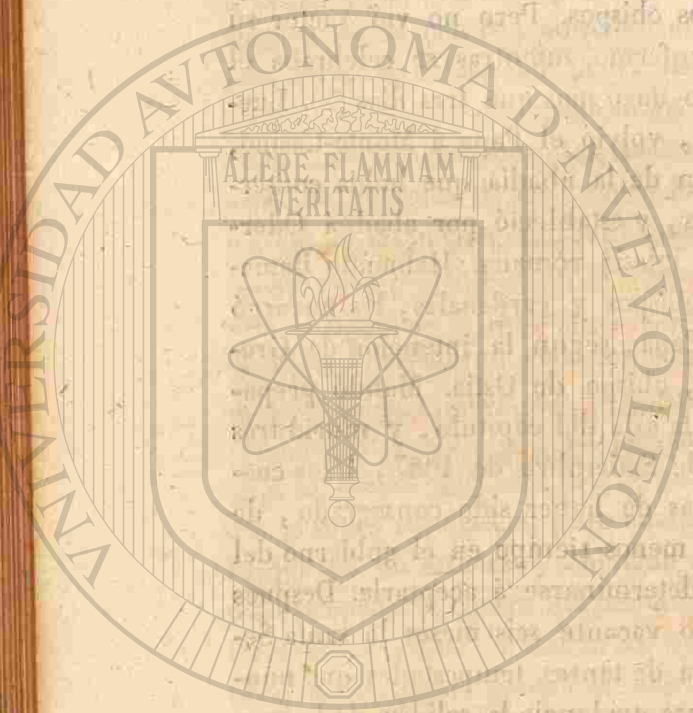
67. A fin de refrenar al propio tiempo las turbulencias que conmovian la iglesia romana y que eran causa de que no pudiesen congregarse los prelados, se trasladó á Benevento para celebrar un concilio. Despues de pronunciar en él la sentencia de deposicion y de anatéma contra Guiberto, escomulgó tambien como á cismáticos á Hugo de Leon, y á Ricardo, abad de Marsella, su cómplice, y en se-

(1) *Chron. Cass. lib. 3. cap. 69.* = *Bertold. ann. 1088.*

guida prohibió generalmente, pena de anatéma, á los legos dar la investidura de los beneficios, y á los eclesiásticos recibirla.

68. Estos decretos fueron confirmados por la autoridad de todos los obispos. Pero no vió Víctor su egecucion. Cayó enfermo mientras se celebraba el concilio, el cual no duró mas que tres dias (1). Luego que se concluyó, volvió el Papa á Monte-Casino, donde hizo dimision de la abadía que habia conservado hasta entonces, y estableció por abad á Odercio, diácono de la iglesia romana. Habiendo llamado despues á los obispos y cardenales, les encargó que eligiesen por Papa, segun la intencion de Gregorio VII, á Oton, obispo de Ostia. Mandó preparar su sepulcro en la sala del capítulo, y murió tres dias despues á 16 de Setiembre de 1087, á los cuatro meses y seis dias de haber sido consagrado, de manera que empleó menos tiempo en el gobierno del pontificado que en determinarse á aceptarle. Despues de su muerte estuvo vacante seis meses la santa Sede, y fue combatida de tantas tempestades que nunca se conoció con mas evidencia la solidéz de la basa en que está fundada.

(1) *Chron. Cass. lib. 3. cap. 73.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA CRONOLOGICA.

Desde el año 1024, hasta el de 1088.

PAPAS.

- CXLV.** Juan XIX, electo en 1024 ó en 1025, y muerto en Mayo de..... 1033.
- CXLVI.** Benedicto IX, consagrado en 1033, y muerto en 17 de Julio de..... 1048.
- CXLVII.** Gregorio VI, intruso en 1044, depuesto en 1046.
- CXLVIII.** Clemente II, elegido durante la cesion de Benedicto, en 1046, murió á 9 de Octubre de.... 1047.
- CXLIX.** Dámaso II, electo en 17 de Julio de 1048, y muerto á 18 de Agosto de..... 1048.
- CL.** San Leon IX, consagrado en 1048, y muerto á 19 de Abril de..... 1054.
- CLI.** Víctor II, entronizado en 13 de Abril de 1055, murió á 28 de Julio de..... 1057.
- CLII.** Estévan IX, electo á 2 de Agosto de 1057, y muerto á 29 de Marzo de..... 1058.
- CLIII.** Nicolao II, consagrado á 28 de Diciembre de 1058, y muerto á 21 ó 22 de Julio de..... 1061.
- CLIV.** Alejandro II, consagrado á 30 de Setiembre de 1061, y muerto á 21 de Abril de..... 1073.
- CLV.** Gregorio VII, consagrado á 22 de Abril de

Concilio de Roma, 1065, sobre los grados de consanguinidad relativamente al matrimonio. A la obstinacion de los que se opusieron á estas decisiones, se dió el nombre de heregía de los incestuosos.

Concilio de Constantinopla, 1066, celebrado por el patriarca Juan Jiflino contra los matrimonios incestuosos.

Concilio de Spalatro en Dalmacia, 1069, en que Mainardo, legado de la santa Sede, prohibió á los dalmatas el uso de la lengua esclavona en el oficio divino; sin embargo de lo cual siguen todavía este uso; pero es necesario advertir que el Esclavon de la liturgia es muy diferente del vulgar.

Concilio de Ausa, 1070, cuya fecha demuestra que en el pais de Leon se empezaba entonces el año, como en otras muchas provincias, desde el día 1º de Enero, ó desde Navidad.

Concilios de Roma, 1074 y 1075, en que Gregorio VII dió decretos severos contra la simonía, la incontinenia de los clérigos y las investiduras.

Concilio de Winchester, 1076. Hay quien asegura haberse mandado en él, que los sacerdotes rurales no estuviesen obligados á despedir las mugeres que tenian en su casa, sino á no recibir otras en lo sucesivo.

Concilio de Roma, 1076, el primero en que se hubiese tratado de ofender la soberanía de los Príncipes. En él fue escomulgado, anatematizado y privado del reino Enrique IV, Rey de Germania; y sus vasallos quedaron absueltos del juramento de fidelidad.

Asamblea de Forcheim en Franconia, 1077, en que Rodolfo, duque de Suevia, fue electo Rey en lugar de Enrique IV.

Concilio de Roma, 1079. En presencia de ciento cincuenta obispos, y de Gregorio VII hizo en él Berengario profesion de la fe de la Iglesia acerca de la Eucaristía, contra la cual volvió á escribir luego que se restituyó á Francia.

Concilio de Roma, 1080; Rodolfo, que acababa de vencer á Enrique, fue declarado verdadero Rey; y Enrique escomulgado segunda vez y depuesto del reino.

Concilio de Burgos, 1080. El Rey Alfonso VI mandó en él que se substituyese el oficio romano al gótico ó mozárabe, no obstante el duelo que se habia dispuesto con este motivo, y en que el campeon del oficio gótico venció al del romano.

Concilio de Quedlimburgo en Sajonia, 1085, en presencia de Herman de Luxemburgo, nuevo rival del Emperador Enrique VI. Se ensalzó en él de un modo exorbitante la potestad pontificia; se anatematizó al Antipapa Guiberto con otros once prelados, obispos y cardenales; se declararon nulas en cuanto á sus efectos, todas las órdenes dispensadas por los escomulgados, se mandó con penas rigurosas, que guardasen continencia todos los clérigos constituidos en las órdenes mayores, y se prohibió el uso de los huevos y del queso durante la cuaresma.

~~~~~

AUTORES ECLESIASTICOS.

Burcardo, obispo de Worms, 1026. Tenemos una copiosa coleccion de cánones hecha por él, en la que copió los defectos

de las colecciones anteriores, y sin embargo es útil por razon de su exactitud.

Fulberto, sabio y piadoso obispo de Chartres, 1029. La obra mas estimada entre todas las que escribió son las cartas en las cuales se advierte mucho ingenio, delicadeza y un estilo bastante puro, atendiendo al estado de aquel siglo.

El monge Ademaro, autor de una crónica que empieza en el año 829, y acaba en el de 1029.

Glabero, monge de Cluny, el cual vivia en el año 1045. Dejó una historia muy estimada, en la que comprende los sucesos ocurridos en Francia desde 980, hasta su tiempo; y la vida de San Guillermo de Dijon.

Herman, monge erudito de Richenon en Suevia, 1054. Además de la crónica de las seis edades del mundo, que acaba en el año 1054, se le atribuyen otros muchos libros de historia y de piedad, con los himnos *Salve Regina* y *Alma Redemptoris*.

Alfania, arzobispo de Florencia, que vivia en el año 1057, escribió poesías sobre algunos asuntos piadosos.

Miguel Cerulario, 1058. Tenemos sus cartas y tratados contra la iglesia romana, en los que se descubre mucho mas artificio que habilidad, y menos fuerza que osadía.

San Pedro Damiano, 1072. Escribió opúsculos, sermones, cartas y otras obras que forman cuatro tomos en folio. Se advierte en ellas poco gusto, pero mucha erudicion, y son muy útiles para formar la idea de la historia eclesiástica del siglo undécimo.

Teofilacto, arzobispo de Acrida en Bulgaria, 1070. Comentó

el nuevo testamento y los cuatro profetas menores.

Juan Xifilino, patriarca de Constantinopla, 1077. Además de sus decretos, tenemos de él algunas homilías. No se le debe confundir con su sobrino, el cual hizo un compendio de Dion Cassio.

San Anselmo de Luca, 1086. Tenemos de él un tratado contra el cisma de Guiberto, una coleccion de cánones, una esplicacion de los salmos y de una lamentacion de Jeremías.

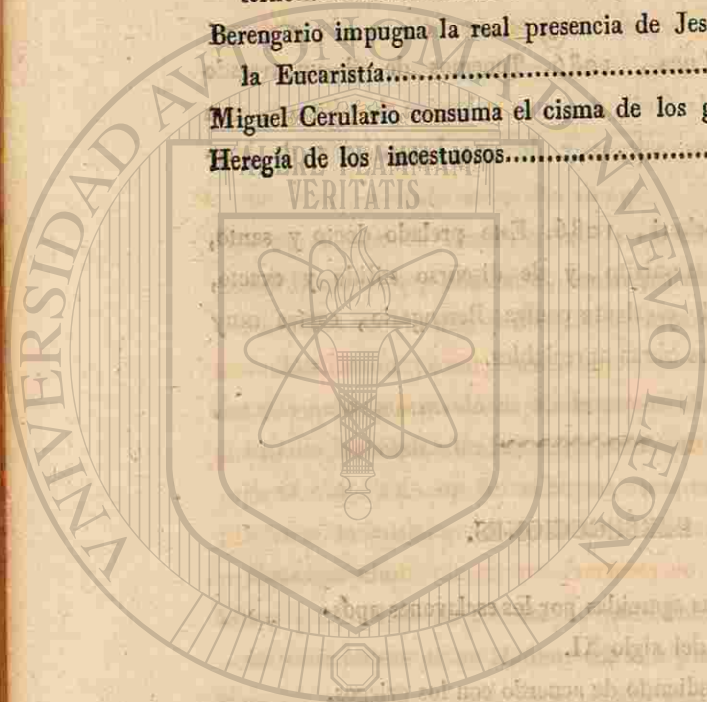
Lanfranco de Cantorberi, 1086. Este prelado docto y santo, hombre de juicio esquisito, y de discurso sólido y exacto, escribió un tratado escelente contra Berengario, cartas muy interesantes y otras obras apreciables.

#### PERSECUCIONES.

|                                                                                          |              |
|------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| Persecuciones bárbaras egercidas por los esclavones apóstatas á principios del siglo XI. |              |
| Los sarracenos, procediendo de acuerdo con los griegos, asolan la Italia.....            | 1016.        |
| Furores y escándalos de Benedicto IX desde 1033, hasta.....                              | 1048.        |
| Desórdenes y mártires en Polonia y Hungría....                                           | 1034 y 1038. |
| Persecuciones y mártires en Esclavonia.....                                              | 1065.        |
| Furores del Emperador Enrique IV contra los Papas y la iglesia romana.                   |              |

## SECTARIOS.

|                                                                          |       |
|--------------------------------------------------------------------------|-------|
| Gandulfo desecha los Sacramentos, y todo culto eterno.....               | 1025. |
| Berengario impugna la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía..... | 1050. |
| Miguel Cerulario consume el cisma de los griegos.....                    | 1058. |
| Heregía de los incestuosos.....                                          | 1065. |



## Discurso

*sobre la segunda edad de la Iglesia.*

La historia del establecimiento de la Iglesia y de sus primeros progresos, ha debido convencer de su origen divino á todo hombre recto y amante de la verdad. En efecto, procediendo con esta rectitud y amor al bien, es imposible, á no ser que se sufocuen todos los sentimientos que dicta la equidad, dejar de rendirse á las vivas impresiones de la luz que despidió constantemente la Iglesia en todo el discurso de su primera edad. El campo que acabamos de recorrer, no es sin duda alguna tan ventajoso, y á la verdad una luz tan resplandeciente no podia menos de traer en pos de sí dias nebulosos. Se necesitaban sombras en este cuadro magnífico; pero están dispuestas por una mano infinitamente sabia, y lejos de confundir sus rasgos magestuosos, contribuirán á hacer que resalten mas y mas.

Algunos sectarios á quienes no se puede negar el título de sabios, pero que tenían mucho mas artificio que doctrina, dieron á esta segunda edad el nombre de siglo de ignorancia. Tenían estos unos designios y unos intereses, que debían haber alejado á los ortodoxos de adoptar semejante lenguaje desconocido hasta entonces. Sin embargo, no nos quejaremos de esta de-



|                                                                                                                                                                |       |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| 1073, y muerto á 25 de Mayo de.....                                                                                                                            | 1085. |
| CLVI. Víctor III, elegido contra su voluntad á 24 de Mayo de 1086, y consagrado por consentimiento propio á 9 de Mayo de 1087. Murió á 16 de Setiembre de..... | 1088. |

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

ANTIPAPAS.

|                                                                 |       |
|-----------------------------------------------------------------|-------|
| Juan, llamado Silvestre III, opuesto á Benedicto IX...          | 1044. |
| Benedicto X, opuesto á Nicolao II.....                          | 1058. |
| Cadalo, llamado Honorio II, opuesto á Alejandro II.             | 1061. |
| Gniberto, llamado Clemente III, opuesto á San Gregorio VII..... | 1080. |

## EMPERADORES DE ORIENTE.

|                           |       |
|---------------------------|-------|
| Basilio II, murió en..... | 1025. |
| Constantino VIII.....     | 1028. |
| Romano Argiropilo.....    | 1034. |
| Miguel Paflagon.....      | 1041. |
| Miguel Calafate.....      | 1042. |
| Zoe.....                  | id.   |
| Teodora.....              | id.   |
| Constantino Monomaco..... | 1045. |
| Teodora sola.....         | 1056. |

|                         |       |
|-------------------------|-------|
| Miguel Stratónico.....  | 1057. |
| Isaac Comneno.....      | 1059. |
| Constantino Ducas.....  | 1067. |
| Eudogia.....            | 1071. |
| Miguel Parapinacio..... | 1078. |
| Andrónico I.....        | 1067. |
| Constantino IX.....     | id.   |
| Romano Diógenes.....    | 1071. |
| Nicéforo Botoniate..... | 1081. |
| Nicéforo Briene.....    | 1088. |
| Alejo Comneno I.        |       |

## EMPERADORES DE OCCIDENTE.

|                            |       |
|----------------------------|-------|
| Conrado II, muerto en..... | 1039. |
| Enrique el Negro.....      | 1056. |
| Enrique IV.                |       |

## REYES DE FRANCIA.

|                        |       |
|------------------------|-------|
| Roberto, murió en..... | 1031. |
| Enrique I.....         | 1060. |
| Felipe I.              |       |

## REYES DE ESPAÑA.

|                                                                 |       |
|-----------------------------------------------------------------|-------|
| Alfonso V, murió en.....                                        | 1028. |
| Bermudo III, último de la línea masculina de los godos.         | 1037. |
| Fernando el Grande, primero de la casa de Navarra...            | 1065. |
| Alfonso VI, comenzó á reinar en Leon por la muerte de su padre. |       |

## REYES DE INGLATERRA.

|                                       |              |
|---------------------------------------|--------------|
| Canuto de Dinamarca, murió en.....    | 1036.        |
| Haraldo I.....                        | 1039 ó 1040. |
| Canuto II.....                        | 1042.        |
| Eduardo III, llamado el Confesor..... | 1066.        |
| Haraldo II.....                       | 1066.        |
| Guillermo el Conquistador.....        | 1087.        |
| Guillermo el Rojo.....                |              |

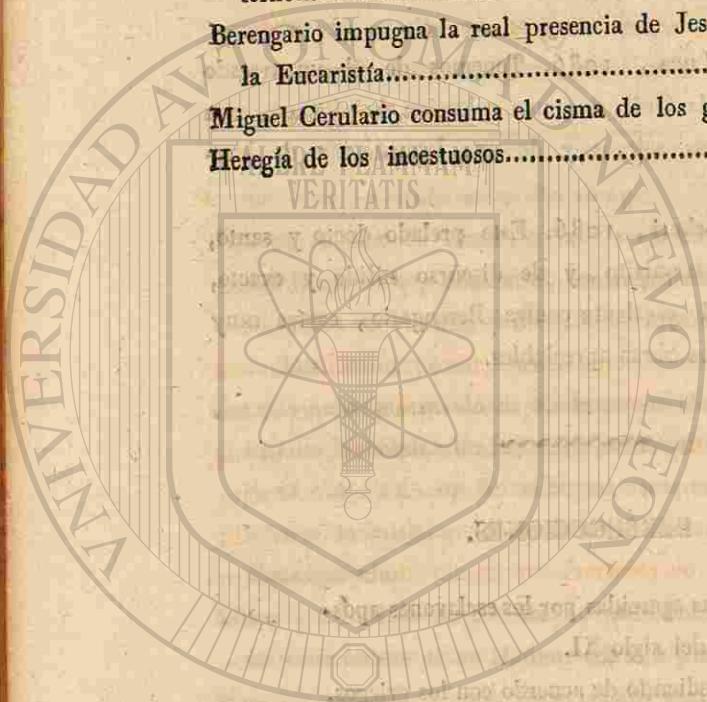
## CONCILIOS MAS NOTABLES.

- Concilio de Ausa, 1027, que obligó al arzobispo de Viena á dar satisfaccion al obispo de Macon por haber ordenado en Cluny unos monges, segun un privilegio que se juzgó contrario á los cánones.
- Concilio de Charroux, 1027 ó 1028 contra los maniqueos.
- Concilio de Limoges, 1029 y 1031, en favor del apostolado de San Marcial.
- Concilios en la Aquitania, en Provenza y en el arzobispado de Leon, 1034, para la conservacion de la fe, reforma de costumbres y restablecimiento de la paz.
- Muchos concilios en Francia, 1041, para establecer la tregua de Dios, reducida á que desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana, no se habia de quitar ninguna cosa por fuerza, no habia de vengarse nadie de ninguna injuria, ni se habia de exigir prenda por ninguna fianza.
- Concilio de Roma, 1047. Se dispuso en él, segun Pedro Da-

- miano opusc. 27, c. 56, que no podria elegirse obispo para la iglesia de Roma sin el permiso del Emperador.
- Concilio de Rems, 1049, celebrado por Leon IX contra la simonía y otros abusos.
- Concilios de Roma, Vercelli y París, 1050, contra la heregia de Berengario.
- Conciliábulo de Constantinopla, 1045, en que Miguel Cerulario hizo anatematizar á los legados del Papa, y un escrito que habian puesto encima del altar.
- Concilio de Tours, 1055, el cual redujo á Berengario á confesar con juramento la fe comun de la Iglesia y á firmarla de su puño.
- Concilio de Roan, 1055, en el que se halla una confesion de fe, la mas clara y terminante acerca de la presencia real y de la transubstanciacion.
- Concilio de Roma, 1059, en que fue coronado el Papa Nicolao II. El arcediano Hildebrando que hizo la ceremonia, puso al Pontífice en la cabeza una corona real, cuyo cerco inferior tenia esta inscripcion: *Corona regni de manu Dei*; y el segundo: *Diadema imperii de manu Petri*.
- Concilio de Viena, 1060, para abolir la simonía, y obligar á los eclesiásticos á guardar celibato.
- Concilio de Tours, que teniendo la fecha de 1.º de Marzo de 1060, indiccion décima-tercera, nos da á entender que á lo menos en aquel pais se contaba ya el principio del año desde el dia 1º de Enero ó desde Natividad.
- Concilio de Roma, 1063, que no quiso conceder á los monges de Valumbrosa la prueba del fuego contra Pedro de Florencia, acusado de simonía.

## SECTARIOS.

|                                                                             |       |
|-----------------------------------------------------------------------------|-------|
| Gandulfo desecha los Sacramentos, y todo culto es-<br>terno.....            | 1025. |
| Berengario impugna la real presencia de Jesucristo en<br>la Eucaristía..... | 1050. |
| Miguel Cerulario consume el cisma de los griegos.....                       | 1058. |
| Heregía de los incestuosos.....                                             | 1065. |



## Discurso

*sobre la segunda edad de la Iglesia.*

La historia del establecimiento de la Iglesia y de sus primeros progresos, ha debido convencer de su origen divino á todo hombre recto y amante de la verdad. En efecto, procediendo con esta rectitud y amor al bien, es imposible, á no ser que se sufocuen todos los sentimientos que dicta la equidad, dejar de rendirse á las vivas impresiones de la luz que despidió constantemente la Iglesia en todo el discurso de su primera edad. El campo que acabamos de recorrer, no es sin duda alguna tan ventajoso, y á la verdad una luz tan resplandeciente no podia menos de traer en pos de sí dias nebulosos. Se necesitaban sombras en este cuadro magnífico; pero están dispuestas por una mano infinitamente sabia, y lejos de confundir sus rasgos magestuosos, contribuirán á hacer que resalten mas y mas.

Algunos sectarios á quienes no se puede negar el título de sabios, pero que tenían mucho mas artificio que doctrina, dieron á esta segunda edad el nombre de siglo de ignorancia. Tenían estos unos designios y unos intereses, que debían haber alejado á los ortodoxos de adoptar semejante lenguaje desconocido hasta entonces. Sin embargo, no nos quejaremos de esta de-

de ignorancia son en el día palabras sinónimas. Pero no hagamos caso de los términos, y tratemos de asegurar lo que se ha pretendido significar con ellos, convenciéndonos de que en aquellos tiempos escesivamente calumniados y muy poco conocidos, la ciencia que sin duda alguna era menos comun que en algunos otros, no llegó á degenerar de tal manera que cayese en el estado de ignorancia que han imaginado unos dogmatizadores interesados en acreditar esta paradoja. Hijos legítimos de Jesucristo y de su Iglesia, y depositarios privilegiados de los divinos oráculos, sepamos á lo menos preservarnos de una ilusion que toda ella es obra del artificio de los hereges, y que ha seducido por mucho tiempo á nuestros hermanos.

Si Grocio y otros muchos eruditos, imbuidos en los mismos principios, quisieron adquirir nombradía con opiniones y métodos singulares: si desecharon las pruebas que parecieron concluyentes á los Belarminos, á los Petavios, á los Bossuet, y á otros muchos doctores de igual mérito; en una palabra, á todos los hombres para quienes estos nuevos maestros no tenían recomendacion alguna, ni les llevaban otra ventaja que la que está cifrada en el amor de las cosas extraordinarias, y si segun las espresiones del grande obispo de Meaux (1), ostentan siempre una erudicion judaica, y prefieren los supuestos descubrimientos del rabinismo á los testimonios constantes de los padres, tenían en esto unas intenciones y un interés que hacian en cierto modo consecuente su conducta; pero no sucede esto con un gran número de ortodoxos preocupados, que se han determinado á imitarlos por un efecto de su frivolidad. Ya vemos en el siglo quinto que se quejaba San Celestino Papa de semejantes es-

(1) Boss. C. Dupin. pag. 608.

critores noveleros, que solo atendian á presentar alguna novedad en sus producciones, y pensaban acreditarse de hombres sagaces y astutos cuando únicamente engañaban al vulgo estúpido. Si hubo espíritus vanos que merecieron esta acusacion en el siglo mas luminoso de la Iglesia, ¿cuántos no deberán hallarse en el siglo del refinamiento y de la presuncion? Dejémoslos que se pierdan en las fuentes inficionadas en que gustan de beber: que tengan una confianza ilimitada en los escritos de los enemigos declarados de la Iglesia, y que elogien escesivamente este cúmulo indigesto de notas, glosas é injurias, que son en su concepto unas disertaciones admirables, y esos repertorios de aserciones atrevidas y de paradojas, de los que muchos de ellos no han leído mas que los títulos y prólogos. Nosotros pretendemos dar á entender por los hechos y por las consecuencias muy sencillas que de ellos inmediatamente resultan, y no por estos discursos alambicados, el verdadero estado de los conocimientos humanos en los cinco siglos que se siguieron á los seis primeros.

Pero en esta larga duracion de quinientos años, ¿cuántas supresiones hay que hacer desde luego en una época tan exagerada de barbarie é ignorancia? Todas las cosas naturales están enlazadas entre sí, y lejos de estar separadas con rayos indivisibles y manifiestos, las estremidades respectivas de dos objetos inmediatos, tienen siempre un colorido comun que parece las confunde. El orden y progresos del entendimiento humano y de las costumbres, son aun mas imperceptibles que la naturaleza y variedades de los objetos que están bajo la jurisdiccion de los sentidos. Así hemos advertido ya que el estado de las ciencias y del entendimiento humano en el siglo séptimo, fue casi el mismo que en el sexto. Discurriría muy mal cualquiera que dedu-

jese circunstancias contrarias de la carta escesivamente modesta que escribió el Papa Agaton con motivo del sexto concilio: monumento de que se abusa con una injusticia notoria. Se pintan en esta carta todos los sacerdotes y obispos de Italia como unos miserables jornaleros, que apenas podian ganar el pan de cada dia con su trabajo mecánico, y que por consiguiente estaban muy lejos de tener el tiempo necesario para dedicarse al estudio de las ciencias propias de su estado. ¿Quién será el que no descubra aquí, ó el exceso de la humildad del virtuoso Agaton, ó la hinchazon del estilo y las hipérboles, que con tanto aplauso se recibian en su tiempo, y mucho mas el deseo de interesar con mayor empeño al Emperador en la tranquilidad de Italia y de la iglesia romana, á la que tanto daban que hacer sus enemigos domésticos? Basta la misma carta del Pontífice para que así á él como á su clero los consideremos exentos de toda sospecha de ignorancia en las materias eclesiásticas. En efecto, se encuentra en ella toda la erudicion que convenia á las circunstancias en los pasages mas concluyentes de los padres griegos y latinos, á saber, los de los griegos en su original, y los de los latinos traducidos al griego; su oposicion á los principios impíos de los novadores, y la conformidad de estos con la doctrina de los antiguos hereges. En la conducta de los siete legados que enviaba el Papa al sexto concilio, se advierte la misma erudicion, y aun una crítica asombrosa con respeto á la cronología y á la diversidad de las ediciones, una dialéctica exacta y segura, y mucha sagacidad en hacerse cargo de las diversas relaciones de las proposiciones mas especiosas, y en descubrir los errores ocultos con el mayor artificio. Así se vé que por el lugar mas desfavorable al siglo séptimo nos convencemos de que las tinieblas

de la barbarie no habian eclipsado en él la antorcha del santuario.

Bastan los primeros elementos de la historia para desvanecer esta frívola presuncion. Hemos observado ya que no fueron admitidos los hijos de los bárbaros en el número de los clérigos hasta el siglo séptimo, y que este fue el origen principal del espíritu de disipacion del clero, y de las inclinaciones que tanto se oponian á las ciencias y á los estudios. No subsistiendo, pues, la causa, no podia seguirse el efecto; y solo el tiempo podia producir por grados y de un modo poco perceptible la energía y actividad necesarias para mover á los varios sugetos segun sus disposiciones progresivas.

Por la misma razon el último siglo atribuido á la edad de la ignorancia debia tener algunos caracteres comunes con el primero de la edad siguiente. Al siglo duodécimo se refiere la renovacion, á lo menos en bosquejo, de las ciencias y estudios; y en efecto, nunca se vió que el entendimiento humano tomase un vuelo mas rápido en el arte de pensar y discurrir. Así como las mudanzas notables en el orden moral no se hacen jamás de repente, de la misma manera este entusiasmo por los egercicios intelectuales no pudo ser tan vivo en el siglo duodécimo sin haber sido concebido y fomentado hasta cierto punto en el undécimo. La razon nos dicta que esta revolucion no debia egecutarse de otro modo, y la historia nos enseña que con efecto sucedió así el adelantamiento en las ciencias. La luz, concentrada casi toda desde muy antiguo en los claustros, y aumentada con un cultivo pacífico y continuo, hizo de repente aquella esplosion que admiró é ilustró en igual grado al universo. Esta grande obra habia sido preparada desde el siglo octavo por Carlo-Magno,

nomination que tiene cerca de tres siglos de antigüedad; porque nada nos importan las espresiones, con tal que comprendamos su verdadero sentido. No tendremos dificultad en confesar, que la luz no fue tan resplandeciente en los cinco siglos que hemos recorrido ahora, como en los seis anteriores; y en este sentido comparativo dese enhorabuena si se quiere el nombre de siglos de ignorancia al décimo é inmediatos. Pero persuadirse que en esta larga serie de años ó en un solo período de la duracion de la Iglesia se haya apagado enteramente la lámpara del santuario, es suponer un rompimiento total de la alianza del Señor con su pueblo, y destruir toda la economía de la Religion.

Aquí es donde importa sobre todo añadir á la relacion de los hechos algunas observaciones que demuestren en ellos la obra del Altísimo. Las que hemos hecho sobre los seis primeros siglos han manifestado la divinidad de la Religion ó de la Iglesia en su establecimiento. Reconozcámosla igualmente en su conservacion contra el peligro de la segunda edad, esto es, contra las tinieblas de la ignorancia que fueron en ella de mas duracion y mas densas que en ningun otro tiempo. Como quiera que sea, y á pesar de cuanto se haya dicho, son incontestables las proposiciones siguientes, cuya sencilla esposicion formará toda la materia de este discurso.

La ignorancia real ó imaginada de la segunda edad de la Iglesia, no tiene nada que deba escandalizarnos, ni aun sorprendernos.

En realidad no fue, ni con mucho, tal como la pintan los últimos sectarios.

Por grande que se la suponga, suministró la Providencia preservativos superabundantes contra este género de peligros.

Cuanto mayor haya sido, tanto mayor debe parecer el milagro de la conservacion de la Iglesia.

En efecto, la ignorancia de los tiempos, cuya historia acabamos de presentar, no es una piedra de escándalo capaz de hacer que tropecemos, por poca que sea nuestra circunspeccion. Al contrario, en medio de estas sombras despide la obra de Dios un resplandor mas brillante, así como la fuerza comunicada á la Iglesia desde lo alto en su nacimiento se manifestó sobre todo en las persecuciones y en los esfuerzos del mundo y del infierno conjurados para acabar con ella en su cuna. Los bárbaros, primeros autores de esta segunda prueba, destruyeron el capitolio: rompieron el cetro de los Césares, allanaron los orgullosos montes, que se gloriaba la soberbia Roma de encerrar en su recinto, la sepultaron debajo de nuevos montes de cenizas y de ruinas, y trastornaron el universo entero. Pero la Iglesia, como un baluarte inespugnable, y como una roca inmóvil, vió que estas olas embravecidas iban á estrellarse á sus pies; que bramaban todavía algun tiempo furiosas porque no podían derribarla, y que por último sucedía la calma á su ímpetu inútil. Los sucesores de Augusto y de Trajano fueron el juguete de los nuevos dominadores; pero convirtiéndose los leones en ovejas dóciles, se pusieron bajo el cayado de Pedro y de los sucesores pacíficos del divino Pastor.

No puede negarse que conservaron algunos restos de su ferocidad natural. Pero el Señor había venido á reparar la naturaleza y no á destruirla; á enderezar con prudente mano las inclinaciones naturales, y no á romperlas; tratándolas con demasiada violencia y precipitacion: porque el Criador, despues de haber sacado de la nada á los varios seres del universo, vió y

dijo que todos ellos eran buenos. Sabe conciliar el orden de la naturaleza con el de la gracia, y para ingertar el olivo en el acebuche, debió conservar á este la existencia, y aun dejarle adquirir el incremento necesario. Sin embargo, no podian entrar en la Iglesia tantas personas silvestres, por decirlo así, sin hacer que mudase de semblante, ni podian tampoco confundirse tantos hijos de tinieblas con los hijos de la luz, sin amortiguar por algun tiempo su esplendor. Unos hombres reducidos por un largo hábito á la vida animal, debian comunicar necesariamente la falta de inteligencia, la estúpida ignorancia, la grosería y la barbarie á la sociedad en cuyo seno entraban tantos de ellos.

En la época de esta mezcla ó confusion, á fines de la primera edad, habia experimentado ya una especie de descrédito la cultura de las letras y el amor del estudio. Inmediatamente despues de los primeros triunfos de sus armas, miraron los bárbaros á las bellas artes como la herencia esclusiva y vergonzosa de las naciones afeminadas que acababan de subyugar, y á las cuales trataban con el desprecio propio de un vencedor que debe sus laureles á la fuerza de su brazo. De aquí resultó aquella gloria estraña y casi increíble con que se figuraban honrarse haciendo que los llamasen bárbaros: nombre ofensivo para nosotros, pero lisongero y honorífico para ellos, en cuanto era opuesto al de los romanos, hombres degradados en su concepto, á quienes dejaban los trabajos ociosos de las leyes y de las letras.

Como las costumbres del pueblo dominante son tarde ó temprano la regla de los pueblos subyugados, estas ocupaciones perdieron insensiblemente su atractivo para los antiguos vasallos de Roma en la mayor parte de los estados y condiciones, y no tardaron en verse relegadas á la obscuridad del santuario y del

claustro. Entretanto, ó á lo menos en el siglo octavo, se vió que los bárbaros civilizados, y aun dóciles á las dulces impresiones de la piedad, abrazaban la profesion clerical, como ha podido verse por los nombres solos, tan fáciles de distinguir de los romanos ó latinos: y aun quizá eran demasiado precipitados en esto, ó se les trató con una indulgencia escesiva en este punto.

No pudieron desprenderse enteramente en su nuevo estado del método de vida á que estaban acostumbrados. Como las regiones en que habian nacido y sido educados no tenian otra ocupacion que la caza y la guerra, y ellos carecian de toda idea de respetos y atenciones sociales, se contentaban con abstenerse, luego que entraban en el estado eclesiástico, de las cosas que eran malas por su naturaleza, y continuaban siendo cazadores y guerreros. Esta es la razon de que antes del segundo concilio de Chalons de Saona, celebrado en el año 643 ó 644, no veamos cánones que prohiban á los clérigos la caza ó el egercicio de las armas, porque no existiendo antes el abuso, hubieran sido superfluas las prohibiciones. Las que se publicaron con tanta frecuencia poco tiempo despues, prueban la rapidéz con que prevaleció en esta materia la relajacion causada por las costumbres bárbaras.

El espíritu militar, que en cierto modo era consiguiente á la naturaleza del gobierno, fue aun mas contagioso en el clero. No solo se fundaba este espíritu en la antigua costumbre y en la estimacion casi única que de él se hacia, sino que los títulos y las posesiones que nuestros primeros Reyes (de Francia) dieron á los eclesiásticos, les impusieron en cierto modo la obligacion de dedicarse al egercicio de las armas. Desde el principio de la primera línea hasta la mitad de la tercera no se sostenia

la guerra sino por medio de los vasallos á quienes los Príncipes habian concedido las tierras ó posesiones, cuyos títulos tomaban, con el gravámen del servicio militar; y los prelados fueron desde el siglo sexto los que tuvieron la mayor y mejor parte en este género de gratificaciones tan halagüeñas. Por consecuencia cada uno de ellos estaba obligado á suministrar tantos caballos y tantos hombres, que debia capitanear él mismo cuando se le mandaba. Aun durante la paz mas profunda, y en el régimen ordinario del estado, tenian parte en el gobierno político, asistian á las asambleas generales de la nacion, y lograban entrada en los consejos del Soberano, donde como mas instruidos que los señores legos, eran tambien mas deseados. ¡Cuántos motivos de distraccion, y cuántos obstáculos para el estudio, especialmente en un tiempo en que el Monarca estaba casi siempre empleado en expediciones militares, y en que la corte y los parlamentos no tenian residencia fija! Ya hemos visto al mismo Carlo-Magno tan pronto en Aix-la-Chapele, como en los Pirineos, hoy en el centro de la Sajonia, y al cabo de algunas semanas en Roma ó en Pavia. ¿Será de estrañar que en unas circunstancias y con unas costumbres tan contrarias á los progresos de las artes, experimentasen éstas una decadencia rápida? ¿Y no deberá causarnos mas admiracion que no padeciesen todas las ciencias un naufragio eterno? ¿Podremos menos de conocer la obra de la Providencia en la conservacion de las ciencias y de los talentos que eran precisamente necesarios para transmitirnos en toda su integridad la verdad de la salvacion? Luego está muy distante de ofrecer ningun motivo para escandalizarnos la ignorancia real ó supuesta de la segunda edad de la Iglesia.

Para disipar todos nuestros recelos, examinamos este des-

orden en todas sus consecuencias, y veamos si fue efectivamente como le han representado los enemigos de la Iglesia, y en particular los últimos sectarios. Yo pretendo por el contrario, en primer lugar que esta ignorancia no fue en ningun tiempo tan grosera como ellos afectan creerlo: en segundo, que aun fue mucho menos perniciosa; y en tercero, que por mas peligrosa y monstruosa que se la suponga, el cielo ofreció á la Iglesia preservativos superabundantes contra este peligro.

Si el comun de los hombres estuviese dotado de circunspeccion, equidad é imparcialidad, la lengua del detractor serviria solamente para desacreditarle con el público; pero este, que al principio es equitativo, suele dejarse seducir por la perseverancia del detractor, y va el engaño apoderándose poco á poco del espíritu ligero é inconsecuente de lo que se llama pueblo, en cuya denominacion se comprende casi todo el género humano. En vista de la multitud de excesos que cometieron contra su patria y contra la religion de sus padres los dignos discípulos de un fraile y de un clérigo apóstatas, era necesario precaverse contra sus imputaciones, no menos que contra sus atrocidades y sacrilegios; y sin embargo es esta la época y el origen de la revolucion casi universal, causada en las ideas de los europeos con respecto á los padres de los cuatro ó cinco siglos que forman la segunda edad de la Iglesia; y principalmente del siglo décimo. Prevalcieron aquellos doctores de iniquidad, y con mas presuncion que ciencia, con su audacia y entusiasmo, y valiéndose de la continuacion obstinada, y de la eterna repeticion de un neologismo que fue ininteligible por espacio de mucho tiempo, lograron alterar el lenguaje comun; de modo, que no solo el siglo décimo, sino tambien los inmediatos á él, y los siglos



cuyo reinado brillante debe escluirse de las tinieblas de la segunda edad con tanta mas razon, quanto mayor y mas singular es la disonancia que se advierte en él con los demás períodos de la misma edad. La brillantéz de este reinado se sostuvo, á lo menos en quanto á las ciencias eclesiásticas, en el de Ludovico Piö, y aun mas en el de Carlos el Calvo, el cual protegió constantemente á los sabios, y fue causa de que se emprendiesen y egecutasen con acierto las traducciones latinas de los padres griegos. Aun fue mas resplandeciente la luz en las islas Británicas durante el reinado del grande Alfredo. Pero convenzámosnos por la serie de los sucesos; pues ninguna cosa prueba mas en este género que las inducciones y la inspeccion de los objetos y de los monumentos que nos las han transmitido.

La iglesia de oriente, menos espuesta que la de occidente á los insultos y al tumulto de la barbarie, conservó mas tiempo las ciencias y las artes, amantes del sosiego. Dejando á un lado los conocimientos que tienen relacion con la fe, hemos hallado en el sexto concilio celebrado el año 680 contra los monotelitas, la profunda doctrina con que ciento treinta años antes se habian condenado los errores de Eutiques y de Dióscoro, y aun se notó un grado mayor de penetracion cual se requeria contra unos sectarios mas sutiles, que por medio de algunas nuevas modificaciones lograban todavía introducir unas máximas tan solemnemente anatematizadas, y hacer creer que eran la doctrina mas pura de la Iglesia. Pero el velo de la superchería fue rasgado antes por dos doctores, cuyo ministerio no fue menos divino, ni se cumplió menos fielmente que el de los padres suscitados contra los primeros heresiarcas.

Todos los artificios de Ciro y Sergio, que bastaron para sor-

prender á la Cabeza de la Iglesia, no fueron capaces de engañar á San Sofronio de Jerusalem, el cual resistió fuertemente á aquellos soberbios patriarcas de Alejandría y Constantinopla: descubrió al Papa Honorio, aunque sin ninguna utilidad, los lazos que le armaban bajo la apariencia del mayor bien, y preservó á los pastores y á los pueblos con instrucciones dignas de los elogios y de la resolucion de un concilio ecuménico. Ya hemos visto al santo abad Máximo distinguirse con mayor brillantéz por sus cualidades superiores, y hacer admirar la fuerza de su ingenio igualmente que el heroismo de su constancia. Pobre de Jesucristo, y destituido de todas las ventajas del siglo, de las cuales habia hecho un sacrificio religioso, confundiendo el orgullo de un partidario insigne, del pastor presuntuoso de la ciudad imperial, desvaneció al momento todas las sutilezas de su vana dialéctica, le redujo en una conferencia pública á la retractacion mas formal y mas egemplar, y le persuadió que fuese á Roma á reparar el escándalo de su temeridad con una humilde sumision á la Cabeza de la Iglesia. No hizo mayor impresion en Máximo el poder de los Soberanos de la tierra que el lustre exterior de la gerarquía. Murió este santo abad de resultas de los bárbaros tratamientos de sus perseguidores, pues le arrancaron la lengua que tan poderosamente habia defendido la verdad, le cortaron la mano, que la habia consignado en sus escritos inmortales, y acabaron con él en un destierro, privándole de los alivios que se le habian hecho indispensablemente necesarios; pero sus perseguidores anunciaron su propia ruina al tiempo de proscribirle, y conciliaron tanta mayor autoridad á sus obras quanto mas se empeñaron en aniquilarlas.

En los siglos cuarto y quinto, en la época mas floreciente

dad que es capaz de inspirar el espíritu de secta contra la Iglesia y los escritores eclesiásticos. Su grande instruccion en las ciencias y en la literatura, y el interés de la reforma herética fueron causa de que le tomasen por guia todos los de su partido, y aquella turba de ortodoxos que repitieron inconsideradamente sus censuras malignas. El arte de la crítica que no nació hasta el siglo siguiente, y el buen gusto en las obras de ingenio, que fue restaurado por ella, como tambien el estilo, la precision, la claridad, el orden y el método, ignorados por espacio de tantos años, hicieron que se mirase sin escepcion alguna á todos los autores de la edad media como á unos ignorantes, y poco menos que fátuos, los que quedaron proscriptos sin que hubiese nadie que se dignase de abrir sus volúmenes.

No disputaremos sobre los defectos que les echaron en cara estos gramáticos y literatos quisquillosos; pero pretendemos que semejante ignorancia no causó ningun perjuicio, ó á lo menos ningun daño esencial á la ciencia de la Religion. En efecto, ¿á qué se estendió esta ignorancia en las pinturas que acabamos de presentar con la ingenuidad mas imparcial? Con corta diferencia la hemos visto reducida á la falta de crítica, de elocuencia y de método. Y por lo que toca á la crítica ¿no podríamos preguntar si este arte, segun el uso que han hecho de él sus panegiristas estremados, ha sido mas perjudicial que ventajoso á la ciencia de la salvacion, considerando la especie del pirronismo en que ha venido á degenerar? El poco uso que hicieron los padres y los santos doctores de este modo de proceder á lo moderno, ¿debilitó por ventura las obras dogmáticas de San Agustin ó las patéticas homilías de San Juan Crisóstomo? ¿Eran acaso mas necesarias estas sutiles discusiones á las naciones gó-

ticas, tudescas y esclavonas que á los griegos y romanos? Trátase de que aquellos pueblos bárbaros abandonasen las prácticas monstruosas del paganismo brutal y estúpido; de acostumbrarlos despues á las obligaciones del cristianismo, de la sociedad y de la humanidad que eran casi totalmente nuevas para ellos; de defenderse y de preservarlos á ellos mismos de los ímpetus y extravagancias de su increíble inestabilidad. Para estas funciones indispensables y tan urgentes ¿de qué hubiera servido el prolijo exámen de las señales, no pocas veces equívocas, con que se pretende discernir los escritos auténticos de los monumentos supuestos? ¿Dónde estaba el peligro que podia resultar de esta falta de discernimiento? Se publicaban de buena fe, y se creían con sencillez algunos milagros, algunas acciones virtuosas, no comprobadas suficientemente, y poco dignas, si se quiere de la magestad del culto cristiano, entendido segun nuestras costumbres. Pero entonces causaban una edificacion general estas maravillas, ya fuesen reales ó imaginarias, y estos modelos de cualquier naturaleza que fuesen, tenian una multitud de sinceros imitadores. La crítica tiene su utilidad en nuestros dias, en estos dias de presuncion y de refinamiento, pero en la infancia de los pueblos que ocupan el lugar de los de Roma y Atenas, hubiera sido un arte estéril y casi nulo. Confesemos no obstante que este género de ignorancia dió autoridad á las leyes apócrifas y alguna vez peligrosas, y que produjo ó acreditó algunas supersticiones. Pero si la simplicidad tiene sus excesos y sus peligros, ¿son por ventura menos funestos los de ese espíritu de observacion y de discusion que todo lo hace problemático? ¿Hay menos peligro en hacer incrédulos que en fomentar la credulidad de los hombres sencillos?

¿Hubiera sido mas útil que la crítica la elegancia y la delicadeza de la elocucion en aquella mezcla y confusion de pueblos groseros, que ni tenian todavía forma propia ni language constante? En cuanto al orden del discurso, á la claridad y á la precision, sin duda son estas unas cualidades útiles para tratar con todo ser racional. ¿Pero son de una necesidad absoluta y universal? ¿No habrá podido substituírselas alguna otra cosa, á lo menos con respecto á la clase de oyentes de quienes se trata? La proligidad, las repeticiones, el énfasis, y la ostentacion y hacinamiento de lugares comunes, si es que para ellos eran nociones comunes y triviales: este método, que en sí mismo es el mas imperfecto, ¿no era quizá el mas acomodado á la torpeza de su comprension? ¿No era mas á propósito que todas las gracias, y la precision del aticismo para inspirarles las verdades de la salvacion, y para grabarlas en su alma con los caracteres mas profundos y durables que fuese posible? No se instruye á los niños ó á la gente del campo del mismo modo que á los habitantes instruidos de las ciudades; y la diferencia de los tiempos no influye menos que la de los lugares en la capacidad de los hombres.

Se nos dirá tal vez que la ignorancia de la segunda edad alcanzaba á los maestros igualmente que á los discípulos; que todas las semillas del genio se hallaban sufocadas con aquellas densas tinieblas, ó que entonces no habia ingenio ni espíritu de invencion. A estos cargos por mas que los admitamos, podríamos responder que los hombres son los mismos con corta diferencia en todos tiempos, y que los talentos dependen sobre todo del cultivo y de las circunstancias mas ó menos felices para que salgan de su primitiva obscuridad. Pero sin entrar en un género

de discusion, en que puede sostenerse la afirmativa y la negativa de un modo casi igualmente plausible, abandonemos lo que nada nos importa defender. Suponiendo que ni en el siglo décimo ni en los inmediatos á él hubo ingenio ni espíritu de invencion, ¿qué podrá inferirse de aquí? Por esto ¿se habrá obscurecido mas la ciencia de la Religion, que es de la que se trata únicamente? ¿Son obra del entendimiento humano el Evangelio enviado del cielo, las reglas de la fe divina, y las máximas celestiales que deben guiarnos por el camino de la salvacion? De estos tesoros de sabiduría estuvieron abundantemente provistos los doctores y pastores de los tiempos mas estériles en los demás géneros de conocimientos; de cuya verdad hemos podido convencerros por la simple noticia que se ha dado de sus escritos, y mucho mas por las reglas prácticas que nos han ofrecido ellos mismos en su conducta.

Si tenian poco ingenio é invencion, seguian con el mayor esmero la doctrina de los santos padres y de los escritores eclesiásticos. No producian, sino que compilaban, reunian los fragmentos dispersos de la tradicion, y se limitaban (sea así en buen hora) á extractar y á copiar. ¡Felices disposiciones, visiblemente dadas por el que es único en disponer del espíritu del hombre, puesto que á ellas debemos los preciosos monumentos que se han conservado en los monasterios y en las demás escuelas cristianas! He aquí otra ventaja, que lleva aun mas visiblemente en sí misma el sello de la mano santa y sabia que sabe sacar bien del mal: este ingenio limitado de la edad media halló en sus mismos límites un preservativo contra la manía de innovar y de dogmatizar. De aquí es, que por efecto de una providencia tanto mas admirable, quanto mas oculta estuvo ba-

de la Iglesia, hubiera parecido que Máximo procedía por inspiración divina, al ver el modo sublime con que espuso todas las profundidades del misterio de la Encarnación, y especialmente las dos voluntades del Verbo humanado. Trató del dogma incomprendible de la Trinidad con la misma fuerza y con tanto acierto que mereció esta obra ser atribuida al grande Atanasio; ni se le ocultó la procesion del Espíritu Santo, cosa tan difícil de entender para otros muchos sabios de su nación (1). Aquel genio profundo y universal concibió la relación esencial de este punto delicado de creencia con la unión é inseparabilidad de substancia entre las Personas divinas. No se hizo menos célebre por el conocimiento de la moral; y en la ciencia de la vida interior, en la que unió con tanta edificación la experiencia á la teórica, merece ser comparado con San Juan Clímaco, que fue casi contemporáneo suyo, y cuya ilustración podría revindicar el siglo séptimo si tuviese necesidad de esto.

¿Pero cuántas otras personas ilustres hubo, cuya enumeración no permiten los estrechos límites de este discurso? Hasta en las abrasadas arenas de la Libia, y en aquel género de nociones que padecieron después el mas tenebroso eclipse, hemos visto que se immortalizó el obispo Cresconio con la colección de cánones que forma la basa de la que han hecho modernamente Justel y Voel, y es el principal origen de la estimación que por ella han adquirido. En España, antes de la invasión de los moros, hemos visto que se distinguieron entre otros muchos sabios San Isidoro, y el arzobispo de Toledo San Ildefonso: Isidoro con una erudición que abrazó casi todas las artes y ciencias, por la cual alcanzó cuanto hay que saber en la disciplina eclesiástica,

(1) Tom. 2. pag. 10.

y se hizo tan célebre especialmente en la ciencia de los divinos oficios, que toda la Hesperia se glorió de recibir de él la liturgia mozárabe; é Ildefonso con la unión que acertó á establecer entre las bellas letras, la poesía y la teología sublime, cuyas profundidades puso á la vista explicando las maravillas de la virginidad de María, y de las propiedades de las divinas Personas.

Las Galias, tan diferentes de lo que eran antes, desde el punto en que fueron sojuzgadas por los conquistadores germánicos, y aun mas desfiguradas por sus conexiones y frecuente trato con aquellas naciones bárbaras, no dejaron de presentar algunos vestigios preciosos de la ciencia, y aun de la elocuencia de sus primeros doctores, como se ha podido ver por los fragmentos que hemos insertado de las homilias de San Eloy, sin embargo de que este Santo habia empleado los mejores años de su vida en ejercicios muy diferentes. En medio de su sencillez, ¿cuántos pasages ingeniosos hemos encontrado en ellas, y cuántos rasgos de elocuencia, de aquella elocuencia animada, natural y persuasiva que era la mas acomodada al carácter y al gusto de la nación á quien se dirigian, y cuyas verdaderas disposiciones conoció muy en breve San Eloy? ¿Cuántos rasgos patéticos, figuras, novedad en el modo de presentar las cosas, imágenes terribles de las grandes verdades de la Religión, del pecador en el artículo de la muerte, del alma acusada por sus propias obras en el tribunal del Juez Supremo, &c. &c.? Pero lo que nos interesa mucho mas, después de haber oido las inspidas é infundadas chocarrerías de los hereges del norte, es la solidéz de estas instrucciones, la pureza de su moral, la sublimidad de la perfección que inspiran, y la nobleza de los medios que sugieren para servir dignamente al Señor en espíritu y verdad.

Lejos de limitarse, según las ironías calumniosas de estos insultantes sectarios, á la exaltacion de las indulgencias, del pago de los diezmos, y de las donaciones en favor del clero, no cesa el santo orador de inspirar el verdadero espíritu del cristianismo, el desprecio de las cosas terrenas, el amor de Dios sobre todas las cosas, la concordia y fraternidad entre todos los hombres, el horror del pecado, el temor de los juicios eternos, el ejercicio de todas las virtudes, y la mortificacion de todas las pasiones.

Ni nos hemos propuesto, ni nos seria posible ofrecer en este discurso la pintura de todos los hombres instruidos que ilustraron la época de que vamos hablando. Reduciéndonos á los que se distinguieron entre sus contemporáneos, y que merecieron por muchos títulos la estimacion de todos los tiempos posteriores ¿qué no podríamos decir, en el siglo octavo, del venerable Beda, de San Juan Damasceno, azote de los iconoclastas, y de los juiciosos historiadores Fredegario y Pablo diácono de Aquilea? ¿En el undécimo, de la erudicion del abad Alcuino, y á pesar de todos los defectos de su estilo, de su ingenio capaz de dirigir el de Carlo-Magno en la restauracion de las letras? ¿De las sanas instrucciones de Teodulfo de Orleans á su clero? ¿De los escritos sólidos y aun limados de Agobardo y de Amolon, arzobispo de Leon, contra los errores y supersticiones de su tiempo? ¿Del tratado de Jonás de Orleans contra Claudio de Turin? ¿Del discernimiento y crítica de Adon de Viena, y de Usuardo en sus martirologios? ¿De las obras de Ratramno de Orbais, de Rabano de Maguncia, y de Pascasio Ratberto: monumentos tanto mas desacreditados por los profanadores heréticos de nuestros santos misterios, cuanto mas victoriosamente confunden en

ellos á sus novedades sacrílegas? ¿Hablaré de Hincmaro de Rems, capaz por sí solo de ilustrar los tiempos en que vivió, cualesquiera que fuesen ellos, ó cualquiera que sea el concepto en que se les tenga? ¿Podrá creerse que nació en los tiempos de ignorancia, ó que los tiempos en que nació y floreció merecen todavía esta calificacion infame? No solo fue el hombre de su siglo, y quizá de todos los siglos, el mas versado en el conocimiento de los cánones, y el mas adicto por principios á las reglas sagradas de la disciplina antigua, sino que supo tambien descubrir los artificios de los novadores mas sutiles é ingeniosos, derramó torrentes de luz en los concilios, disipó en ellos sin ninguna preparacion con la fuerza de sus discursos y con la superioridad de su talento las preocupaciones mas inveteradas, y esto á pesar de los continuos obstáculos que se originaban de su genio altivo y carácter chocante; redujo y sujetó á la razon y verdad á los prelados que mas distantes estaban de ellas por sus opiniones erróneas, por su mal entendida compasion, y por sus conexiones é intereses personales.

En el siglo décimo y en los principios del undécimo, esto es, en las mas profundas tinieblas de la edad de ignorancia (porque no tenemos inconveniente en usar de esta expresion tan bien esplicada por los hechos) en esta época que seguramente es la mas maltratada por los escritores de todos los partidos ¿cuánta instruccion, y cuántos talentos hemos hallado recomendables para todos aquellos que han querido juzgar con conocimiento de causa? Entre la multitud de hombres inaccesibles á la incuria y á los desórdenes de su tiempo, hemos visto que se distinguió Flodoardo en el género histórico por su juicio y por su exactitud; y Luitprando por el interés de las anécdotas, por la es-

plicacion de los resortes mas imperceptibles de la política y de la fortuna, y por la sal, quizá prodigada, de la ironía y de la censura. Podríamos añadir á Simeon Metafraste, por lo que toca al arte inimitable de los griegos en la narracion, si no hubiese abusado de su talento y de sus conocimientos, sacrificando la verdad de la historia al amor de lo brillante y maravilloso. Pero tenemos en la misma nacion y en el mismo siglo al Emperador Leon VI ó el Filósofo, digno de eterno aprecio por sus discursos elocuentes, y por su tratado de táctica. En cuanto á la esplicacion del dogma y de la disciplina, ¿quién habrá dejado de admirar á Atton de Vercelli, á Abbon de Fleuri, á Fulberto de Chartres, á Burcardo de Worms, á Udalrico de Augsburgo, en particular sobre el celibato de los clérigos, y á Lanfranco de Cantorberi en la delicadeza de su dialéctica, y en la fuerza de sus discursos contra Berengario, de quien triunfó del modo mas completo? Y para concluir en dos palabras, ¿no hemos visto reunidos en el incomparable primado de Inglaterra San Dunstano, y en el Rey Edgardo que se gobernó siempre por sus consejos, todos los conocimientos, todos los talentos y todas las cualidades necesarias á la pureza y á la gloria de la Religion?

No hablaremos de la poesía en una edad que en efecto era demasiado tumultuosa para el dulce sosiego que necesitan las musas. Sin embargo, en los himnos *Salve Regina*, y *Alma Redemptoris*, atribuidos á Herman, ó Hermano de Richenon; en el *Veni Creator*, y en los demás del piadoso Rey Roberto, tenemos unos monumentos, poco elegantes á la verdad, pero preferidos de siete siglos á esta parte, por razon de los religiosos sentimientos que respiran, á las producciones mas bien trabajadas de la elegancia moderna. ¿Hablaré de aquella profundi-

dad de cálculo, y de aquellos prestigios matemáticos, por los que fue acusado de magia Gerberto de Rems, ó Silvestre II Papa? Fue tan grande su habilidad en estas ciencias sublimes que se le atribuyó la introduccion de los números árabigos en Francia, y por consiguiente los progresos que hizo por este método el arte de contar y de medir. En el mismo tiempo, esto es, en las mas densas tinieblas del siglo décimo inventó Guido de Arezo aquella maravilla del arte que en el discurso de algunos meses proporciona una instruccion infinitamente mayor en la ciencia de la música que todas las especulaciones antiguas y modernas acerca de los principios de la armonía. Pero volvamos á nuestro objeto. En vista de tantas pruebas, muchas de las cuales convencen aun mas de lo que habíamos propuesto, y que se fundan todas ellas en los hechos que han podido examinarse despacio en el discurso de esta historia, ¿no estamos autorizados para inferir que la ignorancia de la segunda edad de la Iglesia no fue tan grande como han vociferado los hereges los últimos siglos, y lo han creído ciegamente muchos ortodoxos alucinados, dejándose llevar de una autoridad tan sospechosa? Añadamos ahora que esta supuesta ignorancia no fue tan perniciosa como han querido figurarse algunos.

Lorenzo Valla, que aunque italiano y honrado con la proteccion de los Papas, parece que fue el primero que abrió el camino á las temerarias críticas de los escritores protestantes, redujo casi todo el mérito del ingenio al de la elegancia y de la pura latinidad, á cuya renovacion contribuyó en efecto mas que otro alguno, despues del trastorno que habian causado los godos en el gusto é inclinaciones de la antigua Roma. Gerardo Vossio hizo mas general esta censura, procediendo con toda la maligni-

jo el velo del curso natural de los sucesos, nunca se conservó la Iglesia tanto tiempo ni tan perfectamente tranquila, por lo que toca á las sectas y á las heregías, como en el período mas tenebroso de la edad que tanto se deprime. Maravilla sin egemplo en las demás épocas, y aun en los dias mas brillantes de la esposa de Cristo. En toda la duracion del siglo décimo no se levantó ningun apóstol de Satanás.

Maravilla aun mas asombrosa es la que en tiempo de los indignos Pontífices, que fueron el oprobio y la desolacion de la iglesia romana, durante los siglos décimo y undécimo, y que debieron su elevacion á las violencias, á la cabala, á la simonía y á la proteccion de mugeres disolutas, les obedecieron los pueblos con el mas profundo respeto. Las formalidades y el aparato que cohonestaban su título, les conciliaban una autoridad absoluta, y así se recibian sus decretos con una sumision inalterable. Concluyamos, pues, sin ningun género de duda, que la ignorancia de la segunda edad no fue fatal á la Religion, y que era imposible que fuese tan general ó tan profunda, como se ha pretendido hacer creer.

¿De cuántos rasgos imaginarios é incoherentes han formado los sectarios de los últimos siglos la estraña pintura que ha engañado á tanto número de personas? Sin detenernos en la esplicacion individual de sus quimeras, bastará traer á la memoria en dos palabras cual era su objeto y la necesidad de la secta. Con el pretexto de reformar la Iglesia, se proponian, no solo alterar la fe profesada en todos los siglos, sino tambien echar por tierra sus mas memorables monumentos, y romper, por decirlo así, todas las líneas de comunicacion que subsistian entre el cuerpo y los miembros divididos, para hacer irremediable la separacion.

Antiguamente los discípulos de Arrio, de Nestorio, de Eutiques, y todas las sectas mas atrevidas y poderosas, conservaron por lo menos los sacramentos, el sacrificio, y todo el orden exterior del culto público. Por medio de esta semejanza con los ortodoxos se habian acercado á ellos insensiblemente, y se hallaban por fin reunidos. Dirigiendo por esta esperiencia su política infernal los dos Anti-Cristos del siglo quince, con la mira de eternizar su cisma sacrílego, y de que los pueblos seducidos no pudiesen volver al centro de la santa unidad, procuraron no dejarles ninguna cosa que conviniese con el tronco de que se habian separado aquellas ramas marchitas: á cuyo fin les fabricaron una religion sin sacrificio, sin sacerdocio, sin dignidad, y casi sin culto.

A pesar del entusiasmo y del espíritu de libertinage, que eran las basas de esta monstruosa reforma, era necesario buscar pretextos para paliar un atentado tan odioso, y para autorizar el trastorno total de la antigua religion, ó á lo menos de la religion que existia entonces; y sobre todo se necesitaba persuadir que el culto recibido era abusivo, y que habia sido añadido á las instituciones de Jesucristo y de los Apóstoles. ¿Pero de qué modo podia hacerse verosímil semejante imputacion, y á qué tiempo habia de referirse esta inovacion imaginaria? Fue, pues, indispensable imaginar tambien una edad de ignorancia, ó por mejor decir, de estravagancia y fatuidad, en que solo se diferenciassen los hombres de las bestias por la figura y por el habla. Tal es en efecto la pintura que hicieron de ella los discípulos de Lutero y de Calvino, y así debian hacerla necesariamente para acreditar la mas inverosímil de todas las suposiciones.

De otra manera ¿cómo era posible figurarse que en el espa-

lla edad, en la feliz sencillez que ni dió ni parece podia dar entrada á la heregía, ni en la docilidad con que por solo el título colorado de muchos Sumos Pontífices se recibieron sus decretos con la sumision mas religiosa.

Tampoco hablaré con mas estension acerca de los ausilios que proporeionó el cielo para perpetuar la santa doctrina. Tales fueron, y con una abundancia que no es del caso especificar ahora, las decisiones de los concilios, los decretos de los Papas, los escritos de los padres, conservados con tanto esmero, los monumentos y noticias de todas clases, las santas imágenes espuestas en nuestros templos, los ornamentos sagrados, las ceremonias, las liturgias, los rituales y todos nuestros libros eclesiásticos, la enseñanza pública y continua, las instrucciones familiares ó catecismos, y la sucesion no interrumpida de los pastores y aun de los doctores, cuya serie, y por decirlo así, su genealogía y descendencia hemos visto hasta ahora en el discurso de esta historia. Podríamos citar tambien muchas instituciones, en las cuales manifestó el cielo visiblemente que proporcionaba sus ausilios á las necesidades propias y particulares de la Iglesia en cada situacion, por egemplo, las reglas prudentes y rigurosas que estableció Juan XI para la canonizacion de los Santos, y la forma de la eleccion de los Papas que dura todavía desde el tiempo de Nicolao II que fue su autor. Pasemos á lo que es mucho mas propio de la sencillez de la segunda edad que el escésio incomprendible de ignorancia que se le atribuye, esto es, á las grandes virtudes y á la multitud casi increíble de Santos que fueron el recurso principal de que se valió el adorable Fundador de la Iglesia para defenderla de la malignidad del príncipe de las tinieblas. A pesar del trastorno casi general de

las ideas acerca de este punto, no recelamos que se tenga nuestro dicho por una paradoja, despues de la relacion imparcial y el exámen ilustrado de los hechos.

En la edad de la barbarie y en los siglos calamitosos que conservaron por mucho tiempo su carácter feróz, no podemos negar que hubo maldades y atentados enormes, ímpetus frecuentes de furor, egemplos de perversidad, y mil espectáculos horribles cuya memoria nos estremece todavía. Pero por lo mismo, y para oponer el dique de la edificacion al torrente de la perversidad y del escándalo, hizo el Señor que brillasen en aquel tiempo unas virtudes de primer órden, y en número prodigioso, igualando la multitud y el lustre de los buenos egemplos al peligro de la corrupcion. No acabaríamos jamás, si hubiésemos de hacer mencion de todos los grandes modelos propuestos á la emulacion de la virtud, ó suministrados contra el contagio del vicio en la larga serie de años que la secta que hemos indicado comprendió indistintamente bajo la denominacion con que pretendia y la importaba infamarlas. Reduzcámonos, pues, al período mas desacreditado de esta edad, que es el siglo décimo y los principios del undécimo. Pasemos en silencio á los Santos que nacieron ó se formaron en los climas donde tuvieron menor influjo las tinieblas de la ignorancia. Olvidemos una multitud de anacoretas comparables con los mas ilustres padres del desierto, un San Lucas de Tesalia, un San Pablo de Latra, un San Nicon de Armenia, un San Nilo de Calabria, al cual puede reivindicar la Grecia, como que pertenecia á ella esta provincia, y un San Simeon de Tréveris, que pasó en esta ciudad la mejor parte de su vida; pero habia adquirido la perfeccion religiosa en el antiguo y santo monasterio del monte Sinai. Limitándonos,



pues, rigurosamente á nuestra Europa, y aun á los países del occidente que estuvieron mas espuestos al furor y á la impiedad de los bárbaros, ¿cuántas omisiones habremos de hacer, si en vez de una pintura interesante no queremos presentar una enumeracion árida, y una especie de calendario?

La abundancia de la materia me reduce casi inevitablemente á la sequedad y á la ingrata concision del estilo. ¡Qué multitud, qué nube de Santos de todas clases y estados, á quienes se honra con culto público, y que solo puedo recorrer aquí con mucha brevedad! En los lugares incultos, en la sombra del claustro, en los trabajos del episcopado y del apostolado, en medio del torbellino de los negocios, de las intrigas y de las pasiones, cuyo centro tempestuoso son los tronos, y en la confusion de las rebeliones, revoluciones, destrozos y desórdenes, veo en todas partes una multitud de hombres superiores á su siglo, á su propia naturaleza, y formados al parecer de otra masa que el comun de los mortales. En la sola institucion de Cluny, brillante antorcha de la Iglesia en toda la duracion de aquellos tiempos nebulosos, hubo tantos Santos como abades, casi tantos modelos de virtud como religiosos, y muchos mas alumnos dignos del episcopado y aun del pontificado, que los buenos obispos y grandes Pontífices que se vieron entonces. Muchas veces fueron á buscarlos á aquella escuela de santidad, y por desgracia no se sacaron de ella todos. Una de las mayores calamidades de Roma en particular, como hemos visto, fue la excesiva modestia del santo abad Mayeul ó Mayolo, á quien no pudieron obligar á ocupar la Silla apostólica, para escluir de este modo á los indignos competidores que la deshonraron tanto tiempo.

Ya hemos admirado en la misma profesion al Beato Juan de Gorza, sabio evangélico que hizo respetable la piedad por su aversion á lo singular y extraordinario, y solitario magnánimo que admiró á los Príncipes infieles con la elevacion de los sentimientos que inspira la abnegacion cristiana: al Beato Ricardo de Verdun, hombre tan interior que fue llamado *Gracia de Dios*, panegirista de la vida regular, tan bien preconizada con la voz elocuente de las obras que los Emperadores bajaban del trono á porfía para hacerse humildes imitadores suyos; y al Beato Guillermo de Dijon, apellidado *regla viva*, por su fervor egemplar, y por su celo infatigable en la exacta observancia de la vida regular. ¿Hablaré de San Abbon de Fleuri, mártir de esta disciplina religiosa? ¿de San Poppon de Stavelo, á quien un Emperador tan buen juez como gran Santo, confió el gobierno general de todas las abadías del imperio? ¿de San Romualdo, anacoreta asombroso aun despues de todos los prodigios de la Tebaida? ¿de San Pedro Damiano, obispo, cardenal, legado, á cuyo cargo se pusieron todas las legaciones de importancia, y que se halló en un estado violento, hasta que desprendido de todas estas ocupaciones pomposas, volvió á sumergirse, y por decirlo así, á enterrarse vivo en la santa obscuridad de la vida solitaria?

No son menos admirables en las funciones pastorales y apostólicas el gran San Dunstano de Cantorberi, San Osualdo de Yorek, San Bruno de Colonia, cuyo menor realce fue la sangre real que circulaba por sus venas: los dos Santos Adalbertos, el uno apóstol de los rusos y primer arzobispo de Magleburgo, y el otro obispo de Praga y martirizado en Prusia: el humilde y docto Wolfango de Ratisbona; San Udalrico de Augsburgo,

cio de algunos años se hubiese alterado el culto en su esencia, depravado en todas partes, variado absolutamente, y desnaturalizado de punto? ¿Que la idolatría se hubiese introducido generalmente en la Iglesia, que se tuviese en ella la figura del cuerpo y sangre de Jesucristo por su substancia, y que se adorasen unos meros símbolos en lugar de la realidad? Cuando los blasfemos empezaron á publicar estos horribles delirios; cuando pusieron sus manos sacrílegas en nuestros tabernáculos, y se atrevieron á hollar sus misterios mas formidables, ¿qué reclamaciones tan vivas, qué gritos de indignacion y de espanto resonaron por todas partes, no solo de los doctores y pastores, sino tambien del pueblo sencillo, de la clase mas comun de los fieles, de las mugeres y aun de los niños? El horror y la execracion se comunicaron á las sociedades cismáticas de Grecia, y de los parages mas remotos del oriente.

Por la misma razon, si despues del establecimiento de la Religion de Jesucristo, pura y perfecta desde su origen, hubiera habido alguna época en que unos hombres profanos hubiesen propuesto á la adoracion pública viles elementos y figuras sin objeto ¿cuántas contradicciones, cuántas quejas y cuánta indignacion no habrian escitado? Sin el auxilio de la erudicion ni de investigaciones científicas, tenia á la vista el pueblo fiel los medios mas seguros para hacer manifiesta la innovacion y confundir á los novadores. Se celebraba, aunque menos veces que ahora, pero siempre con bastante frecuencia, el santo sacrificio de nuestros altares; se recibia tres veces al año su adorable víctima; no dejaba nadie de proveerse de este viático saludable en el último trance; se miraba como la pena mas terrible verse privado de él durante la vida, y en el artículo de la muerte pare-

cía intolerable esta privacion. ¿Se podrá por ventura presumir que no se conociese lo que se deseaba con tanto ardor, y lo que se recibía con tanto respeto y consuelo?

Para no dejar ninguna incertidumbre sobre este punto, fijemos la vista en algunos hechos de los que han de servir de materia á la continuacion de esta historia, y veremos que las personas mas virtuosas, y los Santos de todas clases y condiciones, suspiraban en los últimos instantes de su vida por aquel Corde-ro sacrificado para su salvacion, que muchos de ellos mandaban que los pusiesen en el suelo con ceniza y cilicio, y que todos se anonadaban en su presencia, le rendian los homenajes que la criatura debe únicamente á su Criador, y le llamaban su apoyo, su única esperanza, su Redentor y su Dios. Atendamos á las instrucciones de los doctores y pastores: abramos, recorramos sus numerosos escritos, y los hallaremos siempre de acuerdo con los padres de la primera edad. Nada añaden á sus espresiones, se esplican como ellos con sencillez y con total seguridad, hablan de un tesoro cuya posesion se vé que no les habia sido todavía disputada, é ignoran las sutilezas de los contradictores impíos, no creyendo que estos debiesen existir jamás. Si alguno de ellos se esplica con menos exactitud de la que se valen los hereges para interpretar las cosas á su modo, es constante, que dando á sus espresiones el verdadero sentido, y justificándolas los defensores mas circunspectos del sagrado depósito, prueban sin ningun género de duda que nunca fue indiferente su creencia en esta materia.

Quando á fines del siglo décimo empezó Berengario á esparcir lentamente en el polvo de su escuela, en sus cartas y en sus conversaciones familiares los errores de que estaba imbuido con-

tra el sacramento de nuestros altares, ¿con qué horror levantaron el grito todos los cristianos, tratándole de herege y de impío? Sus propios amigos, varios eclesiásticos á cuyas manos llegaron algunos escritos furtivos del heresiarca, los inocentes solitarios de la abadía de Preaux en Normandía, el duque Guillermo, Enrique Rey de Francia, todos los fieles unánimemente clérigos y legos, sabios é idiotas, mundanos y religiosos, Soberanos y particulares, todos miran aquella doctrina como escandalosa y blasfema, se comunican de provincia en provincia sus inquietudes y sobresaltos recíprocos, y resuenan sus voces en los pórticos del Vaticano. Roma reunida en concilio priva inmediatamente de la comunión al novador; en una conferencia pública celebrada de orden del duque de Normandía, es confundido por los doctores mas célebres de aquella provincia; congrega el Monarca francés un concilio numeroso en su capital, y asiste á él con su nobleza; pero los oídos cristianos quedan de tal modo ofendidos de la doctrina inaudita del sacramentario, que apenas pueden sufrir la lectura de una de sus cartas. El Sumo Pontífice convoca con el mismo objeto otro concilio en Vercelli, repitiendo despues en Roma por dos veces igual convocacion; y el blasfemo que se habia retractado ya en el concilio de Tours, se vé obligado á egecutarlo de nuevo en presencia de la Cabeza de la Iglesia. Despues de su muerte volvió á ser condenada su doctrina impía en el concilio de Plasencia. Antes y despues de su fallecimiento levantaron la voz por todas partes los predicadores y los doctores para presentar á los fieles un preservativo contra sus blasfemias.

En este combate ¿cuál fue la conducta de los sabios y de los concilios? La de toda la antigüedad, la de los dias mas

luminosos de la Iglesia. Se toma por principio la fe que se profesa en cada iglesia particular: se pregunta acerca de ella á sus obispos, testigos necesarios de la tradicion: se consultan y comparan los monumentos sucesivos, se acredita su invariable perpetuidad, y se hace ver la contradiccion que hay entre los novadores y los padres mas antiguos y respetados, subiendo de siglo en siglo hasta el de los Ambrosios y Agustinos, y hasta el foco de aquella luz primitiva y superabundante que debia reflejar en todas las edades siguientes, como ha podido verse en los escritos de Lanfranco contra aquel heresiarca. A pesar de las ventajas que llevaba en el arte de la dialéctica al soberbio Berengario, no procedió contra él por este medio filosófico y natural. ¿Qué es lo que le hemos oido responder á aquel novador presumido? Que habia sido condenado por los concilios de varias provincias, por el voto unánime de los prelados católicos, por la iglesia romana y por los Sumos Pontífices: que la fórmula de fe dispuesta contra él en el concilio de Roma por el cardenal Humberto, ni era la obra, ni era la creencia de este doctor particular, sino la del mismo concilio y de todas las iglesias que la habian recibido con alegría, dando gracias á Dios por la abjuracion del reo; porque la creían sincera, y por consiguiente insultaba á la creencia comun; pero es muy propio de los hereges burlarse de la fe de los sencillos, y querer subordinarlo todo á las decantadas luces de la razon. »Por lo que á mí toca, decia Lanfranco, quiero que sepas tú y el universo, que aun cuando no tuviese erudicion ni razones para probar mi creencia, quisiera mas ser con el vulgo un ortodoxo ignorante y grosero, que ser contigo un herege culto y sabio. Dios me es testigo de que cuando se trata de las cosas sagradas no

querria yo proponer ni resolver este género de cuestiones por medio de la dialéctica." Sin embargo de unas protestas tan humildes y religiosas, confundió el doctor católico al heresiarca, no menos con las reglas más delicadas de este arte, que con los medios perentorios de la tradición.

El cardenal Humberto dispuso, como hemos visto, una fórmula de abjuración tan clara y exacta, que fue un objeto de desesperación y de oprobio eterno para su suscriptor perjuro. Otros muchos doctores le confundieron con la misma facilidad y buen éxito. Apenas tuvo algunos sectarios oscuros, que no ocuparon la menor ciudad ni aun una sola aldea, como lo observó en el mismo siglo Guimon, monje de San Leufredo en la diócesis de Evreux (1). Casi en el mismo punto en que nació la secta, volvió á caer en las tinieblas de donde salía, y permaneció sepultada en ellas por espacio de cuatro siglos, hasta que el Señor permitió al padre de los hijos de perdición suscitar contra la Iglesia una de las más crueles tempestades que la han agitado en ningún tiempo. De donde podemos inferir por lo menos una de estas dos consecuencias, ó que las tinieblas de la edad de ignorancia no eran tan profundas como se supone, ó que los conocimientos de que se pretende despojarla no eran necesarios para la conservación del sagrado depósito.

Pero concluyamos con seguridad en vista de tantos hechos ciertos, cuya lectura ha debido convencer á todo hombre racional y desapasionado, que la luz evangélica en medio de las más densas tinieblas que ha exhalado el infierno, ha despedido siempre unos rayos bastante vivos para dirigir la enseñanza de los pastores y la sumisión de los fieles: que ni el siglo nono ni el

(1) *Bibl. PP. Paris. Tom. 6. pag. 367.*

décimo, ni ningún período ni ningún punto de la larga duración de la Iglesia estuvieron tan cubiertos con las sombras de la ignorancia, que se pudiese variar sin obstáculo ni reclamación la creencia universal, la fe práctica, y el culto público y diario, ó que se pudiese introducir la idolatría en nuestros santuarios, ni que se eligiesen unos elementos viles y puramente figurativos por objeto de adoración cotidiana: la ignorancia, pues, de la segunda edad no fue tan funesta como se han atrevido á sostenerlo algunos sectarios sin pudor; y por último esta ignorancia monstruosa, quimérica é imposible fue torpemente inventada por una secta que no podía combatir con mejores armas.

Paşemos más adelante, y demostremos á mayor abundamiento que cualquiera que sea ó se suponga esta ignorancia, suministró la Providencia unos preservativos superabundantes contra los peligros que de ella podían resultar. El Salvador nos dió una lección suficiente contra este género particular de peligros por medio de sus divinos oráculos acerca de las varias pruebas por las cuales debía pasar su Iglesia. Como era necesario, según sus designios, que la Religión triunfase de la violencia del paganismo, de la sutileza de las heregías, y del abuso de la ciencia y del poder, debía triunfar también de la ignorancia y de la barbarie, de la confusión y depravación que de ellas se originan, y aun del mal ejemplo de los primeros pastores. Había de cumplirse necesariamente el precepto evangélico: *haced lo que dicen, y no lo que hacen*, y nunca fue más admirable su observancia que en el reinado de aquellos Pontífices viciosos, cuya autoridad fundada únicamente en la dignidad de su Silla, no fue por eso menos reverenciada de los fieles del siglo décimo. Pero no insistamos en la disposición de los ánimos en aque-

que por sus sublimes virtudes fue el primero á quien se colocó con las nuevas solemnidades en el número de los Santos; San Bernardo de Hildesheim, San Bardon de Maguncia, San Gerardo de Hungría y otros infinitos. La Cátedra de San Pedro tan enormemente profanada en este siglo calamitoso, volvió á adquirir todo su talento y antiguo esplendor despues de este fatal eclipse, interrumpido no obstante por Benedicto V, el cual es venerado como Santo en la ciudad de Hamburgo donde murió. En efecto, ¿qué manchas dejaron de ser borradas por la pureza de vida y por los grandes egemplos del santo Papa Leon IX, por su actividad, su vigilancia, su constancia y firmeza, y por el desprecio de todo respeto humano, de todas las preocupaciones, contradicciones y peligros?

En el trono, en la augusta dignidad en que parece dudó Tertuliano que se pudiesen cumplir las leyes del cristianismo, mostró Enrique, duque de Baviera, despues Emperador, que era posible ser gran Santo, y se hizo célebre por sus heróicas virtudes dignas de la emulacion de los mas perfectos solitarios. Santa Cunegundis su esposa, despues de muchos años de matrimonio, se encerró en un monasterio de vírgenes, conservando una integridad de inocencia que las llenó de admiracion. Las Emperatrices Ricarda, Matilde y Adelaida hallaron igualmente su santificacion en una gerarquía que suele ser funesta á la inocencia de muchas. Los santos Reyes Eduardo de Inglaterra, Heroldo de Dinamarca, y Olaf de Noruega cogieron en este campo ingrato la palma del martirio. En Hungría, no tanto parecia San Estévan el Rey como el apóstol de su pueblo, y con todo eso hemos visto que su hijo y sucesor San Emerico fue superior á la virtud de su padre por su vida enteramente angelical. No acaba-

ríamos, aun cuando no hubiésemos de presentar mas que los prodigios y los fenómenos; pero basta para nuestro intento la ligera enumeracion que acabamos de hacer. Dígasenos ahora si la segunda edad de la Iglesia debe tomar su denominacion de la ignorancia que sofoca los dones de Dios, ó de la dichosa sencillez que los hace fecundos. Pero dejemos á la heregía su triunfo imaginario, y supongamos que esta ignorancia fue como ella ha querido pintarla. ¿Qué inferirá de aquí todo hombre imparcial, y que no juzgue ligeramente sino que el milagro de la conservacion de la Iglesia es por lo mismo mucho mas visible?

Sobre todo, las verdades fundamentales de la salvacion, esto es, los artículos verdaderamente de fe, y la disciplina propiamente evangélica, no han padecido jamás ninguna alteracion. Las decisiones que se dieron en la primera edad tienen la misma autoridad que en la última. Los símbolos de Nicea y de Constantinopla se hallan enteros en los santos decretos de Trento. Lo mismo sucede con los principios esenciales de la moral y de la disciplina, con el régimen eclesiástico, con la distincion y subordinacion entre los diversos órdenes del clericato, con el culto público, con las ceremonias y ornamentos sagrados, con la celebracion de los santos misterios, con lo substancial de la liturgia y de todos sus puntos capitales, con las oraciones por los difuntos, con el respeto debido á las reliquias y á las santas imágenes, con la necesidad de las obras de penitencia, con la virginidad y con los demás votos monásticos: en una palabra, ya sea por lo tocante al dogma ó á los principios de la moral, todo aquello que la Iglesia en cualquier situacion en que se hallase, y todo lo que un solo concilio ecuménico declaró necesario ó útil para la salvacion, ha permanecido en el mismo



formables en lo concerniente á los principios de la fe y de las costumbres, vió con aplauso que fueron reformadas las de Bonifacio, así por la conducta diametralmente opuesta de Benedicto XI, su sucesor inmediato, como por las bulas espresas de Clemente V, el cual declara por de ningun efecto los decretos de Bonifacio contra los derechos temporales del Rey y del reino de Francia, y no teme alegar por motivo de su conducta los escándalos que habia causado y podia causar todavía la de su predecesor.

Hablando en general, las turbulencias é inquietudes que excitaba en todas las naciones cristianas este uso cristiano del poder Pontificio, demuestran invenciblemente cuanto se apartaba de las nociones universales é invariables de la fe. La primera respuesta de los Príncipes ofendidos era quejarse del abuso de este poder, y de la indignidad del Pastor que hacia de él un uso semejante, esforzándose al mismo tiempo á probar la necesidad de dar á la Iglesia una Cabeza mas digna; y por esto se vieron casi tantos Antipapas como Soberanos depuestos por los Papas. Es verdad que los Príncipes vecinos solian guardar un profundo silencio en esta parte; pero esto debe atribuirse á que los anatemas, tan multiplicados entonces y tan terribles en sus varios efectos, contenian y sofocaban todo género de queja ó reclamacion. Atendiendo aquellos Príncipes á su defensa y conservacion personal, se mostraban espectadores indiferentes de los combates que alejaban el peligro de su propia cabeza; y si algunos de ellos aplaudieron á los Príncipes castigados por los Papas, y les suministraron socorros, fue por efecto de enemistad, de ambicion, de conexiones ó de intereses particulares, desmintiendo con la boca ó con la mano lo que les dictaba su conciencia.

Sin embargo, hubo tambien quejas formadas por bocas augustas y magnánimas, y motivadas únicamente por la Religion y por la virtud. Algunos Príncipes seculares dieron consejos sobre este punto á las Cabezas de la Iglesia. Así lo egecutó San Luis con Gregorio IX en el momento en que de parte de este Papa se le ofrecian para su propio hermano los despojos del Emperador depuesto. Igualmente dirigió sus generosos consejos al formidable Inocencio IV, y no habiendo podido aquietarle, le manifestó un resentimiento á que se da el nombre de indignacion en los escritos de un autor contemporáneo. Si hubo pocas reclamaciones semejantes por parte de los Príncipes y de los pueblos, consiste esto en que la reunion de los sentimientos elevados, y de la instruccion sólida fue siempre un prodigio así entre los pueblos como entre los Príncipes.

Los hechos considerados sin preocupacion obligarán á todo hombre recto y amante de la probidad á confesar que los obispos y los Sumos Pontífices que pretendieron usurpar los derechos de la soberanía, se autorizaban comunmente con títulos particulares y distintos del poder espiritual; de manera que los Papas fundaban principalmente sus pretensiones contra los Emperadores en que ellos habian restablecido el imperio, y en que el título de Emperador estaba esencialmente anexo á la ceremonia de la coronacion que se hacia por sus manos. Las ideas estravagantes de la feudalidad, y las comparaciones viciosas acababan de embrollar unos principios de los cuales se inferian consecuencias aun mas disparatadas. La Sicilia era realmente feudataria de la santa Sede, y quitando los Papas la corona á los Reyes de aquella isla y del territorio adyacente, los trataban como á vasallos reos de felonía. Las islas británicas se habian hecho en

estado hasta nuestros días. Compárese la disposición presente de la Iglesia en que tenemos la felicidad de vivir, con lo que hemos leído hasta ahora acerca de la historia del dogma y de la disciplina, con las decisiones de los concilios, con los decretos recibidos de los Sumos Pontífices, con las instituciones unánimes de los padres, y con las antiguas liturgias, por ejemplo con la de San Juan Crisóstomo: ¿no encontraremos en todo esto la mas exacta conformidad, ó á lo menos una conformidad suficiente para que nuestro argumento sea irrefragable y para convencernos de que la Iglesia de estos tiempos es la de los Gerónimos, Agustinos, Crisóstomos, Basilio, Ambrosios y Atanasios?

En cuanto á las reglas de las costumbres: como que son mas familiares á todos los fieles, comparemos mas particularmente sus instituciones primitivas con la enseñanza de nuestros días, con la de todos los tiempos, y mucho mas con la de los siglos, para cuyo descrédito se ha recurrido á tantas hipérboles malignas. Los preceptos evangélicos, la ley de la abnegacion cristiana, del desprendimiento de las cosas terrenas, del aprecio esclusivo de los bienes invisibles, de la necesidad de crucificar la carne y sus concupiscencias, de la unidad é indisolubilidad del vínculo conyugal, del perdón de las injurias, y del amor de los enemigos; estas leyes, mejor observadas en los tiempos primitivos que en los siglos siguientes, no fueron menos conocidas en estos, ni se tuvieron por menos indispensables. Los mandamientos de la ley natural y divina, que á pesar de estar grabados en nuestros corazones, no bastan para refrenar el ímpetu de las pasiones que nos dominan, fueron en todos los siglos cristianos los elementos de la primera instruccion, y son en el día tan familiares al pueblo sencillo como á los doctores consumados. Los

mandamientos de la Iglesia, ó para hablar con mas exactitud, sus divinos derechos á nuestra obediencia, propuestos con mayor ó menor estension, y modificados segun las necesidades de los tiempos y las reglas de un prudente gobierno, se han conservado siempre, en cuanto á la substancia, en el mismo grado de actividad y vigor: y si examinamos individualmente las leyes canónicas y clericales, hallaremos en todas las edades un mismo régimen en todo lo que toca á la disciplina verdaderamente evangélica, y aun á la dignidad del estado clerical.

Por desgracia es demasiado cierto que hubo algunos tiempos extraordinariamente nebulosos, cuyos densos y malignos vapores empañaron hasta los vasos del santuario, y la integridad de las costumbres sacerdotales que son la primera leccion de los pueblos. A principios del siglo undécimo llegaron á tal extremo la simonía y la incontinencia de los clérigos que parecia no menos peligrosa la correccion que la impunidad. Hemos visto á los Príncipes, á los protectores naturales de los cánones, y entre otros al Emperador Enrique IV, sacar, por decirlo así, á pública subasta las dignidades eclesiásticas, y por medio de las sumas que les proporcionaba este comercio hacerse indulgentes en órden á la disolucion de los viles mercenarios á quienes habian revestido con ellas. De aquí las muchas contradicciones y reveses que tuvo que sufrir el animoso Gregorio VII, sin apartarse jamás del plan de reforma que habia concebido, ó á lo menos perfeccionado, imitando á algunos predecesores suyos, y en especial á Leon IX. Si no tuvo tiempo para consumir esta grande obra, y no esterminó enteramente la simonía y la incontinencia, dió por lo menos un golpe mortal á estos dos monstruos, que quedaron ya sin ningun vigor, y solo opusieron unos

movimientos convulsivos, y unos esfuerzos inútiles contra los justos vengadores de los cánones. De este modo, en la misma edad, en que nacieron los corruptores de aquella disciplina inmutable, recibieron el castigo que merecian, quedando infamados y arruinados.

Sin embargo, al mismo tiempo que Gregorio VII vindicaba el honor de la Iglesia, y la restablecia en la posesion de sus derechos inenagenables, no conoció sus verdaderos límites, y puso el pie en los del imperio. Aquí es donde mas plausiblemente se zahiere á la segunda edad su ignorancia y sus innovaciones; lo que confesamos sin rébozo, así como tampoco hemos paliado las fatales resultas de este extravío inconcebible, esto es, las disensiones y los furors civiles, el trastorno y la ruina de los estados, la debastacion de las provincias, el derramamiento de la sangre fraterna, los horrores del sacrilegio, y todo género de delitos y de desgracias. Comunicáronse tambien estos escesos á la tercera edad, en la que los proyectos desmesurados y la inflexibilidad de Inocencio III, de Inocencio IV, de Bonifacio VIII, de Juan XXII, y de algunos otros Papas, comparados con los de Gregorio, pueden hacer que se miren estos como modelos de dulzura y moderacion. Pero es constante que Gregorio, aunque con buena intencion, les habia abierto este camino peligroso, y debe considerarse su plan como la mas estraña produccion de los siglos de tinieblas. No obstante, veamos á lo que debe reducirse este cargo bien examinado.

En primer lugar se debe tener entendido, que esta especie de ignorancia, ó por mejor decir, de inadvertencia peculiar de algunos Papas, y de un número mucho mayor de canonistas, no fue jamás la de la Iglesia como maestra de la verdad, ó la del

cuerpo de los primeros pastores. Nunca tuvieron sus paradojas otro carácter que el de sistema y de pura opinion. ¿Dónde están en efecto las constituciones apostólicas universalmente recibidas, y las decisiones de concilios ecuménicos que puedan estraerlos de este órden subalterno y reformable? Ahora pondremos á la vista con la sencillez, ingenuidad y confianza que nos ha servido de guia en la eleccion de los monumentos primitivos, todos los nuevos títulos de que pueden valerse con mas ventaja nuestros enemigos, pero nada encontraremos en ellos que sea capaz de derogar á la autoridad de la doctrina pública.

En el primer concilio de Leon, por exemplo, donde llegó á lo sumo el atentado contra la soberanía, podemos convencernos por los mismos términos de la sentencia de deposicion fulminada contra Federico, de que fue únicamente obra de Inocencio IV, y no del cuerpo de los pastores. A pesar del acaloramiento de este Pontífice, y de la generosidad de los prelados, que le habian proporcionado un seguro asilo, desconocen estos el estraño decreto, no dan á entender de ningun modo que le hubiesen aprobado, ni quieren atestiguar, como en los demás, que fue dado con la aprobacion del santo concilio. Antes de esto, cuando en la conferencia de Venecia hizo Federico I, llamado Barbaroja, las paces con el Papa Alejandro III, y con la Iglesia, solo se exigió de este Emperador la abjuracion del cisma, sin que de ningun modo se tratase de rehabilitarle para el imperio, á pesar de todas las sentencias de escomunion y deposicion fulminadas contra él. En las disensiones de Felipe el Hermoso con Bonifacio VIII, se verá todavia mejor como pensaba la curia romana acerca de este punto. Roma, tan firme en sostener las constituciones de sus Pontífices, y en darlas por irre-



cierto modo tributarias de la iglesia de Roma; y se atribuía en general, sin que se sepa con qué fundamento la soberanía de todas las islas. Por lo que toca á la corona de Francia, mantenida constantemente en su independencia natural, tuvo un Papa la temeridad de disponer de ella como señor absoluto; pero fue censurado mientras vivió por la mejor parte de su augusto clero, y despues de su muerte por sus propios sucesores. En cuanto á los atentados de los obispos de diferentes naciones contra sus Soberanos particulares ¿no pide la equidad que se atienda á la constitucion de aquellos estados, y se examine cuál era entonces el sistema bueno ó malo del gobierno y administracion pública? ¿No tenían en él una parte esencial los prelados, como señores temporales y muy poderosos? Desde la primera edad ha podido advertirse que los honró Clodoveo con esta confianza como padres de los pueblos, como depositarios de su confianza, y árbitros de sus resoluciones, y como los mas seguros apoyos de su nueva dominacion. Mucho tiempo despues pensó del mismo modo el grande Emperador Oton I, pues pareciéndole que podia valerse de ellos con utilidad para contrapesar el poder de los señores temporales, confirió á los obispos y á gran número de abades aquellos territorios privilegiados que los constituían principales vasallos del imperio, y moderadores naturales de su gobierno. Hubo tambien un tiempo en que se tuvo por máxima general, y aun en cierto modo por axioma de derecho público, que entre dos pretendientes se debia coronar al que se juzgase mas capaz de gobernar con acierto; máxima peligrosa sin duda alguna, pero observada por los prelados como príncipes temporales, no como príncipes de la Iglesia, y menos como órganos suyos. Los defectos del orden político no deben

atribuirse al orden gerárquico, ni imputarse á la Iglesia los vicios de los eclesiásticos, cuando es constante que no cesa esta de condenarlos.

Sucede con las supersticiones que se atribuyen al reinado de la ignorancia lo mismo que con los demás abusos, pues debieron su primer origen, no á la falta de instruccion, sino á la indocilidad presuntuosa que se desdenaba de ella, no contentándose con la sencillez de la enseñanza comun. Si bien se considera se verá que la supersticion, á lo menos la que forma secta y se perpetúa, proceden de la misma causa que la heregía y la impiedad sistemática, esto es, del orgullo y de la obstinacion. De aquí es, que por lo comun incurrén en las prácticas supersticiosas los que suelen no conocer otra guia que la de la razon. Pero sin salir de nuestro asunto, ¿cuántas pruebas de hecho nos suministran aquí los cánones de los concilios, las advertencias y decretos de los Papas, y los escritos de gran número de doctores contemporáneos contra las supersticiones mas autorizadas? Traigamos á la memoria lo que, entre otros, escribian Hincmaro de Reims, y Amolon de Leon, contra los diferentes modos de tentar á Dios, condecorados con el nombre especioso de pruebas ó suertes de los Santos. Todos los vicios, desórdenes y errores de cualquier clase que fuesen y en cualquier siglo en que se conociesen, fueron condenados con la señal que les convenia, y pintados con tales rasgos que solo se podia incurrir en ellos voluntariamente.

En efecto, no hay cargo ni acusacion alguna que el hombre ingrato pueda hacer con la menor apariencia de razon á la Iglesia, á la divina maestra y universal bienhechora del género humano. ¿Qué vasto campo se nos presenta aquí, y cuántas cosas

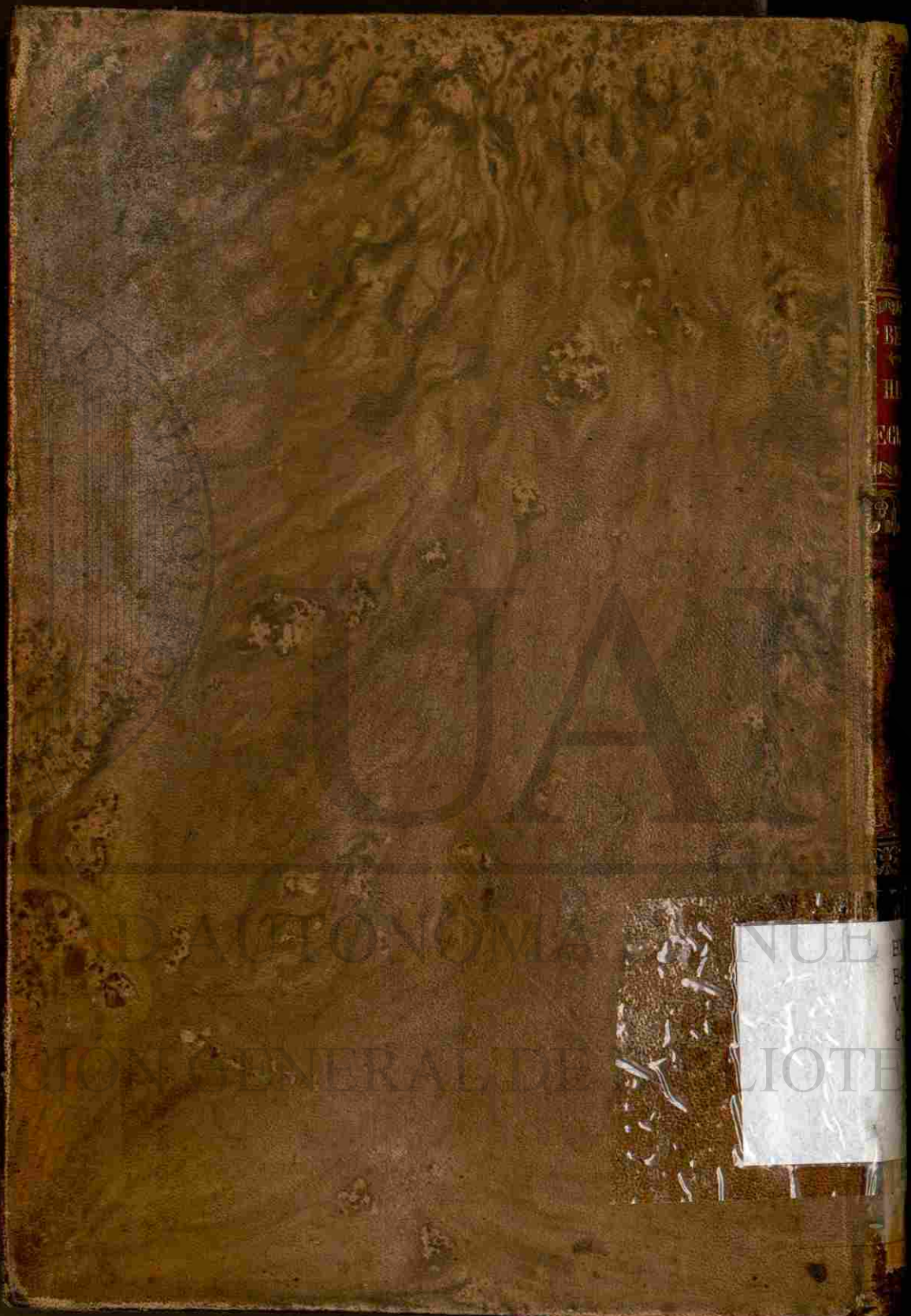
Sin profundizar mas en una materia, en cuya esposicion no debemos ya detenernos, basta lo que hemos dicho para inferir que los siglos llamados tan generalmente tenebrosos no estuvieron tan cubiertos de tinieblas como se ha pretendido persuadir. Esta es la consecuencia que deduce el mas circunspecto y juicioso de todos nuestros historiadores eclesiásticos. Añadamos con él, que es necesario buscar la luz y la virtud en donde se hallaron en cada tiempo.

En el discurso del siglo séptimo y octavo se debilitó la Religion en Francia é Italia; pero mostró toda su fuerza en Inglaterra. En el siglo noavo volvió á florecer en Francia, y desde allí ilustró en el décimo las regiones mas incultas de la Germania. Mientras que bajo el yugo de los musulmanes experimentaba la suerte mas deplorable en el oriente, en África y en España, hacia por el contrario inmensas conquistas en Sajonia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Rusia, Polonia y Hungría. Renovó la España en medio de sus ruinas y de sus conflictos el grande espectáculo de los primeros mártires con una heroicidad digna de sus dias mas felices. A pesar de todos los asaltos y triunfos de la barbarie, á pesar de la destruccion de los tronos y del trastorno de toda la tierra, permaneció siempre inmóvil la Iglesia fundada sobre la piedra, sirvió siempre de señal y de faro á los pueblos, despidió en todos los tiempos una luz brillante, y fue siempre magestuosa en el orden de su culto, en la dignidad de sus ceremonias, y en la celebracion de aquel sacrificio augusto, cuyo espectáculo causaba un terror religioso á la misma impiedad.

Siempre tuvo la Iglesia sus pastores, sus doctores y sus apóstoles, sus mártires en caso de necesidad, una sucesion continua de vírgenes y de pobres voluntarios, egeмпlos ilustres de

virtud en todos los estados y condiciones, y modelos tanto mas multiplicados y brillantes quanto mas escaseaban los conocimientos científicos. No se puede inferir cosa en contrario por los desórdenes particulares ni por los abusos, considerados y condenados como tales, porque nunca impidieron que la fe comun y las costumbres públicas fuesen conformes á la escritura y á la tradicion, que se estudiase una y otra con fruto, ni que se enseñasen ni profesasen, no solo los principios fundamentales, sino tambien todos los artículos de la creencia y de la moral cristiana. Quanto se ha dicho contra estas verdades ha sido un efecto visible de la irreligion y de la corrupcion, porque se arruinaria la Iglesia y no tendria mas que una existencia precaria y fortuita, si se pudiese señalar un tiempo en que se hubiese acabado la ciencia de la Religion: lo que bastaria por sí solo para preservarnos de los ataques de la heregía, aun quando estos no tuviesen contra sí los hechos y los monumentos de todos los siglos. Pero aun suponiendo que hubiese llegado á alterar todas las ideas, una vez que se sabe la historia de este trastorno efímero, nada hay que sea capaz de pervertir un juicio recto y sano. No nos olvidemos jamás de que un impostor astuto, algunos hombres viles, y cierto número de entusiastas bastan por sí solos para producir semejantes revoluciones.





BIBLIOTECA  
V. G.

BIBLIOTECA  
V. G.

podríamos decir todavía, si no temiésemos esceder los límites de un discurso! ; De cuántos conocimientos, de cuántas ventajas y comodidades es deudor el género humano al orden gerárquico aun en los tiempos mas tenebrosos! ; Dónde sino en las escuelas de las catedrales y de los claustros se han conservado los escritos de los padres y de los santos doctores, las instituciones de los legisladores y de los filósofos, los fastos de los pueblos y de los imperios, los primores de la elocuencia y de la poesía, los elementos de todas las ciencias y artes, las mismas lenguas, los números y los cálculos, con la escritura y el uso de la lectura? Ya sea que Gerberto de Rems bebiese en esta fuente ó en los libros árabes, ¿no será siempre cierto que la Europa debe á una escuela cristiana del siglo décimo el origen ó el uso de los métodos matemáticos y otros muchos conocimientos comprendidos bajo este nombre? El uso de los himnos y de los cánticos sagrados en nuestros templos ¿no nos conservó tambien las gracias de la poesía, ó á lo menos su mecanismo y artificio, y en algunas composiciones como el *Dies iræ*, y el *Stabat Mater*, mas afectos, mas energía y elevacion que la que se encuentra en el poema secular, por egemplo, del primer lírico de la antigua Roma? El cultivo y los progresos modernos de la música son efecto de los cánticos de nuestras iglesias y de aquellos coros augustos, en que no se desdeñaban de cantar los mismos Reyes, y cuyas composiciones se apropian como á porfía los coros profanos. No es menos indubitable, antes bien es un punto de hecho, que el arte de la palabra debe su existencia á las instrucciones y á las exhortaciones mas ó menos sólidas, en cuanto á la substancia de las cosas, que no han dejado jamás de resonar en el santuario. ¿Qué diré de la arquitectura tan floreciente á

principios del siglo undécimo en que se construyeron nuestras mas hermosas catedrales, y aun mucho mas en el tiempo en que se edificaron las magníficas iglesias de Pisa y Florencia, de las cuales tomó Micael Angelo sus mejores dibujos para la de San Pedro de Roma?

El arte de la legislación y de la política, y la ciencia del gobierno hallaron sus principios y sus modelos en los decretos de los concilios, y tuvieron por cuna aquellas asambleas mistas de prelados y señores, en que los asuntos del estado se trataban en comun con los de la Religion. Las negociaciones entre los varios estados, y la armonía entre los diferentes miembros de un estado mismo, la policia, el comercio, la facilidad de la subsistencia, el egercicio de las artes de primera necesidad, en una palabra, todas las ventajas de la vida social y aun la misma sociedad, en unos tiempos en que parecia que la barbarie iba á arruinarla enteramente, se sostuvieron por medio de las fiestas y juntas religiosas que eran las que formaban casi el único vínculo que quedaba entre los hombres. Y de otro modo ¿qué hubiera sido del occidente despues de la irrupcion y asolaciones de los godos, vándalos, hunnos, esclavones y normandos, gente feróz é inhumana? Seria sin duda una tierra semejante á la de los canibales y hotentotes, dispersos en las selvas con los tigres y leopardos, ó comparable á lo sumo con las costas de Berbería y del Indostan. Los bárbaros del norte debian hacer naturalmente de la Europa lo que los árabes y los tártaros han hecho de la India y del África; pero la Europa cristiana comunicó á aquellos hombres que apenas tenian de racionales mas que la figura, un grado de civilizacion y de virtud que todo el poder y destreza de los romanos no habian sido capaces de dar á sus pueblos.